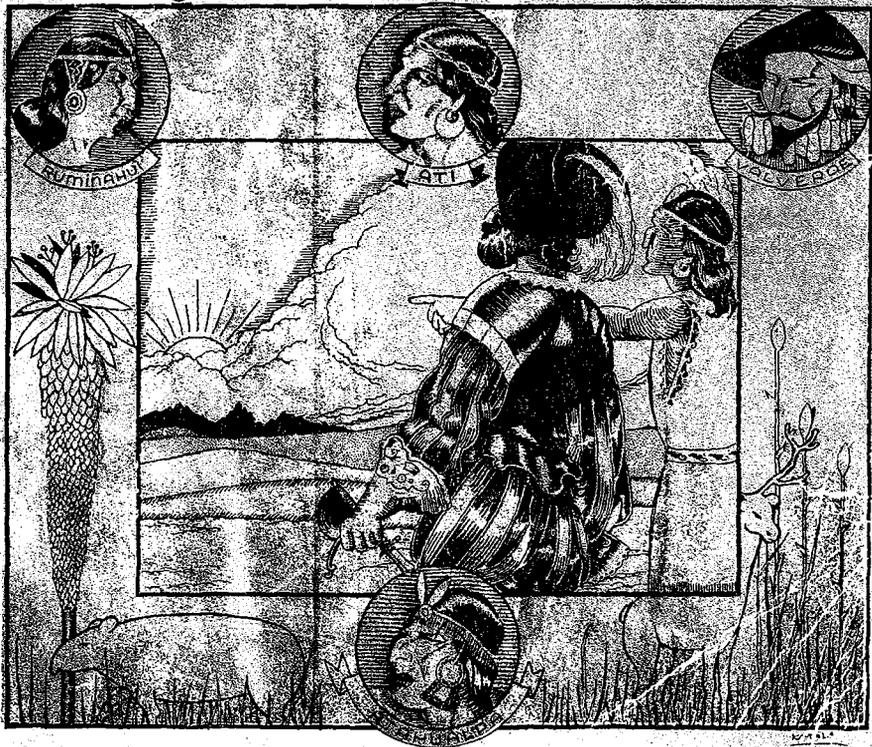


Luciano Andrade Marín



Lang'anaki



Expedición Italo-ecuatoriana } 1933:1934
Boschetti-Andrade Marín.

LUCIANO ANDRADE MARIN

VIAJE
A LAS MISTERIOSAS MONTAÑAS
DE LLANGANATI

Expedición Italo - Ecuatoriana
Boschetti - Andrade Marín
1933—1934

QUITO
ECUADOR

Imp. Mercantil
1 9 3 6

NOTAS:

- I.—Todas las fotografías y dibujos de las montañas de Llanganati y de los asuntos relativos a ellas son tomadas y hechos por la Expedición Boschetti-Andrade Marín, y le pertenecen exclusivamente a ella, prohibiéndose su reproducción sin permiso del autor de este libro.
- II.—La expedición Boschetti-Andrade Marín logró tomar más de 300 fotografías de su viaje, pero sólo posee unas dos terceras partes de ellas, debido a la irreparable pérdida que sufrió de 13 rollos de películas ya expuestas, que un travieso muchacho de la posada de Pillaro las había abierto a nuestro regreso, sacándolas del equipaje.
- III.—Todas las opiniones y juicios personales que aparecen en este libro, son de responsabilidad exclusiva del autor de él.

L. A. M.



Los tres miembros de la Expedición,
de izquierda a derecha:

Tullio Boschetti,
Luciano Andrade Marín,
Humberto Ré.

VIAJE A LAS MISTERIOSAS MONTAÑAS DE LLANGANATI

Advertencias previas.—1a.—El escrito que sigue, contiene las informaciones de experiencias y observaciones personales obtenidas durante un viaje de más de cinco semanas en las montañas de Llanganati, hecho por los señores don Tullio Boschetti y don Humberto Ré, italianos, y por el suscrito, ecuatoriano, desde Diciembre de 1933 hasta Febrero de 1934;

2a.—Esta expedición no ha sido encomendada, costeadada ni ayudada por el Gobierno del Ecuador, ni por ninguna otra institución ecuatoriana o extranjera. Fué hecha a iniciativa del señor don Tullio Boschetti y financiada por nuestro propio peculio, muy especialmente por el de este último caballero;

3a.—La expedición fue organizada, comandada y guiada exclusivamente por el señor Boschetti.

INTRODUCCION

No voy a presentar aquí, estrictamente, un diario de viaje, ni un conjunto de relatos sobre incidentes personales, sino mas bien resultados generales o particulares de lo que hemos observado, experimentado e investigado como una pequeña contribución para la Geografía y las Ciencias Naturales ecuatorianas, en este viaje tan excepcional, bajo muchas consideraciones. Lo que voy a escribir acerca de las montañas de Llanganati, podría, en ciertos puntos y pasajes, tenerse por exagerado, debido a lo extraordinario de ellos; para evitar ésto, ruego conside-

rar que, si a despecho del todopoderoso aliciente del oro, y del cuantiosísimo oro de Atahualpa, esas montañas no han podido ser frecuentadas por el hombre después del descubrimiento y conquista de América, es porque algo de raro encierran en sí mismas, y con mayor fuerza que la propia codicia humana por el oro. Efectivamente. La primera impresión que me han dado los Llanganati, después de conocerlos, es la de que, antes de que el antiguo español Valverde los hiciera famosos con su sorprendente Derrotero enviado desde España, ya fueron montañas misteriosas para los aborígenes remotos, Quiteños e Incanos, y por eso creemos que no sería extraño, como lo dice esa verosímil leyenda documentada, que los indios volvieran a arrojar en ellas el oro que de por allí mismo, sin duda, habían sacado para rescatar al Inca Atahualpa.

Por ser, pues, un país desconocido e inexistente en los mapas, extremadamente raro, y a la vez, legendario, el que nos ha tocado explorar, estimo muy conveniente, iniciar mis escritos con un breve recuento de lo que han opinado respecto de dichas montañas los geógrafos y los viajeros científicos, y también de las ideas corrientes que el vulgo se ha forjado sobre los siempre afamados Llanganates, según se ha dado en llamarles con esta equivocada ortografía en los últimos tiempos a las montañas Llanganati de la antigüedad, y, en cuyo error incurrió yo mismo al escribir mi libro «El Ecuador Mineiro, etc », que lo escribí casi un año antes de hacer este viaje que aquí voy a relatar, y antes también de ahondar más mis estudios sobre la toponimia ecuatoriana.

Como es natural, no dejaré, tampoco, de referirme con frecuencia a mi citado libro con el propósito muy obvio de irlo compaginando, es decir, confirmando o corrigiendo lo que allí tengo dicho con cuanto yo mismo he ido a ver y saber por mi propia experiencia en las montañas de Llanganati; pues, cualquiera podrá darse cuenta de la intensa curiosidad que se despertó en mí al decidir el viaje a dichas montañas a fin de comprobar

lo que en realidad eran tales lugares: si meramente intrincados **esconditis** de los Incas para ocultar sus riquezas metálicas fuera del alcance de la codicia del hombre blanco, si eran, diré, sólo una segura arca de caudales aborígenes con cerradura secreta, llena de **oro legendario**, o, si acaso, había yo acertado en denunciar teóricamente a los Llanganati, en mi citado libro, como riquísimos veneros naturales de **oro científico**, fundándome únicamente en razonamientos y análisis de simple sentido común sobre el desarrollo histórico, la disposición geográfica y la estructura geológica del Ecuador. Este último punto, nada más que por aventuradas deducciones mías, ante la falta lamentable de previos estudios al respecto, que no los hay en la escasa bibliografía científica del Ecuador. Iba, pues, en pocas palabras, a someter yo mismo a prueba mi libro, en el cual tanto hincapié hago justamente en demostrar, probar y comprobar con todo recurso lógico y auténtico, que la riqueza mineral del Ecuador no es **una fábula** ni ha sido nunca **una fábula**, como el pesimismo lo querría, porque, en mineralogía aún no se presenta, a manera de regla, en el planeta el caso de que, lo que ayer fue, hoy ya no lo sea, conforme lo sustenta, a propósito, con irreplicable elocuencia la siguiente afirmación de nuestro geólogo más sabio Teodoro Wolf, afirmación nunca citada sino siempre esquivada en la nueva literatura nacional: "No soy de la opinión de algunos, que creen que los lavaderos de oro y en general las minas de oro del país, se hallen agotadas. Lo que falta para hacerlas productivas **COMO EN LA ANTIGUEDAD**, es el espíritu emprendedor y la constancia".

Si Teodoro Wolf, el geólogo magistral del Ecuador, opina y asevera que en lo moderno pueden ser tan productivos los lavaderos y las minas de oro del Ecuador, como en la antigüedad, es porque admite y reconoce que hubo riqueza natural de oro en nuestro país en épocas pasadas, y porque, como geólogo, sabe demasiado

que los minerales no se agotan tan fácilmente como las mieses en una sementera, después de una cosecha.

Valga, pues, la pena, en la presente oportunidad, y al volver a tratar sobre Llanganati, insistir en la afirmación de esta irreplicable verdad que constituyó la tesis esencial de mi mencionado libro:

La economía del Ecuador sólo ha tenido tres épocas florecientes, a saber:

1a.—La de la riqueza del oro natural, o riqueza natural del oro ecuatoriano, extraído de las montañas de su propio territorio; (La Conquista);

2a.—La de la riqueza del oro extranjero, obtenido por el artificio de la exportación de tejidos de lana en tiempos de las ovejerías y de los obrajes; (la Colonia);

3a.—La de la riqueza del oro extranjero, obtenido también mediante el artificio de la exportación del cacao. (La República).

¿Por qué razón, entonces, no pudiéramos revivir en estos días la riqueza del oro natural ecuatoriano, que no se ha extinguido, además de seguir teniendo la riqueza agrícola tropical para disponer de oro importado, como ahora, y a la vez nuestro propio desenvolvimiento industrial, a fin de consolidar aquí ambos oros, tanto el natural como el importado, y ser así el Ecuador no sólo una nación solvente, sino rica?

Es, por tanto, de este modo, promotor del redescubrimiento del oro natural y del aprovechamiento de las demás riquezas naturales del Ecuador, como concibo mi modesta contribución a las Ciencias Naturales del Ecuador a través de estos escritos, que son las Memorias de un viaje a las montañas de Llanganati hecho con las miras que aquí dejo sinceramente apuntadas y a las cuales necesariamente he de ajustarme en el relato que continuaré.

II

Opiniones de nuestros geógrafos sobre los Llanganati

A cualquiera sorprende que desde que se descubrió la América, desde que se descubrió y conquistó el Ecuador, los Llanganati hayan ido quedando como una isla mediterránea incógnita, como un punto territorial en blanco, donde nadie ha logrado aproximarse, formándose así el eterno vacío en nuestros mapas antiguos y modernos. Sólo en el gesto avaro y entre la boca y oído de eventuales aventureros, las sucesivas generaciones de ecuatorianos, desde el año de 1534, han podido adivinar que los Llanganati eran algún patrimonio del diablo, heredad de unos pocos providenciales que guardaban ciertos papeles bajo siete llaves o que dormían sobre ellos, en fin, que Llanganati era sinónimo del Misterio. Sorprende sí, en verdad, que a ningún geógrafo o viajero investigador se le haya ocurrido nunca ir con mano científica a descorrer el velo de este misterio, siquiera por curiosidad privada o pública, ya que nó quizá por intereses materiales. A mi juicio, nuestros respetables hombres de ciencia que han estudiado el Ecuador, por huír de una candorosidad, han caído en otra peor.

Pienso que al tratarse de los Llanganati, ellos han creído ser mengua ocuparse de una región de leyendas tenidas lamentablemente como propias de crédulos y de legos, y han dejado así, en manos de charlatanes un buen girón del mapa ecuatoriano que no es un mero espacio de terreno insignificante, ni un vulgar páramo andino olvidado por la chacarería lugareña, sino, por lo geológico, y en cuanto a mí me consta, una verdadera maravilla orográfica de la América entera, que cubre un espacio que lo calculo en quinientos kilómetros cuadrados, donde el mundo científico tendría un vastísimo cam-

po de observación, de estudio y hasta de aprendizaje. Parece que siempre es necesario, aún a la sabiduría, una pequeña dosis de credulidad, y es ésta, en muchas instancias de descubrimientos e invenciones científicas, la que ha dado el verdadero hilo de los hallazgos. El único viajero ilustre que, sin menoscabo de su saber científico puso oído atento a las fábulas de Llanganati, fue el botánico inglés, Richard Spruce, quien vino al Ecuador por el año de 1857, y recopilándolas para la Real Sociedad Geográfica de Londres, nos ha transmitido en su bello libro "Notes of a Botanist on the Andes and the Amazons", interesantísimas noticias corrientes de esa época, hoy ya extinguidas, acerca de los Llanganati, noticias que insertaré yo más adelante, debidamente comentadas.

Toda persona instruída sabe hoy en el Ecuador que, en el decurso de cuatro siglos que tiene de conquistado por los españoles el antiguo Reino de Quito, han entrado a los Llanganati solamente muchos aventureros anónimos, excepción hecha de dos personas de nota más o menos científica; pero, de los aventureros no sabemos hasta dónde fueron qué hicieron, qué encontraron, qué no encontraron. Ellos pueden haber ido cerca o lejos, más allá o más acá unos de otros, pero éso, ¿quién lo sabe? La noticia de las aventuras ha muerto con los aventureros. El chisme de sus recorridos habrá circulado apenas a hurtadillas entre el gremio de buscadores de los tesoros ocultos en Llanganati, mas, de todo ésto, ¿qué ha aprovechado la ciencia?

Como he dicho, sólo de dos personas no anónimas y nada más que una de ellas de sobrado crédito científico, que penetraron a los Llanganati han quedado noticias escritas sobre el papel; literaria la una, y únicamente gráfica la otra. La primera es una carta del geólogo alemán doctor Guillermo Reiss al Presidente García Moreno, del año de 1873, después de un viaje de tres semanas en que el viajero Reiss, a duras penas avanzó hasta el llamado Cerro Hermoso (Yurac-Llanga-

nati) con un tiempo pésimo; y la segunda, es un mapa, el del antiguo y olvidado botánico español, Atanasio Guzmán, hecho a principios del siglo XIX, cuya copia, en lo sustancial, reprodujo el suscrito en su libro «El Ecuador Minero etc.»

A estas dos únicas piezas documentales geográficas sobre Llanganati, creo ahora muy justo añadir el anti-quísimo y célebre Derrotero de Valverde, porque geográficamente lo hemos encontrado en buena parte serio y correcto, salvo algunos detalles y apreciaciones, hasta el punto donde fue posible seguirlo en nuestra expedición, desde lo alto, como sobre un mapa. Nada más existe en el mundo escrito de primera mano, por ojos que hayan visto los Llanganati.

Todos nuestros geógrafos y viajeros científicos no hacen más que marcarlos en sus obras con las palabras desconocidos, ignorados, según vamos a verlo ahora aun cuando sea repitiendo algo de lo que ya tengo citado en mi referido libro.

El Dr. Teodoro Wolf, nuestra primera autoridad en materia geográfica, confiesa sincera y honradamente que él nada sabe por sí mismo de los Llanganati, cuando dice: «La parte de la Cordillera Oriental desde el río Pastaza hasta los páramos de Chalupas al Este de Latacunga, pertenece a lo más desconocido del país, y preciso es confesarlo, también a los flacos de mi mapa. Esta región se comprende comunmente bajo el nombre de «Cerros o Cordilleras de los Llanganates» o de «Llanganate». La única expedición científica que hasta ahora haya penetrado a este mundo desconocido, es la que verificó el Dr. W. Reiss en Enero de 1873, en tiempo malísimo y bajo condiciones poco favorables a las observaciones geográficas».

El gran geógrafo Alcedo (quiteño en el extranjero, pero extranjero en Quito), describe así a los Llanganati en su Diccionario Geográfico: «Llanganate.—Monte muy alto, cubierto siempre de nieve en la Cordillera de Cotopaxi de la Provincia y Corregimiento de Ambato del

Reino de Quito. Es tradición común que hay en él riquísimas minas de oro, donde hasta hoy no ha llegado nadie, porque sólo se lo ve de distancia....».

Don Manuel Villavicencio, el geógrafo más conocedor, sin duda que todos, de la orografía ecuatoriana, pero que, sin embargo jamás visitó los Llanganati y que acogió sin escrúpulo lo que pinta Atanasio Guzmán en su estampa topográfica, dice: «Llanganate o Cerro Hermoso.—Esta montaña ha sido poco visitada de los viajeros por haber sido poco conocida su posición...».

Don Pedro Maldonado y Sotomayor, antiguo y el más ilustre geógrafo ecuatoriano, a pesar de dibujar el Cerro Hermoso con notable corrección y de señalarlo en su «Mapa de la Provincia de Quito» con la leyenda de «Llanganate, sierra nevada y minera de oro», incurre empero en gravísimos errores, tanto de posición geográfica de este cerro localizándolo en la misma latitud que Ambato, como haciendo desembocar al río Guapante al Sur de Píllaro, muy cerca de Patate después de hacerlo re correr desde el Quilindaña y llevándolo por encima de las cordilleras de Jaramillo y de Leyto, lo cual demuestra que Maldonado nunca visitó la región ni tuvo noticias fidedignas sobre ella.

Pero, Edward Whymper, el gran andinista inglés, tan inteligente como intrépido, que fué sin duda el único hombre que sin visitar los Llanganati, pudo sin embargo verlos desde las cúpulas de los altos Andes, donde él logró escalar, sitios exclusivos desde donde yo pienso que son visibles siquiera las cumbres y la amplitud de los Llanganati, se expresa así acerca de estas montañas: «La completa exploración de este distrito de los Llanganates solamente, daría ocupación a un buen viajero durante muchos años».

Más adelante, en su debido sitio, citaré comentariamente las palabras auténticas del Dr. Reiss después de su viaje al Yurac-Llanganati o Cerro Hermoso, por ser ese el único documento en existencia, de persona letrada, que haya ido allá, y ésto sólo a sus faldas occiden-

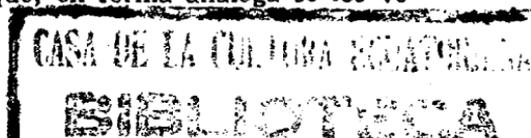
tales, apéndices volcánicos de los páramos de Jaramillo, donde por lo menos pueden subsistir los animales domésticos del hombre, porque allí las montañas no se muestran en toda su fiereza geológica y orográfica.

Así es, pues, como han conceptualado a las montañas de Llanganati nuestros hombres más sabios en Geografía, señalándolas unánimemente como la región más desconocida de la República del Ecuador desde la antigüedad española en América, hasta nuestros días, diré.

III

Las ideas del vulgo acerca de Llanganati, y las ideas actuales de nuestra expedición

En el vulgo, la sola palabra "Llanganates", como hemos solido decir equivocadamente, es objeto de mil interpretaciones y descripciones, naturalmente, todas erróneas por tratarse de un país hasta hoy sin geografía, sobre el que, cualquier versión se convierte en moneda corriente. Unos describen a los Llanganati como profundísimas quebradas donde los Incas enterraron el oro que habían reunido para rescatar a Atahualpa; otros creen que son unas montañas (selvas); otros, que son unos páramos iguales a los que conocemos por acá en el mundo de los Andes volcánicos; alguien me dijo también que los creía llanuras; y, yo mismo siempre participé de la idea más difundida entre el mayor número de personas de que los misteriosos Llanganati no eran otra cosa que unas de las comunes estribaciones amazónicas de los Andes orientales, que, en forma análoga se los ve



también en los Andes occidentales. Sin embargo, al escribir mi libro, sospeché ya como algo más que simples estribaciones, y dije textualmente en la página 75: "Por el Oriente, sobre todo desde Pillaro, Baños y Miera hacia el Norte, hasta el Cayambe y Saraurco, parece que hay casi una tercera cordillera paralela a la Real, toda ella formada por rocas antiguas, ricas en minerales, zona en la que, justamente están comprendidos los tres, Llanganatés».

En realidad, la expedición nos ha demostrado que no se trata en manera alguna de tales estribaciones, pero que tampoco Llanganati sea, estrictamente hablando, una cordillera, ni que sean paralelos a los Andes ni directamente articulados al Sara-urcu y al Cayambe. Los Llanganati como tales, son en legítimo lenguaje, un complicado y solitario SISTEMA de montañas de formación antiquísima, nada volcánicas, que se levantan a gran altitud independientes de los Andes volcánicos, ocupando el lugar en que éstos emiten sus estribaciones hacia el Oriente. Por su altitud y por su consecuente raquílica y monótona vegetación, pero muy exclusiva de ellos, son "páramos", y páramos de una hostilidad sin parecido. También he visto que no hay solamente tres Llanganati, pues, aún el mismo Derrotero de Valverde dice: "podrás divisar tres cerros Llanganati, como dando, acaso a entender que hay más de tres cerros Llanganati; y, efectivamente, los hay más de cinco, acaso seis grandes cerros Llanganati, sin contar con los numerosos relativamente pequeños, que son puentes o estribaciones laberínticas de los mayores.

Por cierto, debo decir ahora que, si los Llanganati, en realidad, no constituyen en sí mismos una cordillera o cadena orográfica paralela a los Andes, en cambio, a continuación inmediata de los Llanganati y de las estribaciones andinas, hacia el Este, aunque separadas por una curiosa pero bien definida dislocación no sólo hidrográfica, sino geológica, nuestra expedición pudo reconocer con plena certeza la existencia de una tercera Cor-

dillera de los Andes, esta sí, con visible paralelismo a la Cordillera oriental, formando una barrera longitudinal, pero transversal a las estribaciones de la primera, y que corre tajada por numerosas brechas hidrográficas desde el Sangay al Abitahua, y al Castañas, y al Guacamayos, y al Pisambilla, extensión panorámica soberbia que hemos logrado verla de una sola vez esplendorosamente, y con estos caracteres que dejo anotados, desde nuestro elevadísimo y tan inmediato balcón de Llanganati, lugar que permite contemplar gran parte del mapa vivo del Ecuador, como de las nubes o algo más arriba, si tomamos en cuenta que nuestro mirador está a más de cuatro mil metros, y, casi a plomo, abajo, a sólo veinte kilómetros de distancia, el pueblo del Napo apenas a cosa de quinientos metros sobre el nivel del mar. No hay otro lugar del cual se pueda obtener hacia el Oriente un espectáculo semejante, dada la proximidad tan estrecha de esos elevadísimos picos con la selva amazónica, y por ello creemos que es la primera vez que así se ve este conjunto y así se lo interpreta.

Esta tercera Cordillera de los Andes, siempre dibujada con rasgos y manchas orográficas de pura fantasía supletoria en todas nuestras cartas geográficas pintadas por las hormigas humanas que se mueven a ciegas y que, asimismo, hacen topografía ciega debajo de la imponderable selva, es la cordillera o barrera que principalmente ha dificultado por siglos, más de lo admisible, la accesibilidad al Oriente, y es la misma que seguirá impidiendo la vialidad moderna de ruedas al Tántalo amazónico. Y, es de allí, justamente, de esta tercera y nó identificada Cordillera de los Andes, la más mineralizada de todas y de formación aluvial antiquísima, y nó de la Cordillera oriental, volcánica como la occidental, de donde sale a torrentes el oro que se riega en los amplios placeres o lavaderos inmediatos, muy inmediatos a los ríos auríferos orientales, que arrastran, no que socavan, el metal precioso. Por desgracia, esta Cordillera es la más forestada también de

todas, por ser menos elevada que la oriental y la occidental. Lo selvático de ella dificulta grandemente su exploración prospectiva de minerales y hasta la ha impedido el figurar en los mapas. Si el oro naciera directamente de la Cordillera oriental, como se ha creído, entonces, de un modo u otro, no habría chagra ni indio vaquero pobres entre los gañanes que sirven duramente en los remotos páramos de esa cordillera. De cualquier manera, eventualmente, hallarían oro en sus constantes correrías buscando ganados hasta muy abajo de las estribaciones. Pero, tal cosa no sucede, o sucede una vez cada doscientos años; mientras que los campesinos establecidos en las vecindades de esta tercera cordillera, hallan oro todos los días y a toda hora.

Lo que talvez ha impedido también para que se la identifique como tal a esta tercera cadena de montañas, es el estar de trecho en trecho desarticulada por numerosos ríos, disfrazándolas como a lomas aisladas. Pero la explicación es obvia: si en las sólidas y masivas cordilleras oriental y occidental se han abierto brechas como las de Pastaza y Paute, Guayllabamba y Chota (aunque no parece que por obra inicial de las aguas), con sobrada razón las copiosísimas e incesantes lluvias de los versantes orientales tienen que haberse abierto paso fácil por erosión en un alomado aluvial como el de esta tercera cordillera.

Un último punto es necesario consignarlo. Es el de que, a pesar de que esta cordillera no es de formación volcánica, sin embargo tiene volcanes propios y exclusivos de ella, como son, por ejemplo, el Sangay, el Sumaco y el Reventador, apostados longitudinalmente en línea paralela a la Cordillera oriental, pero que, en manera alguna pertenecen a ella.

Resumidamente diré, pues, que en la República del Ecuador hay también tres cordilleras de los Andes: dos muy elevadas y volcánicas, la occidental y la oriental, y una más oriental aun, poco elevada, no volcánica, pero muy rica en minerales metálicos valiosos; y, entre esta

última y la anterior, en la Provincia del Tungurahua se intercala el inmenso promontorio o promontorios monolíticos de granito, llamados Llanganati, como un aborto orogénico de lo que debió o pudo haber sido toda la Tercera Cordillera de los Andes Ecuatoriales, si la Naturaleza la hubiera completado como en el Perú y en Colombia.

Esto explica, entonces; más razonablemente dos cosas muy importantes:

1ª.—Que la minería no se ha desarrollado en el Ecuador como en Colombia y en el Perú, solamente debido a que la cordillera mineral es aquí mucho menos accesible que en los dos países citados porque está copada por la gran selva y situada en la zona de más densas lluvias; y

2ª.—Que, mientras para el Ecuador ha sido una obra titánica el tomar posesión del Oriente, en cambio, para Colombia y especialmente para el Perú ha sido un trabajo relativamente fácil, por cuanto allí sin duda la Tercera Cordillera de los Andes, bien completada por la Naturaleza, debe emitir estribaciones que penetren libremente en la llanura amazónica sin vallas puestas de traves, como sucede aquí, según hemos visto, en nuestra región oriental, y como no sucede así en nuestra misma región occidental, además, porque el alto Marañón se presenta allí paralelamente a las Cordilleras de los Andes, y nó casi en ángulo recto como los grandes ríos orientales del Ecuador.

Estas ideas nuevas sobre nuestra Geografía, quizá contribuyan a modificar los conceptos y las investigaciones de la Geología ecuatoriana, casi inédita hasta hoy, sobre todo en lo Minerológico.

IV

¿Por qué han permanecido inexploradas las montañas de Llanganati?

A varias causas atribuyo el que hayan permanecido inexploradas por tantos siglos esas indómitas montañas:

Primera.—A que los hombres de ciencia, que son los que mejor pueden entrar a tales parajes, donde ni la brújula es un lazarillo seguro para el viajero, han mirado con desdén y prejuicios inexcusables, como he dicho antes, a cualquier proyecto de penetrar a lugares tenidos lastimosamente un siglo tras de otro, por simples escondites de tesoros fabulosos y a donde no debían ir sino los locos y los ridículos, y eso, a hurtadillas de la murmuración pública, ya que para el público profano, los Llanganati han sido toda la vida “unas simples quebradas donde se cree que hay entierros de oro.”

Segunda.—A que, conforme he podido darme perfecta cuenta en nuestra larga y extensa expedición, los Llanganati constituyen, dentro de todo el territorio, así tropical como andino, de la República del Ecuador, la única zona geográfica (no digo sitio, simplemente) en absoluto inhabitable no sólo para el hombre, sino igualmente para los animales domésticos y para las plantas cultivadas del hombre, debido a la hostilidad combinada de todos los elementos y agentes desfavorables de la Naturaleza, aún contra la Faúna salvaje y la Flora silvestre. Ante la desolación mortal y agresiva de Llanganati, la selva es un parque de alegría y de vida; y, nuestros páramos de acá, sonrientes praderas de césped.

Tercera.—A que, no pudiendo penetrar allá jamás ninguna clase de ganados desde los páramos andinos, porque los ahuyenta y tritura fatalmente, ni brindando aliciente alguno aquellos parajes para la cacería, por la escasez de la Faúna salvaje y la hostilidad extrema pa-

ra el hombre —quien necesita allí de muchas provisiones costosas y de precauciones inteligentes— no hay por lo tanto, indios ni chagras **vaqueanos**, **conocedores** de tales lugares, como acontece en los otros páramos de nuestras cordilleras y aún en nuestras selvas con los montuvios.

Cuarta.—A que todos los exploradores aventureros de los Llanganati, sin duda desde que se despertó el interés por el Derrotero de Valverde se han entregado obligadamente en manos de indios y chagras supuestamente «conocedores» o «guías» de Llanganati; porque, a pesar de que es lógico —una vez que se conoce esas terribles montañas— que no puede haber pilotos prácticos de aquella cuasi-náutica terrestre entre gentes de infeliz mentalidad, sino entre personas de mejor desarrollo intelectual, sin embargo, hay, y debe haber existido siempre una legión de falsos guías dedicados a la lucrativa industria de explotar con maestría los locos entusiasmos de los incautos exploradores. Estos industriales de la novelería saben mil artimañas del ya viejo oficio que se han transmitido, talvez de padres a hijos en tantos siglos pasados embaucando aventureros. Les llevan a éstos a los primeros laberintos de los Llanganati, hasta donde el pseudo-guía buenamente se atreve; les hacen dar vueltas y revueltas desesperantes en medio de la tenebrosa niebla, ejecutando malabares con las jornadas, a fin de entretenerles y devorarles los víveres, además de ganarles sueldos y jornales cuantiosos.

Los indios, buenos cómplices, les obligan a volver caras a los noveles exploradores el momento en que a aquellos les place, con sólo escamotearles los víveres o devorárselos en una sola acampada, sembrando así el pánico en la exploración; y, los chagras a su vez, acobardados de su propia empresa, que puede resultarles muy cara y fatigosa a ellos mismos, acaban por arrojar al explorador a una honda y única quebrada que hay entre la cordillera de Mulatos y Llanganati, por donde le devuelven a Píllaro dándole palmaditas en el hom-

bro Esta es la historia incesantemente repetida con centenas de gringos y con docenas de ecuatorianos que han ido por allí a aventurar en diferentes épocas, calladamente. Los restos, nuevos o viejos, de estas estafadas aventuras hemos hallado dispersos, aquí, allá, acullá, hasta unos tres o cuatro días adentro de Pillaro, pero que han representado quince días, un mes o algo más de viajar, acampando o marchando al rededor de un mismo punto enteramente cercano.

Un dato curiosísimo que no debo omitir al respecto, es el siguiente: en Pillaro no se oye jamás a nadie pronunciar la palabra «Llanganati»; es como una «mala palabra». Allí se dice “fulano va a entrar al Oriente, se fue al Oriente; o vino del Oriente”. El nombre “Llanganati” sólo pueden decirlo apenas unas tres o cuatro personas, y muy calladito al oído. Es un secreto, gran secreto que debe costar mucho para que se lo revelen a alguien. Sin embargo, por Pillaro no se puede entrar al Oriente, pero a Llanganati sí.

El romper, más que quitar el velo artificioso, diré, que ha cubierto por tan largo tiempo a este territorio inmenso destinado así a figurar como falla perpetuamente en blanco en los mapas de la República del Ecuador, ha sido la obra meritísima de mis dos muy valerosos y tenaces compañeros, señores Boschetti y Ré, nativos de los Alpes italianos. Ellos, en el curso de dos años consecutivos, en 1931 y 1932, han practicado cuatro previas y costosas expediciones, penetrando infatigablemente, poco a poco, ya por un lado, ya por otro, adiestrándose, marcando rutas, trazando mapas, haciendo trabajos de descubierta, en fin, preparándose ellos como guías de sí mismos para una aventura más considerable, que es la que emprendimos en 1933-1934. De modo que la expedición a los Llanganati objeto de este escrito, no fue obra de una sola embestida. Ellos, con esta preparación, y con su energía, templaron así, sobre todo, la indispensable fortaleza de ánimo entre los expedicionarios que resistimos la prueba, en lugar de fisonomía tan

agreste y de tan pavorosa desolación, que infunde un pánico irrefrenable en el espíritu más valeroso.

Nuestra expedición salió de Quito el 26 de Diciembre de 1933, y regresó el 7 de Febrero de 1934. Eramos veintiocho hombres entre todos: tres expedicionarios y veinticinco individuos de carga, pues llevábamos una tonelada y media de impedimenta. Cuando llegamos a cosa de setenta kilómetros al Este de Píllaro, a los siete días de viaje, marchando siempre a altitudes desde 3.500 a 4.200 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura siberiana, nuestra tropa quedó reducida a sólo once hombres. El resto nos abandonó, por fuga unos, y por convenio otros ante la fragosidad de la ruta y las penalidades de la marcha, pero jamás nos faltaron provisiones, gracias a la admirable organización y severo orden impuestos por el jefe expedicionario, en lo que radica el verdadero secreto del éxito en Llanganati. No dependíamos de ningún guía de poncho, y habíamos sometido a dieta precisa a los peones, trabajo titánico y heroico en des poblado tratándose de un ejército rústico, voráz e indolente de indios fletados y siempre listos a la traición y aún a matar a los jefes por un pedazo de pan. Es ésta quizá la parte más dura y difícil del viaje, que no la han sabido descubrir nuestros previos exploradores, y por la cual han ocurrido tantas tragedias que han quedado ocultas en Llanganati. Es preciso saber que una expedición como la nuestra penetró con víveres suficientes para mantener un promedio de quince hombres diarios durante dos meses, aparte de un equipaje propio para vivir en los Polos y algo más duramente que en ellos, y todo marchó como un reloj, por la seria organización, el factor que más recomendaríamos a futuros exploradores, para quienes hemos puesto solamente unos jalones delanteros; pues, no pretendemos haber arrancado todos los secretos a los Llanganati en esta corta acometida de sólo cuarenta días de batalla con lo inhabitable.

V

**Esquema preliminar de la orografía
de los Llanganati**

El confín oriental de la meseta de Pillaro, Provincia del Tungurahua, está formado por el perfil suave y bastante regular de una alta, bien recostada y larga loma que corre de Norte a Sur como un escaldar del Cantón, desde un corte natural por donde desagua el río Guapante al callejón interandino, cerca de San Miguel de Salcedo, continuándose más o menos así hasta las alturas de Baños, en el desgarro del Pastaza. Esta larga loma, que se la puede ver claramente en toda su extensión mirándola de la línea férrea o del carretero cuando se viaja entre Cunchibamba y Yambo, es, en realidad, todo lo que constituye la cordillera oriental de los Andes al Este de Pillaro, excepto un tramo que, aproximadamente, a partir de la mitad del gran lomón, y con igual altitud, se desprende y proyecta en ángulo recto al oriente hasta ir a soldarse con el cuerpo del Cerro Hermoso o Yurac-Llanganati. Al otro lado del dorso longitudinal, y en la porción Norte comprendida entre las latitudes de Pillaro y San Miguel de Salcedo, ya no hay más que un descenso a un amplísimo valle de páramo llamado de «Cuchi-huasi», seguramente corrupción de 'Cocha-huasi', lleno de lagunas, atravesado el cual, desaparece geológicamente la volcánica y moderna Cordillera, para volver a levantarse la corteza terrestre y formar, entonces, las primeras gesticulaciones abruptas del caos antiquísimo de Llanganati. Mientras en la porción Sur, entre Pillaro y Baños, diríamos, se suceden una serie de pliegues semi-volcánicos correspon-

dientes a los páramos de Jaramillo y los cerros de Leyto, zona de muy poco interés científico y ajena a la zona del legendario Derrotero de Valverde.

Aquel elevado lomón de Pillaro, a que me refiero, es visiblemente un apéndice, un retazo aislado y casi sumergido de la gran Cordillera que, constituida por el Cayambe, Puntas, Guamaní y Antisana, pasa por detrás del Cotopaxi, se encadena al Quilindaña y se desarticula una vez en la pequeña brecha del río Guapante, y, otra vez en la enorme abertura de Baños. Digo "detrás del Cotopaxi", porque éste es un volcán propiamente interandino, así como lo es el cerro Putzalahua que respalda por el S. E. a Latacunga. Con el Cotopaxi y el Putzalahua, la Cordillera oriental gana terreno al callejón interandino en la Provincia de Cotopaxi, en tanto que con el valle de Los Chillos, el callejón interandino gana terreno a la Cordillera oriental en la Provincia de Pichincha. Por esta razón, el Cotopaxi se exhibe en el fondo Sur de Los Chillos, enteramente aislado, siendo éste un detalle de suma importancia para los estudios de Geografía, de vialidad, y sobre todo, de meteorología ecuatoriana. Recordemos que éste fué el camino estratégico de Huaina Cápac y también de Sucre para la conquista de Quito. Ellos supieron en su tiempo más geografía que nosotros.....

Tomando, pues, como base este retazo o apéndice de la Cordillera oriental, cortado en Guapante y en Baños determinaré hoy el área que incluye a los Llanganati, como masas orográficas, y, en los capítulos venideros, descifraré con ello mismo y con documentos uno de los datos de más trascendencia para la Pre-Historia ecuatoriana, denigrada sistemáticamente por muchos de nuestros propios investigadores ecuatorianos.

Desde la brecha del Guapante, situada en el extremo Norte del apéndice cordillerano de Pillaro, podemos trazar una línea de cosa de setenta kilómetros de largo hacia el E. N. E., más o menos hasta cortar una latitud como la de Latacunga. De ese punto podríamos bajar

otra línea recta al Sur hasta tocar el pueblo de Mera; de aquí otra recta a Baños, y en Baños, que es el extremo Sur del mencionado apéndice cordillerano, quedaría así cerrada una figura trapezoidal comparativamente tan grande como la que se encierra entre Quito y el Chasquí, y entre el Atacazo y el Antisana. En este enorme espacio de territorio está comprendido el aislado y solitario sistema de montañas de Llanganati, ocupando aproximadamente las tres cuartas partes de aquél, y presentándonos allí, dentro de este trapecio geográfico, tres monstruosidades o fenomenalidades sorprendentes e intrigantes en el campo de la Geología orogénica: 1°. los inmensos promontorios graníticos de Llanganati; 2°. la sumersión de la Cordillera real; y, 3°. la fractura ciclópea de Baños, ésta, junto al gran foco volcánico aún activo del Tungurahua.

Este espectáculo mudo pero elocuente de tremendas fuerzas puestas en juego; no nos podrá indicar que hay alguna correlación orogénica entre tales elementos? No será que la presencia previa de los antiquísimos Llanganati impidió cimentar bien a la cordillera volcánica y a contrapesarla hasta el punto de llegar a producir el pavoroso cataclismo de hundimiento que formó la garganta de Baños y vaciar por allí el indudable lago de esa parte interandina? Problemas son éstos de muy difícil solución, pero que vale la pena enunciarlos en esta oportunidad para provocar un mayor estudio de la materia y el adelanto de nuestras ciencias naturales ecuatorianas.

Pero, volviendo a esquematizar Llanganati, diré que esas montañas ocupan una amplia extensión longitudinal y latitudinal del Oriente de la provincia de Tungurahua, a cuya jurisdicción política pertenecen. Están divididas naturalmente en dos grandes grupos principales mediante un estrecho callejón invadido por ciénegas de las cuales ya muy afuera se inicia un río, seguramente el Topo. El un grupo es septentrional y termina por el Norte en una gran hoya hidrográfica; esta sí de aguas corrien-

tes desde muy cerca de la cordillera, pero ignorada por los geógrafos, siendo tan accesible y conocida por los pillareños, y, de donde comienza la sub-cordillera de Mulatos, estribación de los Andes. El grupo meridional acaba en el alto Pastaza por el Sur, y, ambos grupos están divididos por el elevado murallón que he citado, que se suelda en T al lomón de Pillaro y va a encajarse con el Yurac-Llanganati llamado también «Cerro Hermoso» por el vulgo ecuatoriano de habla española del siglo XIX. Este cerro, aunque pertenece al grupo meridional, es vecino inmediato del septentrional, el que fue teatro de nuestra exploración, y que contiene, en cambio, los cuerpos más masivos de esas montañas y los más altos, después del Yurac-Llanganati, y su estructura geológica es exclusivamente de rocas antiguas, sin intervención absoluta ni interna ni externa del volcanismo.

Convencionalmente hemos dividido a los Llanganati, además, en superiores, a los occidentales, y, en inferiores a los orientales, o sea a los que ya tocan más abajo la selva y se enfrentan directamente con la tercera cordillera que he mencionado antes. Los Llanganati inferiores son mucho más fragosos y abruptos que los superiores y representan el punto de choque de esa arrolladora y eterna catarata continental de nubes que emite el inconmensurable caldero amazónico.



VI

**Píllaro, la puerta de un mundo desconocido
para la Geografía, ignorado por la Historia,
e inadvertido por las Ciencias Naturales**

La ruta para penetrar a los Llanganati, es ineludiblemente, la de Píllaro, como lo aconseja el propio Derrotero de Valverde. No es posible otra cosa, porque están ocultos de tal manera al Oriente de la Cordillera Real, que su situación estratégica más parece obra de malicia humana, que de casualidad natural. Esto, sin duda, ha aumentado la idea de misterio sobre ellos, y explica así, en cierto modo, la opinión de la gente sencilla, de que esos cerros son obra del demonio a pedido de los Incas para ocultar allí sus estupendas riquezas. Creo que ni siquiera es posible verlos a distancia de ningún otro punto fácil del Ecuador, sino trepándose como un Whymper a las cúpulas de nuestras más grandes montañas nevadas, y aún así, sólo para divisar confusamente en la lejanía apenas sus coronas de picachos negros, retintos, quedando fuera de vista los mil vericuetos y laberintos de sus profundidades espantosamente abruptas.

Los Llanganati, son verdaderamente, un palco oculto para ver a todos sin ser visto por nadie, ni del Oriente, como en teoría puede suponerse, debido a la obstinada afluencia de nieblas y la presencia de otra cadena delantera y transversal de altas colinas selváticas que cierran traidoramente el paso y aún la vista por ese lugar: es decir, lo que considero como la tercera Cordillera de los Andes.

El viajero que vaya desde Quito a las montañas de Llanganati, en su camino a Píllaro, tiene que pasar por la villa de San Miguel de Salcedo, asentada en uno de los antiguos sitios de Molli-ambato, donde yo opino que existió una verdadera capital pre-histórica de un poderoso Estado o Señorío aborígen confederado con el de Quito o Quitwa de la antigüedad, y a cuyo Señorío pertenecían los Llanganati como un territorio de gran significación, asunto enteramente inestudiado e inadvertido por nuestra desorientada y atropellada Arqueología Ecuatoriana. De mi parte, como una modesta contribución a las investigaciones de la Pre-Historia Nacional, trataré de esta materia muy particularmente en capítulo separado de este mismo libro.

Desde San Miguel de Salcedo, y torciendo un corto trecho hacia el Oriente, el viajero entra casi de improviso en un gran cañón fluvial interandino de árida apariencia, por cuyo fondo corre el río Guapante. Con poco descender, al río se lo pasa a través de un puente de madera, e inmediatamente la carretera comienza un ascenso fatigoso y largo donde el automóvil hace muchas acrobacias sobre un terreno muy deleznable, hasta que, al fin, alcanzada la alta meseta de Píllaro, el camino tuerce al Sur y después de un considerable recorrido, se llega a dicha población.

Durante este largo paso ascensional sobre terrenos muy áridos, tuve ocasión de ver colgados de las peñas, abundantes festones de la planta epífita *Tillandsia usneoides*, llamada vulgarmente entre nosotros «barbacho» o «salvaje», y por los ingleses "spanish-moss" (musgo español). Hice notar a mis compañeros acerca de la forma en que se presentaba esa planta, que coincidía con la nota comentativa del texto del Derrotero de Valverde, en la pág. 33 de mi libro "El Ecuador Minero, etc."; y les llamé la atención al respecto, para el caso, de que la hallásemos como dice Valverde, tapando la boca de

un socavón en Llanganati, cosa que me pareció extraña, según lo advierto ya en mi citada nota, por la sospechada humedad excesiva de esas montañas.

Ese mismo paso de altas peñoleras del Guapante, aparece como un muestrario muy descriptivo de la constitución geológica superficial de toda la zona denominada tan propiamente por los aborígenes con el nombre de *Moili-ambato* (1). Las peñas exhiben un cúmulo de estratos, ya regulares, ya fuertemente dislocados hasta tomar una posición casi vertical, de materiales íntegramente fluvio-volcánicos alternados o entremezclados con sedimentos manifiestamente lacustres, en extremo deleznable. Los plegamientos inverosímiles de estos estratos fluvio-volcánicos, que se muestran como que han hecho impacto contra rocas y formaciones inamovibles, y la fuerte caída del río Guapante al descender de los páramos a la meseta baja de Salcedo sin lograr erosionar profundamente al subsuelo del páramo, me han hecho pensar, ya al regreso de conocer Llanganati, que, posiblemente, las solidísimas y masivas formaciones antiguas del gran promontorio orográfico de Llanganati, pueden constituir subterráneamente la médula de los cerros y páramos volcánicos del Guapante y de la meseta misma de Pillaro. De otro modo, es de suponerse que el buen caudal del río Guapante habría ya cortado una garganta profunda en sus propios páramos hasta formar un cañón de fácil acceso de la Sierra al Oriente: ni más ni menos que un pequeño cañón de Baños, pero éste sí, por obra exclusiva inicial de la erosión de las aguas, y nó como en Baños mismo, por obra inicial de un cataclismo de hundimiento volcánico, secundado después por las aguas, según es mi opinión desde antes mantenida en este sentido, contra el criterio general de los estudiosos de que en la garganta de Baños no hay

(1).—Véase mi próximo libro, "Inti-llagta Runa-shuti". o Toponimias Aborígenes Ecuatorianas.—L. A. M.

más trabajo que el de Neptuno, sin la intervención de Plutón.

Al acabar la cuesta de Guapante, el viajero queda ya sobre una alta y larga meseta arcillosa que corre de Norte a Sur, comprendida entre el cañón del Guapante y unas elevadas, aunque suaves lomas al Oriente. Bastante al Sur de esta meseta se halla la villa de Píllaro, al extremo de un extenso callejón densamente poblado por casitas de campesinos. Ni en las cercanías de Quito hay tal aglomeración de pobladores rurales. Sin duda, este es el lugar del Ecuador donde hay mayor número de pobladores rurales por kilómetro cuadrado. Tal vez sólo en Europa y Japón, —tierras buenas para la procreación de la humana especie— se pueda ver densidad semejante. Pienso para mis adentros que este hormiguero de hogares no es de germen español como pobladores de tierras conquistadas hace 400 años. Aquí debió haber existido, a mi juicio, por razones naturales aún inestudiadas, desde mucho antes de la conquista española, alguna pujante comunidad nativa, y, sobre ella se instaló e hibridó la vida española, perpetuándola como poblado ecuatoriano de estos días.

Descubrimientos arqueológicos posteriores a nuestro paso por allí, y mis nuevos estudios toponímicos, prueban ampliamente tales sospechas y evidencian que debajo del suelo de Píllaro y detrás del nombre de Llanganati yacen las reliquias maravillosas de una gran nación indígena Quitense y todo un tratado de Pre-Historia aborígen que está por escribirse, y que nunca lo abordaron ni lo presintieron siquiera nuestros historiadores e investigadores del pasado.

De este modo, Llanganati no sólo viene a ser el mundo desconocido para la Geografía, que dicen Wolf y los demás geógrafos, sino, a la vez también, un mundo olvidado por la Pre-Historia y la Historia del Ecuador.

Pero, volvamos a nuestro viaje. Los campos que bordean el camino que conduce a Píllaro, se muestran cultivados con un esmero singular; todos con cereales y pa-

tatas. Es una impresión muy grata, aumentada con un espléndido panorama sobre toda la zona interandina de la Provincia del Tungurahua. El Chimborazo se ostenta desde allí estupendo, y el Carwarazo, situado en línea recta delante de aquel, deja de existir, perdiéndose de vista confundido entre la gran masa nevada del primer coloso.

Píllaro es una población interesante. La plaza de Píllaro se encuentra a una altitud casi idéntica a la de Quito; mejor dicho, a la del Observatorio Astronómico: éste 2816, y Píllaro 2817 metros sobre el nivel del mar.

Sin embargo, el ambiente natural de los dos lugares de igual altitud en el mismo país ecuatorial, no es exacto, aún a pesar de que Píllaro y Quito se asientan ambos sobre duros conglomerados de cangahua. Píllaro, como todo Tungurahua, está bajo el influjo de un sol frío por las mañanas; sólo en las tardes hay el deleite de un sol abrigado. En Quito, al contrario; sol caliente de mañana, y sol destemplado por las tardes. La vegetación silvestre y la cultivada, y aún la fauna salvaje, difieren un buen tanto entre las de Píllaro y las de Quito. Me llamó mucho la atención en Píllaro la poca presencia de pencos de cabuya, tan característica del resto del paisaje interandino ecuatoriano. Hay cabuyos sólo cerca al río Guapante; la misma flora herbácea y la chaparral silvestre no parecen tan espontáneas e invasoras en Píllaro como en Quito. A eso atribuyo, en parte, la nitidez y limpieza de los cultivos pillarenses de campo, así como el uso universal de tapias casi kilométricas a veces, en haciendas y chacras del lugar. La dureza del suelo brinda allí más fácilmente el bloque o adobe tallado de cangahua para amurallar y cercar, que el chaparro tan profuso como acá en Quito. La cantidad de lluvia conjeturo, empero, que es casi igual en Píllaro que en Quito, y ambas son zonas frecuentadas por el granizo. La campiña de Píllaro, careciendo mucho de la silueta del cabuyo, y con casitas campesinas más nítidas, hogareñas y confortables que las de la comarca rural de Quito, tiene ya cierto hábito

europeo o norte-americano, denunciando así, en muchos detalles, inclusive la fructificación de los manzanares, que allí prosperan vigorosa y naturalmente, la visita civilizadora, diré, de un sobrante siquiera de las cuatro estaciones climatéricas que vienen desde el Sur del Continente a morir en pleno Ecuador.

Algo más debe haber también de exclusiva en Píllaro, que en sus campos y aún en los jardines de las casas vagan bandadas de pájaros chirotes, como no los he visto en otra parte del Ecuador, no diré en Quito. Con justa razón la ciencia le ha llamado a este pájaro la *Motacilla pillarensis*. Dicen que gusta mucho de comer el trigo de las sementeras, y que sólo en Píllaro y en Guaranda existen estos pájaros. Siendo el trigo planta común a casi toda la Sierra del Ecuador, quiere decir, pues, que aquellas aves son en extremo selectivas para escoger su hábitat en ciertas condiciones climatéricas tan peculiares, que no alcanzan a registrar esa sensibilidad los incipientes instrumentos mecánicos ideados por el hombre para pulsar los climas.

Hé allí en Píllaro, cuántos casos de grande interés para estudios biológicos en nuestro Ecuador, desde el hogar del hombre hasta el nido de las aves, desde los galantes caprichos del polen de las flores, a la germinación selectiva de las simientes, hasta el sazonomiento pleno de los frutos y las mieses!

VII

Nuestros Primeros Pasos en el Derrotero de Valverde

Partiendo de la población de Píllaro, para entrar a los Llanganati por la ruta de Valverde, es necesario regresar cosa de unas dos leguas hacia el Norte, en parte,

por el largo camino de ida que he indicado antes, y, en parte por otro camino que conduce lentamente al N. E. hasta la hacienda "Huagra-huasi", cuyas casas están recostadas al pie inmediato de ese largo páramo o lomón oriental de Pillaro, llamado Quimbana. Es de presumirse que esta hacienda "Huagra-huasi" sea la misma que Valverde la designa con el nombre de La Moya, o, acaso la antigua hacienda La Moya estuvo más al Norte, donde se asienta hoy el caserío de Poaló. Pero, el hecho es que todo este trayecto es muy lodoso, y, en quíchua moya quiere decir "fango, lodo".

Desde "Huagra-huasi" se inicia un ascenso constante, pero relativamente suave, conservando siempre el rumbo N. E. a través del páramo. La división entre el páramo y la zona de las sementeras es aquí tan marcada, que hay una puerta, llamada "la puerta del páramo", pasada la cual, inmediatamente nos encontramos en pleno pajonal, a la manera de un potrero cercado. Nosotros, los expedicionarios, íbamos a caballo seguidos de una larguísima tropa de peones indios, acompañados ellos de muchos de sus familiares, portando el equipaje, unos a espaldas, otros sobre borricos. Quizá pasaban de cuarenta los que nos seguían, nó todos a correr nuestra suerte, sino como se dice "a aviarles" a sus parientes. Desfilábamos a favor de una mañana radiante, con un panorama espléndido sobre toda la palpitación humana de la Provincia del Tunguragua desplegada a nuestras plantas y coronada por el Chimborazo que desde aquí se nos muestra con una talla y soberanía que supera a todo lo que de él pensamos cuando le vemos desde abajo los que vivimos en los estrechos valles y mezquinas planicies interandinas. Es otro Chimborazo el que vemos: ciertamente, un gigante, ese gigante del cual leemos en las geografías, pero que se vuelve pigmeo cuando le miramos desde sus pies con la vista a rastras en la oblicuidad de sus pendientes. Primera vez que, como ecuatoriano, he visto y he sentido lo que es en realidad el Chimborazo! Y, mientras más ascendíamos, el monar-

ca se elevaba más aún; de modo que, descendiendo, en lugar de ganar en magnitud la montaña, se transforma casi en un vulgar nevado; una cosa que repugna a la razón y al mecanismo óptico aparente, pero que lo prueba el ojo humano. Para conocer al Chimborazo, es necesario un término de comparación, el cual se lo consigue viéndolo primero desde abajo, y después desde arriba, pero nó de arriba de sí mismo. Quien algún día haga esta experiencia, entenderá mejor lo que aquí digo.

Con todo este espectáculo, de vida humana y de magestad andina ante nosotros, creí que nuestro viaje sería más bien un paseo, o, a lo mucho, una de esas inofensivas excursiones de andinismo harto comunes en nuestro país, donde el héroe pernocta una noche en una hacienda, se pasa una mala noche bajo carpa, escala al día siguiente unas rocas, araña un poco de nieve y regresa a la tarde triunfante y hasta gordo, a montar en los caballos que le esperan en la hacienda para volver a la ciudad. Tan inmediatas son nuestras montañas a nuestros poblados, que, en el Ecuador, no sería exagerado decir que el andinismo es un deporte de suburbio. De otro modo no viviríamos en la Sierra! Pero, después, ya veremos la sorpresa que tuvimos entrando a Llanganati.

En el ascenso por este páramo. nada de nuevo encontramos, a no ser que cierta marcada pobreza o mayor monotonía de la vegetación que la de los demás páramos. El campo está cubierto de la típica paja, (*Stipa*), llamada allí milín, y de la conocida hierba de almohadilla, *togmas* (*Wernerias*). No hay mortiños (*Vacciniun*) ni *Lupinus* (alpa - chochos); más bien aparecen amplias manchas de los graciosos romerillos (*Hypericum*), a mi entender, principalmente *laricifolia*, que *thuyoides*. Lo que sí atrajo mucho mi atención, fue la presencia dispersa de unas achupallas bastante vigorosas que diferían no poco de la *Pouretia pyramidata*, común de nuestras quebradas, laderas y aún páramos.

Al terminar la cuesta, de pronto nos encontramos sobre el bellissimo dorso del alto lomón de Píllaro, que se presenta como una impecable planicie de cosa de tres kilómetros de ancho, deliciosa e imperceptiblemente combada, y cuya comba se eleva de los lados, al Norte y al Sur, en colinas de cosa de cien metros cada una. Los indios nos dicen, «éste es El Pongo», la puerta; y, en realidad, lo es. Pero, qué puerta tan magnífica! Del un lado, del Occidental, el panorama que he descrito, y del Oriental, oh! qué maravilla, otra lontananza extraña, muy extraña, en cuyo primer término se abría un valle de páramo extensísimo, circundado a la izquierda por el obelisco blanco del Quilindaña, más allá por el negro Morro de Chalupas; hacia el Este un largo y azulino perfil de cordillera poco accidentada; y, por el Sur, casi hasta venir a tocar el sitio en que estábamos, una alta serranía de páramo que formaba ángulo recto con nuestra loma, haciendo barrera entre los páramos de Guagra-huasi y Cocha-huasi, con los de Jaramillo y Leyto. El Cotopaxi ya queda un tanto atrás nuestro, a la izquierda, como volcán interandino, según lo he denunciado.

El llegar siquiera a esta cima del Quimbana fue mi máxima ambición cuando emprendí el viaje a Llanganati, porque tenía la idea que ya desde allí podía mis ojos divisar lo que eran auténticamente esas misteriosas montañas que han enloquecido por siglos a generaciones enteras de ecuatorianos. Antes de llegar a aquella cumbre, me imaginaba que vería un mundo de montañas en escombros, abigarradas, un montón de cerros descuartizados, con páramos a porfía, unos detrás de otros; es decir, la fractura de la corteza terrestre, como arquitectura de los Andes, que nos cuenta hipotéticamente nuestra incipiente y casi infantil Geología, virgen todavía de lo que es el caos extraordinario de Llanganati. Pero, no tal cosa; no tal espectáculo. Era como digo, al contrario, una inmensa y anchísima explanada baja a la cual había que descender y nó que seguir ascendiendo;

mas, en el último fondo N. E. sacaban la cabeza una serie de picos negros, que yo los tomé en el acto por Llanganati, a lo que, luego, mi buen compañero, Don Humberto Ré se encargó de desengañarme informándome que esos no eran sino pequeños picachos de la sub-cordillera de Mulatos, y que, a pesar de que aparecían lejanísimos en el confín, nosotros iríamos semanas enteras, paralelamente, más atrás de ellos, hasta verlos insignificantes a nuestras espaldas. Esto me pareció extraño, porque siendo los Llanganati tan elevados, no deberían quedar fuera de nuestra vista, puesto que, también estábamos sin duda casi en el mismo cerro de Guapa, el célebre mirador de Valverde. Nunca me imaginé la tremenda, aterradoramente distancia a la que se hallaban las verdaderas montañas de Llanganati. Solamente después pude explicarme cómo es que ni los vaqueros nacidos en los páramos de Píllaro, excepto unos pocos, han logrado ver al llamado Cerro Hermoso, así que éste es el segundo menos lejano de los grandes Llanganati.

Surgió, entonces, la cuestión entre nosotros, de saber si estábamos en Guapa, o nó, y de si se veían desde allí los «tres cerros Llanganati» de Valverde, o nó. La mañana era deslumbradoramente despejada, como rarísima vez puede tenerla un viajero que escrute este problema, y el resultado quedó así: desde donde estábamos no se veían los picos de Llanganati, ya previamente conocidos por mis dos compañeros, señores Boschetti y Ré; el cerro de Guapa, necesariamente, tenía que ser una de las dos colinas que forman El Pongo, presumiendo que tal vez sí podían verse los picos de Llanganati desde cualquiera de ellas, debido a que se elevaban tales colinas lo menos cien metros más arriba todavía de nuestro mirador, desde el cual, en verdad, teníamos también a la vista a Ambato y a todo su territorio circundante, por entendido que Ambato a nuestras espaldas y la región de Llanganati al E. N. E. de nuestro frente.

Habíamos, pues, dado, así, los primeros pasos siguiendo las huellas del Derrotero de Valverde, sobre la

veracidad de cuyo documento he de discutir prolijamente a su debido tiempo.

Ahora, nos falta bajar a esta gran explanada y avanzar a la laguna de Los Antejos, advirtiéndose que en El Pongo estuvimos a eso de las doce del día, habiendo salido de Pillaro pasadas las ocho de la mañana.

VIII

El fin del mundo volcánico y el principio de Llanganati

Descendemos en suave declive hacia esa extensa y amplia depresión que tenemos a nuestros pies por el lado oriental del Pongo, no sin anotar con el auxilio del binóculo que, aparentemente, en el confín Este se destacaba una chocita de vaqueros, solitaria en medio del páramo. Cuando habíamos descendido completamente a la planicie, allí me dí cuenta de que ésta no era del todo una llanura regular, sino que tenía altós y bajos a manera de colinas, sobre una de las cuales, larga, muy larga de Oeste a Este, se nos indicó que avanzáramos. Efectivamente, los indios le han puesto el nombre de «La Carrera Larga» a este trayecto que implica una buena hora de camino un tanto ascensional. El momento que llegué al elevado extremo oriental, pude observar que a nuestra izquierda, y a unos 80 metros de profundidad teníamos ya a la vista la laguna de Pisayambo del mapa de Guzmán, laguna de no despreciables dimensiones, quizá de unos 400 ó 500 metros de largo O. E., y de unos 200 metros de ancho N. S. A nuestra derecha veíamos unos dilatadísimos pantanos, de modo que este sendero que seguía por el dorso de la larga colina, estaba bien ele-

gido por los viajeros indianos para eludir los pantanos del lado Sur y la laguna del lado Norte. La gran ciénega daba un aspecto sumamente alegre porque sobre ella se posaban y revoloteaban infinidad de grandes aves blancas y bandadas de patos salvajes, como anunciándonos que habíamos entrado en una región de lagos, seguramente pintorescos y llenos de vida acuática poco ahuyentada por el hombre. Sin embargo, la laguna no tenía totora (*Scirpus*) en sus orillas; en cambio, en los pantanos había una densa vegetación de esta planta, la cual, sin duda, era el refugio de las aves acuáticas. Las grandes aves blancas que pasaban sobre nuestras cabezas, tenían el característico vuelo de gaviotas, y, en efecto, logré verlas de cerca y descubrir que eran de aquellas gaviotas lacustres, ahora tan frecuentes en la laguna de San Pablo de Imbabura, con el cuerpo blanco y la cabeza negra, posiblemente una especie andina de la gaviota ártica Xema (*Laridae*) que se la ha encontrado también en el Perú, ave que, presumo, es un tanto reciente en nuestro país, así como aconteció con la presencia intempestiva en la laguna de San Pablo de Imbabura, de una especie de pelícano, aparición que causó sorpresa y muchos comentarios no hace veinte años.

Debo advertir que, antes de iniciar el referido trayecto de La Carrera Larga, pasamos ya un mediano arroyo que viene de Sur a Norte, de la parte alta del páramo de Cocha - huasi, y, recogiendo las aguas del gran pantano, avanza a engrosar el río Guapante, uniéndose luego con el desague de la laguna de Pisayambo y con otras aguas más orientales aún. Según he dicho, Cuchi - huasi es, a mi juicio, una fácil corrupción del nombre «Cocha - huasi», y está constituido por unas tres casuchas de vaqueros indios que se reclinan sobre la ladera del alto murallón de cosa de 4.000 metros de altura que suelda y encadena a la cumbre de Guapa con el Cerro Hermoso, y a la vez divide esta hondonada de Cocha - huasi y Pisayambo con los páramos de Jaramillo. A inmediaciones de las casuchas de los vaqueros de

Cocha - huasi, fue donde, a mi regreso de Llanganati, tuve la sorpresa de ver desarrolladas a un tamaño gigantesco y aún ornamentadas con su vástago floral las grandes achupallas que antes ya encontré llamativas al subir el páramo de Quimbana antes de El Pongo. En presencia de estas enormes Bromeliáceas, recordé que no podían ser otras que la célebre *Puya gigantea* que tanto maravilló al naturalista francés Edmond André, en su viaje a La Cocha de los Andes de Pasto, Colombia, rumbo a Mocoa, y cuya descripción no puedo menos que copiarla aquí. André dice (1): «Entre la vegetación herbácea, a lo mejor ví levantarse una especie de mástil parecido a un poste telegráfico. Acerquéme y reconocí la más extraña bromeliácea que haya visto botánico alguno; era una *puya gigantea* provista con espinas negras y formidables, de cuyo cogollo salía un enorme bohordo gris y lanudo que se destacaba sobre las nubes como una porra de diez metros de altura. Los indios la llaman *chihuila*».

Las *Puyas* gigantescas que yo ví en Cocha - huasi, tenían hojas de más de un metro y medio de largo con agresivas espinas curvas; la planta formaba una roseta de cerca de tres metros de diámetro, y de la mitad salía un soberbio vástago floral de cosa de cinco metros de talla. Sentí no poderlas fotografiar porque ya no tenía negativos en mi cámara. Pero, hay dos datos de mucho interés que debo consignar: el uno es el hecho de que André halló a esta planta en una localidad lacustre llamada La Cocha, y yo la encontré en otra localidad también lacustre llamada Cocha - huasi; el otro es que en Pasto, y por los indios mocoas, que hablan idioma mocoa, se la llama *chihuila* en lengua quíchua, y, por mi parte supe también, que en el páramo de Cocha - huasi los indios ecuatorianos igualmente la distinguen con el nombre específico de *chihuila* a esta planta,

(1). André "América Pintoresca". Pág. 763.

sin confundirla con la achupalla común; siendo una evidencia más de ésto, que a un sitio inmediato de este páramo lo denominan allí los indios ChihUILA-sacha. Es, pues, un hecho muy interesante, que este fitónimo quíchua se haya conservado así puro, diré, en Pasto y en Pillaro. Además, los indios cargueros de nuestra expedición llamaron también chinUILA a la Bromelia karatas, cuando la hallamos más adelante, ya entre la selva, en los declives orientales de Llanganati, planta a la cual, en la Provincia ecuatoriana del Carchi y en Colombia donde existe, la llaman piñuelo, en español.

Ya avanzada la tarde, llegamos a la chocita distante que habíamos visto con el binóculo. Supimos que era la última vivienda humana con rumbo al Este que había en esos páramos. Estaba situada al extremo de La Carrera Larga, sobre una eminencia o colina solitaria desde la cual pudimos ver que a nuestro pie inmediato, al Norte, se destacaban dos pequeñas y tristes lagunas casi unidas entre sí, pero que desaguaban hacia el lago de Pisayambo. Se iba construyendo así, ante nuestras miradas, el antiguo Mapa de Atanasio de Guzmán. Eran las lagunas de Tambuleo, nombre que, en mi opinión implica un pleonasma, porque está formado por dos palabras que significan lo mismo en dos idiomas diferentes de distintas épocas de la antigüedad aborígen (1); lo cual revela con sobrada elocuencia la valiosísima idea de que en una y otra época, ese sitio sirvió para un mismo propósito: el de posada o almacén de víveres, o sea, tampo, en Quíchua; y leo, en Quítwa. En la actualidad, a la orilla de una de estas dos lagunitas hay otra choza de hospedaje, y la llaman "Tambo de Mama Rita". Al sitio de la choza alta, donde estamos parados, lo denominan los indios "Tambo de Tiupungo", nombre quíchua que por su literalidad en un lugar donde no hay arena, ni la veremos jamás en adelante hacia Llanganati, es absur-

(1).— Véase mi citado libro, "Inti - llagta Runa - shuti".

do, y por ello lo conceptuamos, asimismo, como corrupción posiblemente de 'Tiqui-pungu, la «puerta del confín u horizonte», a la manera de Tiquizambi, el "río del confín u horizonte" (1)

En este tambo llamado "Tiupungo" hacemos el punto de concentración de nuestra gran caravana, a fin de reunir la para transferir todo el equipaje de las recuas de animales a los lomos de los indios y emprender así, todos a pie, el verdadero viaje a las lejanas montañas de Llanganati. Pero esto tenía que hacerse el día siguiente, y por tanto, nos quedamos a pasar en ese lugar la primera noche de páramo, al abrigo de la pequeña choza de paja, y en una atmósfera de densas nieblas, que pronto nos cubrieron totalmente. La noche, y en especial la madrugada, fueron en extremo frías; pero, al nacer el sol tuvimos un horizonte deslumbrador. Ni una sola nube o bruma siquiera empañaba el límpido cielo, cosa rarísima y que constituye la más grande suerte que puede apetecer un viajero a Llanganati. Observé que estábamos justamente en medio de la gran planicie que vimos desde El Pongo, amurallada por el Sur con un alto y uniforme lomón rocoso; por el Norte, corría pequeño el río Guapante recibiendo aguas de una infinita serie de lomas elevadas de los páramos de Chalupas, y, el Quilindaña, magnífico entre ellos, se nos mostraba casi en el mismo meridiano de nuestro sitio de Tiupungo. Al Noreste se dilataba nuestra llanura hasta la base de los páramos de Mulatos, y, en toda esta extensión baja de nuestro páramo, brillaban como espejos innumerables lagunas de todo tamaño, que recibían los primeros rayos oblicuos del sol naciente. Se nos indicó que los páramos del frente Norte, eran los de Puniguango, Talata y Cumbijín, yendo de Oeste a Este, y, luego, Mulatos, todo en la Provincia de León, es decir, fuera de

(1). Véase mi citado libro "Inti-Illaga Runa-shuti".

Tiupungu,
la última
habitación
humana
en el confin
de los
páramos
de pajonal



Desayuno
de nuestros
peones indios
antes de
emprender
la marcha
hacia el
mundo
desconocido



Una fracción
de nuestra
caravana
portadora
de las
reservas
de viveres,
ascendiendo
Aimchilibi.



la zona llamada *legendaria* y geográficamente con el nombre de *Llanganati*. Hacia el Oriente, nos cerraba la vista el largo perfil de un alto cerro, el de *Anchilibí*, que arrancando por el Sur del elevado *lómón rocoso*, avanzaba al Norte hasta cerca de los páramos de *Mulatos*, se dislocaba suavemente y se perdía entre la planicie referida del Noreste, por donde mis expertos compañeros señores *Boschetti* y *Ré*, me señalaron que debía estar la célebre laguna de *Los Antejos*, pero que no se la veía desde aquí.

En *Tiupungo*, echamos atrás a todos los animales, y también sobre uno de ellos dos pesadísimos altímetros dañados que, no sé si por gentileza, nos habían prestado en tal condición, los oficiales del campo de aviación militar de *Latacunga* a nuestro paso por allí, dándonos también la promesa formal de que vendrían a sobrevolar a nuestra expedición dentro de los laberintos de las montañas de *Llanganati*, cosa que en vano esperábamos día tras día, a pesar de que disfrutamos de cuatro días seguidos, casi tan deslumbradoramente despejados como este primero, los más ideales para exploración terrestre y aérea. Pero, en verdad, yo creo que volar sobre *Llanganati* debe ser cosa seria y muy difícil, que sólo una aviación especial y poderosa podrá emprenderla.

Para partir de *Tiupungo*, el jefe de la expedición ordenó que desviáramos de la ruta de *Valverde*, cuyas primeras jornadas ya sobradamente las tenían conocidas los señores *Boschetti* y *Ré*, y, en lugar de ir hacia las lagunas de *Los Antejos*, que conducen abajo, a la selva, nos dirigimos recto hacia el Oriente por encima y a través del cerro de *Anchilibí* que nos interceptaba, a fin de hacer nuestra marcha más bien por las cumbres. Caminamos largo trecho por la planicie donde todavía pacían grupos dispersos de ganado; pasamos un arroyo llamado *Milín* que es el último afluente oriental del *Guapante*, y, en breve comenzamos un suave ascenso a aquel cerro que, como pantalla nos impedía, a mi entender, mirar directamente sobre los *Llanganati*. A media altura hay

un sitio adecuado para acampar, porque entre el pajonal crecen bosquecillos, y sobre todo, existe una gran roca que se proyecta dejando debajo una especie de cueva. Este es el sitio llamado "La Piedra" de Chihuilasacha; sitio terminal de los cazadores de venados. Trepano un poco más, observo que empieza a desaparecer el pajonal universal de nuestros páramos, y a aparecer, en cambio, una vegetación extraña, desconocida, compuesta por densas manchas de una cañita delgada como un dedo meñique, a lo más, y de cosa de dos metros de talla. No siendo ya éste un pajonal en realidad es un jucal, en el sentido que damos a esta palabra derivada del quíchua en nuestro idioma de los Andes. El marchar entre este jucal, le da a uno la sensación de que se está andando entre una sementera de trigo o de cebada, sólo que con las cañitas muy rígidas, de modo que el hombre que va delante, a dos o tres pasos, le va golpeando malamente en la cara al hombre detrás con estas varas y con sus puntas, las cuales son muy agudas y punzantes hasta el extremo de que las manos de uno y aún la cara pronto se ven ensangrentadas. La planta es una gramínea de hajas cortas envainadoras que casi no persisten en los nudos del tallo, excepto en la yema terminal, que semeja exactamente a una punta de flecha y siempre está fresca, lo que equivale a decir que siempre está cortante y sobre todo punzante como una aguja. Esta es una vegetación verdaderamente dolorosa. El viajero inglés Edward Whymper, que también la encontró en los flancos del Saraurco, la describe con pánico en las siguientes palabras de sus notas tomadas en Corredor-machai: "Nosotros avanzamos y nos juntamos a los otros, teniendo que pasar a través de un país el más difícil que ninguno de los que habíamos atravesado. El terreno era enteramente cenagoso aún donde el declive era considerable, y, además de esto, allí crecía una yerba juncosa de una talla de 8 a 10 pies en masas tan densas, hasta hacerlas casi impenetrables. Con esas yerbas encontramos que los machetes eran inadecuados.



Campamento cerca de Yanacocha



Los yucales frescos
son como
haces de ofensivas
flechas.

El campamento de la
Capital de Ilanganari.

Habría ocupado algunas semanas de trabajo de todos nosotros el poder limpiar una vía de una simple milla. El único modo de caminar por entre esas yerbas era el de abrirlas continuamente con las manos (como nadando), y, como eran extremadamente rígidas, regresaban golpeándonos directamente conforme íbamos y nos ocultaban de nuestra vista a unos de otros. Los bordes de las hojas cortan como navajas de barba, y en poco tiempo, nuestras manos se hallaban manando sangre, porque estábamos compelidos a agarrarnos de los tallos para evitar el sumergirnos en el cenagoso suelo". (1)

Whymper la denomina a esta planta como *Chusquea aristata*, y anota que la ha identificado en Londres el Profesor D. Oliver de Munro, quien la ha descrito «como una yerba juncosa, de la cual se sabe que solamente crece en esta región», es decir en el Sarauro, Ecuador. De modo que, su existencia en Llanganati añade una nueva información sobre la geografía de esta planta, y, posiblemente sobre su ecología, como veremos en el discurso de este libro.

Un minuto antes de llegar a la cumbre, mi esforzado amigo señor Boschetti, que iba a la cabeza, y quien llegó rápido a la cima, me gritó, "el Cerro Hermoso está a la vista!" Subí frenéticamente, y, en verdad, por fin, a gran distancia vieron mis ojos a las verídicas misteriosas montañas de Llanganati, entre las cuales, se destacaba, apenas un pico y una silla algo nevados del Cerro Hermoso o Yurac-Llanganati, detrás del cual venía un aluvión de nubes que marchaba vertiginosamente. También ví con forma tétrica, con silueta de cerros nada vulgares, al elevado Suncho-urcu, llamado hoy por los indios Pan de Azúcar. Con toda rapidez saqué mi cámara, tomé una fotografía del Cerro Hermoso y, enseguida enfoqué al Sunchu-urcu. Pero, en esta opera-

(1). Edward Whymper.— "Travels amongst the Great Andes of the Equator", pág. 242.

ción de sólo unos pocos segundos, ya el Sunchu-urcu quedó devorado por las inmensas nubes con una velocidad tan sorprendente, que, acá, en estos Andes donde vivimos, nunca las vemos así.

Desde ese instante, habíamos penetrado en un mundo nuevo, casi diría en un nuevo planeta, porque nada de lo de allá se parece a nada de lo de acá. Se enmudece y se vacila al entrar con los pies de uno, en un país más propio de Gustavo Doré y del Dante, que de la República del Ecuador con sus favoritos paisajes de selva saturada de vida o de páramos aterciopelados y de tan mansas ondulaciones, hijas de una corteza terrestre ya domesticada por los volcanes bienhechores, nobles arquitectos de una morada andina para el hombre.

IX

El valle de Auca - Cocha

Estamos ahora en la cumbre de la "Cordillera de Anchudivis", según el Mapa de Guzmán, o de "Anchilibí", según la pronuncia un indio viejo y sabio que nos acompaña, y que, asimismo, ha acompañado durante cuarenta años a numerosos exploradores de Llanganati, inclusive a nuestro valiente e infortunado predecesor, el alemán Schwizer, que pereció unos cuatro años antes asesinado, según se nos dijo, por sus propios acompañantes por arrebatarse unas botellas llenas de granos de oro. Nuestro mirador en este momento es el preciso divorcio de todas las cosas entre Llanganati y el Ecuador volcánico en que medra patriarcalmente nuestra República. Aquí se dividen las aguas que van al Pastaza por el Norte, dando tres cuartos de círculo, y las que van en curvas enigmá-

ticas al Napo; aquí se divide la vegetación entre los páramos de pajonal, y los páramos de jocal; aquí es la barrera abierta, pero impasable para los ganados, desde los páramos hospitalarios, a los páramos hostiles; aquí se acaba "el derecho de propiedad incommensurable" en los páramos; en fin, esta es la Puerta de lo Inhabitable —hacia el Este— para el hombre y para los animales y plantas domésticas del hombre. Y, bajo nuestros pies, como la clave de todo ésto, aquí se divide la constitución geológica entre los terrenos volcánicos modernos, y las antiquísimas formaciones arcaicas donde anidan los metales preciosos.

Nuestra estación sobre el dorso de la Cordillera de Anchilibí está a cosa de 3.800 metros sobre el nivel del mar; a espaldas nuestras, al Oeste, queda ya la depresión de Cocha-huasi, Pisayambo, Tambuleo y Tiupungo, con una altura media entre 3.500 y 3.600 metros. Al frente nuestro, al Oriente, se abre de nuevo un extraño valle de rara fisonomía, más estrecho pero de disposición semejante al anterior, en cuyo fondo medio aparece una laguna de regulares dimensiones, algo encajonada entre promontorios. Es la laguna de 'Auca-cocha' (en quíchua, el "lago de los bárbaros o infieles"). Tanto el valle como la laguna deben estar a una altura de 3.400 metros, porque el descenso aquí es mucho mayor que el ascenso occidental de Anchilibí. A causa de este descenso, me hago la ilusión de que ya estamos bajando a las selvas del Oriente, pero, mis veteranos compañeros se ríen advirtiéndome que recién estamos iniciando nuestra entrada en Llanganati y que tendremos todavía una semana entera de jornadas en páramos y cumbres aún más altas y tétricas, antes de ver el Oriente. Hacia el Este, cierran completamente la vista unas negras serranías y una parte del Cerro Hermoso, al cual, dicha sea la verdad, no lo hallo tan merecedor de su nombre, y, por fin, un poco a la izquierda, el gran macizo del Sunchu-urcu, llamado Pan de Azúcar por los indios actuales. Parece, pues, que allí, en ese confín

lejano se acaban ya las cordilleras, y que no puede haber otros cerros más adelante. Pero, prosigamos.

El descenso por la vertiente oriental de Anchilibí es un tanto precipitado y comienza a hacerse molesto por el espeso jucal que, en declive, amenaza mucho con sus puntas de dardos que pueden vaciarle a uno los ojos o entrarlas peligrosamente por las ternillas de la nariz y por la boca. Hay que marchar con sumo cuidado, tanto por ésto, cuanto porque el viajero queda en él por completo sumergido a riesgo de perderse de vista unos de otros. Además, el viaje así es literalmente una batalla a brazo partido con la vegetación, puesto que hay que ir la abriendo paso a paso con los brazos para poder avanzar con los pies, tal como lo describe Whympfer. En estos trances me doy cuenta de la sabiduría de la Naturaleza al haber provisto de un mecanismo tan perfecto a los venados con su cornamenta, a fin de volverlos ágiles señores de estos parajes gracias a aquel aparato triangular de abrir trochas automáticamente durante la carrera, y con inapreciable esfuerzo.

Al llegar a la llanura, y al intentar pasarla, nos encontramos con el grave aprieto de que estaba constituida por un infernal pantano, donde aún los que íbamos sin carga, nos hundíamos hasta las rodillas. Allí no había ya jucal, sino que era un bello e invitante prado de togmás, por desgracia, muy traicionero. En sus márgenes se hallaban muchas osamentas de ganados, probablemente descarriados, y aún de venados. De todos modos, a gatas y a veces tendidos, y siempre cuidándonos unos a otros, logramos atravesar la tembladera que tenía muchas cuadras de largo. Estábamos ya a corta distancia de la extensa laguna de Auca-coha, pero, antes de llegar a ella, nos interrumpió el paso un gran arroyo muy difícil de atravesarlo. Era el río de El Golpe, que corre al Norte y en cuyo cauce inferior el Mapa de Guzmán señala que murió el Padre Longo. Es un río muy curioso que sale de dicha laguna, y sinuosamente busca una salida para precipitarse de golpe (de

allí su nombre) hacia el gran río del Desaguadero de Yanacocha, entre Llanganati y los páramos hospitalarios de Mulatos. En un trecho de cosa de cuatro cuadras, este río, en pleno páramo, sería agua navegable para canoas y lanchas, pues, tiene unos siete metros de ancho y profundidades hasta de dos metros de agua límpida.

Llegados a Auca-cocha pernoctamos en sus orillas, disfrutando de la belleza del sitio. Entre tanto, notamos que esta laguna emite aguas tanto al río Napo hacia el Norte, y, también otro pequeño arroyo al Pastaza, seguramente, por el Oriente, para luego torcer al Sur.

Otra vez, con una mañana encantadoramente despejada, continuamos nuestro viaje, ahora con rumbo N.N.E sobre el dorso de una pequeña cordillera que se levantaba al Norte, directamente de la superficie del lago. Todo este trayecto de aquel dorso estaba cubierto de una densa vegetación achaparrada, en la que predominaba la huagra-manzana (*Arctostaphylos uva-ursi*), pero con un desarrollo sorprendente, como no la he hallado en ninguna otra parte. Llegaba a un tamaño arbóreo, con troncos hasta de treinta centímetros de diámetro, y estaban llenos de frutitos en vía de maduración. Durante este trayecto, que nos llevaba bastante al Norte, sacándonos de la hondonada y elevándonos más y más, comenzamos a tener una vista interesantísima hacia el Noroeste. El Cotopaxi era ya un nevado decididamente occidental, y cosa parecida el Quilindaña; más acá, venía por lo bajo, pero a manera de una planicie, la hondonada de Pisayambo, y luego, hacia nuestra ruta, muchas muchísimas lagunas; entre ellas, ya pudimos distinguir a la de Los Anteojos, con una especie de colina o nariz al medio de ellas; un poco a la izquierda nuestra, tres lagunas grandes, llamadas Pucará a la una, y Pato-japina, a la otra. De la restante no supe el nombre. Finalmente, más hacia el Este de las demás, se mostraba una inmensa laguna entre rocas negras, a la cual se me la señaló como el célebre lago

de Yana-cocha del derrotero de Valverde, y de la cual, con un rápido declive, lleno de bosque, se iniciaba una enorme cuenca selvática que avanzaba directamente de Oeste a Este profundizándose y dividiendo por completo a los Andes en porciones distintas: la del Norte, con los páramos del Quilindaña Chalupas y Mulatos pertenecientes a la Provincia de León, (por donde los latacungueños han hecho tan esforzadas tentativas de abrirse con un camino al río Napo), y, la porción del Sur, o sea Llanganati propio, aquel aislado y solitario sistema de montañas misteriosas y prácticamente inexploradas a que me he referido en las páginas anteriores.

Desde este punto, y mirando hacia la Cordillera de Anchilibí, que ya la teníamos al Oeste, divisé unos altos cerros, no muy distantes y que formaban parte de dicha cordillera; el uno era una torre maravillosa de basalto, cuyos prismas se mostraban espléndidamente hacia donde nosotros estábamos, pero su cúpula y su lado occidental eran con un perfil y una vegetación como la de cualquier otro cerro. Pregunté a los indios por el nombre de aquel cerro, y me dijeron llamársele El Roncador. Abrí, entonces mi Mapa hecho según el de Guzmán, y evidencí que Guzmán hacía constar esos dos cerros, el uno "Cerro Roncador", y el otro como "Mina de basalto", pero dibujándolos erróneamente como situados al Norte y no al Sur de las lagunas de Los Anteojos. Durante el viaje por el dorso de esta cordillera donde caminábamos, hallé las primeras vetas de cuarzo en Llanganati, y, por ello, la denominé «Cordillera del primer cuarzo».

Después de poco más, torcimos de nuevo al Este, bajando de esta cordillera, y estuvimos ya al pie del imponente Sunchu-urcu, en una hermosa planicie que conducía suavemente a sus faldas.

X

El Sunchu-urcu y la Cabeza de Ati

Comenzamos el ascenso al gran promontorio del Sunchu-urcu, en cuya cima se levanta airoso y solitario un gran obelisco de roca negra, por el cual los indios le distinguen con el nombre de Pan de Azúcar, en inadecuado símil. La cuesta es fatigosa y muy larga, dispuesta en escalones o terrazas, todas ellas y sus laderas intermedias, llenas de densas manchas de juncal. Los dos primeros escalones inferiores están ocupados cada uno por una laguna, denominadas Lagunas del Cable, no sé por qué razón, por los indios. La terraza superior conduce al obelisco. Por el sendero que íbamos abriendo, encontramos un arroyuelo de agua que corría nó por un cauce propio de erosión, sino por una grieta oblicua de apenas ochenta centímetros de ancho que tajaba al cerro de arriba abajo. La montaña es maciza de rocas micáceas; apenas la superficie tiene una delgada capa de tierra vegetal. Las aguas del arroyo llevan ingentes y vistosas cantidades de mica y de soroche.

Toda esta región, desde Auca-cocha, era muy frecuentada por grandes osos negros, según me dijeron mis experimentados compañeros, señores Boschetti y Ré, y por las huellas que hallábamcs. También estaba trillada por los venados y por los pumas. Estábamos, pues, ya, en unos páramos totalmente salvajes y rarísima vez visitados por el hombre.

Al fin de tanto andar, llegamos a la base misma del obelisco, el cual se elevaba nítido y en todas sus magnas proporciones en un cielo de exquisita transparencia. Pronto me di cuenta, mirándolo del Sureste, que el obelisco era más bien una colosal esfinge tallada

por la mano misma de la Naturaleza, y que figuraba de modo patético una sonreída cara humana, con dos ojazos prominentes, una nariz algo chata y una boca en media luna inferior, con un gesto sarcástico, diría. Creo que no hay otro caso análogo, de configuración humana, en las numerosas montañas del Ecuador, y, a no ser por su monstruoso tamaño y por la imposibilidad física de hacerlo, el vulgo bien podría tomarlo como hecho por obra del hombre. Nos interesó tanto a los expedicionarios esta montaña con su esfinge, que nos pusimos a fotografiarla de varios lados, más por vía de curiosidad y tentados por la primorosa luz de que gozábamos, que en búsqueda de fantásticas interpretaciones. El resultado, empero, fue sorprendente, inesperado y valiosísimo para poner a prueba la cartografía y el ojo geográfico de Atanasio Guzmán transmitidos a la posteridad en su Mapa Antiguo de Llanganati que reproduje en mi libro "El Ecuador Minero, etc." Cuando en Quito hicimos revelar los negativos fotográficos de nuestra expedición, encontramos, lleno de estupor, que el volcán humeante que dibuja Guzmán en su referido Mapa, con la leyenda de "Zunchu-urcu o cerro de la Mica", era, con exactitud fotográfica este inofensivo y curioso cerro de la gran esfinge de piedra que ha recibido la nueva e impropia denominación de "Pan de Azúcar". Apoyados pues, en esta evidencia fotográfica sobre el antiguo Mapa de Guzmán, y por su visible constitución geológica de esquistos micáceos, le identificamos como el auténtico Sunchu-urcu. Además, por mi parte, le bauticé con el nombre de Cabeza de Ati a esa enorme esfinge natural, fundándome para ello en las razones que expondré más adelante.

Por cierto, debo decir que, según nuestra fotografía, Guzmán le dibujó al Sanchu-urcu mirándolo del lado Norte, y no todo de él, sino sólo su más alto pináculo, como ha hecho con muchos otros cerros de su dibujo cartográfico. En igual error parece que los antiguos aventureros de Llanganati le hicieron caer a nuestro geógrafo ecuatoriano doctor Manuel Villavicencio, a juzgar por



El Sunchu-urcu y la Cabeza de Atí, vistos de Oeste a Este.

la manera como éste describe al Cerro Hermoso; tomando, asimismo, la parte por el todo.

La cúspide ancha del Sunchu-urcu debe estar a unos 3900 metros sobre el nivel del mar; elevándose todavía sobre ella unos 80 metros más la "Cabeza de Ati". En la base de la esfinge, hasta donde avanza tupidamente el juncal, encontré el primero — y el único — jardincillo de los *Culecitium rufescens* (frailejones enanos de las altas rocas andinas). En la esfinge o Cabeza de Ati, no hay ya rastro de vegetación, pues son rocas desnudas de color negro y en curiosa posición estratificada en capas horizontales con visible tendencia a fracturarse en bloques cúbicos.

Nos despedimos de la base de la esfinge y en anhelante cuesta, alcanzamos la cima del dorso Norte del Sunchu-urcu para trasmontarlo hacia el Oriente. Llegamos allá, y fue ni más ni menos que otra etapa como nuestra subida al dorso de Anchilibí. Otro nuevo espectáculo se desplegó ante nuestros ojos! Otros nuevos y formidables cerros Llanganati se expandían muy lejos hacia el Este, como que si no hubiéramos andado un solo paso. Parecía como que estos diavólicos cerros hubiesen surgido por magia de la corteza terrestre únicamente el rato en que coronábamos el Sunchu-urcu para demostrarnos que podíamos dar la vuelta al mundo y encontrar cerros y más cerros Llanganati en toda su redondez. Por ello veo que para conocer Llanganati, sería inútil subir a cualquiera de los altos Andes vecinos, pues, hay necesidad de andar sobre aquellos mismos, descubriéndolos palmo a palmo.

En nuestra marcha, rodeamos un poco por la izquierda la cumbre del Sunchu-urcu, y nos vemos ya en lo alto de un país monstruosamente abrupto; con una especie de vallecillos profundísimos interceptados a porfía por murallas más que colinas; de los más caprichosos perfiles, contornos, formas y posiciones. Pero, todo, aún las rocas verticales, está cubierto de un verdor áspero, negruzco y que exhala y destila agua silenciosa-

mente, sin el más leve murmullo de arroyos o cascadas, sino con la infaltable presencia de innumerables lagunas por do quiera, lo mismo en las profundidades, que en las cumbres y que en las repisas y salientes de ese caos de murallas y promontorios.

A la izquierda nuestra, y, a plomo de nosotros, el Sunchu-urcu cae hacia el Norte, en precipicios y grietas inverosímiles que luego se pierden en el gran cañón fluvial del río Desaguadero de Yanacocha, (división hidrográfica importantísima, como he dicho, entre los pilarenses Llanganati, y los latacungueños Mulatos), el cual aquí corre a cosa de 1.500 metros de profundidad con respecto de la altura en que estamos.

XI

El Yurac-Llanganati o Cerro Hermoso

Era ya más de medio día cuando trasmontábamos por la cima al elevado Sunchu-urcu, y todavía la atmósfera estaba casi limpia de nubes, cosa que nos permitió contemplar con muchos detalles el gran panorama que teníamos delante de nosotros al Norte, al Sur y al Oriente. Esta extraordinaria limpidez atmosférica de que hemos venido gozando, la consideramos como una suerte única de nuestra expedición para poder formarnos una idea bastante exacta de la orografía tan complicada y sui-generis de Llanganati; pues, sabemos que un viajero puede pasarse meses y meses, talvez un año entero en Llanganati, sin lograr tener un solo día despejado que le permita contemplar por un momento siquiera, los panoramas que nosotros, afortunadamente, disfrutamos con calma y escrupulosa observación duran-

te casi cinco días seguidos. Por esta razón, y en beneficio de la Geografía y de futuros viajeros que quieran visitar Llanganati, seguiré anotando con particularidad los datos orográficos e hidrográficos que se ofrecen a la vista en cada una de estas grandes divisiones de los laberintos de Llanganati.

El paisaje que se abre ante nosotros, desde el sitio en que estamos y mirando hacia el Oriente, es el de otra vastísima hoya, pero cerrada igualmente al Este por una sucesión de verdaderas sierras negras y en extremo elevadas, quizás más aún que el propio Sunchu-urcu, donde estamos. Aquellas sierras son montañas de forma combada, aunque densamente coronadas por mil picachos de un tamaño mediano, pero de un color casi azabache. Esta es una nueva y poderosa barrera que impide ver el horizonte donde estaría la selva amazónica. Luego, hacia nuestra izquierda, o Norte, allí están los extensísimos páramos de Mulatos descendiendo ya con rumbo al Oriente en forma de estribaciones de los Andes volcánicos; y, más allá de Mulatos, se destaca soberbio el Antisana, casi como un rival del Chimborazo que ya queda a nuestras espaldas. Entre la zona de Mulatos y nuestro mirador, se ahonda más y más el inmenso cañón selvático del río Desaguadero de Yanacocha que avanza un poco más hacia el Oriente, para dar, entonces, una curvatura en ángulo recto al Norte, formando así el límite bajo y oriental de las descendentes estribaciones de Mulatos.

Finalmente, al Sur, a derecha nuestra, le tenemos ya casi por entero a nuestra vista, al Yurac-Llanganati o Cerro Hermoso, despejado como para darnos la bienvenida, y a muy corta distancia nuestra. Entre el Cerro Hermoso y nosotros, vemos otro cañón fluvial, análogo al de nuestra izquierda, pero éste menos vasto y menos profundo. Es el desaguadero de Auca-cocha que, asimismo, descende con rumbo al Oriente, y, más abajo del Cerro Hermoso tuerce también bruscamente hacia el Sur en busca, sin duda, del Pastaza.

Iniciamos el descenso por la pendiente Este del Sunchu-urcu, que es casi una muralla. Nuestra senda es sobre el dorso de aquella muralla; pero un dorso, a su vez, como una escalera. A un lado y otro tenemos precipicios horribles que nos espeluznan y nos obligan a marchar con gran nerviosidad. Si en Tiupungo dejamos los caballos y otros cuadrúpedos, porque ya no eran practicables, aquí veo que debemos dejar los pies y comenzar a viajar con las manos. Qué dolorosa es la marcha de nuestra numerosísima caravana! Qué triste es ver a los pobres indios que llevan nuestra carga, arrastrarse como orugas, descolgándose en tanteos y contorsiones de equilibrio para evitar que sus fardos les empujen por los aires a esos abismos inverosímiles! En un sitio me detengo a mirar a dónde vamos a acampar. Es una fosa, más bien que un vallecito, y todavía nos falta algunos centenares de metros que caer, no diré que descender. A este paraje se lo llama Guarro - machai («refugio de halcones», en quíchua). Qué nombre tan bien puesto! Y, en verdad, encima de nosotros revolotean varios halcones de vistoso plumaje, lanzando graznidos de alarma por nuestra presencia, y sobre las rocas hay grandes huaneras que denuncian los nidos y refugios de estas aves. Poco antes de llegar al fondo, me llama grandemente la atención la forma casi cilíndrica, regular y como trabajo de molde de una serie de rocas dispuestas cual lápices en serie, análogas a los prismas de basalto, pero de tamaños gigantescos. Las cúspides de estas rocas recuerdan con mucha exactitud, las cúpulas de los torreones modernos de los tanques de guerra. La sucesión de estos cilindros de roca, veo que forman las murallas por las que hemos descendido, gracias a las recias yerbas que, como yedra, forran a las rocas. Al fin, estamos ya al fondo de este vallecito, que después se abre al Sur y termina en la base del Cerro Hermoso, con el arroyo de Auca-cocha de por medio.

Ahora sí, el famoso Cerro Hermoso o Yurac-Llanganati es nuestro inmediato vecino; pues, se levanta como un gran edificio a escasa distancia de nosotros. Desde donde estamos, hasta su cúspide, habrá cosa de tres kilómetros en línea recta. Está encantadoramente despejado, de modo que podemos contemplarlo a gusto. Lo primero que observo, es que no hay tal cerro blanco, perpetuamente nevado, como nos lo han venido pintando desde los más antiguos hasta los más modernos escritores, todos los cuales han hablado de él por ajenas e inexactas referencias. Tiene sí una escasa cantidad de nieve entre las junturas de ciertas rocas, a la manera del Pichincha, y muchísimo menos que el Sinchola-hua, por ejemplo. Todos sus picos son negros, y, vistos con el binóculo, muestran una disposición estratificada de las rocas en capas paralelas horizontales, como lo que vimos también en el obelisco del Sunchu-urcu. Pero, antes de proseguir adelante con lo que yo he visto del Cerro Hermoso, insertaré la única descripción prolija que existe en nuestras Geografías acerca de esta montaña, descripción que la debemos al Dr. Manuel Villavicencio (1), quien dice así:

«Llanganate o Cerro Hermoso.—Esta montaña presenta la figura de un cono, vista por su lado occidental; mas, por la parte oriental tiene la figura de una pirámide cuadrangular truncada; está siempre cubierta de nieve y rodeada al oriente, de precipicios y picachos inaccesibles; parece un espía solitario al descenso de la cordillera oriental, envuelto en su capa de nieve, mirando tantos volcanes inmediatos que lo rodean y que arrojan humo y fuego, por en medio de los cuales se deja ver siempre majestuoso y dorado, como rey de la alta cordillera del Llanganate, dejándose contemplar de

(1) M. Villavicencio.—«Geografía de la República del Ecuador.»

los bosques orientales como el avanzado atalaya de estas soledades. La altura de esta montaña es de 6 560 varas sobre el nivel del mar. Ha sido poco visitada de los viajeros, por haber sido poco conocida su posición; pero, de algunos años a esta parte, ha sido frecuentada por los naturales del país, que, en busca de grandes depósitos de oro situados, según un antiguo derrotero, en las cercanías de esta montaña, han dado lugar a las muchas y vanas incursiones que se han hecho a sus alrededores. A la falda oriental, da un caudal considerable de aguas que sirven para engrosar el Pastaza. En todas las hendiduras y faldas de esta montaña se encuentra una sorprendente cantidad de piritas marciales. Está a 30 millas al S. E. de Latacunga.»

En este sitio tan profundo y estrecho de Guarromachai, donde vamos a instalar nuestro campamento, nos hallamos exactamente como en un teatro de impecable factura natural, cuyo único escenario, decorado o telón es la masa total, de pies a cabeza, del Cerro Hermoso, y sólo él. De modo que, obligadamente, lo estamos viendo y mirando en todo momento en sus plenas dimensiones y mínimos detalles, ayudados por el binóculo. La tarde, por su parte, nos es muy favorable. He sacado, entonces mi cuaderno de notas y apuntes, y me he puesto a leer aquí, en su presencia, este retrato exclusivo del Cerro Hermoso, que arriba reproduzco, hecho por el doctor M. Villavicencio. No hay duda que nuestro discutido geógrafo quiteño, quien fue tan prolijo y conocedor en materia de orografía ecuatoriana, se aproxima mucho a la realidad en su descripción, excepto que parece atribuir a todo el cerro los caracteres propios de sólo los picachos culminantes de él. El hecho verdadero es que el Cerro Hermoso o Yurac-Llanganati es un inmenso promontorio granítico, de vastas dimensiones y prolongaciones hacia el Oeste, hacia el Este, y aún hacia el Sur; pero, hacia el Norte y N. N. E. está, casi diríamos cortado a pique o en declives muy cerca de la perpendicular desde la cúspide

de su picacho máximo, hasta su base en el cañón fluvial del río desaguadero de Aucabocha. Esta fachada cuasi vertical del Cerro Hermoso, debe ser no menor de mil metros de altura! Ahora bien sobre su dorso mayor, a la manera del obelisco del Sunchu-urcu, en el Cerro Hermoso, se levanta aquí un picacho principal en forma de una auténtica "pirámide cuadrangular truncada", tal como dice Villavicencio. Este pico está situado al Norte. Pero, inmediatamente al lado Sur, y más bajos que el anterior, hay tres picos en una como silla. Al pie de todo ésto, se expande el cuerpo del cerro.

En pocas palabras diré pues, que el Cerro Hermoso es una imitación casi idéntica al Cotacachi, sólo que negro, con ligeras manchas de nieve en una que otra cavidad de sus rocas, a lo menos durante las varias semanas que lo tuve a mi vista.

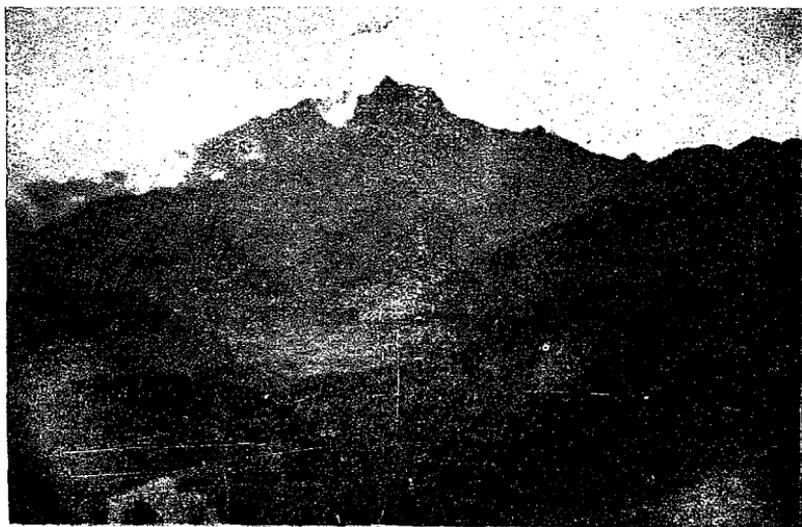
Pero, el Cerro Hermoso tiene una particularidad de conformación geológica más interesante que si tuviese la "nieve perpetua" que le han atribuído de memoria, sin ningún estudio ni meditación científica muchos viajeros. El curioso alto pico septentrional, al que le puse el nombre de El Cincel, por su semejanza a este instrumento, se asienta sobre una masa de roca que está literalmente colgada en el aire, pero nó como un estrato saledizo y amorfo de lavas volcánicas, según ocurriría acá en los Andes interandinos, sino como una ciclópea voluta o gota de magma de la corteza terrestre, que ha estado escurriéndose y retorciéndose fluída, pero que bruscamente se ha solidificado, quedando, al fin, colgada ni más ni menos que una lágrima planetaria de cien metros de tamaño, y coronada por aquella pirámide de otros cien metros de talla. En esta Lágrima Planetaria, que así la he denominado a esa curiosidad geológica del Cerro Hermoso, aparecen también dos hoyos que revelan, talvez, la contracción de la monstruosa gota al enfriarse, allá, en los primeros días de la creación del mundo.

Ahora, respecto a la supuesta presencia de nieves perpetuas en el Cerro Hermoso o Yurac-Llanganati, me

permitiré hacer algunas reflexiones de no escaso interés para la ciencia climatológica ecuatoriana. El hecho de haber visto nuestra expedición durante tan largo tiempo al Cerro Hermoso sin nieve capaz de justificar el título de «nevado perpetuo» que se le ha dado, es una prueba por sí sola suficiente en contra de esa tesis. Luego, tenemos ya que admitir como cosa perfectamente cierta la presencia de las cuatro estaciones climáticas anuales en determinadas regiones ecuatorianas (Tungurahua y Azuay, principalmente), de las cuales, el Invierno es, en realidad invierno de nieves desde una altura mucho menor de 4.000 metros en los páramos orientales de Tungurahua, cosa inusitada en los demás páramos de la República. Asimismo, el Verano, allí, es térmico y no de sequía, es decir, veranos de calores. La primera estación, la invernal, ocurre en Junio, Julio y Agosto; la estación estival ocurre en Diciembre, Enero y Febrero. Nosotros estuvimos justamente en estos tres meses estivales.

Por consiguiente, el Cerro Hermoso, a mi juicio, no es hermoso ni es Yurac Llanganati, sino Yana-Llanganati en Diciembre, Enero y Febrero; pero, recobra sus nombres en Quíchua y en Castellano, en Junio, Julio y Agosto, época en que también, aun cuando transcurran días y hasta semanas enteras de nevadas invernales, (no granizadas otoñales), hay intervalos de bellísimos días despejados totalmente y además, momentos en que las nubes están bajas, dejando sobresalientes, por encima, a un sinnúmero de cumbres revestidas ya por el manto blanco. En estos días y en estos casos, sin la menor duda, es cuando y como le han visto casi siempre a enormes distancias los que le han descrito al Cerro Hermoso en los libros.

Una última reflexión al respecto, es indispensable hacerla. Me refiero al hecho de que el granizo no puede jamás detenerse y cubrir a la «pirámide cuadrangular truncada» o Cincel del Cerro Hermoso, por su pendiente casi vertical; en cambio; la nieve sí puede reves-



El Yurac - Llanganati o Cerro Hermoso visto de Norte
a Sur, desde el valle de Soguillas.

(Esta célebre montaña ecuatoriana no había sido jamás fotografiada
o dibujada, hasta que nuestra Expedición tomó esta rara y difícil
impresión total, que es la primera y única en existencia).

tirlo de blanco, tanto por la naturaleza misma de la nieve, cuanto porque, como he dicho, la pirámide está formada de estratos horizontales, con unas como diminutas graderías sobresalientes. Es de suponerse, por tanto, que en el invierno de nieves que recibe la zona de Tungurahua, el Cerro Hermoso debe ser una cosa deslumbradora porque el ropaje blanco le ha de cubrir, picos y promontorio inclusive, hasta muy abajo, quizás hasta 3.600 o 3.700 metros de altitud. (1)

Según dije antes, el único viajero científico que ha visitado con sus pies el cuerpo del Cerro Hermoso, es el Dr. Guillermo Reiss, geólogo alemán, cuya relación, siquiera en parte vale la pena de insertarla aquí, cuando dice: (2)

"Seis días pasamos en la falda empinada de un filo de mica-esquistista en medio de un fucal casi impenetrable, envueltos en nubes, con lluvias y nevazones continuas, hasta lograr por unos momentos la vista del cerro para tomar su altura. Concluido este trabajo visité con algunos peones la parte occidental del Cerro Hermoso hasta el límite inferior de la nieve para cerciorarme de la naturaleza de las rocas que forman las pe-

(1) Creo que es en este sentido que dejo señalado, como debe entenderse la siguiente aseveración hecha por nuestro docto vulcanólogo, Dr. Augusto N. Martínez: "La cúspide del Cerro Hermoso, no alcanzaría a la altura del límite de la nieve, encontrada para la Cordillera oriental, quedaría 91 metros más abajo del promedio encontrado para ambas Cordilleras y, sin embargo, el Cerro Hermoso no es una montaña nevada insignificante". (Contribuciones para el conocimiento geológico de la región volcánica del Ecuador. El Quilindaña. Primeras investigaciones de la glaciación en las montañas volcánicas del Ecuador, por el Dr. w. Reiss. Anales de la Univ. Central, pág. 408, Nc. 278, Octubre - Diciembre de 1931.)

(2) "Carta del Dr. w. Reiss a S. E. el Presidente de la República (G. García Moreno) sobre sus viajes a las montañas del Sur de la Capital.—Quito, 1873."

ñas de la cúspide. La vista desde Toldofilo (así llamábamos las peñas de nuestro campamento) abraza toda la cordillera oriental desde el Antisana y Cotopaxi hasta el Sangay, y puedo asegurar que no solamente no existen estos picos y volcanes que el señor Guzmán ha pintado en su mapa; pero también que ni hay rocas volcánicas en esta parte de la cordillera: todas las bocas—minas mencionadas en el mapa (Siete-bocas, etc.) son bocaminas y nó bocas de volcanes..... Los cerros formados por las esquistas son muy empinados y principalmente al Este del río Topo, cortados a pico, con sus faldas desnudas, mostrando las planchas de las esquistas en posición casi vertical y relumbrando bajo los rayos del sol como plateados a causa de la mica. Pero estas lomas erizadas no alcanzan a más de 4.200 a 4.300 metros de altura y no sobresalen a la cumbre de la cordillera; solamente el Cerro Hermoso se eleva a mayor altura, merced a su composición geológica diferente de los otros cerros. La parte inferior de este nevado (Reiss también contribuye erróneamente a que lo llamen así.—L. A. M.) No se diferencia de las lomas mencionadas; pero en lugar de acabar, como éstas, en un filo lleno de picachos como una sierra, se ven encima de las esquistas verticales, unas peñas negras, formadas por capas horizontales, y si ya la parte superior parece inaccesible, lo es de veras la cúspide, que, al menos, al lado del Oeste se presenta como una muralla sobre la cual descende una helera grande reuniéndose con las masas de nieve que rodean el pie de las peñas negras. Las capas horizontales son unas esquistas calcáreas y bituminosas, tan impregnadas con piritas, que donde quiera que se rompa la roca se ve relumbrar el oro, como decían mis compañeros, se reduzcan talvez las grandes riquezas de los Llanganates a depósitos de este mineral que ya tanta plata ha gastado a los mineros inexpertos del Ecuador". Reiss le calculó trigonométricamente en 4.576 metros al Cerro Hermoso.

La idea de que el Cerro Hermoso y los demás cerros Llanganati eran formidables volcanes llenos de fuego y humo, que nos cuentan Guzmán y Villavicencio, a pesar de las aseveraciones posteriores que hizo Reiss en 1873, todavía es creencia usual aún en recientes y serias publicaciones ecuatorianas y extranjeras. Nuestro tan versado geólogo-vulcanólogo Dr. Augusto N. Martínez, afirma, igualmente, que «La selva de Canelos está limitada al Oeste por los volcanes Cotopaxi, Llanganati y Tungurahua.....» al referirse en el año de 1922 a la narración de los recorridos botánicos de Richard Spruce por nuestro Oriente. (1).

En la actualidad, los peones que nos acompañaban nos dijeron que al Cerro Hermoso suelen llamarlo ellos "El Cerro Candelilla", "El Relampagueador", y "El Tronador", indicándonos que era porque con mucha frecuencia se desataban sobre la pirámide o Cincel, tempestades verdaderamente maravillosas de descargas eléctricas, unas veces como rayos y truenos, y otras, como grandes llamaradas silenciosas que se dilataban con deslumbradores fulgores por el espacio. Nos dijeron que estas tempestades silenciosas de luz, causaban pavor a los neófitos, pero que una vez advertidos de que eran inofensivas, gustaban mucho de contemplarlas y "ver así de cerca cómo jugaban los cerros". Indudablemente, (2), se trata de descargas de fluido eléctrico denominadas "Fuego de San Telmo", fenómeno luminoso

(1) «La peregrinación de un sabio a través de las selvas orientales», por Augusto N. Martínez. Bol. de la Academia de Historia. Nos. 10 y 11, Marzo - Junio de 1922. Quito. Vol. IV.

(2) La Enciclopedia Espasa, con respecto a este fenómeno, dice lo siguiente: «El Fuego de San Telmo suele ser frecuente en grandes altitudes, sobre todo en los picos rocosos, cubiertos o nó de nieve, en tiempos tormentosos. Parece que la presencia de este fuego es más frecuente cuando al estado eléctrico de las nubes acompaña granizo y viento, que cuando la tormenta estalla sin este acompañamiento.»

en escala colosal que lo vemos con frecuencia a enormes distancias desde la región interandina, donde muchas veces, sobre todo, vistos desde Cunchibamba, hasta hoy se los ha tomado como tremendas erupciones volcánicas "en volcanes desconocidos del Oriente". A ésto atribuyo la idea absolutamente errónea transmitida desde la antigüedad, de que los Llanganati eran una madriguera de volcanes en frecuente actividad.

En resumen, acerca del Cerro Hermoso o Yurac—Llanganati, creo que puedo afirmar lo siguiente:

1.—Que no es una montaña de forma cónica ni piramidal, según el modelo del Cotopaxi, Tungurahua, Sangay y Sumaco, por ejemplo, sino más bien una montaña que sigue el patrón del Cotacachi o del Sincholagua;

2°.—Que no es un "nevado perpetuo", aún si aceptamos como teóricamente cierta en un sentido general, la regla o ley de la "snow line" establecida por Edward Whymper, de que el límite inferior de las nieves perpetuas en los picos de los Andes ecuatoriales es más baja en los picos más orientales que en los más occidentales; regla o ley que necesita ser revisada en los días modernos en que estamos denunciando ya y comprobando la influencia de climas temperados australes sobre nuestros propios climas ecuatoriales de los Andes equinocciales;

3°.—Que no es un volcán activo ni extinguido, puesto que no hay ni trazas de ello, sino más bien evidencias completas de que esta montaña y toda su región circundante corresponden a formaciones geológicas primitivas, compuestas por granitos, cuarzos, gneiss y mica-esquistas;

4°.—Que ha sido poco conocida su posición y sus verdaderos caracteres, no tanto por la distancia a la que se encuentra de la Región interandina y de los páramos habitables, sino más bien porque está cubierta casi a perpetuidad por grandes masas de nubes y densas nieblas;

5°.—Que el picacho principal o Cincel es inaccesible, pero que el alto dorso donde se asientan los picachos es fácilmente accesible por el lado Sur y Suroeste, y absolutamente inaccesible toda la montaña por el lado Norte y Noreste; y

6°.—Que, tanto la apariencia como la altitud real del Cerro Hermoso han sido exageradas, desde el geógrafo ecuatoriano Pedro Maldonado, que lo llama "sierra nevada" en su Mapa, hasta el viajero inglés Whympers, quien, al divisar lejanamente a las sierras de Llanganati cubiertas de nieve desde la cúspide del cerro Corazón, en Machachi, les atribuyó 16.000 pies de altura, o sea una elevación un poco mayor que la del Pichincha, cuando, en realidad el Cerro Hermoso (4.638 metros) apenas pasa con cinco metros al cerro Imbabura, que tiene una altitud de 4.633 metros, según las mediciones de los geodésicos franceses.

XII

Los valles de Soguillas y del Vanadio, y la laguna de Paul Tur de Koos, o Poza de Rendón

En nuestro profundo campamento de Guarromachai, transidos de frío por la cruel temperatura de estos páramos salvajes y feroces, empapados de agua y de lodo, rodeados por espantosos torreones y murallas, y aunque acompañados por una numerosa tropa de peones, se empieza a sentir en toda su fuerza, lo que ya me habían advertido de antemano mis viejos camaradas de expedición. tan característico y peculiar de Llanganati:

es decir, una sensación de pavor, de soledad, de silencio de lejanía del mundo habitado y habitable. Aquí, ya no es sólo la fuerza física la que trabaja, sino quizá más todavía la entereza moral, ante el monstruoso espectáculo de un país agreste y horrendo, sin hombres, sin animales, sin rutas, sin ríos, sin sol, sin cielo, sin estrellas.

A la mañana siguiente, ya no tan despejada como las anteriores, levantamos el campo y continuamos la marcha, siempre rumbo al Este. Volvemos a sumergirnos en el jucal a proseguir la lucha, brazo a brazo, con esta asfixiadora yerba cortante a la cual se añade ya desde aquí la terrible espadaña (talvez una *Tipha?*), yerba, asimismo cortante y punzante, que semeja espadas o bayonetas sobresalientes del suelo, como para impedir deliberadamente el paso al hombre profanador de tales laberintos. Subimos una especie de colina, y, a la vuelta, se nos descubre otro vallecito en igual disposición que el de Guarro-machai, descendente de Norte a Sur, pero más amplio y ameno. Se tiende también hasta la base del Cerro Hermoso y en suave declive. Nuestros peones se alegran al verlo, y me advierten que le llaman ellos «Valle de Soguillas», no sé por qué. Lo atravesamos de Oeste a Este, pero, en el fondo nos detenemos a recoger preciosos bloques de pirita de hierro de entre un sitio rojo, por donde sale perezosamente una agua en extremo ferruginosa. Luego, ascendemos una ladera, peleando y peleando siempre con el denso jucal, donde todos andamos perdidos, hasta que coronamos la cima.

Nueva impresión tétrica! Frente a nosotros tenemos ya bastante cerca una enorme montaña negra, negrísima con centenares de picachos de igual color. Es un gran puerco espín semi-oculto que nos acecha detrás de una fantástica muralla verde-gris que corre por casi una legua de Norte a Sur, y cuya cima es una sucesión indescriptible de dientes elevadísimos de toda forma y dimensiones. Entre la muralla y nosotros se dilata una

Confusión de colinas y de valles más o menos profundos; más o menos amplios. Descendemos al primero de ellos, después de desfilir por una cresta curva, gracias a unos densos matorrales que allí crecen de guagramanzana, que, con sus espinas nos martirizan más todavía de lo que sufrimos con el jucal, la espadaña, y aún con cierto sigse (*Gynerium?*) o «cortadera», por cierto, todos cortantes. Llegados al fondo del vallecito, topamos con un espléndido camino de dantas que conducía de Norte a Sur o viceversa. Nosotros lo pasamos en ángulo recto y continuamos por el valle, el cual más allá era extenso; pero, bien pronto tuvimos que trepar una muralla, trasmontarla y llegar a otro vallecito mínimo, donde, de nuevo trepamos otra nueva muralla, hasta que, al fin, en la cumbre descansamos a la vista de un silencioso lago que se nos dijo llamarse "Laguna de Paul Tur de Koos" o "Poza de Rendón".

Al valle grande que atravesamos, se nos indicó que se le denominaba de «El Vanadio», por cuanto a él llegaron unos exploradores extranjeros en busca de estivaliosísimo y raro metal, útil para las aleaciones de acero; y, que los nombres del lago obedecían, el primero, a que en él hizo grandes investigaciones hace cosa de cuarenta años, un europeo de nombre Paul Tur de Koos, habiendo casi perecido en sus aguas. Finalmente que el nombre de Rendón le venía por cosa análoga que hizo allí un ecuatoriano o colombiano de tal apellido.

Mientras escogíamos el terreno para nuestro campamento, el jefe de la expedición, señor Boschetti, encontró muy cerca de la orilla del lago, una cola de puma en medio de los restos de un venado, seguramente el sitio de algún gran festín habido entre pumas disputándose su víctima. A la vez, notamos que en el lago—siempre sin totora, como todos los de Llanganati—nadaban unos pequeños patitos con alas apenas rudimentarias que les impedía volar, pero que, en cambio eran diestrisísimos zambullidores. Parecían diminutos pingüinos. A este respecto, cabe hacer aquí la misma pregunta que

hizo James Orton cuando vió las mismas aves en las lagunas de Antisana. «De dónde salieron estos animales, cuál fue el origen de ellos, si no son capaces de remontar ríos ni de volar?—Qué lo conteste Charles Darwin».

En la Poza de Rendón, asentada como en una repisa de un cerro, pernoctamos para emprender el horroroso viaje del día siguiente por encima de los dientes de aquella muralla que nos había abismado al contemplarla desde lejos. Pero, a esta laguna nos dicen que han llegado también muchos otros viajeros, entre los cuales se cuenta, sobre todo, de un americano, Mr. Brooks, quien vino al Ecuador creo que por el año 1904, y, habiendo avanzado hasta dicha laguna, permaneció después perdido largo tiempo en los laberintos y logró salir moribundo por la región de Mulatos. Parece que él y casi todos los demás exploradores han creído que esta laguna era artificial, una suposición infantil y absurda, como lo veremos después.

XIII

Los farallones de la Gresta de Callo.—

Visión portentosa del territorio ecuatoriano

Cuando salimos de la laguna de Rendón, nuestra ruta dejó ya de ser con rumbo al Este, torciendo más bien bruscamente hacia el N.N.E. Nuestros primeros pasos fueron de un ascenso considerable, y, luego, una suave travesía por el dorso de ciertas colinas.

Aquí, en una de tales colinas, me detuve ante una visión magestuosa y única en el Ecuador. La mañana era bastante clara, y gracias a ella, y al sitio en que me detuve, pude contemplar de un solo vistazo un panorama

ma inesperado a mis espaldas, que incluía al mismo tiempo al Chimborazo, al Cerro Hermoso, y al imponente y humeante volcán Sangay. Fue aquel instante la primera vez que logré conocer a ese temible volcán oriental y, por cierto, dada su posición, era también el primer instante en que se vislumbraba ya, entre infinitas brumas, la lontananza del Oriente. Pero, esto ocurría sólo a favor de una como ventana o hendidura del Cerro Hermoso hacia el Sureste; cosa análoga ocurría con la vista al Chimborazo. Era un sitio único el de mi estación; pocos pasos más atrás o más adelante, ya no se veía ni uno ni otro. Al propio tiempo, al frente mío, hacia el Norte se levantaba soberbio el Antisana. Aproveché, entonces, para tomar la posición relativa de estas grandes marcas de nuestra Geografía ecuatorial, y encontré con ayuda de la brújula, que el Antisana, el Cerro Hermoso y el Sangay se hallan casi exactamente en la misma longitud, excepto que el Cerro Hermoso está unos poquísimos segundos de grado al Oeste. Tal situación no la he visto en ningún mapa ecuatorial, sino más bien en un pequeño mapa del geólogo americano, Mr. Joseph Sinclair, en su folletito escrito en italiano, intitulado «Viaggio per la República dell Equatore.»

Era todavía muy demañana cuando estábamos en este lugar, pues el jefe de la expedición ordenó anticipar lo más posible la marcha y acelerarla al máximo de nuestros esfuerzos. porque, de otra manera, el viaje por encima de los dantescos farallones de la Cresta de Gallo implicaría dos días continuos de penosísimos escalamientos, ambos sin una gota de agua para beber, peor aún para cocinar; y, como habíamos tenido una madrugada de helada extremadamente severa, todo el suelo y su cruel vegetación cortante estaban cubiertos de agujas de hielo atrozmente hirientes, las que sumándose a las púas y filos de las hierbas, nos torturaban de manera indecible, sobre todo a los peones descalzos, quienes marchaban formando un coro de quejidos y con los pies

y piernas destilando sangre. Al fin, como quien pone el pie en el estribo de un andamio de padecimientos para pasar a otro de muerte, así saltamos de los promontorios donde por lo menos andábamos a pie, a las crestas laminares de estrechísimo filo en donde los únicos medios de locomoción para el hombre son las manos, los codos, las rodillas, la barriga, la espalda, y aún la boca gracias unicamente a las mezquinas hierbas que crecen en las aristas de aquellas satánicas crestas, muy semejantes a las que adornan la cabeza de un gallo, y por lo cual, nuestros peones indios les dieron el apropiadísimo nombre de Cresta de Gallo.

Habiendo pasado la primera cresta, un poco gorda y practicable, de pronto bajamos a una garganta por cuya concavidad muy estrecha corría otro sendero de dantas, y desde aquí, adelantándose nuestro siempre valeroso jefe de expedición, le ví después de largo rato elevarse a gatas hasta casi perderse de vista en ascenso perpendicular. Luego, siguieron, uno a uno nuestros peones, quienes, después de más de una hora eran un rosario de miserables puntitos móviles que avanzaban al cielo arañando por la arista de una muralla hecha por la albañilería natural de Llanganati. Me espeluznaba la idea de que cayendo el que iba primero, por el peso propio y por la respectiva carga, arrastraría a la caravana entera convirtiendo a toda la expedición, en un abrir y cerrar de ojos, en un montón de cadáveres y de pesados equipajes. La mayor preocupación nuestra en esos ascensos acrobáticos, era entonces, el trepar metro por metro mirando hacia arriba al hombre que iba adelante en previsión de que cayese para evitarle en lo posible el impacto sobre nuestro cuerpo y la fatalidad de precipitarnos todos al sepulcro. Al llegar a la cumbre, nadie podía hablar siquiera. Estábamos enteramente exhaustos, verdaderamente agónicos por el total trabajo muscular del cuerpo y por la altitud, que, en tales circunstancias producía el máximun de asfixia que he sentido en mi vida al trepar los altos Andes.

Vista del paso de nuestra expedición
por uno de los desplazamientos
de los paramos de la
Cresta de Gallo



Hacia el lado izquierdo de los
hombres la muralla es
inclinada en ángulo entrante,
hacia la derecha, en ángulo
saliente, sobre el lago.

Pero, por fortuna, toda nuestra absoluta postración fisiológica desaparecía con pocos minutos de permanecer caídos en el suelo, relajados e inmóviles. La dificultosísima respiración y las violentísimas palpitaciones del corazón se normalizaban prontamente. A nosotros mismo nos causaba sorpresa el notar como nos reponíamos en tan corto tiempo después de instantes mortales. La altitud de este primer pico y de los demás que se sucedían al N. E. en esta muralla de los farallones, debía ser de cosa de 4.000 metros, entendiéndose que unos eran más altos y amplios que otros. Pero, el número de dientes de este auténtico serrucho no debe bajar de treinta, pues el viajar sobre él, sobre todo en tiempo lluvioso —que es la regla en Llanganati— ocupa dos días, y, a veces, tres.

Tan pronto como habíamos trepado esta primera cresta o enorme diente, pudimos ver también al otro lado, al oriental, hacia donde aparecía aquel gigantesco cerro negro con picos de azabache, a que me refiero en las líneas anteriores, que, entre dicho cerro y nosotros, mediaba un profundísimo y estrecho abismo, cuyo fondo horizontal estaba ocupado por un solo pantano o desague sinuoso de una gran laguna larga en la que se sumergía casi perpendicularmente la base de nuestra enorme muralla. Al rededor del pantano se mostraban millares y millares de unas plantitas blancas, que yo las creí en el acto una repetición del jardín de frailejones enanos que había visto antes en la base de la Cabeza de Ati del Sunchu-urcu. Pero, no tal, mis dos compañeros de expedición me explicaron, y después yo mismo comprobé, que eran los sangurimas, o «frailejones arbóreos», plantas que yo nunca antes había conocido, y que ahora me tocaba verlas perpendicularmente, de arriba para abajo. En la ribera opuesta del pantano, caía, asimismo, verticalmente y en posición paralela a nuestra muralla, el pedestal de aquel formidable baluarte negro que nos limitaba al oriente.

Esta gran montaña negra es el Yana-Llanganati, un coloso, segundo sólo, en mi opinión, al Yurac-Llanganati o Cerro Hermoso. Debe tener una altitud de 4.350 a 4.400 metros; su dorso es al principio perfectamente combado, pero después las dendientes caen todas a plomo. Toda su cumbre está densamente cubierta de picachos prismáticos, tres de los cuales simulan un auténtico bonete de jesuíta, nombre que le pusimos a esa parte del cerro. El cuerpo íntegro del cerro es monolítico y desnudo de toda vegetación, siendo tan negro el color de la roca que lo forma, que tiene hasta brillo, como que fuese barnizado con brea o con asfalto. Su presencia es más que imponente, en verdad aterradorante para nosotros, dado el lugar desde donde le estamos viendo, es decir, desde una arista de la muralla «Cresta de Gallo» con un abismo de 300 metros sobre un valle a nuestras espaldas, con otro abismo de 250 metros que cae sobre una laguna a nuestro frente, y, con precipicios no menores de 150 metros a derecha e izquierda nuestras.

Cuando habíamos pasado ya más de una docena de estas crestas, con iguales o mayores penalidade que en la primera, hicimos un alto, tanto para beber una dosis de agua que nuestro previsivo jefe de expedición había hecho llevar desde la Poza de Rendón a fin de confortarnos en este desfiladero donde se agoniza de sed, cuanto para contemplar el portentoso panorama que se mostraba a todo nuestro derredor. Debido a que, con el cambio de nuestra ruta ahora viajábamos más o menos de Sur a Norte, así como por la elevación en que estábamos, pudieron nuestras miradas abarcar una parte tan considerable del territorio ecuatoriano, que creo difícil que haya otro punto desde el cual pueda verse un espectáculo tan extenso. Sencillamente, veíamos de Sur a Norte, desde el Nudo del Azuay hasta el Cayambe, incluyendo, por cierto, en esta línea, además del propio Azuay, el Tungurahua, el Cerro Hermoso o Yurac-Llanganati, el Yana-Llanganati (que nos cerraba la vista al

Oriente), luego, el negro Morro de Mulatos, el Antisana, y, finalmente, el Cayambe, apenas como una blanca tienda de campaña. Pero, hacia el Noreste, tuve el gozo de ver por vez primera en mi vida, al bellissimo y casi ignorado cono negro del Sumaco. Hacia el Noroeste, aparecían de modo bien claro, el Quilindaña y el Sincholahuá, y de modo muy confuso, los Pichinchas, el Corazón, Pasuchoa y el Rumihahui. Del Cotacachi no se veía nada. Al Oeste estaba el Cotopaxi, y muy cerca de él el Iliniza, seguido al Sur por las Cordilleras de Angamarca, hasta terminar en el soberbio Chimborazo, el cual, comparado aquí como sobre una mesa con el Antisana, conservaba su supremacía sobre él y sobre todos los demás. Puedo decir que, todo cuanto quedaba por debajo de las nieves perpetuas, es decir los mil y mil picos y dorsos de los páramos de las Cordilleras Oriental y Occidental, aparecían desde aquí como una sola y gran llanura, como un océano de páramos sobre el cual flotaban por todas partes a la manera de icebergs los grandes nevados del Ecuador. Sólo el Oriente estaba todavía fuera de nuestra vista, por más que ya veíamos al Sangay y al Sumaco, dos conos que, sumados a los otros dos, Tungurahua y Cotopaxi, los teníamos a todos de una sola vez, al alcance de nuestros ojos, caso único en la contemplación geográfica del territorio ecuatoriano.

Debo advertir, a este punto, que por mucho que le busqué al Saraucu, no lo hallé, a pesar de la posición ventajosa en que estábamos, es decir, mirando aún por detrás del Guamaní y del Puntas ampliamente hasta la Cordillera de Galeras. Tampoco le vimos al Reventador. Seguramente por su mediana altitud, se perdían ya en la redondez del mundo.

Pero, si ésta era la esplendorosa visión que tuvimos de los grandes Andes, luego, en segundo orden, pero en primer plano, teníamos ya, ahora sí de conjunto a la

vista, el Derrotero de Valverde, claramente mostrándose en sus cuatro quintas partes. Allá, a enorme distancia al Oeste, se dibujaban las dos lagunas de Los Anteojos; luego, la gran laguna negra de Yana-cocha y muchísimas otras más, todas en una sola planicie baja del infinito páramo; inmediatamente en seguida de Yana-cocha, arrancaba como en cascada un río que venía hacia el Oriente profundizándose hasta constituir una hoya grandiosa, donde, por el Norte venían acompañándola y muriendo ya las estribaciones llamadas de Mulas de la Cordillera oriental de Latacunga, mientras por el Sur, acá en Llanganati, le acompañaban también nuestros promontorios, pero elevándose más y más conforme se avanza al Oriente. Entre estos promontorios se notaba que caía el río del Golpe, y seguramente se contaba también la Gran Quebrada Seca con cuanto prosigue de aquel enigmático Derrotero.

En esta alta cresta donde estábamos mirando sobre el mapa vivo de la República del Ecuador, pudimos también observar mejor las características de nuestra formidable muralla. Era, en realidad una como lámina de roca monolítica, un verdadero serrucho de granito asentado ni siquiera verticalmente, sino en posición un tanto oblicua de oriente a occidente, de modo que, a este lado la base formaba un ángulo entrante con relación a la cumbre dentada. Así, pues, cuando subíamos o bajábamos cada diente o cresta, teníamos el riesgo de caer no sólo en el borde de la cresta, sino directamente de ésta al inverosímil abismo de toda la altura de la muralla que, en el lado occidental no era menor de 300 metros de profundidad. Ahora bien, del lado oriental, la muralla se elevaba formando ángulo saliente en la base, base que, a su vez se sumergía aquí, como al principio, en otro lago, simulando así ni más ni menos que un fiord de las costas de Noruega. El espesor de la muralla en la base debe haber tenido de 50 a 80 metros, mientras que, en la cumbre por donde arañaba-

mos, gateábamos y nos deslizábamos como orugas o sa-
bandijas, había lugares extensos de dos metros, de un
metro, de cincuenta centímetros de ancho! En
tales sitios, cuán esperada y cuán bendecida es la nie-
bla, que al menos nos ciega, nos venda los ojos para
no ver el espeluznante caos de cuatro abismos que es-
tán listos a recibirnos si se arranca una hierba, si fla-
quea una mano, si resbala una rodilla! Situados en una
de esas cumbres, estremece todo el espíritu al mirar
atrás hacia el ascenso que uno ha hecho, y adelante al
ver el desconsuelo que a uno le espera. Nadie sabe qué
es peor, si subir, o bajar. Pero, desvanece la imagina-
ción al mirar de reojo los abismos que se tiene a dere-
cha e izquierda de uno. Aquí, donde da lo mismo avan-
zar que retroceder, no hay ni el consuelo ni el arbitrio
de rendirse y decir, «no puedo más», como en el caso
de los andinistas que desisten de coronar una cúspide
cuando se han agotado ya todas las fuerzas humanas;
y, ello, a la dulce vista de un mundo habitado y habi-
table, a corta distancia de las viviendas del hombre.
En tanto que aquí, estamos en la infinita, amarga y
opresiva desolación casi ultra terrena de Llanganati!

La Cresta de Gallo, si es un sitio de lamentaciones,
también lo es de meditaciones. Ante la vista de preci-
picios y farallones tan horribles, y teniendo a la vez el
panorama de los dulces Andes, de tan suaves perfiles,
de quebradas y laderas tan amenas, no puede uno me-
nos que bendecir de todo corazón a los volcanes y con-
siderarles como verdaderos domesticadores del esqueleto
bruto de la corteza terrestre, haciéndolo manso, útil,
fecundo y practicable para el hombre, y sobre todo
aquí en la República Ecuatoriana, donde el hombre ha
hecho sus mejores hogares no sólo junto a los volcanes,
sino aún dentro mismo de los cráteres, como en el
Pululahua, y donde la higiene, la salud, la economía, la
industria y el progreso brotan de los manantiales vol-
cánicos, como en El Tingo, Machachi, Baños, los únicos

poblados rurales donde hay prosperidad sigloventina en el Ecuador, gracias a los volcanes (1).

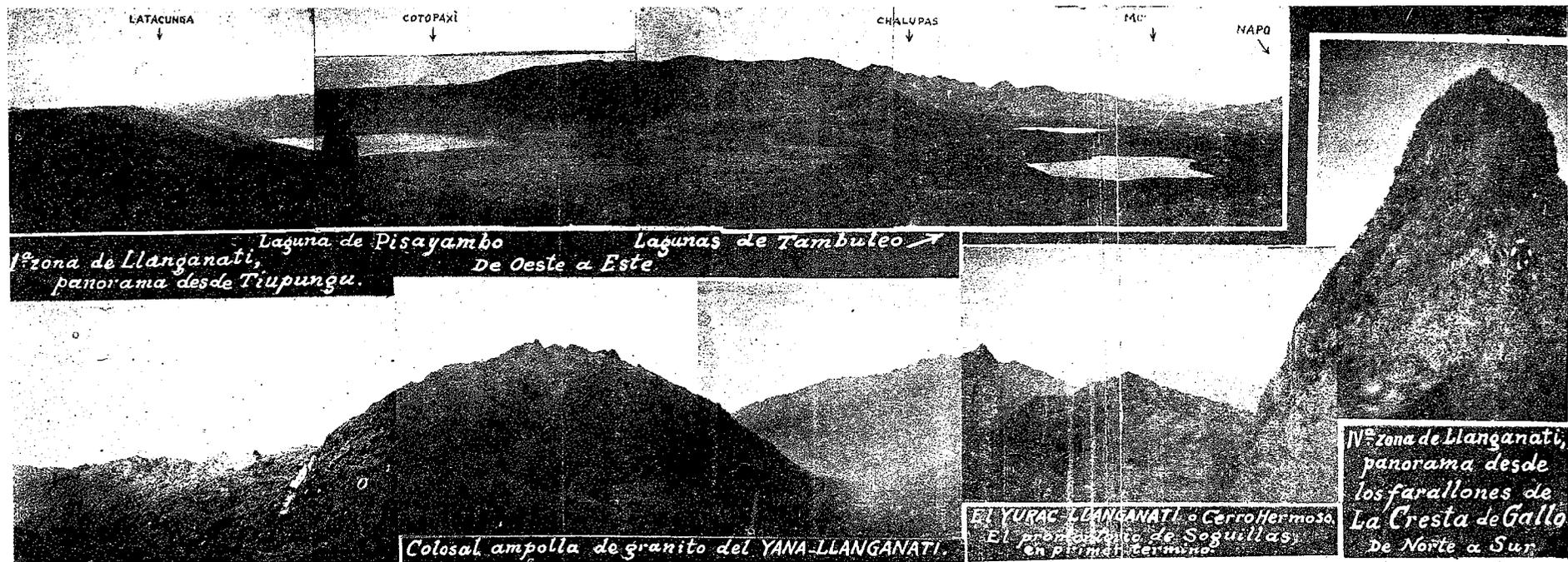
En verdad, quienes nunca hemos tenido ni la noción siquiera (debido nuestra pobrísima Geografía nacional) de que, además de los Andes volcánicos, existían también Andes nó volcánicos en el Ecuador, es obvio que, por falta de un término de comparación, sigamos consagrando con frases de consabido pesimismo al volcanismo ecuatoriano; pues, nuestros propios geólogos no han pasado de decirnos que habían rocas simplemente rocas primitivas, no volcánicas, en los Andes del Ecuador, nó montañas mismas, no sistemas enteros de montañas nada volcánicas entre las Cordilleras ecuatorianas, si exceptuamos lo que concierne a lo monografiado sobre Azuay y Loja. Pero, situándonos en Llanganati, es aquí donde encontramos un verdadero salido gigantesco y elevadísimo de Andes sin volcanismo donde, aún con la misma climatología cuasi ártica de los comunes páramos volcánicos, la vida vegetal y animal de estos últimos, o se ahuyenta del todo, o aparece en formas raras, propias y exclusivas, tan pronto como en el terreno en que se asientan dejan de sentir la geología volcánica y entran en la geología nó volcánica, con una selección natural sorprendente, maravillosa.

El espectador en Llanganati, está de hecho en presencia de un trozo de la primitiva corteza terrestre, como recién moldeada ayer en formas grotescas, monstruosas, inverosímiles, de agujas, pináculos, torres, murallas, gibas, etc., sólo que íntegra y traídoramente revestidas de una vegetación hirsuta, raquílica y agresiva que sobrevive en musgo a falta de suelo vegetal, y donde todo

(1) Por estas y otras razones, deploro tener que impugnar como grandemente erróneas las siguientes afirmaciones del Dr. Pío Jaramillo Alvarado, en su último libro «El Agro Ecuatoriano» pág. 61, cuando dice: «El Ecuador es conocido como el país clásico de la volcanología, lo cual puede ser un honor científico, pero sin rendimiento para la economía nacional». (L. A. M.)

plano horizontal es indefectiblemente un lago o un pantano a tal punto que visto el país desde lo alto en





poblad^os rurales donde hay prosperidad sigloventina
en el Ecuador, gracias a los volcanes (1).

plano horizontal es indefectiblemente un lago o un pantano, a tal punto que visto el país desde lo alto, es más bien un archipiélago que una cordillera! Ante esta visión, nunca descrita en nuestros libros, el espectador, repito, sin ningún esfuerzo imaginativo reconstruye o que habrán sido las Cordilleras de los Andes, allí, en los primeros días, antes de que apareciesen los volcanes; y, entonces, se da cuenta de que los volcanes posteriormente empezaron la obra de relleno de todo los antros y deformidades primitivas, depositando sobre ellas formidables cantidades de detritus volcánicos hasta disimular todo lo grotesco y convertirlo en alomados suaves, en laderas pintorescas, en valles y cañadas invitantes donde más tarde habían de crecer praderas y boscajes jugosos y nutritivos que hospedasen al hombre, a sus animales, a sus artefactos y a sus vehículos de locomoción rápida y ultra-rápida.

El hombre situado en una arista del espantoso estatismo de Llanganati, ve en los volcanes andinos la expresión de un dinamismo más bien constructivo, a pesar de un pasado demoledor, y anota en los mirajes de su meditación comparativa, que en estos días y en los venideros, nuestros volcanes andinos, con sus copiosas y variadísimas aguas y gases volcánico-minerales, son y serán para la economía, la industria y la colonización moderna de la Sierra del Ecuador, lo que el petróleo es hoy para la Costa Ecuatoriana. En otras palabras, cabe también decir, sin exageración, que cuando progrese más la industria mineralógica y química en el Ecuador, sus volcanes construirán más y mejores poblaciones junto a sí, que las que antaño destruyeron con sus erupciones. Hoy mismo, ya se venden más litros de aguas volcánicas y más libras de hielos y gases volcánicos, que litros de leche y que libras de mantequilla.

XIV

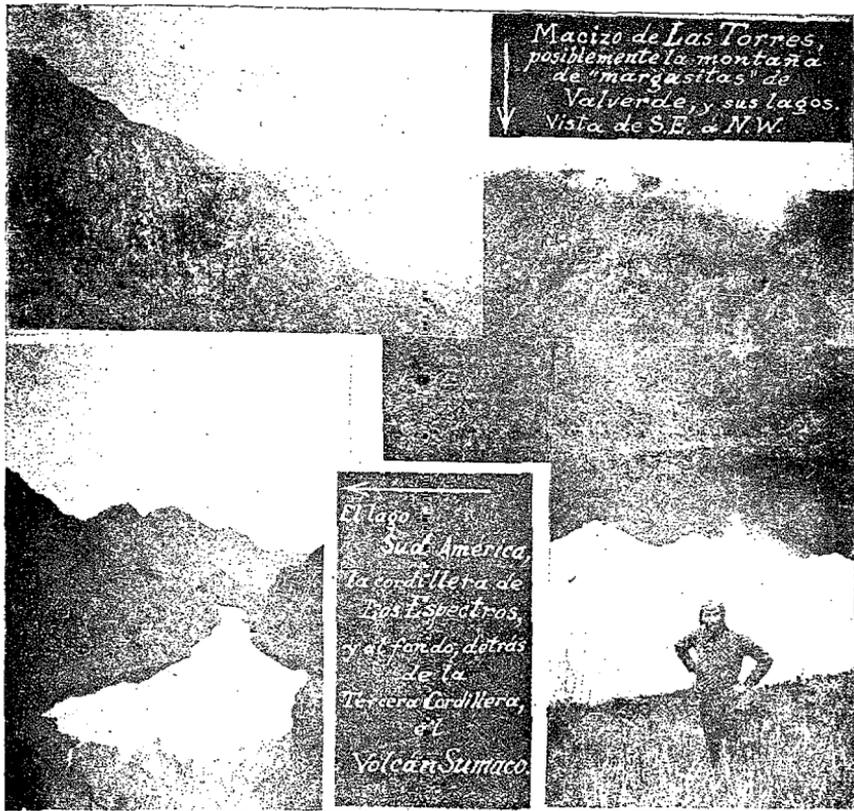
EL MACIZO DE LAS TORRES

Engañosa vista sobre el Napo

Ahora, salgamos ya de esta cumbre que nos ha hecho estremecer y meditar.

Una o dos docenas más de estos dientes de la Cresta de Gallo hemos tenido que vencerlas para llegar al fin, sigiendo siempre por un trillo único y fatal que han hecho aquí los venados. Digo fatal, pues, en cada cien metros, o quizá en menos distancia, hallamos los despojos de otros tantos festines de los pumas sobre tan infeliz presa. Es cosa que apena estos hallazgos en todo el país de Llanganati. Especialmente, en esta Cresta de Gallo, parece que no hay venado que escape y que es la encrusijada favorita de los pumas, pues, bastaría que un puma se apostase en un extremo del farallón y otro en el opuesto, para que la víctima sea segura en sus garras, o, de otro modo, al precipicio!

La última cresta era chata y triangular por el lado Norte, muy semejante a la esfinge egipcia; de modo que tuvimos que bordearla, ciertamente, no sé cómo. Sólo recuerdo que, cuando falló uno de mis brazos y bajé la vista, ví al ras de mi cuerpo un abismo donde unos árboles aparecían como finas arenillas. Así se acabó este via-crucis, llegando, entonces, a una ligera y suave ensillada que conectaba a los farallones con otra gigantesca, formidable montaña muy alta y de color gris: el cuarto Llanganati, bautizado con el nombre de Las Torres por mis dos compañeros, señores Boschetti y Ré, debido a sus torreonadas cúspides. Esta montaña constituye el extremo Noreste del gran laberinto de Llanganati; debe tener una altitud de más de 4.300 me-



tros. A sus dos picos más altos y orientales, me he permitido llamarles Boschetti y Ré, en honor a mis dos bravos compañeros, quienes han trepado repetidas veces esos picachos.

Antes de terminar la Cresta de Gallo, pudimos echar una mirada hacia el Oriente, sin lograr tampoco ver todavía el país oriental o amazónico, pues, detrás del Cerro Negro o Yana-Llanganati aún había otra gran cordillera igualmente de más de 4.000 metros de altitud que se interponía transversalmente hacia el Este. Entre esa cordillera y la Cresta de Gallo, se presentaba un valle alto que después descendía hasta el segundo lago largo antes dicho: pero, el valle estaba cerrado por otro enorme murallón que casi venía a soldarse con la Cresta de Gallo.

Desde la ensillada de Las Torres empezamos a descender con rumbo al Oriente hacia cierto valle encerrado y cuyo fondo estaba ocupado por una extensa laguna con dos islotes en ella. El llegar a la laguna fue fastidioso porque allí apareció de nuevo el jocal puro y espesísimo; pero, avanzada la tarde, y felices de nuestra jornada de un solo día en las crestas, acampamos en la orilla del lago. A la mañana siguiente, tuvimos tal vez la temperatura más baja de estos días de viaje. Nuestras carpas se habían pegado a nuestras pieles, ropas y botas mientras dormíamos, por congelación! Estábamos como cosidos a las cosas. Aún más, pudimos dar unos pasos a pie enjuto sobre el lago. Estaban congeladas sus orillas, sin embargo de que el lago tendría unos 300 metros de largo y 80 o 100 de ancho. En estas condiciones, la marcha de nuestros peones fue atroz, porque tenían que andar como sobre vidrios rotos.

Pero, la noche anterior tuvimos un incidente digno de mención. He debido decir antes que en los peores sitios de Llanganati, existe, empero una planta que hay que contarla entre las benditas y nó entre las malditas. Es la bella y curiosa Selaginella, una Licopodiácea, llamada por los indios «candelilla» y «cacho de venado».

En los más detestables riscos, allí está ella solícita ofreciéndose a la mano de uno para salvar nuestra vida. Tiene esta planta un poder extraordinario de agarrarse con sus raíces a la desnuda roca granítica en una forma más firme y vigorosa que una yedra. Porque nos faltara leña para cocinar, comenzamos a recoger ramillas de esta *Selaginella* a fin de utilizarla como combustible, y cuando, con grandes esfuerzos, nuestro fuego tomó cuerpo y lo alimentábamos más aún para calentarnos, observamos que todo nuestro campamento estaba iluminado por una intensa luz amarillenta que daba al paisaje circundante y a todos nosotros un aspecto fantásticamente espectral. Sencillamente, estábamos pues quemando una de las plantas más ricas en sales de sodio, sustancia que da tal coloración a la llama.

El nombre de «candelilla» impuesto a ella por los indígenas, es por tanto muy apropiado.

Desde esta laguna llamada de Las Torres, continuamos rumbo al Este por una hendidura que allí formaban las montañas y por donde desaguaba dicha laguna. En el punto del desague nos encontramos con una verdadera puerta de donde se caía a un gran precipicio en cuyo fondo había otra laguna larga, y por donde, al fin, se echaba una mirada directa sobre el Oriente. Pero, qué desencanto! No era el Oriente mismo lo que veíamos, si por «el Oriente» hemos de entender la vasta hoya tropical, la gran expansión amazónica que debía ya tenderse a nuestros pies en un franco descenso a una ilimitada llanura cubierta de selvática maraña. Estábamos sí, a la vista de la selva, pero de una selva que, iniciándose a unos 400 ó 500 metros más abajo de nosotros, bajaba todavía más a una profunda y estrecha hoya, y de allí volvía a elevarse cubriendo a un intrincado encañamiento longitudinal de altos cerros que corrían de Sur a Norte, cerrando por completo el paso desde los glaciales y enormes páramos abruptos de Llanganati a las bajas y tórridas riberas del alto Napo. Contemplábamos desde aquí, es verdad, una visión oriental con

el volcán Sumaco al E. N. E., el país del Napo al E. y la selva de Canelos al E. S. E.; pero no pasaba de ser, como digo, una visión oriental, engañosa y aparentemente cercana para explorarla con los ojos pero prácticamente inaccesible para explorarla con los pies, debido a la interposición de esa inesperada cadena de altos cerros selváticos puestos de través a Llanganati, y que la conceptúo como la Tercera Cordillera de los Andes. (1)

A nuestra derecha en la laguna de Las Torres, y de Oeste a Este, se prolonga todavía una enorme, abrupta e inaccesible cordillera, al pie de la cual, y a pocos pasos de nosotros, hay una gruta natural llamada La Piedra por los indios, sitio final de todas las exploraciones de aventura en Llanganati, pero, que nosotros la dejamos considerándola más bien como el sitio inicial de

(1) A este respecto, debo decir que al tiempo que comenzaban a publicarse en el diario «El Día», de Quito, una parte de los capítulos de este libro, aparecieron también en el diario «El Comercio» de la misma ciudad unas noticias sensacionales anunciando que el explorador inglés Capitán Erskine Loch había penetrado a Llanganati y logrado ya estar a la vista del Napo y del volcán Sumaco, y que, dentro de breve llegaría a ellos, ejecutando así una hazaña que nadie antes la había podido realizar. Entonces, el autor de este libro en vista de que prácticamente en el Ecuador nadie conocía ni la región, ni el asunto, ni el caso geográfico sobre los cuales se estaban dando noticias, publicó en «El Día» unos comentarios aclaratorios manifestando que una cosa era ver el Napo desde Llanganati, y otra cosa muy distinta el llegar al Napo por Llanganati, puesto que existía entre esos dos lugares una barrera de altos cerros estrechos y complicados cubiertos de una vegetación tropical tan densa, que los volvía impasables, y que, quien intentase ese paso necesariamente sería arrojado más bien al Norte, hacia el río Jatunyacu, o al Sur, hacia el río Pastaza; pero, el trasmonte directo de Oeste a Este, por Llanganati al Napo, era poco menos que imposible, por lo cual nuestra expedición Italo-Ecuatoriana estaba lista a estrechar la mano sinceramente a quien ejecutase tal paso en la realidad y no en los periódicos. Posteriormente a tales noticias el autor de este libro pudo entrevistarse en persona en Quito con el referido Capitán escocés Mr.

nuestra expedición, porque quisimos visitar Llanganati mucho más allá de todos los exploradores de quienes haya noticia. Por tanto, seguimos de frente, precipitándonos verticalmente a la laguna inferior, que tiene la forma de un jamón cuya punta se pierde en un borde colgante. Por desgracia, a eso de las diez de la mañana aparecieron las enloquecedoras nieblas del Llanganati, que, durante cuatro semanas más que allí estuvimos no nos abandonaron sino pocos minutos en diversos días. Empezábamos, pues a estar ya bajo el verdadero y perpetuo cielo oscuro de Llanganati, donde a cualquiera hora del día solar son las seis y media de la tarde, y donde cada paso de uno es un enigma en el vacío, en medio del país más inexplorado e inexplorable que hizo la Naturaleza. Todos los demás días claros que tuvimos, no habían sido sino momentos seductores hasta logramos apresar en el corazón de esas montañas infernales modeladas en el Averno seguramente por los más modernos demonios del taller de deformidades planetarias.

Erskine Loch, quien honradamente le confesó que él no había trasmontado de Llanganati al Napo, como dijo la prensa, sino que simplemente intentó entrar al Llanganati llevando sus cargas sobre una caravana de treinta burros y unos cuantos caballos pero que, habiéndosele muerto casi todos animales en la cordillera de Anchilibí, tuvo que abandonar Llanganati y dirigirse más bien por la ruta de la laguna de Los Anteojos, a explorar los páramos de Mulatos, donde permaneció más de tres meses, hasta salir, según dijo él, al río Jatunyacu.—Estas confesiones honradas del Capitán Loch, prueban más que ampliamente mis aseveraciones anteriores, pues el explorador Loch fué arrojado hacia el Norte no siquiera allá en la Tercera Cordillera de los Andes, sino acá, cerca de Pillaro, en la pequeña Cordillera de Anchilibí, desviándolo a Mulatos, por donde siguió el camino de Latacunga al Napo, explorado ya y trazado muchas veces por los viejos exploradores latacungueños como Alejandro Sandoval, Fidel Arturo, Jaime Daniel Mejía, Ricardo Villafaña, Rafael Varela, Luis Anda Viteri, Luis Tacán, Alfonso Campaña, y otros tantos, desde el año 1884 hasta 1912, como puede saberse en la «Monografía de la Provincia de León», por el propio señor Sandoval.—Luciano Andrade Marín.

Quando bajamos al desagüe de la segunda laguna para observar donde caían las aguas, y en busca de una cascada de 300 metros de alto que de allí habían visto antes mis compañeros, notamos que ya no existía tal cascada, sencillamente, en este país sin ríos ni arroyos, sino con miles de lagunas, cuando llueve hay millares de cascadas, y cuando no llueve, no hay ni una. El lago, en cambio de botar sus aguas a un horrendo precipicio sobre el que está colgado, las dejaba deslizarse suavemente por una insondable grieta lateral y oblicua de las numerosísimas y traidoras que hay disimuladas en el espeso musgo y la yerba en la inmensidad granítica y monolítica de Llanganati. Hasta este sitio llegaban los páramos incomensurables de Llanganati; pero retirándonos un poco a la derecha del lago y empezando a descender por una bajada fácil, allí topamos al fin, con las primeras muestras de vegetación arbórea donde se inicia la infinita selva. Ya tarde acampamos en la boca misma del bosque disfrutando a gusto de la leña. Estábamos a cosa de 3.500 metros sobre el nivel del mar; por fin, la temperatura nos era más agradable, pues ya seis días habíamos estado viajando entre 3.600 y más de 4.000 metros, siempre en pajonales, jucales, espadañales y rocas peladas. La atmósfera se limpió parcialmente por un momento, y desde allí pudimos ver que, a cosa de 400 metros al pie de nosotros había un valle selvático quizá de un kilómetro de ancho, pero, que, en el acto al frente se levantaba lo que he llamado, la tercera cordillera andina, compuesta por una serie de cordilleras, asimismo selváticas, que, muy unidas unas a otras, corrían de Sur a Norte en un solo cordón longitudinal. Era, pues, éste el sitio en que los graníticos y macizos Llanganati se dislocaban en una profunda hoya, reapareciendo al frente en la forma de otros Llanganati, diré, pero de distinta constitución geológica, porque allá ya habían derrumbes y ya la vegetación arbórea tenía tierras en que echar raíces; en tanto que acá, no hay jamás una sola piedra derrumbada en centenares de kilómetros a la redonda, y su feroz vegetación herbácea no vive sino

a expensas de un fenomenal colchón de musgo eternamente saturado de agua, llueva o no llueva, y que cubre por entero a todo el país del Llanganati, excepto a las aristas y cúspides superiores a 4.000 metros.

Desde nuestro campamento, y mirando al Noroeste, podíamos notar cómo el profundo río del Desaguadero de Yana-cocha, obstruido en su marcha hacia el Oriente por la tercera cordillera puesta de través, era obligado a cambiar bruscamente su rumbo dirigiéndolo al Norte paralelamente a la referida tercera cordillera, hasta al fin, encontrar una salida por la latitud de Mulatos, y por allí penetrar al Oriente a formar el Jatun-yacu o alto Napo. También vimos al N. E. que por allí la masa del Llanganati acababa en otras tres crestas perpendiculares a las cuales les pusimos desde aquí el nombre de Los Espectros por su aterrante aspecto, crestas que, empero, habían sido visitadas y exploradas por mis dos compañeros.

En este campamento, y a la vista de la selva, pasamos la noche. A la mañana siguiente resolvimos explorar el páramo por el Sur, sin penetrar en el bosque, y ascendimos de nuevo. Apenas alcanzamos una primera cumbre, aunque ahora sí, siempre sumergidos en una densísima niebla, cuando topamos sorpresivamente con algo maravilloso en medio de la espesísima vegetación de empadafñas: eran los **sangurimas!** Mejor dicho, un campo de blancas estatuas vegetales, que más parecían personas reales petrificadas por encantamiento durante siglos, como en espera de que llegasen hombres de otras edades a desencantarlas. Qué visión tan rara y llena de misterio fué ésta para nosotros en medio de la oscura niebla y cuando sabíamos que estábamos entrando en la zona nunca visitada por el hombre! En cada sangurima que desvelaba la niebla, creíamos ver el más perfecto monumento al silencio, a ese silencio opresivo, casi cósmico de Llanganati que le obliga a uno, irrefrenablemente a hablar en voz baja, para no despertar a alguien, a ese alguien que no existe en un pedazo del planeta negado a la vida.

ese alguien que no existe en un pedazo del planeta negado a la vida.

Pero, prosigamos, pues, más adelante llegamos a penetrar en una verdadera República de los Sangurimas que nos daba la ilusión de que estábamos en medio de un decorado de aquellos cuentos pintorescos para niños

XV

En los Bajos Llanganati

Todo el día anduvimos hacia el Sur subiendo cerros, pasando por vallecitos y lagunas en medio de un páramo exclusivamente de densísima espadaña y de frecuentes manchones de sangurimas. El jucal había desaparecido por completo, a la manera de la desaparición del pajonal en la cordillera de Anchilibí; pero, la espadaña que en las zonas anteriores no alcanzaba tallas sino de cosa de cuarenta centímetros a 3.900 y 4.000 metros, en este lugar que debía estar a unos 3.600 o 3.700 metros, adquiría tallas de un metro a un metro cincuenta, y conforme bajábamos llegaba hasta dos metros con un crecimiento tan apretado, que el trabajo de abrirla con las manos y pies para apartarla de nuestra senda era agotador, trabajo que había que hacerlo con sumo cuidado, protegiéndonos las manos con guantes, con ponchos y con las fundas de caucho de nuestros sombreros. En cierto lugar creí perder un ojo porque una punta de espadaña que milagrosamente me resbaló por el globo del ojo, se incrustó cosa de media pulgada por su comisura, logrando arrancármela rápidamente. Cuando regresé a llamar a mi compañero, señor Ré a que me viera si tenía perforación en el ojo, noté que él, igualmente sufría de una grave hemorragia nasal por haberle

penetrado una punta de espadaña por la ternilla de la nariz, yéndosela casi hasta la base del cerebro. Tal es de terrible esta maldita yerba, además de que sus bordes son cortantes como una navaja de barba.

De otro lado, el viaje era mayormente penoso y peligroso, porque caminábamos a tuestas, sin duda sobre unas laderas de precipicios incomprensibles, puesto que ya no nos desamparaban un instante la espesa niebla y la perpetua llovizna helada de esos parajes que, comprendimos eran el sitio preciso de la condensación de los vapores amazónicos. El cambio casi radical de la vegetación denunciaba esta modalidad climática, aparte del estado mismo meteorológico que empezábamos a sentirlo. En tales circunstancias, vino, entonces, a sumarse una nueva y gravísima dificultad a otra no menos grave que teníamos, y que aún no la he referido, pero que es ya tiempo de decirlo para aquellos que quieran saber con exactitud lo que es y lo que representa el explorar en Llanganati.

Esas dos dificultades o penalidades son: primera, que el explorador en Llanganati, si quiere tener buen éxito en su peregrinación y aún si quiere proteger su vida y la de los suyos, debe imponerse la tarea de disponer que su tropa de peones indios vaya siempre en orden y distancia estrictísimas, acompañándoles paso a paso, minuto a minuto, no importa dónde ni cómo. así sea en los más infernales desfiladeros y precipicios, como en los instantes de agonía de la expedición, pues, de lo contrario, todos los víveres pueden desaparecer en un abrir y cerrar de ojos, parte devorados, parte ocultados y parte arrojados a los abismos para infundir pánico en los exploradores y desbandar la expedición. Este riesgo en realidad se decuplica para las expediciones de gringos que no conocen ni del manejo de nuestro idioma, peor todavía del manejo de nuestros indios y de los manejos indios. De allí es que expediciones de esta denominación en Llanganati se convierten indefectiblemente de expediciones exploradoras en expediciones explotadas.

La segunda penalidad consiste, en que con la lluvia se duplica de hecho el peso de la carga de cada hombre y se triplica la dificultad de la marcha por la ropa mojada y el doloroso entumecimiento de los miembros, volviéndose un caos desmoralizador cada hora de la expedición, si los expedicionarios no son hombres hechos y derechos a organizar el trabajo de los peones cargueros, el orden vigilante del viaje y la vida de campamento en regiones deshabitadas y atrozmente inclementes. Equilibrar una marcha de 20 o 30 hombres según la medida del consumo de carga, la potencia individual, los accidentes del terreno y las eventualidades de la atmósfera, no es un juego de niños ni empresa de poca responsabilidad. Si un peón carguero, por ejemplo, inicia el viaje con sólo 60 libras, y si el sistema de equipajes es defectuoso (como siempre lo es para las expediciones neófitas), resultará que al día siguiente, con un sólo aguacero, se transformará en 80 o en 100 libras; de modo que, una expedición que lleva digamos 1000 libras de equipaje en quince indios, a las 24 horas de una tempestad tendrá 1.500 a 2.000 libras de impedimenta, que no podrá moverlas sino con 30 peones. Qué hace, entonces, una expedición en tales casos?. Lo que ocurre generalmente es que la peonada se dedica a arrojar los víveres, a comérselos o a esconderlos para fugar con ellos y, en lo mejor, a dejar así al expedicionario a merced y de súbdito miserable de sus propios peones, siguiéndolos para no perecer de hambre y desamparo, hasta que ellos lo saquen a la región interandina.

Mas el expedicionario versado en las exploraciones de Llanganati va ya de antemano preparado a todas las eventualidades que le afecten con las rebeliones y fugas de peones, pero haciendo imposible la fuga de víveres.

Así fué que a nosotros también nos ocurrió lo que debía suceder siempre en Llanganati. Al fin de la primera semana de nuestra incesante marcha, y cuando habíamos descendido otra vez a la boca de la selva para montar un campamento de

descanso, extra de un día, y

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

BIBLIOTECA

No.....

debido a la terrible fragosidad de esa región de los Bajos Llanganati como la llamamos, y a la perpetuidad de la tormenta, en una madrugada notamos que teníamos cinco peones menos, los cuales habían fugado estúpidamente con un puñado de víveres en cada bolsillo para un regreso de cosa de 80 kilómetros que ya habíamos andado Oeste a Este, y en qué país! A nosotros no sólo que no nos afectó esta loca aventura de los cinco prófugos, sino que, entonces, optamos por licenciar a trece peones más a que les dieran el alcance, dotándoles de regular provisión de víveres, menaje, armas y de una buena carpa de las tres excelentes de que disponía nuestra expedición. Así creímos proteger la vida de esos pobres infelices que casi nunca saben lo que hacen. Nosotros nos quedamos con ocho hombres de los más esforzados para continuar nuestras marchas por unas cuantas semanas más. Tal actitud de nuestra expedición, fué posible solamente gracias a la experiencia y maestría de los señores Boschetti y Ré en viajar llevando muchos hombres por las montañas de Llanganati, a las cuales ya las habían explorado parcialmente cuatro veces previas. Este era nuestro último viaje total y en forma.

XVI

Una Siberia Ecuatorial

Al cumplirse el séptimo día de nuestro viaje, a cosa de 80 kilómetros de Pillaro, y siendo, a la vez día de Año Nuevo de 1934, se había cumplido también a maravilla la primera parte del programa trazado con admirable competencia por nuestro experimentado Jefe de la expedición, don Tullio Boschetti. Si el buen tiempo nos acompañaba los primeros días, como ya lo tenía él estudiado en dos años previos de tentativas, debíamos

llegar a marchas forzadas en el menor tiempo posible con nuestros víveres relativamente intactos, al fin de la zona más o menos explorada y al comienzo de la gran zona inexplorada por anteriores viajeros, Así fué que en siete días alcanzamos esta meta, cuando con mala atmósfera nos hubiera tomado a nosotros mismos quizá diez o doce días, y más de quince a cualquiera otra expedición de neófitos. Además, habíamos considerado que el llegar a esta zona absolutamente desconocida y cerrada de nieblas como abatida por diluviales tempestades, implicaba un completo cambio de método en la exploración, para lo cual era imprudente y costoso aventurarse con tanta gente sujeta a estricta vigilancia día y noche. El despedir a casi los dos tercios de nuestra peonada, fué, pues, obra sabia e indispensable, porque ellos mismos estaban ya poseídos de pánico, desmoralización y prostración física. Detener a los rendidos habría sido exponernos a un desbande total de los peones, de fatales consecuencias para nosotros los tres exploradores.

Reducido al mínimo nuestro personal, pero con un máximo de víveres y de equipo, al día siguiente proseguimos las marchas bajo el nuevo método que llamábamos de las sub-exploraciones. Estas consistían en dividir la exploración en fracciones que explorasen con los pies y las manos, - ya que con la vista y la brújula era inútil por la densidad de la niebla y la copiosidad de las lluvias - hacia un lado u otro probables, tratando, por cierto, siempre de seguir rumbo al Sur. La brújula, especialmente no nos servía entonces para nada, puesto que si indicaba los rumbos, en cambio no nos aseguraba de no ir a parar a precipicios o a sitios de imposible salida, aunque de fácil entrada; pues debido a que las débiles hierbas prendidas brevemente de las verticales rocas se descolgaban a nuestro paso de ida, muchas veces ya no había paso de regreso sino con riesgos inminentes de despeñarse. Por tanto, los sub-exploradores después de reconocer el terreno durante medio día o un día entero, llevaban luego a la expedición por el mejor sitio

y por el q' ya quedaba abierta una senda, porque en tales lugares eran rarísimos los trillos de venados, que tanta ayuda nos habían dado en la semana anterior en medio del jucal al principio, y del espadañal después.

Habíamos en verdad comenzado una nueva vida en otro tipo de páramos de Llanganati. Todo era diverso: vivíamos en una perfecta Siberia ecuatorial, congelados por el frío, la lluvia, el granizo, la nieve y el huracán; el páramo era una masa impenetrable de espadaña salpicada de sangurimas altísimos; dormíamos, eso sí sobre mullidos colchones de hojas de sangurima, pero llenos de unas arañitas que nos hacían sarnas muy molestas; no veíamos nada sino niebla, niebla y niebla. y, sobre todo teníamos en esa altura la maldita plaga del diminuto mosquito llamado «arenilla» que no nos dejaba ni tomar alientos en la marcha, apenas nos parábamos, peor aún acampar. Acampar, he dicho. Lo que para cualquier otro viajero explorador debe ser una bendición, aquí en Llanganati es casi lo contrario. Cuando uno, aniquilado de cansancio, empapado en agua y lodo, hambriento y sediento, arma sus carpas para reposar y dormir a fin de reponer las fuerzas, encuentra que no hay descanso posible. El exceso de trabajo muscular durante el día es tal, que a la noche se produce un insomnio verdaderamente morbosó, y, sobre ello, viene un visitante infalible en estos casos: es el asqueroso piojo, el parásito de la peonada que invade a todos en una forma indescriptible e incontenible. Cuando manos, rodillas y cara están sangrantes por la marcha sobre la espadaña durante el día, en la noche nos desgarrábamos el resto de nuestros cuerpos con nuestras propias uñas. al extremo de que uno de nuestros compañeros prefirió arrancarse gravemente las puntas de sus uñas para no seguir despedazándose su cuerpo ante las atroces comezónes causadas por los parásitos.

En esta parte de los Bajos Llanganati puedo decir sin exageración que nuestro viaje era quizá peor que el que al mismo tiempo ejecutaba en el Polo Sur el Coman-

Tullio
Roschetti



Humberto
Re



Luciano
Andrade
Marin



La vida en un artico ecuatorial

dante Bryd. A lo menos él tenía frío seco y nieve seca; en tanto que nosotros teníamos nieve, granizo y agua, agua y agua, escalamientos constantes e indescriptibles, y sobre todo altitud. Viajábamos y acampábamos siempre entre 3.500 y 4.000 metros de altura. Todo a pie y a mano, sin aviones, buques, tractores ni trineos. Usábamos también pieles de día y de noche, pero constantemente saturadas de agua, y después, pieles que entraron en putrefacción nauseabunda de tanto llover, y que sin embargo teníamos que abrigarnos con ellas y dormir sobre ellas. En ciertos momentos reíamos al considerar que aún los esquimales no se sentirían cómodos en nuestro igloo de caucho negro, cuando teníamos que entrar bajo la carpa a rastras sobre charcos de lodo helado de los pantanos o ex-lagunas, los únicos lugares que brindan un plano horizontal en esos lugares a fin de poder levantar una carpa para pasar la noche, so pretexto de un descanso nocturno que no existe y cuya falta aniquila día por día a los expedicionarios, quizá tan visiblemente como el hambre.

XVII

Trasmonte de los Llanganati hasta hollar sus mismos cimientos orientales

En esta región que nosotros la denominamos la de los Bajos Llanganati, he dicho ya que todas las cosas cambian de aspecto de un modo notable. En efecto nos hemos puesto ya completamente atrás de esa serie de barreras longitudinales o sucesión de cordilleras paralelas a la cordillera matriz de los Andes, que en número de seis se interponen de Oeste a Este, a partir del lomén de Chimbana de Píllaro, a saber: Anchilibí, Sunchu-urcu, Soguillas, Cresta de Gallo, Yana-Llanganati y la de la Catedral Gótica, esta última aún no descrita todavía

pero con la cual terminen los Llanganati longitudinales. Desde aquí comienzan los Llanganati trasversales que se proyectan como los dedos de una mano hacia el Oriente y caen de un modo abrupto sobre la selva, selva que, a su vez, vuelve a levantarse en forma de cordillera longitudinal, según he dicho entre el Alto Napo y los Bajos Llanganati. La región de los Bajos Llanganati, es todavía páramo, el más bravio y exótico de todos, y está formada de Norte a Sur, según hemos podido contar, explorar y denominar por siete principales cordilleras secundarias o estribaciones trasversales, que son: Los Espectros, Los Espías, Cordillera de los Sangurimas, Cordillera de las Pirámides, Cordillera de Humberto Ré, La Capital de Llanganati y la Cordillera del Sur. En los espacios intermedios de estas cordilleras hay series de lagunas escalonadas, cuyas aguas caen de una a otra hasta comenzar a formar recién allí los primeros ríos que se ve y se oye correr en Llanganati, en ese país de la perfecta quietud planetaria y del perpetuo silencio, exceptuados los temblores tarráqueos que allí se sienten y la voz de los rayos que acompañan a sus huracanadas y espantosas tempestades de agua y de granizo, pues la nieve viene siempre callada, casi espiritualmente, a vestir de blancas plumas a esas immaculadas montañas.

Todo lo anterior, en cuanto a la orografía general de los Bajos Llanganati. Respecto a su formación geológica, es aquí donde los caracteres de una rica minerología son más manifiestos. El granito sigue siendo aquí omnipresente y en calidades más atractivas y en modelados más fantásticos. Hemos hallado verdaderas torres de granito blanco, purísimo, como bloques de azúcar; asimismo, torres, agujas, prismas de granitos de raros colores; pero, todo, por cierto indefectiblemente cubierto por una capa de musgo y de líquenes de casi un metro de espesor, alojando siempre a las tajantes y punzantes gramíneas. Hay casos en que, al entrar en un sitio que aparece como vallecito de laderas y superficies regulares, a poco momento, la niebla insinuándose por

él nos va descubriendo, revelando todo un almacén de figuras geométricas, en ocasiones verdaderos postes de granito de más de cincuenta metros de talla, revestidos de verde, tapizados de vegetación musgosa gracias a esa atmósfera saturada de humedad. Y pensar que esas agujas de granito han resistido incontables terremotos en miles de años, es cosa que pasma.

En los Bajos Llanganati son también más frecuentes las traidoras grietas insondables disimuladas por el sempiterno colchón de musgo. Sólo en volver a pensar en ellas me estremece, considerando que cualquiera de nuestra Expedición pudo haber desaparecido como absorbido por el suelo en presencia de todos. Recuerdo que logré detener del poncho a uno de mis peones el momento de dar el paso en un raja de cosa de ochenta centímetros de ancho. Nos detuvimos; nos agachamos temblando y soltamos en ella un papel encendido. Bajó y bajó perpendicularmente alumbrando sin demostrar fondo, hasta extinguirse quién sabe dónde! En otros sitios, en lugar de estas grietas, aparecían sandwiches kilométricos de cuarzo con bordes, a veces tan filis, que en uno de ellos, con sólo resbalar el pie de uno de mis compañeros, la suela de su bota quedó cortada como de un machetazo. ¿Cuál habría sido el caso si uno de nuestros peones descalzos resbalaba así? No hay duda que de tal modo nos estábamos aproximando a los cimientos mismos de estas incomprensibles montañas de Llanganati.

Durante esta marcha de través, con rumbo al Sur, tres veces habíamos descendido bajando desde el páramo hasta la boca de la selva, intentando hollar las bases orientales de Llanganati, que las veíamos tan cerca de nosotros formando un hondo encañonado plano limitado al Este por lo que llamo una Tercera Cordillera de los Andes; pero otras tantas veces nos devolvimos arriba al páramo por la extrema densidad de la selva y por los precipicios en que caían las moles en nuestro lado. Finalmente, luchando de nuevo con la espadaña, llegamos

a otro lago sombrío, que lo denominamos La Laguna Fatídica por las muchas penalidades que en ella sufrimos dos veces, y la cual estaba amurallada al Sur por una áspera cordillera, al parecer impracticable y coronada por pirámides de notable regularidad. Creíamos no poder pasar ya de allí, pero gracias a una hábil exploración de nuestro compañero, señor Ré, pudimos escalarla a ésta y aún a otra cordillera más meridional todavía, hasta descender, después de dos días de acrobacias por un encañonado vertical, a un estrechísimo anfiteatro ocupado por un jardín de soberbios sangurimas en medio de una selva más bien arbustífera que arbórea, y en donde no había rastro de que hubiese llegado nunca explorador alguno. Allí resolvimos hacer un campamento básico que nos permitiese visitar los cimientos de los Llanganati revestidos de páramo de espadaña, y al propio tiempo el comienzo de los Llanganati revestidos de selva, que bien vale la pena considerarla así a la Tercera Cordillera. En este campamento estábamos por fin, a una altitud agradable como la de Quito, quizá de unos 2.800 metros; de modo que, por tal razón, y por ser el lugar más remoto al que habíamos llegado para acampar entre todos como un centro de exploración, le denominamos al lugar «La Capital de la República de Llanganati», proclamándonos festivamente nosotros mismos en Jefes de Gobierno y declarando como ciudadanos de ella a la infinita multitud de pacíficos y elegantes sangurimas que nos rodeaban por todas partes, sobresaliendo con personalidad distintiva por encima de una muchedumbre achaparrada de plantas menores.

Desde este campamento de La Capital, donde ya no teníamos vista ninguna, por estar encañonados, partió para sólo tres días una sub-exploración compuesta por los señores Boschetti y Ré acompañados por tres hombres, a recorrer el fondo mismo de esta base de Llanganati. Mientras tanto, yo quedé con víveres y otros hombres respaldando su empresa. Durante mi ocio, me ocupé en estudiar la Historia Natural del lugar, en to-

mar mediciones prolijas de las tallas de los sangurimas, pudiendo evidenciar que los de talla media, tenían cinco metros, los altos, de siete a ocho metros, y los altísimos hasta nueve metros: casi una palmera! Por fin, me entretuve también en levantar una casucha al estilo y por el método de las log-cabins del Noroeste de los Estados Unidos y Canadá, utilizando para ello los nítidos pingos del tallo de los sangurimas. En mi cabaña de Robinson de Llanganati, esperaba recibir a mis huéspedes que pronto llegarían de su tan interesante exploración. Por desgracia, pasaron los tres días convenidos, y aún el cuarto, y no regresaban. Amaneció el quinto día, y tampoco venían. Me alarmé mucho, y empecé su búsqueda, teniendo el cuidado de llevar conmigo a todos mis hombres a quienes no desamparaba un instante con la pistola lista para evitar que se apoderen de nuestros víveres y fuguen; pues estábamos sencillamente a tres semanas de Pillaro, y una sublevación o traición allí habría sido el cementerio de todos nosotros, especialmente de mis compañeros de quienes nada sabía y que llevaron víveres para sólo tres días contados. Bajé a una laguna extraña que la veíamos apenas a cosa de cien metros más abajo de nosotros; empero, el llegar a ella nos tomó más de dos horas. La laguna estaba en medio de una selva espesísima, y, al asomarme a su espacio abierto, contemplé un caso curiosísimo: el depósito de agua que debió tener unos 300 metros de largo por 100 de ancho, había desaparecido casi totalmente, pues apenas quedaba un charquito pequeño al centro, rodeado de un inmenso lodazal. Parece que esta laguna se había vaciado violentamente unos cuatro o cinco días antes por algún cataclismo espontáneo del subsuelo porque a trechos sobre el limo, habían quedado montones de algas y yerbas sub-acuáticas, sobre las cuales hallamos huevos de patos salvajes. La selva de los alrededores por su espesura, era imposible penetrarla. Entonces resolvimos cruzar por sobre el fondo vaciado de la laguna. Mas, la cosa era absurda porque nos hun-

díamos en el lodo. Pero mi desesperación por buscar a mis compañeros era tan grande, que nos ingeniamos a cortar ramas ramas, y ramas, tendiéndolas sobre el lodo a cada paso que dábamos, y luego regresando a traerlas hasta completar un camino a través de la laguna. Al fin pasamos al otro lado, y acometimos la penetración en la selva. Qué selva tan compactamente apretada y tan tupidamente entretejida de musgo! Conozco muchas selvas ecuatorianas, pero, puedo asegurar, sin exageración, que ésta de la base oriental de Llanganati es la maraña de las marañas. Dos horas lidiamos con las ramas y empapándonos de pies a cabeza con las cataratas de agua que nos caían de los inverosímiles festones de musgo saturados de agua, para solo avanzar cosa de cincuenta metros. Por último, vencidos por la espesura del suelo, donde no se sabe cuál árbol está caído muerto y cuál está en pie vivo, nos trepamos a unas ramas para otear en medio de la niebla y llamar a gritos abajo a nuestros compañeros. Pero, todo fué inútil. Nada oímos, nada vimos, nada supimos. Regresamos amargadísimos. Todavía más en medio de ese caos asfixiante de musgo que cubría lo que suponíamos que era suelo, nos escapamos nuevamente de caer en una de aquellas horribles grietas ocultas que hay en el granito de Llanganati. Salimos de nuevo a la laguna por un lado de nuestro camino de ramas; y, nueva cosa curiosa. Tal vez momentos antes, una danta había querido también atravesar el lodazal, y, el pobre animal, tan pesado como es, había tenido que dar las vueltas y revueltas más sorprendentes sobre el lodo, escribiendo todo un drama desesperado hasta hallar piso que le soportó y ganar la otra orilla. Nosotros sabíamos la sabiduría de estos animales, y le seguimos, hasta que las huellas de la danta nos sacaron a un espléndido sendero que, en pocos minutos nos devolvió a nuestro campamento de La Capital de Llanganati, a eso de las cinco de la tarde, donde se redoblaron mis angustias por la suerte de mis compañeros. Pero, al cabo de media hora, albrí-

cias! Don Tullio Boschetti, aunque aniquilado, exahustado, llegó vacilante y se tendió en mi cabaña de Robinson. Luego, los peones, y una hora después, ya oscuro el señor Ré. Cuando se repusieron, disfrutaron mucho de nuestro Palacio de Gobierno, la primera habitación humana construida con pretensiones arquitectónicas en lo más recóndito de las montañas de Llanganati, y hecha con materiales autóctonos, desde el techo hasta las afelpadas sábanas de sangurima.

Entonces, me informaron de su viaje hasta hollar los legítimos cimientos de los macizos Llanganati, refiriéndome cuán prodigioso es allí el despliegue de minerales, con fantásticos bancos de pirita de hierro y de grafito, con vetas de cuarzo y con rocas de toda descripción intensamente mineralizadas. A pesar de tan terrible exploración, trajeron consigo un bello muestrario de las rocas que forman las bases de esas montañas, bases que, hasta aquí, que se sepa, solamente ellos, los señores Boschetti y Ré son los únicos que han logrado conocerlas y palparlas. Así también, ellos ejecutaron lo que pudiera llamarse el trasmonte de Oeste a Este de todos los Llanganati masivos y graníticos, desde Anchilibí hasta su profunda dislocación o lindero con los Llanganati selváticos, y por cuyo fondo corre de Sur a Norte el único río que recoge todas las aguas que caen de las múltiples lagunas de los Bajos Llanganati. A este río en justo reconocimiento, creo que deberíamos llamarlo «Río Boschetti», y así lo llamaré yo en adelante, pues hoy no tiene nombre, ni consta en mapa alguno, antiguo ni moderno.

Respecto a la Tercera Cordillera, si bien mis compañeros no la escalaron, porque no era ese su propósito pudimos, sin embargo, reconocer que ya no pertenecía a la formación granítica masiva, monolítica, que caracterizó los Llanganati de páramo, sino al tipo de formación aluvial, de materiales disgregados, permeables, erosionables y sujetos a fáciles y frecuentes derrumbes o deslaves.

XVIII

La Tercera Cordillera de los Andes o Sacha Llanganati. — Un interesante problema de Geografía Oriental del Ecuador.

Habiendo alcanzado a transmontar nuestra Expedición todos los grandes Llanganati masivos de Oeste a Este, encontró, empero, que no era allí el confín de tales montañas como para decir que se había trasmontado todas las cordilleras y llegado, de una vez, a los descensos que supuestamente conducirían al río Napo, en el sitio que se halla el puerto fluvial ecuatoriano de este nombre. No hay tales descensos como puede creerlo el lector. He dicho ya que, atrevesados los extraordinarios y laberínticos páramos salvajes de Llanganati, el viajero se topa inesperadamente con una nueva serie o sucesión de cuatro pliegues de montañas que forman una cadena longitudinal que cierra el paso, y aún la vista, desde el río Pastaza, posiblemente a partir del Abitahua todo a lo largo, hasta soldarse casi por entero al Norte con la Cordillera de Guacamayos, delante del Antisana.

Para ser gráfico, a esta cadena de montañas que no consta en ningún mapa, creo que la puedo comparar, en mayor escala, por cierto, a la cordillerita de Lumbisí y Puengasí en su relación entre Quito y los Chillos. Un observador situado en Panecillo, por ejemplo, puede ver Los Chillos, pero por encima de Puengasí. Análogamente, un observador situado en los páramos de los Bajos Llanganati, puede ver el Napo, pero por encima de la Tercera Cordillera, la cual, sin embargo no es singular como Puengasí, sino cuádruple, muy abrupta, y cubierta de una selva indudablemente la más densa del mundo. Además, esta Tercera Cordillera no está formada por

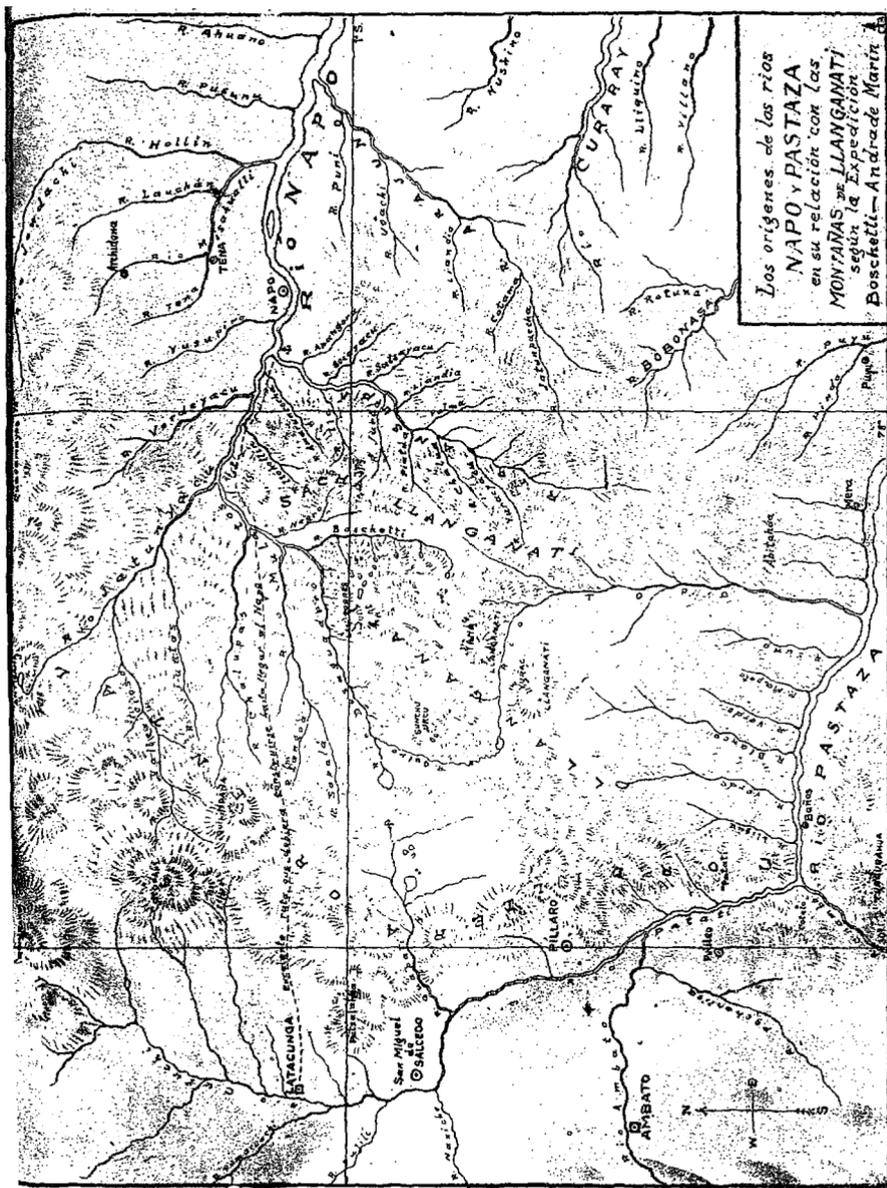
cuatro lomas continuas, sino, en realidad, por cuatro hileras de lomas discontinuas que se enlazan entre sí varias veces, exactamente como si entrelazáramos los dedos de nuestras dos manos. Por estas junturas corren sinuosamente en cauces profundísimos muchos ríos prácticamente ignorados que nacen allí mismo, pero que, sin duda, son los afluentes occidentales del río Ausupí, afluentes que suelen ser considerados y llamados como ríos que bajan de los Llanganati. Ahora bien, el observador en el Panecillo tardaría unos cuantos días en llegar a pie a Los Chillos cuando la distancia aérea sería apenas de unos quince o veinte kilómetros; si se interpusiesen tres Puengasís más, y sólo descendería de 3.000 metros del Panecillo a 2.600 de Los Chillos, pasando cuatro veces por hoyas de 2.750 metros como el Machángara; por su parte, el observador de los Bajos Llanganati, estaría, por ejemplo a sólo 3.400 metros de altitud y a cosa de veinticinco kilómetros de distancia aérea del pueblo del Napo, pero este pueblo está a menos de 500 metros sobre el nivel del mar y bajaría cuatro veces desde algo más d' 3.000 metros que tienen las cuatro lomas de la Tercera Cordillera, a cauces de ríos que están a cosa de 2.400, 1.500 y menos de 1.000 metros sobre el nivel del mar. Este pequeño viaje de veinte y veinticinco kilómetros le representaría al viajero meses y meses de caminar trepando para arriba y para abajo en la espesura de un selva sin parecido; porque es preciso decirlo, no creo que haya hombre hoy ni nunca que, para eludir los ascensos y descensos, logre con éxito tomar esos cauces que deben ser sinuosos y horripilantemente abismales, para que sus aguas puedan descender en solo cuatro leguas de una altitud de 2.400 metros a cosa de 500 metros sobre el nivel del mar, en que está el cauce del río Ausupí y Alto Napo.

Todas estas consideraciones se refieren a la impracticabilidad del trasmonte directo desde Pillaro al Napo a través de Llanganati, en línea recta de Oeste a Este, y ello, bajo el solo punto de vista topográfico. Mas, bajo la con-

sideración del avituallamiento, sería demencia suponer siquiera, que un viajero que, a costa del más bárbaro vía-crucis de cuatro peones que casi a súplicas logran llegar con unas míseras libras de viveres a la base extrema oriental de los Bajos Llanganati, pueda todavía disponer de vituallas suficientes para emprender por meses el trasmonte total hasta de los Sacha - Llanganati o Tercera y selvática Cordillera de los Andes. Sin embargo, el profano en esta materia, y aún los que creen conocer la región, me argumentarán que muchos viajeros han cruzado antes y aún en los últimos años, desde Latacunga al Napo, Por ello, y para ello, voy a tratar de poner en claro uno de los problemas más importantes de la Geografía del Ecuador.

Los que hemos viajado a través de los Altos Llanganati y que nos hemos situado a observar en los Bajos Llanganati, creo que podemos interpretar la verdadera significación de esa gran barrera de los Sacha Llanganati en la accesibilidad del Oriente ecuatoriano y en su desenvolvimiento territorial.

La Historia Geográfica del Ecuador podía por sí sola hacernos descubrir, mediante simples raciocinios,— a la manera de esos planetas nunca vistos antes,— que para llegar directamente al Napo por su latitud interandina, debía haber algún obstáculo insuperable, que obligaba desde tiempo inmemorial a tomar las rutas indirectas. ¿Por qué razón ocurre, entonces, este hecho nunca suficientemente explicado ni estudiado, de que para llegar al Napo que está a una latitud como la de Latacunga, nos vamos hacia el Coca por el Norte de la Provincia del Pichincha, o hacia el Pastaza por el Sur de la Provincia de Tungurahua?—Esta anomalía, casi resulta como decir que, para ir a Latacunga, tenemos que andar al revés, viajando al extremo Norte del Pichincha o al extremo Sur de Tungurahua. Y estas rutas de circunvalación para llegar al país del Napo o antiguo país de la Canela, son rutas aborígenes pre-incasicas, especialmente la vía Papallacta—Baeza—Guacá-



Los orígenes de los ríos
NAPO y PASTAZA
 en su relación con las
MONTAÑAS de LLANGANATI
 según la Expedición
 Boschetti—Andrade Marín

mayos. Por ésta guiaron y condujeron desde Quito los indios quiteños a Pizarro y a Orellana para que realicen el famoso descubrimiento del río Amazonas y del País de la Canela, así como ya previamente dieron aquellos noticia a Sebastián de Benalcázar sobre el camino y la salida del río al mar Atlántico. (1)

Tal ruta de llegar al Napo por la hoya del Coca, ha sido, pues, el camino invariable de los primitivos aborígenes de Quito, de los conquistadores incas, de los Conquistadores y Colonizadores españoles, y aún de los Administradores republicanos, sin que nadie, quizá en más de mil años de uso, se haya atrevido a rectificarla por lo que se supone vía más natural la de Poniente a Oriente, de Píllaro a Canelos, o de Latacunga al pueblo actual del Napo. La gran muralla de Sacha-Llan-ganati o Tercera Cordillera de los Andes, habla, entonces, por sí sola. Todo viajero antiguo o moderno, ha debido eludirla, y, en lo futuro se tendrá siempre que eludirla, excepto por el aire, debido a dos razones muy obvias, Orográfica la una, y Geológica la otra, que nuestra expedición cree poder esclarecerlas satisfactoriamente como paso a demostrar:

Primera: Orográficamente, por todo cuanto dejo explicado antes respecto del relieve, de la disposición geográfica y demás particularidades de los cerros que forman esa Tercera cadena de los Andes, ya en media selva oriental;

(1) «Benalcázar fundó la cibdad de Sanct Francisco que es el primer pueblo que ovo de chripstianos y el principal que al pressente hay en la dicha provincia de Quito, e aqueste Benalcázar, desde entonces tuvo noticia de la mucha canela, e aún según él me dixo su opinión era que hacia el río Marañón la avía de hallar, e que aquella canela se avía de llevar a Castilla e a Europa por el dicho río, porque segund los indios le avían dado noticia del camino pensaba él que no podía faltar si su información no fuesse falsa, la qual tenía por cierta e de muchos indios». —Fernández de Oviedo: «Historia Natural y Moral de las Indias», pág. 381, Tomo IV.

Segunda: **Geológicamente**, porque ante todo, hemos reconocido y evidenciado que las grandes montañas de Llanganati constituyen por sí solas un inmenso islote geológico no volcánico que ha quedado aislado e independiente del gran volcanismo de los Andes quiteños: pues, en realidad, desde el Cotopaxi y el Quilindaña, hasta el Tungurahua no existe ni un solo foco eruptivo extinguido, latente o activo. Y, es, exactamente la amplitud de este espacio sin volcanes entre el Quilindaña y el Tungurahua, la que más allá al Oriente, representa la longitud métrica infranqueable de la Tercera cadena de los Andes. Luego, y consecuentemente, la falta de volcanismo en esta amplia extensión de la Cordillera Oriental, no ha deteriorado en modo alguno a dicha Tercera cadena, conservándose ésta intacta, excepto por sus propios agentes de erosión que han socavado ríos profundos pero de cauce muy estrecho en medio del conglomerado aluvial. En cambio—y aquí está lo sustancial del asunto—los volcanes Antisana, Sinchola-hua, Cotopaxi y Quilindaña, con sus enormes erupciones y aluviones que, en parte, buscaban salida hacia el Oriente, lograron a su tiempo romper una brecha de Oeste a Este en la Tercera cordillera justamente en un punto delantero a dichos volcanes, punto que coincide más o menos con el sitio de soldadura de la Tercera cadena con la Cordillera de Guacamayos. Es por allí, por donde han corrido hacia el Napo los grandes torrentes vomitados por los cuatro volcanes, y también por allí es el único cañón por donde desaguan todas las aguas de los dilatadísimos páramos volcánicos del Antisana, Yana - urcu, Vallejicoso, Chalupas y Mulatos (1) y aún

(1) En mi opinión, es probable que el topónimo «Mulatos» no sea castellano, como parece, sino una corrupción de un nombre del idioma Quitwa *mula - toa*, que a mi juicio sería «quebrada de los aluviones volcánicos», análoga a los topónimos *Mulaló*, *Malaute*, *Piatúa*, *Sahuataa*, etc.—L. A. M.

de los altos y bajos Llanganati septentrionales. Puedo asegurar que ni una sola gota de agua de toda la Cordillera Oriental de la Provincia de León, destinada al Este, logra pasar recto al Oriente, porque se estrella contra la Tercera cordillera, la cual las reúne a todas en un solo y gran río de Mulatos, les obliga a correr de Sur a Norte hasta los linderos con la Provincia del Pichincha, y, únicamente allí las arroja acumuladas formando el Gran Río (Jatun - Yacu o Alto Napo).

Asimismo ni una sola gota de agua de los Llanganati meridionales (Páramos de Jaramillo, Cerro Hermoso, Jorobado, etc.) (1) en la Cordillera Oriental de Tungurahua, puede penetrar recto al Oriente, sino que son desviadas las aguas al Sur y lanzadas a desaguar en el Pastaza, debido al obstáculo de la Tercera Cordillera.

Así, con los datos anteriores, creo poder llegar también a las siguientes conclusiones de capital interés para la Geografía ecuatoriana:

- 1a.— Que la hoya del río Napo, o sea el País de Canelos, comprendido entre el propio río Napo y el Pastaza, está prácticamente encerrada por tres cordilleras aluviales continuas y unidas entre sí formando tres lados de un cuadrilátero, a saber: por el Norte, la de Guacamayos, por el Sur la del Abitahua y Castañas, y, por el Oeste, la Tercera cadena o Sacha - Llanganati. Solamente al Este queda totalmente abierto dicho cuadrilátero; de modo que, para llegar a la referida hoya del río Napo, el viajero que vaya de la región in-

(1) Esta región que solo había sido visitada y muy insuficientemente por el doctor Guillermo Reiss en 1873, ha podido ser de nuevo explorada recién con más detenimiento y amplitud por el señor Marco A. Restrepo en unión del señor doctor Rafael Almeida Borja, a cuya cortesía debemos valiosas informaciones sobre dicha región que no ha visitado nuestra expedición.—
L. A. M.

terandina tiene imprescindiblemente que trepar más bien la barrera de Guacamayos o la del Abitahua,—por ser más bajas y menos complicadas— que el trepar y trasmontar la difícilísima Tercera Cordillera o barrera occidental;

- 2a.— Que sólo en el sitio de la brecha única cortada en la Tercera Cordillera por confabulación y convergencia volcánica del Antisana, Sincholahuá, Cotopaxi y Quilindaña, es posible hallar un paso hidrográfico natural para atravesar dicha Cordillera en línea recta desde Latacunga al Napo y evitar así las rutas de circunvalación;
- 3a.— Que esta angosta brecha que, por largo tiempo ha sido explorada y recomendada entusiastamente por los latacungueños, es probable que tenga el grave inconveniente de ser muy abrupta por la cortísima distancia en que hay que descender desde más de 2.000 metros a menos de 500 metros de altitud, entre los desagües de Mulatos y el pueblo del Napo; pero que, en cambio tiene la espléndida ventaja de que, siendo los páramos de Mulatos, **páramos volcánicos**, son hospitalarios y están hermosa y extensamente rellenos y recubiertos de detritus del volcanismo, lo cual permite construir carreteras expeditas en terrenos casi llanos que asimismo descienden en laderas suaves y practicables, como las de la región interandina, hasta el momento mismo en que se abre la brecha hacia el Oriente. De esta manera con un esfuerzo insignificante, se podría llegar cómodamente en automóvil desde Latacunga a un punto distante apenas **treinta kilómetros del Puerto del Napo**, puesto que el espacio aéreo que hay entre la capital de León y el sitio navegable del Napo es de sólo **ciento diez kilómetros**. Nada importaría en el peor de los casos, completar a pie dichos

treinta kilómetros, después de salvar ochenta sobre ruedas en las grandes pampas de Chalupas, Mulatos y Vallevicioso, cuyo nombre, por sí solo, está proclamando el vicio de esas llanuras dilatadísimas, como hay muy pocas o ninguna en nuestros elevados páramos. En cambio, por los no volcánicos páramos de Llanganati, sería una quimera pretender construir no diré un carretero, sino una simple trocha de herradura. Llanganati es un país ni siquiera para cuadrúpedos, sino para cuadrumanos; aquí no se puede pensar nunca en ganados descarriados, mientras que los páramos de Antisana, Cotopaxi y Quilindaña, son proverbiales por sus ganados cimarrones hasta muy adentro de la selva oriental. Este dato cuenta mucho por sí solo para el buen entendedor, sobre la accesibilidad de una zona; accesibilidad que es, según he visto, obra combinada de la estructura geológica, de la disposición orográfica y de la formación hidrográfica.

- 4a. — Que debido al desconocimiento de la existencia de esta Tercera Cordillera de los Andes, la mayor parte de nuestros geógrafos nos han transmitido, en sus mapas y en sus geografías, la errónea información de señalar imaginariamente el nacimiento de los ríos Curaray, Arajuno y Bobonaza en las montañas de Llanganati, pero de unos Llanganati que eran el mundo desconocido para ellos; muchos de quienes (1) llegan hasta a ignorar la existencia del río Ansupí. En pocas palabras, diré que el no conocer la presencia del gran bloque longitudinal de la Tercera Cordillera, ni la constitución geológica de ella, de Mulatos y de Llanganati, ha sido el factor que ha falseado totalmente la verdadera orografía e

(1) El Padre Vacas Galindo, principalmente; en cambio Gualberto Pérez y los Padres Josefinos son autoridades de confianza.

hidrografía del río Napo superior, y, aún más, el que ha vuelto un enigma, un misterio, un caos de adivinanzas y de aventuras estériles toda la mineralogía de la gran zona aurífera del País de Canelos donde corren los ríos Napo, Ansupí, Arajuno, Curaray, Bobonaza, Villano, Lliquino, etc., tan afamados por su riqueza en oro, oro que todo el mundo ha creído que hacía ininterrumpidamente un largo viaje desde detrás de la Cordillera de Pillaro hasta derramarse por cansancio en los antedichos ríos del Oriente.—En realidad, los ríos Curaray, Arajuno y Bobonaza, no son en absoluto ríos de Cordillera Andina; pues nacen alládentro, después del Ansupí, en plena selva oriental; y,

- 5a.— Finalmente, que, por figurar profundamente equivocada la hidrografía oriental de las provincias de León y de Tungurahua, es indispensable que sea reformada y enmendada la demarcación territorial de estas dos Provincias entre sí y en sus respectivos linderos con la del Napo-Pastaza.

Por último; debo advertir que el nombre de Sacha-Llanganati que he usado como sinónimo de lo que yo llamo la Tercera Cordillera, me parece muy propio, y lo he adoptado de la denominación que dió Atanasio de Guzmán a las mismas montañas, según los datos que nos ha trasmitido Richard Spruce comentados sabiamente por su hábil editor Alfred Rusell Wallace, conforme lo veremos más adelante en este libro. La palabra Sacha en Quíchua no quiere decir «pseudo» o «falso», como lo cree el vulgo ecuatoriano, sino *selvático*. Por tanto la traducción correcta de Sacha - Llanganati, sería Llanganati - *selvático*, exactamente como he venido describiendo a la Tercera Cordillera en contraste con los Llanganati de páramo, que en Quíchua podría llamarseles Puna - Llanganati.

XIX

Espantosa tempestad de siete días.—Ascenso a nuevas cumbres.—El viento alisio y una avalancha continental de nubes.—Nuestro regreso.

Concluidas nuestras observaciones en el fondo más oriental de los masivos Llanganati, resolvimos abandonar nuestro campamento Capital con la intención de hacer una acometida igual pero lo más al Sur posible, avanzando ya hacia los Llanganati meridionales, los del Topo. Para ello, teníamos, como siempre, que volver a trepar los páramos y caer de nuevo en la honda floresta. Entonces, fui designado a conducir de subida una parte de nuestra Expedición hasta un campamento bastante alto a fin de regresar a ayudar al transporte de nuestro campamento básico. La primera operación pude hacerla fácilmente, pero, al intentar el descenso, era ya el anochecer. Resolví, por tanto, quedarme con tres peones casi a la intemperie en el alto páramo, aunque en un sitio incapaz de dar un vaso de agua para beber.

A las seis de la mañana siguiente, y cuando amanecimos poco menos que congelados, empezó a desatarse un huracán furioso con un tanto de lluvia. Estaba yo muy maltratado y remití a mis peones a que ayudasen a movilizar el campamento Capital. Pensé que el viento y la lluvia serían cosa de un momento y que no fastidiarían más de lo usual. Pero, al cabo de cuatro o cinco horas, el huracán se volvió aterrador y la lluvia un diluvio. Ya no tenía quien me ayudase a sostener la pequeña carpa que llevé conmigo, pues, allí es inútil pensar en varas o palos para montarla. No tuve

más remedio que atar una punta de la carpa a mis pies y la otra a un saco de víveres sobre el que yo reposaba congelándome paulatinamente, Siete horas más tarde era yo casi un cadáver de hielo. náufrago del páramo con un velamen atado a los pies y que flotaba en el aire sacudido sin cesar por el más infernal de los huracanes. A eso de las tres de la tarde, y cuando ya mi inmovilidad era rigidez completa aunque mis sentidos estaban intactos, apareció en medio del diluvio, en la oscuridad de esa tormenta indescriptible, mi generoso compañero señor Boschetti, y, al acercarse a socorrerme, pude decirle que no se acercase a ayudarme porque podía enfriarse y quedar como yo en rigidez mortal, porque la temperatura seguía bajando atrozmente. En efecto, él sintió el peligro, y hasta que viniese el resto de la expedición se mantuvo saltando y corriendo para contrarrestar a la acción paralizante del frío. A las seis de la tarde llegaron todos, y, gracias a su ingenio y a su valiente esfuerzo, que siempre recordaré con honda gratitud, pudieron armar la carpa alrededor mío, abrigarme y desentumecerme aún prendiendo fuego de una estufilla portátil en un círculo hecho con cuerpos humanos y ponchos. Una taza de lodo caliente con azúcar (que fué toda el agua que exprimiendo musgo pudieron recoger para mí en medio del torrencial aguacero), completó la obra de restaurar mis fuerzas metiéndome en calor; y, en medio del equipaje empapado, nos tendimos a dormir. Serían las tres de la mañana, sin que cesase un minuto la tormenta, cuando oímos gritos de alarma de los peones en la otra carpa. Se inunda el campamento, gritaban, estamos hundiéndonos en el agual. Tratamos entonces de soborrerles dándoles unos pocos tarros de gasolina que nos habían quedado para el transporte de víveres, pues los restantes, once de ellos, ya vacíos, habían dejado abandonados mis compañeros en la solitaria cabaña de la Capital de Llanganati. En un instante, también nuestra carpa se hundía bajo el agua, y todas nuestras pieles, ropas, menaje

y utensilios estaban sumergidos o flotando sobre nuestros propios pies y rodillas. No teniendo más refugio que nuestras mismas carpas para defendernos del torrencial aguacero y del huracán que destruía, a cada momento las tiendas, resolvimos permanecer en cuclillas sobre los sacos de víveres, cajones, tarros y cuanto podíamos, hasta que amaneciese. Pero, qué es lo que pasaba, que la ladera en donde estábamos se había convertido íntegramente en un gran río? Explicaré este fenómeno, que es la cosa más peculiar y traidora en Llanganati y sólo en Llanganati, debido a su estructura geológica.

He dicho antes que las montañas de Llanganati están íntegra y espesísimamente revestidas de musgo, no librándose de este tapiz, excepto en las altas cumbres, ni las peñas, morros y picachos perpendiculares. La capa de musgo tiene generalmente de ochenta centímetros a un metro de espesor, y sobre ella crecen las hierbas, pero debajo de ella no hay tierra, sino un limo de apenas tres, cuatro o cinco centímetros de grueso que descansa directamente sobre la impermeable monolítica e indigestable mole de granito de centenares de kilómetros cuadrados que forman esas montañas. Por otra parte, una atmósfera tan formidablemente sobresaturada de humedad como la que existe siempre allí, mantiene al musgo, asimismo, saturado de agua a perpetuidad, aún cuando no llueva. Entonces, cuando llueve, aquel colchón de musgo de cientos de kilómetros cuadrados comienza, a su vez, a sobresaturarse hasta que llega el momento del escurrimiento del residuo del agua que deja escapar la esponja de musgo. Este fenómeno ocurre por tanto de un modo casi súbito, y, el agua empieza a correr sobre el granito y debajo del musgo en una forma tan totalizadora que literalmente baña con una sola catarata de las cumbres a las bases a todas las montañas sin quedar una simple pulgada de terreno por la que no corra el agua; y, en los sitios verticales, aparecen inesperadamente docenas, centenares de chorreras. Estos fenómenos no se presentan, por cierto, tan pronto como llue-

ve, sino, una, dos, tres, cinco o más horas después de la tempestad, en relación con la copiosidad del aguacero. Por ello, cuando el viajero cree librarse de una tempestad levantando su tienda de campaña, luego, la tormenta le acomete por debajo de la carpa. Después de la tempestad, análogamente, empiezan a desaparecer poco a poco las cataratas visibles, luego las invisibles, y, por fin, el musgo se deshincha desprendido ya el exceso de agua que le sobresaatura, y retorna solamente al estado de saturación perpetua que caracteriza a ese círculo vicioso de funciones más bien glandulares, que fluviales y pluviales de la geografía de Llanganati, creo que las únicas en la faz del mundo.

Al amanecer del día siguiente, y en medio del aniquilamiento en que estábamos, particularmente yo, que ya llevaba veinticuatro horas de sufrir, o en la congelación de la intemperie, o en la del agua del suelo, armamos cargas desesperadamente luchando contra el huracán y la tempestad para huír a donde quiera... Pero, los peones, entumecidos y poseídos de un pavor pasivo, (1) no podían moverse y ni su voluntad obraba ya sobre su ánimo; resolvieron todos acabar de morir allí

(1) Siempre ha sido objeto de intriga y de investigación el saber la manera como han muerto de frío muchos hombres en nuestras altas cordilleras. Se recuerda, por ejemplo las numerosas víctimas que quedaron sentadas, inmóviles, muertas en la expedición del conquistador don Pedro de Alvarado al atravesar la Cordillera Occidental, y también se refiere las frecuentes muertes de los indios yumbos en Guamaní y de otros en Sanancajas. Aun Spruce cuenta de un hombre a quien le vió sentarse, sonreír y morir en el páramo del Chimborazo. Por mi propia experiencia en el grave trance en que estuve, debo anotar que la larga exposición a esa frísimas intemperie, me produjo un estado de postración absoluta, de pasividad tan completa, de indiferencia tan grande para todo, aún para la muerte misma que sentía que se me iba la vida y no tenía ni alientos ni interés en defenderme; posiblemente porque mis brazos, mis pies, mi cuello y todo estaban inmovilizados como piedra. Sin embargo, podía ver, oír y hablar, pero no sentía sed ni tiritaba ya más. Seguramente, cuando la rigidez llega a toda la cabeza debe ocurrir la muerte, insensiblemente.—L. A. M.

lentamente antes que ir a perecer despeñados. Todos nuestros esfuerzos fueron inútiles, y, sólo uno, siempre valiente y leal, tomó una carpa, un poco de víveres y ropa, y ayudado por los tres expedicionarios se trepó con nosotros una muralla casi vertical de cosa de 300 metros, en busca de salvación. Era el sálvese quien pueda! Trepábamos con una dificultad indescriptible, y muchas veces regresamos a suplicarles a los demás peones que se salvaran ellos también. Algunas tentativas por trepar, les eran desastrosas, pues rodaban en las cataratas de agua y lodo con toda su carga. Les dijimos que abandonasen las cargas. Pero ellos decían «aquí hemos de morir juntos!» Proseguimos nosotros, arañando en el lodo y azotados por una granizada infernal. A medio camino, ya no podíamos. Nuestras manos y nuestros dedos estaban insensibles, paralizados, durísimos, con el entumecimiento por el frío, y no podían asir nada, ni nuestras ropas. Trepábamos con las muñecas y con las rodillas; pero éstas también empezaban a endurecerse y paralizarse. La tempestad seguía terrible, pero, cosa curiosísima: no llovía de arriba para abajo, sino de abajo para arriba. Cuando prendidos en las yerbas de esa muralla volteábamos la cara para ver si venían los de abajo, recibíamos descargas dolorosas de granizo en el rostro, las cuales procedían desde el fondo de donde también azotaba el implacable huracán. Asimismo, por debajo de nuestros abrigo, que volaban como, velas recibíamos toda el agua que nos mojaba. Al fin, llegamos a una cumbre estrechísima: un cuchillo que en partes no daba más paso que a un hombre y, y con precipicios insondables de lado y lado. Allí nos refugiamos al pie de una roca para reposar y tratar de desentumecer nuestras manos, y, desde allí logramos oír y después ver que nuestros pobres peones, imitando nuestro esfuerzo desesperado nos seguían ya, y felizmente con cargas. Un largo paso por esa cresta, y después un brusco descenso, acabó por conducirnos otra vez a la Laguna Fatídica, en cuyas márgenes un tanto acha-

parradas, acampamos a las seis de la tarde, siempre bajo la huracanada tormenta. Estábamos ya reunidos todos, y los indios muy agradecidos de haberles dejado abandonados para que ellos adoptaran por sí solos la resolución que les salvó. La tormenta duró no solo toda la noche con igual intensidad, sino que nos embotelló durante cinco días más bajo las carpas, al extremo de no permitirnos sacar ni las narices por ellas, sino cuando más, para reparar los daños que nos hacía el huracán. Qué días tan torturantes y monótonos aquellos! No veíamos nada por la densidad de la niebla y el golpe de la lluvia y el granizo sobre el caucho de nuestra carpa, era como vivir dentro de un tambor las ciento sesenta y pico de horas que permanecemos anquilosados en esa invernada entre las nubes amazónicas de Llanganati.

Al octavo día de diluvio, mis compañeros se propusieron sacarnos a cualquier otra parte; y emprendiendo una subexploración a mayores alturas, nos llevaron a una altitud de más de cuatro mil metros. Largo fué el viaje, pero ya muy arriba, no solamente que cesó la tempestad, sino que apareció el sol en Llanganati! Qué gloria fué esa! Habíamos dejado la tormenta a nuestros pies, entre tanto, observamos que las cumbres de Llanganati estaban doradas y en serena calma, seguramente como deben haberlas visto varias veces muchos viajeros desde los distantes Andes volcánicos. Sacamos, entonces, las ropas a secar, y armamos un buen campamento con vivo fuego, procurando prepararnos un banquete extra con platos italianos, inclusive vino, en celebración de nuestro regocijo. La tempestad seguía abajo, entre apelonadas nubes de hinchados cúmulus, mientras por arriba, a una altura inmensa, se tejía un cirrus plumizo y caprichoso. Inesperadamente, antes de servirnos el banquete, una maravillosa tempestad silente de nieve auténtica, vino a cubrirnos de exquisito blanco. Los indios volvían a temblar de pánico. Mientras nosotros los tres exploradores nos deleitábamos al volver a contemplar y sentir en su pleno sabor el paisaje invernal

de las zonas templadas, como en Europa y Estados Unidos. La nevada duró poco, y fué una linda contribución a nuestra fiesta de salvación. Al caer la tarde se disipó todo, y aunque unas tenues nubes bajaban del cielo a sentarse quedamente sobre los valles del infinito Oriente, se abrió un panorama indescriptible sobre toda la expansión amazónica, y notamos que el magnífico volcán Sangay no estaba muy lejos de nosotros emitiendo al firmamento una columna de humo que se doblaba muy alta en ángulo recto hacia el Oeste, hacia la Provincia de Chimborazo. Sencillamente, desde allí, nuestro campo de visión hacia el Oriente abarcaba la amplitud de dos grados geográficos que hay desde la Cordillera de Pisambilla en la Línea Ecuatorial, detrás del Cayambe, hasta el Sangay y la Cordillera de Alao, que la conceptúo casi una duplicación de Llanganati. Hacia el Noreste se destacaba muy cercano y con todos sus bellos detalles el hermoso cono del Sumaco, a la vez que las selvas del Palora y del Upano, por Macas, nos enviaban destellos de sus plateadas aguas. La Tercera Cordillera se mostraba desde aquí con perfección como en un mapa escolar de relieve. Habíamos, pues llegado al verdadero mirador del Ecuador amazónico, y habíamos perdido de vista a nuestra espalda, a todos los nevados andinos.

Al siguiente día nos propusimos escalar las cumbres de las cumbres donde estábamos, y nos repartimos la faena. Yo trepé una interesante serranía occidental. La visité con entusiasmo y deleite hasta poner mis pies en sus verdaderos vértices. Había un silencio imponente, y solo me interrumpió la nunca esperada presencia de un pájaro chihuaco, el vulgar tóbalo (*Grallaria monticola*) de nuestras quebradas y páramos de los Andes, el cual se acercó a mí con tanta curiosidad, que se estuvo viéndome largo rato al alcance de mi mano, sin demostrar temor alguno. Igual cosa observé en algunas otras aves y sobre todo en los colibríes de la boca de la selva. Sin duda era la primera vez que veían allí al hombre.

Desde las graníticas y elevadísimas cúspides donde yo exploraba, pude observar con primor la palpitación metereológica, diré, de la atmósfera oriental. La hoya amazónica es, en verdad, un perfecto caldero de vapores que se levantan en forma de colosales masas compactas de nubes y con una velocidad prodigiosa conforme avanza el día. En la madrugada, todas las nubes están bajas, asentadas en los mil encañonados de la selva; pero a las ocho de la mañana, ya están muy altas y agrupadas las nubes, y, desde las ocho, las nubes se siguen levantando no sólo en masas compactas y más o menos conjunta y lentamente, sino que del dorso comado de esos espesísimos cúmulus, se elevan vertiginosamente volutas columnares, a manera de emisiones volcánicas, a una altura formidable. Es tan conspicuo este fenómeno que, en el campamento, uno de los peones, me llamó la atención un momento señalándome una de tales columnas y diciéndome "mire patrón ese volcán que está reventando". Yo sabía que no era volcán, sino impetuosas corrientes ascendentes de vapor que subían hacia un nuevo estrato más alto de la atmósfera impelidas por la presión del caldero subyacente; pero, entonces, y recordando algo idéntico que ya había visto ocurrir entre los picos de Llanganati, creí hallar inequívocamente la razón por la cual los geógrafos antiguos, Guzmán y Villavicencio entre ellos, calificaban y dibujaban como volcanes—como nidos de volcanes innumerables—a las montañas de Llanganati. Y, si a esto se añade lo que tengo dicho respecto de los relámpagos y tempestades eléctricas, allí está toda la explicación de los deplorables errores y confusión en que han hecho caer aún a eminentes geólogos modernos con tales aseveraciones sobre unas montañas que son, precisamente, la excepción clásica del volcanismo andino del Ecuador.

Cuando las columnas de nubes llegan a una altitud quizá de unos siete mil metros, entonces, indefectiblemente, se las ve torcerse y desflecarse a todas hacia el

Noroeste. Lo mismo ocurre con la columna de humo del Sangay. Es decir, desde el mirador en que estaba, podía ver yo realmente con los ojos la presencia, la altura y el rumbo del viento alisio, que era el causante de tal fenómeno. Luego, este tractor atmosférico—como lo consideran al viento alisio los americanos—arrastra a sus pies constantemente, a todo un continente sud-americano de nubes que viene a estrellarse, cual una planetaria avalancha en la descomunal nariz o península de los Llanganati, desprendida de la Cordillera Oriental de los Andes y proyectada en las selvas del Oriente, avalancha tempestuosa que hace de esa región y de la inmediata de Canelos la más húmeda y musgosa del mundo. (1)

En la cumbre que yo visitaba, hallé entre las rocas una curiosa disposición natural idéntica a una catedral gótica, con cuyo nombre bauticé a esta cordillera. Más allá, al Noroeste y unida a esta sierra, observé otra que tuve vivísimo deseo de visitarla, pero que la inoportuna niebla me impidió para poderla fotografiar. Sobre su cumbre, y en línea, aparecían cuatro monstruosas rocas como hechas en molde y que representaban la silueta del busto de cuatro beatas cubiertas de manta. Asimismo, por ello bauticé a esa Cordillera con el nombre de Las Beatas, y con la coincidencia de estar junto a La Catedral. La repetición tan sorprendente de una misma figura geométrica a veces en docenas de casos en los picos y vértices de Llanganati, es un fenómeno de extraordinaria importancia geológica, que lo discutiré más adelante.

Cuando habíamos completado así nuestras individuales exploraciones, regresamos a la base, y mis com-

(1) «Spruce cree que él no se equivoca cuando reclama para la floresta de Canelos el honor de ser la más rica localidad crypto-gámica sobre la superficie del globo. Aun los árboles, añade, en ciertas partes parece que no tienen otro propósito que el de servir de soporte a helechos, musgos y líquenes».—Alfred Russel Wallace.—Notes of a Botanist on the Amazon and the Andes.

pañeros organizaron una nueva exploración a la base de los Llanganati, pero más al Sur. A ella se dirigieron durante seis días, mientras yo con una fracción de peones emprendí, al fin, el viaje de regreso hacia Pillaro, a donde llegué en marchas forzadas después de cinco días de viaje con un tiempo tolerable, pues, no sufrí sino un poco de lluvia, algo de granizo y una sola nevada corta.

Al fin de esta relación, me creo hondamente obligado a hacer justicia a los peones, que son el espinazo de esta clase de expediciones. Sin ellos, nosotros los hombres blancos no podríamos hacerlas jamás. Después de esta experiencia, yo pienso que la rudeza y la rusticidad del Ecuador andino sólo han podido y podrán ser conquistadas, colonizadas y civilizadas con la ayuda del indio andino. Desde Pizarro y Orellana hasta nuestros modernos exploradores, el heroísmo de sus aventuras quedaría en muy poco sin la ayuda anónima aunque efícazísima de los indios, pero, de los indios puros. En nuestra expedición, automáticamente, espontáneamente, se hizo una selección natural: los que resistieron hasta el último, los nobles y leales, fueron los indios puros; mientras que los cobardes, los desleales y los menos esforzados fueron aquellos que tenían siquiera un débil porcentaje de cholo. Se dió el caso de que un "viejo indio puro cayese a un lago con su carga a espaldas, y cuando se hundió gritó "salven la carga aunque yo me muera." Cuando le sacamos, le preguntamos por qué quería salvar la carga antes que a sí mismo, y contestó, "más vale que muera un hombre ahogado que diez de hambre, y usdedes son jóvenes, mientras que yo soy viejo". Y este anciano indio llevaba también un hijo suyo, mozo, a quien le conducía de carguero para darle ejemplo a que conozca lo que son verdaderas penalidades y no se arrede mañana en la vida. Siendo ese el motivo de su viaje a Llanganati con nosotros, el noble anciano decía que ya no le importaba morir en el lago enseñando a su hijo a ser hombre fuerte y hombre de bien.

A nuestro arribo a un hospitalario hogar de Píllaro, y no obstante la buena y abundante alimentación que siempre tuvimos en todo el extensísimo y accidentado viaje que habíamos hecho, se podía ver, empero, en la extenuación, agotamiento y desfiguración que presentaban nuestras humildes personas, todo el precio de una de las más terribles aventuras geográficas que es posible realizar en el territorio ecuatoriano: la exploración de los misteriosos, desolados y glaciales laberintos de Llanganati que yacen escondidos entre las más preñadas nubes del mundo para servir de adecuada cuna al monarca de los ríos del planeta, el Amazonas. A lo menos, por mi parte debo decir que, mi retorno hasta Píllaro, constituyó el esfuerzo excepcionalmente máximo que un hombre ya aniquilado lograba hacer con los últimos restos de su energía física para salir de nuevo a la vida desde un sitio, sin duda, como pocos en el mundo, que debería marcarse en los mapas con este espantoso rótulo «INHABITABLE PARA SIEMPRE», y cuyo significado completo lo entenderán sólo aquellos individuos que, de veras vayan mañana a viajar extensamente por allí, en especial, si son hombres de ciencia, serios, que averigüen con más aptitudes las realidades naturales y legendarias de ese raro país, pues, queda de él todavía casi todo por investigarse después de nuestra modesta aventura, quizá simplemente explorativa. Ojalá que tal cosa suceda pronto. Precisamente, el propósito principal de este libro es el de provocar que aquella clase de hombres sea la que emprenda el estudio metódico de esa curiosísima y vasta porción de nuestro territorio nacional, evitando así que, en este siglo, los vendedores de sensacionalidades periodísticas hagan de ella una baratija vulgar, menos importante aún, que la fábula de los siglos pasados, fábula que ahuyentó íntegramente a todos nuestros viejos científicos, de conocer siquiera de modo somero, lo que podía haber detrás de este casi mágico nombre de la Geografía Ecuatoriana: LLANGANATI.

PARTE SEGUNDA

LA NATURALEZA EN LLANGANATI

Aunque a grandes vistazos, o en incidentales referencias, he tratado ya antes, en la relación de viaje, acerca de muchos de los aspectos de la Naturaleza en Llanganati, la originalidad de esos aspectos, me obliga a que la descripción e interpretación de sus elementos y fenómenos peculiares lo haga con más particularidad en capítulo aparte, especialmente para el lector naturalista.

El hecho más curioso y exclusivo de Llanganati, en mi concepto, es el de que, para estudiar su Naturaleza, no se puede proceder en un orden lógico de ciencias, investigando separadamente desde los elementos más fundamentales a los menos fundamentales, o derivados. Allí no es posible reconocer primero, por ejemplo, la Geología para concluir después con la Flora y la Fauna. El ojo del geólogo en Llanganati no verá de pronto nada de excepcionalmente geológico, sino primero con ayuda del ojo del botánico; de otro modo sufrirá graves engaños y equivocaciones sustanciales, como veremos más adelante. Es un país donde los elementos secundarios denuncian a los fundamentales. Y, no puede ser de otra manera, en unas montañas sin derrumbes, sin erosión, sin quebradas, sin ríos, sin rocas caídas ni cantos rodados, en una palabra, sin nada al descubierto de su armadura interna, excepto sus engañosos picachos, y, por estar, a la vez casi totalmente revestida de espeso musgo la superficie de su masa o sumergidos entre incontables pozas de agua sus desnudos antros y peñoleras. En Llanganati, es, pues, literalmente a través de la vegetación que podemos condu-

cir la mayor parte de nuestras observaciones e investigaciones de orden más elemental y hasta más complejo. Por ello al bosquejar yo aquí, deficientemente, el cuadro de la Naturaleza de Llanganati, creo que seré perdonado por no seguir una ordenación usual, sino un cierto desorden y hasta un estilo adecuado.

LA FLORA.—En conjunto, viajando directamente en Llanganati, de Oeste a Este, desde Píllaro hasta el río Boschetti al pie occidental de la Tercera Cordillera, es imposible dejar de advertir la presencia sucesiva de tres distintos páramos (1), uno muy diferente a dos tanto análogos entre sí, a saber: 1o. un páramo común de pajonal que cubre una extensión como de 25 kilómetros comprendidos entre el lomón de Píllaro y la ladera occidental de la cordillera de Anchilibí; 2o. un páramo extraordinario de juncal (2) de una extensión de cosa de 35 kilómetros que hay entre Anchilibí y la base oriental de la Catedral Gótica; y, 3o, un páramo más extraordinario todavía de espadaña (3) y sangurima, de una longitud aproximada de 10 kilómetros comprendidos entre la Catedral Gótica y la boca de la selva, a unos 300 metros de altura sobre el río Boschetti. Semejante distribución tan estrictamente diferenciada de la vegetación peculiar de páramo—un caso único en los altos Andes del Ecuador—considero que será, en día no lejano, uno de los más interesantes campos de estudio para la Geobotánica y la Ecología de las zonas elevadas de la Tierra.

(1) Por páramo se entiende en el Ecuador, todas las tierras altas y frías de las cordilleras andinas, superiores a 3.200 metros de altitud, donde aparece como planta espontánea universal la tosca yerba gramínea llamada *paja*.

(2) Para Edward Whymper fue un hallazgo raro encontrar esta planta solamente en los páramos orientales del Sara--urcu.

(3) Muy pocas personas del Ecuador, aún de las más familiarizadas con la vida de los páramos, conocen esta planta agresiva y aún no clasificada por la Botánica. En cuanto al *sangurima*, sólo se repite en el Carchi.

En el primer páramo, como en todos los demás de la Sierra del Ecuador (excepto en el páramo de El Angel, Prov. del Carchi), la planta predominante es la yerba ichu de los Quichuas incásicos, o milín de los antiguos Quitwas (1) (*Stipa ichu*), y, según tengo ya dicho en las págs. 31, 36 y 37 de este libro, está acompañada principalmente por las *Wernerias*, *Alchemilia* (orejuela), *Hypericum*, *Plántago*, *Scirpus*, etc., y ocasionalmente por la enorme *Puya gigantea*. El musgo es aquí cosa insignificante, inapreciable; pero, siendo una región lacustre (el nombre aborígen Cocha-huasi también la denuncia así), ofrece la particularidad de que casi todas sus numerosas lagunas carecen de totora en sus orillas, hallándose más bien esta planta en sus grandes ciénagas. En general, exceptuado este último e importante detalle, su vegetación no difiere mayormente de la de nuestros comunes páramos.

En el segundo páramo, la planta predominante es el jucal, la *Chusquea aristata*, que, como he dicho, es una cañita o carricillo que apenas pasa de dos metros de talla, pero recto, muy rígido, indoblegable, que crece en manojos y formando campos densos (jucales) donde el viajero se siente aprisionado como entre rejas y expuesto a fatales extravíos, porque por la inferior talla humana, obliga a marchar como sumergidos a los hombres dentro del cañaverál, casi fuera de la vista unos de otros, e indefectiblemente bajo un dosel de niebla. Además, los bordes de sus hojitas son cortantes y sus puntas en extremo punzantes, de modo que las cañitas bajas son un constante peligro para los ojos y las narices del explorador. Por esta misma razón, aparte de su ínfimo valor nutritivo, los ganados quedan prontamente cegados y ciegos de hecho al entrar en un jucal, resultando así un atajo natural para el traspaso de un pára-

(1) Esta es mi opinión personal sobre la fitonimia aborígen de dicha planta. L. A. M.

mo al otro, de los animales domésticos del hombre. Ya antes he apuntado que sólo los venados tienen un instinto y el mecanismo de su cornamenta perfectamente adecuados para caminar y correr impunemente dentro de esta vegetación y, por tanto, dentro de ella hacen sus mejores refugios; pues, aún el puma tiene que correr en los jucales a saltos curiosamente hábiles para salvar las cañas y aplastarlas con su cuerpo.

El jucal, a diferencia del pajonal, es ya una planta de carácter palustre. Medra sobre un espeso colchón de musgo saturado de agua, haciendo vida simbiótica entre los dos, el uno prestándole sostén ascensional, y el otro regalándole humedad y anclaje para sus raíces; o, en su defecto, el jucal hace el papel de un totoral, situándose en las orillas tendidas de los lagos. Otras de las plantas que conviven abundantemente con el jucal son la Alchemilla, las Gencianas, algunas especies de Selaginellas, las Wernerias, y el delicioso sunfo (*Micromeria nubigena*) que perfuma con vivísimo olor a menta todo el trayecto de la larga hilera de expedicionarios, al ser estropeada con los pies esa rica alfombra. Fue también como un consocio del jucal que encontré en el Sunchu-urco al frailejón enano (*Culcitium rufescens*), mientras el frailejón arbóreo o sangurima (*Espeletia grandiflora*) jamás lo encontré ni de vecino siquiera del referido jucal, sino de íntimo consocio de la espadaña, allá, en su zona propia. En el páramo de jucal no está ausente tampoco la paja ichu, pero aparece sólo en forma esporádica, en mechones aislados, nunca formando prados asociados, como en los propios páramos de esta yerba. En cuanto a las Cortaderias (sigses de páramo) sí las hay, y a veces en densas agrupaciones.

En el tercer páramo, las plantas universales son, la espadaña y el frailejón arbóreo o sangurima. Estas plantas, todavía más que las anteriores, son igualmente de carácter palustre. Asimismo, viven sobre montones de musgo, más espesos aún que los que sirven de asiento al jucal, o, en otros casos, también van a situarse en las

márgenes de los lagos, formando los sangurimas, especialmente, borduras bellísimas como de palmeras, al redor de las aguas, en tanto que la espadaña parece recrearse y adquirir un vigor temible junto a las lagunas. La espadaña es una gramínea interesante y poco conocida, ignorando yo a qué género ni a qué especie botánica pudiera pertenecer. Está constituida por un tallito corto de consistencia durísima desde el cual se ensancha y se elevan hojas planas y erectas casi rígidas, extremadamente cortantes que, si se crecen a altitudes de 4.000 metros, sólo tienen cuando más dos palmos de alto, pero, a menos de 3.000 metros, llegan hasta a los tres metros de talla, convirtiéndose de espadines en espadones monstruosos que suenan casi metálicamente cuando se pasa rozándolos (1). Cuando mis compañeros creyeron que la espadaña de las cumbres era una especie botánica distinta de la de los sitios bajos, observé que no había tal cosa sino que, según el *habitat*, la planta se *enanizaba* o se *agigantaba*, cosa que, también me hizo sospechar que la espadaña podía haber hecho un viaje biológico desde los pantanos amazónicos hasta los saturados musgos de las cumbres de Llanganati.

En este páramo de las espadañas y de los sangurimas, donde quiera que, por la altitud falla de crecer el musgo, toma su lugar inmediatamente el revestimiento de líquenes especialmente de los *Cladonia*, *Cetraria* y *Alecto-*

(1) Solamente el infatigable viajero e investigador de los Andes, don Nicolás G. Martínez, da cuenta de que en los declives orientales del volcán Tungurahua halló también a esta planta, describiéndola en las siguientes palabras: "pero poco después encontramos verdaderas murallas casi impenetrables de espadañas, curiosa y espléndida gramínea, ya conocida por mí en los bosques de Cusatagua, y cuyas hojas casi radicales miden hasta tres metros de longitud y solamente de ocho a diez centímetros de ancho las cuales forman matorrales tan espesos, que es preciso abrir en ellos con el machete verdaderos túneles, lo que nos retarda enormemente el avance". «Exploraciones de los Andes Ecuatorianos.—El Tungurahua».



Grafito y pirita.



Espadaña y sanguríma.



Jucal seco.

ría, en una forma tal, que parecíamos estar visitando Laponia, Islanda o Alaska y esperando ver renghferos entre las grises y combadas rocas de los helados campos abiertos que hay en esta parte de los Llanganati.

La vegetación propiamente lacustre no existe en Llanganati, a pesar de ser el país por excelencia de los lagos, como no se ve en ninguna otra parte del Ecuador. Quizá un treinta por ciento del área total de Llanganati está cubierta por lagos o por pantanos. Insisto en decir que bien pudiera llamársele el archipiélago mediterráneo de Llanganati. Y, sin embargo la totora es allí tan desconocida como lo sería la banana, fenómeno curiosísimo y al parecer inexplicable, pero que, bien interpretado, nos da la clave para entender mejor la tan enmascarada constitución geológica de Llanganati.

Pero, antes de pasar adelante, dedicaré aquí un capítulo especial a describir al sangurima, la planta que fascina en los más lejanos páramos de Llanganati.

El frailejón o sangurima

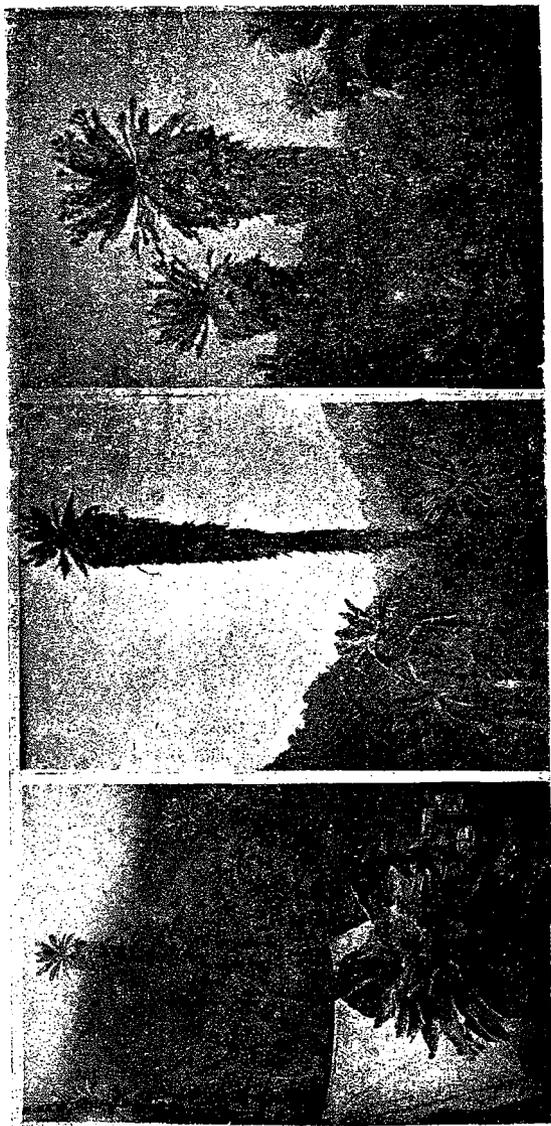
Vulgarmente hoy se conoce en el alto Ecuador con el nombre común de frailejón simple, y de frailejón arbóreo a dos plantas herbáceas de hojas y flores densamente lanudas, que crecen en los páramos de los elevados Andes ecuatorianos. Debido a su follaje blanco reunido en roseta y a la manera de un haz de largas y velludas orejas de asno, tiene la apariencia de grandes flores blancas de pétalos recortados en fieltro. El primero, o frailejón simple es acaule no se levanta sobre el suelo; mientras que el frailejón arbóreo, se alza siempre sobre un elegante y erecto tallo único que alcanza, desde uno y medio o dos, hasta nueve metros de altura. Por esta razón, los frailejones tallados semejan una procesión de frailes vestidos de blanco, de donde les viene, sin duda

este nombre español. (1) La creencia vulgar es la de que ambas clases de frailejones son la misma planta, sólo que bajo diferentes condiciones locales de crecimiento. En realidad, ambas plantas pertenecen a la familia de las Compuestas, pero, no solamente que son dos distintas especies vegetales, sino que tiene cada una un extraordinario poder selectivo del ambiente que le conviene para producirse y refugiarse espontáneamente en ciertas zonas y sólo en ellas.

El frailejón simple o enano, es el *Culcitium rufescens*, H. B. de la Botánica, y se lo encuentra silvestre exclusivamente desde los 4.000 metros de altitud hasta el límite inferior de las nieves perpetuas de los Andes, donde ya no suben sino muy pocos vegetales. Es el compañero inseparable de las nieves, mejor dicho—por nuestra propia experiencia—del granizo en aquellas altitudes. Nosotros lo encontramos sólo en el pico más occidental, el Sunchu-urcu, de las montañas de Llanganati, donde cae de preferencia mucho granizo, y notamos su absoluta ausencia en todos los picos más orientales, donde cae principalmente nieve. La Expedición Anderson, del Antisana al Napo, en 1933, también observó que al occidente del Antisana no caía más que granizo, y, al oriente, nieve. El frailejón enano no se halla, pues, nunca en otra parte, que en los campos y breñas heladas de todas las altas montañas de la Cordillera occidental, donde cae preferentemente granizo, y en algunas de la oriental: un carácter ecológico digno de nota. Crece entre las muertas escorias de las rocas volcánicas, y tiene flor blanca.

El frailejón llamado arbóreo, es la *Espeletia grandiflora* H. B. K. de la Botánica. La ciencia no lo había encontrado hasta ahora sino en algunos páramos de Co-

(1) El nombre indígena *sangurima*, presumo que en Quichua querría decir quizá en sentido simbólico «voz divina», descomponiendo a este fitónimo en las palabras *sangu*, que significa «manjar sagrado» y *rimac* «hablar pronunciar».—Para mejor explicación véase mi próximo libro «Inti —llagta Runa —shuti».



El frailejón o sanguríma de Llanganati, *Espeletia grandiflora*.

lombia y en ninguna otra región del Ecuador, más que en los páramos interandinos de El Angel, Prov. del Carchi, (1) Tocó la suerte a nuestra Expedición el redescubrir a este frailejón arbóreo en las más lejanas estribaciones de Llanganati, en una estrecha faja entre 60 y 70 kilómetros de distancia al oriente de Pillaro. Allá lo sorprendimos en tamaño gigante, alcanzando tallas máximas hasta de nueve metros, en tanto que los del Carchi, se dice, que apenas pasan de la talla de un hombre, circunstancia que me hace sospechar que, acaso se trata de dos diferentes especies. Digo que lo hemos "redescubierto" porque el único que hace mención de estos frailejones, bajo el legítimo nombre aborígen de sangurimas, es Richard Spruce, con referencia al botánico español Atanasio de Guzmán, trazador del antiguo Mapa de los Llanganati, y, éste, a su vez, arrastrado por la seducción del célebre Derrotero de Valverde, quien señala a dichos sangurimas como una marca especial de su Guía a los Tesoros de Atahualpa. De modo que el verdadero descubridor de esos sangurimas es aquel Valverde, tenido por apócrifo, falsario o loco, o por afortunado.

Es algo erróneo llamar "frailejón arbóreo" al sangurima, porque no es un árbol ni una palmera, sino una planta herbácea talluda. El sangurima de Llanganati es de flor amarilla; crece sólo en una altitud entre 2.300 y 3.600 metros; nunca más arriba ni más abajo,

(1) En los últimos años, en 1934, el geobotánico español José Cuatrecasas, en su muy valioso libro «Observaciones Geobotánicas en Colombia», publicado en Madrid, añade una nueva especie al género *Espeletia*, y la denomina *Espeletia hartwegianae*, hallada también en Colombia, además de la *E. grandiflora*. Aún más, el mismo autor, bajo el punto de vista geobotánico crea la clasificación filogenética y ecológica de los *Caulirossuletum* para las asociaciones del tipo *Espeletietum*, con lo cual ocupan así un lugar muy especial y propio en el estudio de las asociaciones vegetales de la Geobotánica, estas plantas tan exclusivas de la flora del Ecuador y de Colombia.

pudiendo, por tanto, ser cultivado hasta en Quito, siempre que se le diera una atmósfera húmeda y un suelo ácido. Se propaga abundantemente por semilla y nó asexualmente, medrando siempre sobre un espeso lecho de musgo y con predilección al rededor de los lagos, en en el cieno linoso y ácido; jamás en suelos volcánicos; huye de la nieve, pero busca los sitios encañonados y atormentados por el viento húmedo y las densas nieblas, siendo poco sociable con otras especies vegetales, a no ser con la espadaña. Es, pues, un frailejón típicamente no volcánico y talvez por ello se ha refugiado con todas sus mejores galas en lo más recóndito de los Llanganati.

El tallo o tronco del sangurima, nítidamente cilíndrico, no pasa de un diámetro de veinte centímetros, y, no siendo el de un árbol, está constituido por una débil corteza herbácea, la cual se asienta sobre un tejido leñoso negro durísimo, análogo a la chonta, pero apenas de uno y medio a dos centímetros de espesor hallándose todo el resto del tronco relleno por una pulpa carnosa y blanca, sin células ni fibras lignificadas; de tal manera que, en las plantas muertas, al pudrirse la pulpa de relleno, queda sólo un delgado pero fuerte tubo casi incorruptible, quizá bueno para conducir agua a modo de caño. El sangurima parece que produce al año un juego completo de hojas y flores (15 fascículos florales de a 5 cada uno), permaneciendo unas y otras más o menos frescas sobre el tallo durante unos tres años; pero, todo lo que va marchitándose, se dobla y persiste adherido al tallo durante largo tiempo, formando en él una masa colgante de hojarasca, despojos que le dan aquel típico aspecto "zamarrudo" por la copiosa vellosidad de sus hojas, tanto vivas como muertas. Esta hojarasca que sigue adherida talvez por 10 o 15 años, es un emporio de polillas del páramo, que destruyen lentamente el estroma de las hojas, dejando sólo sus nervaduras, que, al fin, van cayendo al suelo. De tal modo que su riqueza en felpa o vellosidad, no es más que aparente, pues está ya en gran parte pulveri-

zada al tratar de recogerla. Del tronco y de sus carnudas hojas, al hacerles incisiones, mana una abundante resina, en extremo análoga a la turpentina de los pinos por su color, olor y consistencia, resina que podría, acaso, alcanzar algún valor industrial y talvez terapéutico practicando un resinaje adecuado. Los sangurimas demuestran ser de lento crecimiento y de considerable longevidad para una planta herbácea: quizá de unos treinta años. Si se lograra domesticarlo en nuestros jardines interandinos sería una bellísima planta ornamental.

Los musgos en Llanganati.—Tres son los elementos omnipresentes en Llanganati, y con enunciarlos a ellos bastaría para describir y reconstruir imaginariamente la Naturaleza de ese país: granito, niebla y musgo. Esta trilogía lo hace todo y lo explica todo sintéticamente: geología, meteorología y vida orgánica. Cuando algún día se estudie la climatología ecuatoriana con criterio y métodos ecuatoriales, creo que se descubrirá que la uniformidad térmica de nuestras elevadas masas terrestres equinociales, al ósculo de las marejadas atmosféricas, aborta nuestros meteoros que forman nuestros climas; y, entonces sabremos, por ejemplo, sin sorpresa, que el granito hizo a la niebla, la niebla al musgo, y el musgo, exprimiéndose recomienza el círculo vicioso eterno, de lo inanimado a lo animado, y viceversa. Hablar de Llanganati sin referirse a sus musgos, sería como suprimir del Derrotero de Valverde la ceremonia máxima que aconseja de quitar del socavón el cortinaje de yerba que oculta la entrada a los inmensos Tesoros de Atahualpa.

Aquí cabe, entonces, justamente, dilucidar lo que Valverde indica y recomienda, «y, si por casualidad, la boca del socavón estuviere cerrada con ciertas yerbas que llaman salvaje, quitadlas y hallaréis la entrada»; indicación que, ya antes, en la página 33 de mi libro «El Ecuador Minero», la supongo equivocada, y que,

ahora, después de conocer Llanganati, compruebo el error de Valverde. En aquel país sobresaturado de humedad, ecológicamente es absurdo que crezca el salvaje o *Tillandsia usneoides*, como no lo hay en absoluto. Lo que allí crecen abrumadoramente, son musgos, Muscíneas verdaderas. Pero, entonces, si el error de Valverde es en cuanto a lo botánico, en cambio, es digno de nota su acierto de tejer el velo de la entrada a su misterioso arcano de oro aborigen, con el musgo humilde pero uno de los tres todopoderosos reyes de Llanganati, que es, sin duda, al cual quiso referirse el poco letrado, aunque talvez muy afortunado español de la leyenda.

De todos los Andes ecuatoriales, creo que sólo en Llanganati puede hablarse con propiedad de una verdadera flora ártica y en condición extensa. La flora de nuestros altos Andes ha sido caracterizada generalmente como alpina, hasta que, al fin, se la ha distinguido con la autonomía de andina; pero, su radio para este tipo de flora, sea alpina o sea andina, en realidad está circunscrito a aquellos muy limitados lugares llamados "zonas de las rocas desnudas", más altos aún que los pajonales, al pie de la línea de las nieves perpetuas, donde ya no hay suelo vegetal ni temperatura suficiente para el crecimiento de plantas, excepto para aquellas de tipo estrictamente ártico, subclasificadas, entonces, como alpinas o andinas. Ahora bien, como Llanganati ya no es solamente una zona de rocas desnudas, sino un entero sistema de montañas de roca viva y desnuda que, al propio tiempo por su estructura y por su elevación carecen de suelo vegetal y de temperatura suficiente para el crecimiento de plantas de bajas latitudes y altitudes, es claro que todo el sistema montañoso nos exhibe una flora ártica, no en muestrarios locales como en los Andes volcánicos, sino desplegada libremente en la vastedad de un territorio situado bajo la Línea Equinoccial. Por ello he dicho que Llanganati es una verídica Siberia, una Laponia, una Alaska, una Islandia, talvez una

Terranova del Ecuador. Es el territorio ártico de nuestra República no una simple zona altitudinal. Y, por ello es también, la perfecta representación de la tundra de musgo («moss-tundra») del naturalista Drude (1), quien al hacer su clásica descripción de la flora ártica, parece que, palabra por palabra, está describiendo la flora de Llanganati, cuando dice: «La región de la tundra del Norte de Siberia tiene como su formación más común la tundra de musgo, cuyos principales constituyentes son musgos del común género *Polytrichum*. Entre los musgos hay varias toscas gramíneas (la espadaña nuestra) y juncales (los juncos nuestros), entre ellos la hierba lanuda (nuestro sangurima), común también en los charcales fríos de más al Sur». ¿Podrá haber una semejanza mayor entre estas breves líneas y lo que extensamente he venido describiendo en este Libro sobre Llanganati?

El ambiente de musgo de Llanganati es en verdad impresionante e indeleble. Si antes no hemos sabido nada de ello, es sin duda, porque nadie les hizo conocer a estas montañas en letras de molde; pero, aún aquellos respetabilísimos y sabios viajeros que, a lo menos estuvieron en sus proximidades; no dejan de llamar la atención en notas especiales, sobre la tremenda y asfixiante vegetación de esta planta que habían observado. Para disculpa mía, quiero referirme sólo a dos de ellos: a Richard Spruce, y a Edward Whymper. De las impresiones del primero, dice el modernísimo Campbell, Profesor de la Universidad de Stanford (2):

«Spruce encontró el desarrollo de los musgos y de las hepáticas especialmente grande en la región conocida como la «montaña de Canelos» en la vecindad de los grandes volcanes de Cotopaxi y Tungurahua. Esta florista que se extiende desde 1.000 a 5.000 pies de elevación

(1) Handbuch der Pflanzengeographie.

(2), «Outline of Plant Geography».

es extremadamente húmeda, y Spruce dice que el crecimiento de esta clase de plantas es el más lujuriente que él ha visto en su vida. Aún los últimos brotes de las ramillas de los árboles y sus mismas hojas, estaban espesamente lanudas con musgos y de las ramas que colgaban sobre los ríos, pendían festones de algunos pies de largo compuestos principalmente de Bryopteridae. Tan grande es la carga de musgos, que cuando están enpapados de agua, a menudo se rompen las ramas sobre las que están prendidos y matan a los viajeros, siendo éste un peligro muy grande, por inesperado”.

Esto es abajo, en la selva de Canelos. Ahora, piénsese cómo será la densidad del musgo arriba, en Llanganati, donde se condensa en monstruosas nieblas toda la formidable humedad del continente amazónico, arrasada por el viento alisio? Cuando uno está dentro de ese espectáculo se siente vivir en el fondo de un océano de nubes, sumergido como buzo aéreo entre masas de musgo y de niebla, tan compenetradas entre sí, que se tiene la idea de que el musgo es una niebla negra, y la niebla, un musgo blanco, y, que la ciencia se olvidó de denominar sub-nebula a la vegetación que vive literalmente sumergida a perpetuidad en niebla, así como llama sub-marina, sub-acuática, sub fluvial, a las que viven sumergidas en otras formas de medio acuático.

Whymper, en pocas, pero muy expresivas palabras dice lo siguiente, refiriéndose a su viaje al Sara-urcu, una región bastante análoga a Llanganati por muchos respectos: “El país era totalmente pantanoso, aún donde las pendientes eran considerables. El país entero era como una esponja saturada de agua. Al regreso a la villa de Cayambe comprendimos mejor que cuando salimos de aquí por qué Gonzalo Pizarro besó el suelo cuando pudo pararse de nuevo sobre tierra firme”. (1)

(1), «Travels Amongst the Great Andes of the Equator»,

La vida vegetal

La vida vegetal en Llanganati se reduce, entonces, al fenómeno más simple y a la forma más rudimentaria. Llanganati es un país tan sólido y desnudo de tierra, de arena, de piedras y cascajos, que su solidez y su desnudez de granito la podemos comparar literalmente con una ciclópea construcción laberíntica de cemento armado de cientos de kilómetros cuadrados: inmóvil, indeteriorable. ¿Qué vegetación podrá crecer allí, donde no hay ni tierra ni calor, sino solamente humedad, y humedad a un grado superlativo? Necesariamente sólo los musgos y los líquenes, cuyos gérmenes han de haber sido arrebatados desde abajo, de la hoya amazónica por los huracanes de nubes, e implantados incesantemente por miles de años microscópicamente en las asperezas mínimas del granito, hasta constituir la túnica prodigiosa de musgo que los cubre, que los disfraza disimulando traidoramente esa mueca horrenda de su fisonomía inverosímil. El musgo y los líquenes, prendidos ya en la roca muerta, han hecho en forma biológica, lo que los volcanes habrían hecho en forma plutónica. Han creado una humildísima cuna, mejor que la suya, para una vida vegetal superior, la de las gramíneas principalmente. Han hecho, a fuerza de siglos, quizá de edades, una película de tierra vegetal, un "empaquetado" que diríamos en Quito—de dos o tres centímetros de espesor en las partes casi altas (3.900 mts., de cinco o diez en las partes de media altura (3.600 mts.); y de cuarenta o cincuenta en altitudes de 3.000 mts. Esta película de todo lo hay de suelo vegetal debajo de la gran esponja de musgo, es, por cierto, un simple humus coloidal, tan impalpable como el licopodio, una arcilla que puede ser masticada impunemente, sin la más leve traza de sílice ni de escorias; lo que prueba que Llanganati es inmaculado por la erosión, e inmaculado por los volcanes, esto último, gracias al viento alisio, como veremos más adelante.

Con tal pobreza de suelo, donde no hay anclaje para plantas superiores, sino para aquellas que puedan vivir espiritualmente sobre el musgo, o, a lo mucho sondear con sus raicillas el humus coloidal, exceptuadas las valientes Selaginellas, las poderosas yedras de Llanganati, no se puede esperar la presencia de los chaparros, tan comunes en los otros páramos. De modo que, la pujante, arrolladora, invencible selva amazónica, a cosa de los dos mil ochocientos metros de altitud,—la altitud de Quito—encuentra en Llanganati un poder mayor y único que la ataja, que la pone una barrera impasable por falta de suelo en qué echar raíces. Allí, la Naturaleza, su madre propia, le ha puesto un freno del cual jamás puede burlarse. Y, es cosa de veras curiosa el ver cómo «el Oriente» de los ecuatorianos, acaba a raya, apenas unos 300 metros más arriba del cauce del río Boschetti, sobre los Bajos Llanganati, tratando de venirse y ascender desde Sacha-Llanganati, o Llanganati selváticos. En ese sitio lindero es donde hallé la selva más impenetrable que han visto mis ojos, como que todo el ejército vegetal del Amazonas había acudido en masa a forzar el paso, y había quedado cadavérico en montones, mientras miriadas de nuevos ejércitos venían a sobrevivir encima de los muertos, según describo en las pág. 92 de este libro.

Allí mismo encontré, entre los desesperados, a la curiosa *Bromelia karatas*, la chihuila de los pillareños, o piñuelo de los carchenses, como lo anoto en la pág. 37. Mi última pregunta al respecto. Qué habrá de común entre los páramos de Llanganati y los del Carchi y de Colombia, para que los sangurimas o frailejones, las Puyas y otras plantas les sean vulgares, mientras las mismas plantas son exóticas en otros páramos del Ecuador? Es una investigación seductora que está por hacerse.

La Fauna.—La vida animal en Llanganati, como su vida vegetal, está reducida a la mínima expresión. De los mamíferos están representados sólo cuatro indi-

víduos: el puma, el venado, el oso y la danta. No hay lobos, ni mofetas, ni conejos, ni cervicabras como en los demás páramos. Comienzo a enumerar por el puma, porque allí se tiene la impresión de que, en apariencia, hay más pumas que venados sobre los cuales se alimenta, por el infinito número de sitios en los cuales este león ha atrapado y devorado a su víctima. En presencia de este destrozo, uno se alarma y cree que en menos de un año pueden quedar extinguidos los venados con semejante carnicería, pero, recapacitando que pumas y venados han existido allí por centenares o millares de años, nos quedamos perplejos, o nos acordamos de la ferocidad del hombre, el peor puma de sí mismo ... *HOMO HOMINI LUPUS*. Los osos sé que son muy grandes, mucho mayores que los ositos ecuatorianos de espejuelos, el verdadero *Ursus albi frons*. Las dantas o tapires, son frecuentes en Llanganati, pero entendiéndose sólo a título de transeuntes, pues, creo que este paquidermo es el prototipo de un animal nómada y migratorio. Su inestudiada vida, la considero en extremo interesante. La danta es el geógrafo y el ingeniero por excelencia, que nos puede explicar con sus simples trazos mudos, todo el problema geográfico de accesibilidad oriental que había explicado yo en las páginas anteriores. Los altos y desolados páramos de Llanganati no son el hábitat de las dantas, sino, a mi juicio, meros puentes de tránsito para pasar de una hoya hidrográfica oriental a otra. Opino que las dantas están constantemente viajando desde la hoya del río Napo a la del Pastaza, y viceversa, eludiendo a la Tercera Cordillera, a través y por encima de los Altos Llanganati, donde sus espléndidos trillos suben desde muy abajo de la selva, ascienden a ciertas ensilladas de fácil trasmonte, y descienden de nuevo con rumbo a otros grandes ríos orientales. El caso es, entonces, que no habiendo más que dos ensilladas de esa clase, la una estrechísima de un metro en su punto culminante, y la otra de cosa de cien metros, las dantas han construido por allí espléndidos "caminos de dantas", como si

fuesen «camino de ganado», al decir de nuestros peones. De modo que, a quien quisiera cazarlas, le bastaría situarse en uno de dichos pasos, y esperar impunemente. He visto lugares abajo en la selva donde las dantas han carcomido y despejado con sus dientes, la maraña de raíces y troncos que les impedía el paso para franquear sus trillos. Yo pienso que la poderosa e inofensiva danta debiera ser el emblema propio de la ingeniería de caminos. La danta es el ingeniero pionero que ha mostrado al hombre, desde la época aborígen hasta nuestros días, la senda por donde debía trazar sus caminos en la difícilísima topografía ecuatoriana, principalmente de trasmonte.

Llanganati debería ser, en apariencia, el paraíso de las aves acuáticas, a juzgar por sus centenares, incontables lagos; pero, es todo lo contrario. Después de estar en Tiupungo, en el páramo de pajonal, a la vista de un verdadero festival aéreo de bandadas de patos y de gaviotas que prometía una maravilla volátil más adelante, sufrí el chasco de los chascos. Sencillamente, había más lagunas que patos. La explicación es también sencilla: la flora y la fauna sub-acuática de los lagos de Llanganati es la más pobre que uno puede imaginar. Son fríos espejos sin totora, sin algas, sin insectos, sin larvas, sin crustáceos, sin lombrices, sin coleópteros, sin mosquitos, sin nada. Miento, tanto buscar en el fondo de esas aguas, hallé un ser viviente animal de tres milímetros de diámetro: era un molusco bivalvado del tipo de los litófagos, es decir, comedor de piedras. Qué más puede comer una criatura en las rocas de Llanganati? Litófagos los moluscos, litófagos los musgos y los líquenes! Es el punto de transición o de confusión entre la naturaleza orgánica y la naturaleza mineral.

En cuanto a los batracios, he visto un solo sapito bruno-oscuro, que los indios lo llamaron tulpi en su lenguaje. Reptiles, ninguno; pero sí unas gigantescas lombrices de tierra que me dieron gran susto, pensando que se tra-

taba de serpientes. Medían más de cincuenta centímetros de largo y eran tan gruesas como un dedo humano. He allí también, otra criatura litófaga.

De las demás aves, hay poquísimas. El magestuoso cóndor está ausente, y aun cuando mis compañeros me han asegurado que lo han visto, creo que se trata de incursionistas eventuales. Existe un bello halcón que se alarma mucho con los visitantes revoloteando bulliciosamente sobre ellos y aún tratando de atacarles con notable valentía. El tóbalo o chihuazo de los indios que hallé en una de las cúspides, fué un enigma para mí. Qué comía este pájaro? Después la zoología me avisó que era un Formicárido; por tanto, estaba explicada la cosa: comía hormigas, que sí las hay, y otros insectos. No habiendo flores, no hay colibríes.

El mundo de los insectos, no es del todo despreciable en Llanganati como en nuestros páramos de acá. No hay mariposas diurnas; pero sí abundan las nocturnas, lespcialmente en las zonas de los sangurimas, a los cuales les apolillan rápidamente. Mas, lo que sorprende con rueldad, son los diminutos mosquitos llamados vulgarmente arenillas, que pican en la implantación de cada pelo o vello. Nos enloquecían hasta más de 4.000 metros de altitud, cosa que jamás había sabido. A la misma altura abundan también de noche las luciérnagas (*Pyrophorus*), otro caso en extremo curioso. Hay muchas arañitas bastante venenosas.

La Climatología.—Hallándose los Llanganati a más de un grado geográfico al Sur de la Línea Equinoccial, y siendo sus altitudes medias de 3.700 metros en los alomados, su altitud mínima de 3.400 en las hondonadas, y su altitud máxima de 4.600 en la cúspide del Cerro Hermoso, el más alto de ellos, las temperaturas medias anuales aproximadamente vendrían a ser de 6° 5C. en el primer caso; de 9° C. en el segundo, y, de 3° C. en el tercero. Durante las madrugadas que estuvimos allí, la temperatura descendió casi siempre uno o varios

grados bajo cero, y en dos de ellas —que después supe que habían sido de intensas heladas en la región interandina— en nuestros campamentos sentimos temperaturas posiblemente de 10 grados C. bajo cero; pues aún los lagos grandes estaban sólidamente congelados hasta unos tres metros de sus orillas, al punto de resistir, en parte, la marcha de un hombre. Sin embargo, al medio día, como clima ecuatorial, la temperatura era tolerable y hasta agradable. Pero, las cifras anteriores acerca de las temperaturas medias, son puramente teóricas, fundándose en la escala general de Humboldt-Boussingault y en la de Wolf, así como en mis propias observaciones en los páramos interandinos. Es necesario tener muy en cuenta lo que digo ya antes en las páginas 56 y 60 de este libro, acerca de la presencia de las cuatro estaciones climatéricas, precisamente, en la zona de Llanganati. Entonces no es posible hablar de temperaturas medias anuales, según las normas de nuestra tan europeizada y mecanizada escuela meteorológica ecuatoriana, sino de temperaturas medias estacionales. En Llanganati habría, por tanto, que averiguar con escrupulosidad la oscilación térmica anual que, necesariamente, debe haberla, y correlacionarla con la que sí existe más palpable diré a la sensibilidad humana, animal y vegetal, en las zonas bajas de la Provincia del Tungurahua, en Ambato, por ejemplo. En Llanganati cae abundantísima nieve de verdadero invierno, durante los meses de Junio, Julio, Agosto y Setiembre; meses que tres pertenecen al invierno y uno a la primavera austral. En tales meses, cualquier viajero puede contemplar desde Ambato a la cordillera de Píllaro brillando con nieves bajísimas como en ninguna otra parte de los Andes; mientras que en los meses de Diciembre, Enero, Febrero y Marzo, (el verano y parte del otoño australes) la misma cordillera de Píllaro puede ser vista limpia y relativamente despejada como cualquier páramo ordinario del resto de los Andes. Nosotros estuvimos en Llanganati en estos meses, y, a pesar de nuestros sufrimientos por el frío, creo que mu-

cho mayores habrían sido en los otros meses citados, los meses del frío estacional, ya no únicamente altitudinal, si cabe decir así.

Pero, dejando a un lado lo térmico, en cuanto a la humedad, en Llanganati no hay estaciones de invierno ni de verano en el sentido que nosotros damos en la Línea Equinoccial a las temporadas de lluvias y de sequía. No hay sino un aguacero perpetuo que se atenúa o que cesa en cualquier momento de cualquier tiempo por unos pocos días. Tal es el esquema sintético de las estaciones allí. Es ilusorio creer que en tal o cual mes o meses del año hay un período seguro de sequía. La mejor prueba de ésto es que las dos únicas expediciones a los Llanganati, narradas por sus exploradores, la del geólogo Reiss en 1873, y la nuestra en 1933-34, fueron hechas ambas en el mes de Enero, recomendado como el mejor, y, mientras Reiss, se queja de que sus tres semanas de viaje fueron tres semanas de aguacero, nosotros sí disfrutamos siquiera en los cinco primeros días de entrada y durante las mañanas, de un cielo esplendoroso. Después el tiempo fué pésimo, y al final, regular. Lo que ocurre, por consiguiente, en verdad, es que siendo térmico el invierno en Llanganati, los aguaceros son independientes de la estación, pudiendo caer ellos aún más en el verano, como ocurre generalmente en la zona temperada. Por tanto, aguacero no es sinónimo de invierno en Llanganati.

La niebla en Llanganati es omnipresente como he dicho antes. Esto se explica con facilidad. Un fangoso caldero tropical de cosa de tres millones de kilómetros cuadrados, como el de la hoya amazónica que yace a sus pies, nos hace comprender sin ningún esfuerzo que debe estar evaporando incesantemente millones de toneladas de agua, al extremo de formar sobre sí otro enorme continente de nubes, pero continente que se mueve, que avanza, que acomete sin reposo, como una nebulosa cósmica que viene a chocar y deshacerse en los Andes para dar nacimiento al inmenso Amazonas. Pero, sobre

todo, las frías y elevadísimas moles de granito de Llanganati, tan avanzadas hacia el Este, son los condensadores óptimos que obligan a precipitarse en forma de torrentes de agua a todas esas dinámicas masas de nubes que marchan avasalladoras de E. S. E. a W. N. W., en brazos del viento alisio, como triturando los altos Andes, como nivelando todas sus cúspides. Esa es la razón de ser de la terrible niebla de Llanganati, elemento que gobierna el tiempo y el espacio en ese país de un perpetuo celaje de atardecer, y donde, con la niebla, el frío, la desolación, el silencio, la lluvia y el viento, embotan los sentidos del hombre. Por éso, la brújula y el reloj toman allí necesariamente el lugar de las facultades intelectuales para vivir con respecto al espacio y al tiempo. La aguja magnética y las manecillas del reloj, son, entonces, en medio de la niebla, los sentidos mecánicos de que dispone el individuo.

En la dirección constante del viento alisio, como he dicho, de E. S. E. a W. N. W., creo poder explicarme la ausencia absoluta de escorias y talvez de cenizas volcánicas entre el humus coloidal que barniza la superficie de Llanganati; pues, hallándose situadas estas grandes masas de montañas en el espacio occidental comprendido entre los volcanes Sumaco y Sangay, de otro modo, necesariamente dichos volcanes habrían ensuciado el suelo de Llanganati. En cambio, pienso que las cenizas y escorias del Sumaco, cuando éste estuvo activo, deben haber caído siempre por los páramos del Norte del Antisana hasta el valle de Tumbaco, El Quinche y Esmeraldas, así como hoy caen siempre las del Sangay al Sur de Riobamba y con rumbo hacia Guayas y Manabí.

Una sospecha de extremo interés climatológico creo tener más afirmada ahora, con el espectáculo meteorológico oriental que observé desde Llanganati. Casi podría aseverar que del Oriente vienen hacia los Andes dos tipos de corrientes atmosféricas: una, que la llamaré Corriente Ecuatorial de Antisana, de carácter tempestuoso, rastrera, que se encañona por la hoya del Napo y

se descarga estrepitosamente entre los Chillos y Quito; y otra, que la llamaré Corriente Temperada Austral, de masa muy alta, pero que insufla, diré, hálitos temperados por la hoya del Pastaza hacia la región interandina, viniendo oblicuamente desde la zona Temperada Meridional y de la Zona Antártica. Quizá algún día ésto sea mejor investigado, sobre todo, cuando las observaciones meteorológicas antárticas se den la mano con las ecuatoriales, como debería hacerse.

Finalmente, creo que Llanganati tendrá que ser siempre evitado por la aviación, dada la formidable concentración de nubes altísimas que allí tiene lugar, la disposición laberíntica de sus agresivos picos, la falta de planos horizontales, la profundidad casi general de sus lagos y la ausencia absoluta de tierra suelta y aún embancada para rellenos y terrazas.

La Orografía e Hidrografía.—Lo que he dicho en el Capítulo V, y a través de la relación del viaje, creo que explican suficientemente la disposición orográfica de esas montañas. Mas, acerca del relieve mismo de Llanganati, es mi convicción plena y firme de que no es obra de la erosión, agente que no existe en absoluto en las montañas de Llanganati, pese a la incomprensible e inadmisible afirmación hecha por el geólogo alemán Dr. W. Reiss en su Carta (1) al Presidente García Moreno en 1873, cuando dice: "Tan antigua y ya tan destruida por la erosión es esta cordillera (la de los Llanganati), que no se encuentran sino unas cuchillas estrechísimas entre los diferentes hondones que, llenados con lagunas y ciénegos, forman las cabeceras de los ríos". Respeto el alto valer del geólogo Dr. Reiss, pero, me permito creer que, en este punto, cometió uno de los errores más fundamentales en que puede incurrir un hombre de ciencia, más que por insuficiente observación, por superficial in-

(1) W. Reiss, *op. cit.* págs. 10 y 11.

terpretación. Porque, hablar de erosión y de terrenos "ya tan destruidos por la erosión" en Llanganati, sería negar sus caracteres más típicos, sería ver en los Llanganati un simple ramal de los volcánicos Andes, y contradecirse teóricamente en lo que, a renglón seguido se está afirmando prácticamente, de que los ríos de Llanganati "están formados en sus cabeceras por lagunas y ciénegos que ocupan los hondones."

Nada impresiona más, en verdad, al atento observador en Llanganati, que la inexistencia de quebradas y de otros trabajos de desgaste por las aguas, como los vemos por doquiera acá en estos otros Andes, a un punto de familiaridad tal, que ni reparamos en ellos. Salvo el vasto quebradón del caudaloso río Desaguadero de Yana-cocha que, por el Norte separa a Llanganati de Mulatos, a continuación oriental diré del interandino río Guapante, y salvo la profundísima quebrada del Pastaza que separa a Llanganati por el Sur de los abruptos cerros de Baños, y, también, salvo el encañonado orográfico natural y nó quebrada de desgaste del Desaguadero de Auca-cocha entre los Llanganati septentrionales y los meridionales, prácticamente no hay aguas corrientes en Llanganati, que puedan recibir el nombre de ríos o de arroyos, sino en el momento mismo de vaciarse las aguas de las lagunas de una a otra, o de la última a cualquiera de estas tres arterias madres, antes mencionadas. Los encañonados, hondonados, vericuetos, quiebras, alomados, etc, que hay en Llanganati, son, a mi entender, obras originales de la propia orogenia de dichas montañas, las cuales nacieron así, y así persisten, pero, en forma de apelonamientos, contorsiones, depresiones, eflorescencias y mas requiebros del magma primitivo de la corteza terrestre. He explicado antes, pág. 105, que el drenaje de las aguas lluvias en Llanganati no se opera en forma de ríos, sino en forma de una como trasudación o escurrimiento total de los aguas que lava íntegramente las montañas improvisando chorreras, cascadas y avenidas de agua por todas partes, debido a la impermeabilidad del

subsuelo de solidísimo y compacto granito, pero caídas y corrientes de agua que desaparecen como por encanto después de la lluvia. Por tanto, en Llanganati tampoco hay vertientes, fenómeno resultante de las infiltraciones y de las tablas de agua, cosa que no las hay ni puede haberlas jamás en esas montañas. En los Andes volcánicos las vertientes son subterráneas, y por ello son constantes y regulares los volúmenes fluviales; mientras que en Llanganati no hay más vertiente que el musgo superficial que produce corrientes inconstantes e irregulares de agua casi directamente pluviales. El crecimiento y decrecimiento violentísimos del río Topo, verbi gracia, cuenta mejor toda esta historia de la impermeabilidad característica de los Llanganati. Y, esta impermeabilidad, incapaz de generar ríos, sea porque anula la recolección y encauce de las aguas, sea porque elimina las infiltraciones que originan vertientes, excluye la existencia de corrientes de potencia hidráulica que erosionen las rocas, y, no habiendo erosión, no hay arena, como no la hay en Llanganati. Quien quisiese recolectar allí un quintal de arena, perdería el tiempo.

El número de lagos en Llanganati es tal, que entre todos, grandes y chicos, bien pueden alcanzar el número de trescientos. El más grande de todos es Yanacocha, luego, en orden de tamaño y situación, los principales, Pisayambo, Auca-cocha, Patojapina, Los Anteojos, Pucará, Rendón, tres en Las Torres, dos en la cresta de Gallo, La Laguna Fatídica, y otros innominados. Además, en los altos Llanganati hay un sinnúmero, pero en la región de los sangurimas, son aún más incontables. Por ello he dicho que Llanganati es más bien un archipiélago que una cordillera, dando la apariencia de un país escandinavo o del Sur de Chile, lleno de fjords. ¿A qué obedece esta concentración tan curiosa y tan enorme de lagos desde los páramos de Pillaro hasta los últimos confines de Llanganati? La explicación es sencilla, a mi juicio. Simplemente a lo que vengo sosteniendo en las líneas anteriores. A la absoluta

impermeabilidad e indeseabilidad de la estructura subyacente, de sólido granito, y al caprichoso relieve con que vinieron a la vida originalmente esas montañas. En un relieve caótico de altos y bajos inverosímiles, en un mare-magnun monolítico de rocas no amontonadas sueltas de arriba para abajo, como acá en nuestros Andes, sino brotadas unidas de abajo para arriba, es de suponerse que, en sus primeros días deben haber presentado miles de antros profundos sin salida, donde, depositándose las aguas lluvias, tenían que constituir otras miles de pozas que, al fin rebosaban dejando escapar el excedente de agua. Vinieron entonces, como polvo cósmico, los gérmenes de los líquenes y del masgo a posarse atómicamente en toda la superficie de la roca no sumergida bajo el agua de las pozas, y, con la eterna muerte y resurrección de esas plantas, fueron formando en millares de años la película de humus coloidal de que he hablado, la cual, gracias al incesante lavado y escurrimiento pluvial de dichas montañas fue depositando lentísimamente un limo impalpable en cada una de las pozas, hasta cegarlas con el transcurso de los siglos a las más pequeñas, convirtiéndolas en ciénegas, pero en ciénegas cuasi de gelatina como lo son ahora en realidad. Este proceso, por cierto, se continúa día por día, año por año, siglo por siglo, cegando a las pozas. Cada cenagal de esos, es así, en mi opinión, el cadáver de una poza. Y, llamo pozas a los acumulos de agua de Llanganati, porque, en realidad, tienen ese carácter, antes que propiamente de lagunas. Por ello, las más son insondables en alguna parte de sus orillas cortadas a pico, mientras que en otra parte, en los sitios de mayor invasión del limo, son inaproximables por la imponderable fluidez del suelo. A eso se debe también, que en Llanganati, (donde tampoco hay ríos para mitigar la sed) se agoniza igualmente de sed muchísimas veces, a la vista de una laguna, y con agua lluvia desde la cabeza hasta los pies. Por fin, en esto se verá asimismo, la razón de la no existencia de totora en los lagos de

Llanganati, planta que busca las aguas superficialmente estancadas, pero que huye de las pozas insondables empozadas entre rocas.

En resumen, bajo el punto de vista hidrográfico, mi impresión es la de que Llanganati son las glándulas del Amazonas, por la curiosa función de sus musgos y de sus lagos sobre el sólido granito, así como los infinitos ríos y riachuelos de los Andes volcánicos son el sistema arterial y vascular del gran río

La formación Geológica — Al tratar de la Flora de Llanganati he dicho que, viajando de Oeste a Este en tales montañas es imposible dejar de advertir la presencia sucesiva de tres distintos páramos, cada uno con su vegetación propia y exclusiva, notablemente bien deslindadas entre sí. Este curioso fenómeno que, para el viajero profano o para el explorador desatento, no pasaría de ser calificado de caprichosos manchones del páramo, debo confesar sin presunción que a mí sí me intrigó intensamente, obligándome a meditar, observar y estudiar muchos días y noches de travesía en busca de las posibles causas para semejante fenómeno, nunca referido y que veía por vez primera en los páramos ecuatorianos. Al fin, con el viaje redondo, repasando así mis observaciones, creo haber hallado la sencilla explicación de todo ello, en el hecho de que es la constitución geológica del terreno, más que las condiciones climáticas, la que rige la ordenación de la flora en Llanganati, a lo menos en sus dos primeros páramos, mientras en el tercero rige más preponderantemente el factor climatológico que el geológico en dicha ordenación. De tal modo que, con precisión sorprendente, los linderos fitogeográficos de los páramos de Llanganati que he señalado en la pág. 115, son, a la vez, los linderos de la geología o de la climatología local. Así, por ejemplo, donde quiera que hay páramo de pajonal (desde encima de Pillaro hasta Anchilibí), el terreno es volcánico; donde quiera que aparece el páramo de juca (desde Anchilibí hasta la Catedral Gótica), es formación geológica pri.

mítiva, pero bajo un régimen climatológico todavía bastante análogo al de los páramos de pajonal; y, donde quiera que hay páramo de espadañal con sangurima (desde la Catedral Gótica hasta cerca del río Boschetti), la formación geológica también es primitiva, pero con un régimen crudísimo de las más pesadas nieblas y de tremendos vientos ascendentes. Cada una de estas plantas típicas de páramo, escoge, empero, aún dentro del clima genérico de páramo, el suelo y la meteorología que más le conviene. El pajonal es el parásito indefectible del alto suelo volcánico, así sea cangahua o andesita, pero huye de la desnudez granítica; a su vez, el jucal perece en el suelo volcánico por mullido que sea, pero halla asiento entre las sólidas masas de granito, de gneiss y de cuarzo, como huésped arrogante de las glutinosas turberas de musgos; lo mismo la espadaña, y lo mismo el sangurima. Ante estos hechos, insisto ahora en preguntar, ¿qué semejanza geológica subyacente y climatológica existirá entre los más lejanos Llanganati y los páramos carchenses de El Angel, para que ellos, y sólo ellos, tan distantes entre sí, sean la posada favorita de los sangurimas en el Ecuador?

Ahora bien, examinando comparativamente las muestras de rocas que hemos traído de estos Llanganati, (desde la alta suelda con lo volcánico en Anchilibí, hasta la profunda suelda con el conglomerado aluvial de la Tercera Cordilera) con las hermosas colecciones petrográficas alemanas de estudio que posee el Colegio "Mejía" de Quito, hemos hallado que íntegramente corresponden a la Era Agnostozoica o Primitiva y todas ellas, menos una, al Período Arcaico, y, la restante, al Cámbrico; estando así representadas por gneiss, cuarzo, granulita, diorita, micacita, pizarras cloríticas, rocas graníticas en general y aún grafiticas, sobre todo allá, en las bases de Llanganati, donde corre el río Boschetti.

Después de pasados esta serie de páramos que, por su vegetación son tres, pero por el origen y constitución

de sus masas son sólo dos distintas regiones geológicas, llegamos, por fin, a una tercera zona geológica, la de la Tercera Cordillera o Sacha-Llanganati, formidablemente revestida de bosque, no tanto por su moderada altitud, sino gracias a su estructura geológica de conglomerado aluvial que permite echar raíces ampliamente a la flora arbórea en un suelo y subsuelo permeables y disgregables. Entonces, este elevado y antiquísimo conglomerado aluvial, ocupa toda la zona comprendida entre el río Boschetti y el río Ansupí, seguramente para continuar esta misma formación en toda el sistema oriental de descendentes cordilleras selváticas donde nacen y corren los ríos Arajuno, Curaray y Bobonaza y todos sus afluentes, región sobre la cual nunca hemos tenido ideas claras en lo geográfico, y ninguna idea en lo geológico (1).

En consecuencia de estas últimas aseveraciones que acabo de hacer, debo, pues, ahora decir que la denomi-

(1) "Una dificultad para el cartógrafo objetivo constituyen los límites de las Repúblicas Perú y Ecuador, entre el Pacífico y el Putumayo. El Peruano traza límites que corresponden a los postulados de su país, y lo mismo hace el Ecuatoriano. Pero la diferencia entre estos dos conceptos es verdaderamente enorme. Naturalmente, ambas líneas tienen importancia tan solo para los políticos.— De Canelos y Mera van trochas hasta la región del río Napo superior. Por los informes de los Geólogos Americanos, sabíamos ya en Iquitos que la población de Napo queda ubicada más o menos 100 kilómetros al suroeste del punto que marcan los mapas. Las mismas observaciones hicieron los Padres Josefinos, que tenían allá sus Misiones. El Padre Josefino E. Gianotti ha dibujado un mapa de la región del cual podían utilizar una fotografía. Tenemos por fin ahora después de casi 400 años, un concepto algo correcto de la región que ha sido el teatro de la terrible expedición de penurias de Gonzalo Pizarro y sus compañeros, y a la vez, el punto de partida del memorable viaje de Francisco de Orellana".—Dr. Eduardo Pape.— «Progresos en la Exploración del Noroeste del Perú», (Boletín de la Sociedad Geográfica de Berlín, 1930, Nº 1 y 2, reproducido en el Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima, Diciembre de 1931).

nación que he dado de «Tercera Cordillera» a esa tercera agrupación orográfica de nuestros Andes, es fundándose principalmente en su formación geológica distinta de los propios Andes y de los propios Llanganati, más que en su misma disposición geográfica, al final de los dos sistemas de montañas anteriores. Por lo tanto, no son estribaciones de la Cordillera oriental de los Andes, como han venido considerando desde hace siglos nuestros geógrafos y nuestros orientalistas a ese complicado sistema de espaldas, alomados y colinas que se tienden y dispersan en el «Oriente», sino en realidad, las ramificaciones y sub-ramificaciones de la Tercera Cordillera de los Andes Ecuatorianos, que constituye un sistema propio y absolutamente diferenciado de las otras dos, gemelas entre sí, y que no son más que una sola, y la misma, dividida apenas orográficamente por el callejón interandino.

En esto está resumido todo el incomprendido enigma de la riqueza aurífera de los ríos del Oriente Ecuatoriano y hasta la ininteligible y falseada Geografía, Historia y Pre-Historia del Ecuador, y, aún todo el misterio del Derrotero de Valverde, despreciado como leyenda ridícula por sabios de tres siglos, pero que, bajo el nombre de Tesoros de Atahualpa, fue el único motivo para que hace 400 años Quito fuese fundada y para que el Amazonas fuese descubierto.

Mas, en cuanto a la conformación orogénica propiamente dicha de Llanganati que presenta relieves y formas tan inverosímiles y sorprendentes para nuestros ojos por demás acostumbrados a los familiares perfiles de los Andes, se me permitirá exponer sinceramente las ideas, talvez originales, que se me han ocurrido al respecto. Cuando, como digo en la pág. 32 de este libro, situado en El Pongo, creí poder ver en la lejanía algo de los escombros y amontonamientos de cerros descuartizados por fractura de la corteza terrestre, como nos lo cuenta el drama la Geología clásica, mi desencanto fue acentuándose hasta llegar a la incredulidad absoluta de tal hipó-

tesis, al penetrar ya en el corazón de Llanganati. Y, allí, yo mismo pensé que debía enmendar estas siguientes palabras más fundadas en los conocimientos universales de la ciencia: (1) «Es un hecho cierto, innegable, que estas altas montañas de los Andes, que cortan de Polo a Polo al Hemisferio occidental, son la cicatriz o escara de una gran rotura de la corteza terrestre, y que sobre los horrendos escombros de esa herida planetaria aparecieron antros volcánicos».

En Llanganati, precisamente lo que no hay es escombros. Es un mundo sólido exactamente reverse del que vemos en los otros Andes, descritos con magistralidad por James Orton en estas cuatro palabras: «Rara vez se ve rocas sólidas en los Andes; todo está cuarteado, calcinado o triturado» (2). En verdad, acá en la Sierra estamos acostumbrados a ver este espectáculo de rocas cuarteadas y trituradas, de picachos en ruinas, destruyéndose; de un mundo en constante desgaste y desmoronamiento hasta la pulverización; y, no podemos concebir en nuestras mentes la existencia de montañas donde nada está cuarteado, calcinado, ni triturado, ni desgastado, en una palabra, donde nada hay caído, nada rodado, ni siquiera el agua, porque hay fjórds en lugar de quebradas! Los cerros y picos de los Andes volcánicos son formados de arriba para abajo; los de Llanganati son de abajo para arriba. En los primeros todo está derruido; en estos últimos todo está construido. Whymper, impresionado por el lejano vistazo que logró obtener de los Llanganati desde la cumbre de El Corazón (3), creyó que eran los únicos Andes de apariencia

(1) «El Ecuador Minero, el Ecuador Manufacturero, el Ecuador Cacaotero», por Luciano Andrade Marín.—Quito, 1932.

(2) «The Andes and the Amazons», pág. 122.

(3) «Por unos pocos segundos hubo una abertura en la niebla, que me dió una soberbia vista del Cotopaxi, blanqueado con nieve reciente, levantándose sobre los negros morros del Rumiñahui, y detrás de él las montañas que se dilatan al Este de la hoya

talvez alpina; pero, por mis palabras anteriores, se podrá adivinar que no son alpinos ni andinos, sino exclusivamente Llanganati: un modelo nuevo en la escultura de las montañas.

¿Cómo fue esta escultura de los Llanganati? Pero, no hablaré de escultura en este caso. Los Andes sí, se levantaron primero amontonados a la rústica, para ser después tallados y esculpidos; mas los Llanganati, desde el primer día brotaron ya fundidos del seno del planeta. Entonces, trataré, pues, más bien, de cómo imagino yo la fundición original de los Llanganati, aun cuando en ésto, reconociendo mi pequeñez y mi insuficiencia, sustente acaso hipótesis diametralmente opuestas a las del ilustre Boussingault, uno de los más geniales y admirables investigadores de los Andes, y quien dice lo siguiente: (1) «la mayor parte de los terremotos tienen su origen en los derrumbamientos subterráneos de las montañas, es decir, en el hundimiento interior de la Cordillera de los Andes, el cual es consecuencia natural de su levantamiento, que según yo lo concibo no se efectuó estando fundidas o semiderretidas las materias que lo

de Ambato, Este fue el único vistazo que tuve de las montañas de Llanganati, y de esta casual ojeada, yo pienso que un explorador en esa región hallaría bastante ocupación, porque las montañas son estrechas y muy pendientes, y la región parece complicada. Había mucha nieve sobre sus más altos picos.... Debe tenerse entendido que en el corazón de los Andes Ecuatorianos no hay tales cadenas de montañas abruptas como para considerarlas alpinas. La única excepción a este respecto, puede quizá encontrarse en las montañas de Llanganati..... La importancia de las montañas de Llanganati no puede ser comprendida ni percibida por ningún viajero que pasa por el camino a Quito. Las porciones exteriores de esa zona, que es lo único que se ve, no dan ni indicios de lo abruptas y complicadas que son las cordilleras de más atrás. La completa exploración de este distrito solamente, proporcionaría a un viajero buena ocupación durante algunos años".— "Travels amongst the Great Andes of the Equator", págs. 97, 106 y 110.

(1) "Memoria sobre los terremotos de los Andes".—Viajes científicos a los Andes Ecuatoriales, pág. 56.

constituyen, pues por el contrario, todo hace creer que este levantamiento no sucedió sino cuando las rocas estaban sólidas; porque, la masa traquítica que forma cerca del Ecuador la base de las cordilleras, se compone de enormes fragmentos angulares amontonados confusamente. En algunas partes, como en el Tungurahua, esta roca partió y levantó los lechos de eschisto arcilloso al salir a la superficie de la tierra en un estado fragmentario impelido por las fuerzas subterráneas; en estas otras, obró del mismo modo quebrantando al mica-eschisto cuarzoso, como en el Antisana, pero en ninguna se halla la roca eruptiva derramada sobre la roca superficial como había sucedido y actualmente sucede cuando aquella ha salido en un estado blando».

Estas opiniones de Boussingault invocan así la idea de que la formación de los Andes es debido a una fractura en frío, y, por tanto, en sólido -talvez por contracción de volúmen- de la corteza terrestre en que los materiales se apilaban en montones de escombros irregulares empujados de abajo para arriba por presiones laterales. Pero, si esta hipótesis pudiera quizá ser aplicable a los Andes mismos, como cadenas de focos y cataclismos volcánicos, en cambio, ante la estructura sorprendente de Llanganati, me atrevo a creer que es inaplicable. El cuadro de la orogenia de Llanganati se me presentó, a mi modesto entender, de otro modo, que, sólo futuras y concienzudas investigaciones podrán definirla concluyentemente.

A la vista de un mundo tan caótico, y, a la vez tan geometrizado en sus formas particulares como Llanganati, donde los picos y picachos verticales, oblicuos u horizontales, y donde las murallas y farallones rectos o inclinados, no son masas de rocas simplemente amorfas, sino que tienen formas más o menos definidas, y formas que se repiten muchísimas veces siguiendo un modelo casi idéntico y como obedeciendo a una ley de cristalografía, he pensado que éso más bien es obra directa del magma de la primitiva corteza terrestre en sus últimos

momentos de ebullición. Me imagino que inmensas majeadas de granito en estado de semifusión ígnea se movían levantándose como burbujas en la superficie incipiente de la corteza terrestre, allá, en los primeros días de la formación del globo, y que el proceso de solidificación no ocurría, entonces, en forma homogénea de toda la masa granítica sino produciéndose, dentro de dichas masas, petrificaciones parciales, aisladas, de inmensos prismas o grupos de prismas, o de descomunales murallas laminares, que fraguaban precozmente, en realidad cristalizándose en cristales ciclópeos de formas ya cilíndricas, ya piramidales, ya laminares, mientras el resto de la burbuja, todavía semifluída se fué hundiendo y asentando irregular y plásticamente a diversas profundidades, dejando en pié, cual coronas, innumerables agujas prismáticas con que han quedado para siempre adornadas esas montañas, simulando a lo lejos un laberinto de cráteres en ruinas, como que pertenecieran a este otro mundo andino. Mas, visitadas de cerca, en Llanganati no sólo se contempla el hecho de que los cristales microscópicamente forman a las rocas de granito, sino, a la vez, que las rocas forman cristales magnoscópicos solidísimamente implantados en toda suerte de combas y jorobas petrificadas de sorpresa durante la ebullición, millones de años há.

Sólo así, por este proceso de cristalizaciones parciales y previas de la materia dentro del magma todavía plástico, me explico que tales agujas o picos y murallas, no presenten en sus superficies laterales, verticales u oblicuas, ningún vestigio de fricción por hundimientos laterales, o de estiramiento por levantamientos, así como la ausencia absoluta en sus bases, de materiales quebrantados, triturados o pulverizados por causa de fricciones. Porque, si dichas agujas o cristales se solidificaron ya individualmente dentro de la masa misma semi-fluída, ésta, al asentarse en tal estado de plasticidad, no podía causar deterioro alguno, ni dejar otra huella profunda en las paredes denudadas de aquellas rocas, como se

puede ver tan claramente en los millares de asentamientos que exhiben por todas partes los Andes volcánicos de acá.

Otro hecho curiosísimo que también da buen indicio en favor de esta sospecha, y la de que todavía hoy las masas orográficas de Llanganati se muestren como que ayer hubiesen acabado de salir aún lustrosas y bastas del gran taller de fundición orogénica, es la visible conformación geológica del pico más alto o Cíncel del Cerro Hermoso, cuya atrevida pirámide obedece, en mi opinión a estas colosales formas cristalinas, mientras su base, que cuelga al Noreste, exhibe una verdadera contorsión o torcedura como de melcocha de la masa granítica. Tal cosa, pienso que no puede explicarse de otro modo, sino admitiendo que el vértice o extremo superior de El Cíncel se solidificó por sí solo primero, en tanto que su base quedaba aún plástica al punto de empezar a descolgarse perezosamente por falta de soporte lateral e inferior, hasta el momento en que, así amorfa se solidificó también.

Por tanto, me atrevo a conjeturar que, si en opinión de Boussingault, los Andes fueron formados por un levantamiento o fractura en frío y en sólido de la corteza terrestre los Llanganati, en cambio, parecen haber sido formados más bien por un levantamiento eruptivo de la corteza terrestre, cuando ésta estuvo todavía en estado ígneo y fluido. Entonces me aventuraré también a una pregunta: "¿No será debido el origen de la gran cadena de los Andes, antes que a una ruptura longitudinal de la corteza terrestre, a la presencia inicial de una faja eruptiva del primitivo magma de la litosfera, a la aparición de una sinuosa línea original de ebulliciones ígneas que empezó como tal desde los primeros días del globo, y que se ha perpetuado a través de las edades como focos más o menos circunscritos de un volcanismo sujeto a etapas de erupciones y de emisiones correlativas al estado de transformación lenta, pero constante y fatal de la materia que integra nuestro planeta?"

El supuesto volcanismo de los Llanganati.—Después de todo cuanto dejo dicho sobre la geología de Llanganati, no me resisto ahora a la tentación de reproducir aquí unas pocas líneas de la Geografía del Ecuador por el Dr. Manuel Villavicencio, concernientes a las montañas de Llanganati, pintándolas como un país donde dizque el sinnúmero de sus volcanes harían una lista cansada. Con ésto, sólo deseo dar una muestra de cuán erróneas y fantásticas ideas se nos ha venido transmitiendo sobre esas montañas en nuestros tratados de geografía. El Dr. Villavicencio, aunque por otro lado, el más competente en el conocimiento de la orografía ecuatoriana, dice, sin embargo, lo que sigue, a continuación de su capítulo sobre el «Llanganate o Cerro Hermoso», que también reproduzco en las págs. 53 y 54 del presente libro: «Siete Bocas.—Esta montaña está situada en la cordillera oriental, rodeada de una serie de volcanes que le acompañan: tiene una figura muy caprichosa, pues está formado de siete puntas casi reunidas, y cada una de ellas contiene un cráter por donde salen penachos de humo. Sus erupciones son inofensivas, porque se halla en las soledades y casi al centro de la anchísima cordillera de Píllaro. Está situado como a 16 millas al N. N. E. del Llanganate. Son muchos los volcanes que en un pequeño espacio de terreno se hallan rodeando al Siete Bocas; entre los cuales, los más notables son. el Zuncho, Topo, Jorobado, Mulatos y Margajitas, sin contar con otros menores, cuyos nombres harían una lista cansada, y que varían al capricho de los prácticos que transitan esta cordillera. Estos desiertos son muy poco conocidos, pues el único sabio que los ha visitado y que levantó su carta topográfica, señalando en el plano más de 30 bocaminas de plata fue el célebre y desgraciado botánico Don Atanasio Guzmán, que sólo tomó la altura del Llanganate”.

A mi juicio, por este y otros datos, los «prácticos» antiguos a que se refiere Villavicencio, nunca se atrevieron a trepar los picos de Llanganati, contentándose con

mirarlos asombrados desde muy abajo, mientras trillaban y rastreaban el Derrotero de Valverde solamente en las hondas bases septentrionales. Y, aún el propio Atanasio Guzmán, estoy seguro, por las inconcebibles inexactitudes de su mapa, que en su vida no visitó Llanganati propio, sino que los dibujó viéndolos confusamente unas veces desde Mulatos, al Norte, y otras desde Jaramillo, al Sur, regiones que, en cambio, sí parece haberlas conocido con extraordinario detalle.

Los terremotos de Llanganati. — Entre las cosas ea extremo curiosas de Llanganati, es preciso anotar que es una zona del territorio ecuatoriano donde los temblores de tierra y los ruidos subterráneos son frequentísimos, casi diría que cotidianos; pero, con la particularidad de que estos fenómenos no son sentidos en la región interandina, ni siquiera en Pillaro, sino rara vez. De modo que son estremecimientos y choques bien localizados, no obstante su terrible intensidad en muchos casos. Mis veteranos compañeros, y los peones que nos servían me advirtieron que tendríamos que sentirlos indefectiblemente en nuestra larga exploración. Con todo, yo no sentí sino uno trepidatorio a mi regreso, en Anchilibí, cuando mis compañeros estaban a más de 13 leguas de distancia de mi campamento. Lo curioso es que ellos no lo habían sentido en el suyo, a pesar de la violencia de la conmoción. Debido a estos traidores y peligrosos movimientos de tierra, procurábamos acampar a prudencial distancia de las torres y más pináculos de granito, y debo decir que eran una pesadilla de que ocurriesen durante nuestros escalamientos y travesías de araña. A pesar de todo, es insignificante el destrozo que causan estos terremotos. Sólo dos picachos sobresalientes en laderas encontré despedazados, como inmensos árboles caídos, sin duda por los estremecimientos terrestres. Qué sólidas serán esas piezas de granito!

Pero, cualquiera me dirá que ésto es una demostración de volcanismo. En respuesta, me anticiparía a enun-

ciar la autorizada opinión de James Orton (1) : «Los terremotos parecen ser independientes de la geología de un país, aunque la proporción de la ondulación se modifica con la estructura mineral». Yo pienso más bien que estos fenómenos son debidos a la cercanía de Llanganati al Sangay. Especialmente sobre la intensidad y la frecuencia de las explosiones volcánicas del Sangay, el mismo Orton nos da una información de suma importancia (2).

Puede también ser Llanganati uno de los puntos más sensitivos de la corteza terrestre para las vibraciones volcánicas y tectónicas, puesto que los indios me han asegurado que es indefectible sentir los más fuertes temblores de tierra "para la fiesta de San Antonio", como dicen (el 13 de Junio), o sea, cuando va a tener lugar el solsticio de invierno para el Hemisferio Sur, el 22 de Junio, época de los temblores que llamaré siderales.

La Mineralogía.—El lector creerá que el capítulo sobre la Mineralogía de Llanganati va a ser el más extenso de este libro, en la suposición que todos hemos tenido antes de que el Llanganati de la leyenda era un país donde las minas de oro destellaban a cada paso. Pero, va a sufrir un desengaño. Este será quizá el capítulo más corto, aunque talvez el de mayores consecuencias futuras de la presente publicación. Voy aquí a disipar las ideas corrientes sobre la pretendida opulencia y abundancia de las minas de ese Llanganati, y, en cambio, voy a demostrar una realidad incuestionable no sospechada anteriormente acerca de las áureas reservas naturales, de sus regiones inmediatas. Quien haya leído

(1) Op. cit., pág. 162.

(2) «Las cenizas del Sangay están casi siempre cayendo sobre la ciudad de Guayaquil, a 100 millas de distancia, y sus explosiones generalmente ocurren cada hora o dos, y algunas veces son oídas en aquella ciudad. Wisse, en 1849, contó 267 explosiones del Sangay en una hora.»—Op. cit., pág. 151.

con atención y meditación cuanto he venido exponiendo en todas y en cada una de las páginas precedentes, ya podrá adivinar lo que puedo decir al respecto.

En primer lugar, y hasta que alguien no me demuestre lo contrario, niego categóricamente que Llanganati propio sea el manantial del oro que baja al Oriente a constituir y enriquecer los lavaderos o placeres. Entendiéndose que yo considero como Llanganati propio, todo el sistema de montañas de formación clásicamente primitiva comprendido así: al Norte por una línea que comience en la laguna de Los Anteosojos, continúe a Yanacocha, siga a todo lo largo por el río Desaguadero de Yanacocha, y termine en la confluencia de este río con el río Boschetti; al Oriente, por una línea que se inicie en este último punto, siga aguas arriba al río Boschetti, prosiga por el pie occidental de la Tercera Cordillera y termine en la confluencia del río Topo con el Pastaza; al Sur, desde esta confluencia, hasta Baños; y, al Occidente, por una línea que desde Baños suba por los páramos de Jaramillo y continúe por la cresta de Anchilibí hasta cerrarse de nuevo en la laguna de Los Anteosojos. Se sobreentiende que el oro que pudiera descender por el Topo, no baja al Oriente.

En segundo lugar, Llanganati propio no me parece el campo ideal para la prospección minera ni para la explotación de minas de filón, por las siguientes razones principales: 1a.—porque con suma dificultad se encuentran rocas al descubierto en lugares que no sean muy altas cumbres, por estar casi el 100 por ciento de la superficie efectivamente ocultada bajo musgo, lagunas o tembladeras; 2a.—por la inexistencia de derrumbes y de erosión; 3a.—por la inexistencia de ríos, excepto aquellos que he señalado en la pág. 136; 4a.—por la estructura imponderablemente sólida de esas montañas; 5a.—por su disposición abrupta hasta lo inconcebible que excluye toda accesibilidad que no sea la explorativa a pie, inclusive la ruta bastante baja y casi externa del Derrotero de Valverde que corre por el lindero Norte de Llanganati.

nati. Nuestra propia Expedición tuvo mucha dificultad en procurarse ejemplares de rocas, por no haberlas sueltas sino muy raramente en esos lugares. La mayor parte de la colección que con mil fatigas nos fue posible traer al mundo desde esos despeñaderos, fue recogida principalmente buscándolas en las más altas cumbres, entre los desastillados producidos por los rayos. De modo que nuestros muestrarios por estas obvias razones, son mayormente petrográficos que mineralógicos.

Empero, puedo decir que en Llanganati propio abundan las vetas de cuarzo, probablemente auríferas. Hay muchísima mica, numerosas trazas de cobre, y, más que todo, formidables yacimientos de pirita de hierro por todas partes, especialmente en las bases orientales de Llanganati, donde mis compañeros hallaron inmensos bancos de grafito, debajo del granito, deslumbradoramente incrustados con pirita: un hecho que puede revolucionar las concepciones actuales de la Geología clásica, que supone a los carbones necesariamante de origen orgánico y nada más que orgánico. También sabemos que ciertos norte-americanos hallaron el valioso y raro mineral vanadio, usado ahora para la preparación de los aceros superfinos; pero, que desistieron de su interés por aquel, en vista de la tremenda fragosidad del país.

La conclusión sumaria, entonces, sobre esta importantísima cuestión de la riqueza mineralógica de Llanganati que ha tantalizado por siglos al Ecuador, manteniendo en perplejidad a generaciones enteras, se reduce, en mi modesta opinión, a lo siguiente:

10.—Admitiendo que hubiese oro en los veneros naturales de Llanganati propio, todo ese metal, sin discusión alguna, es un oro doblemente invisible, tanto por ser intrínsecamente de filón, cuanto porque los filones y toda la superficie investigable de ese país están ocultos por la cubierta de musgo. Luego, un oro que nadie ha visto y que no se lo puede ver, no existe. En consecuencia, Llanganati propio, ese

Llanganati espantoso y hostil que ha sido la meca de innumerables expediciones frustradas durante quizá 300 años en busca del Derrotero de Valverde, es un país tan impracticable e inútil para la prospección de minas de oro de filón, como lo es al mismo tiempo, de localidad ideal para el ocultamiento a perpetuidad de una cosa que se quiera esconderla del mundo entero. Este Llanganati puede seguir siendo el teatro de búsqueda del Derrotero de Valverde por su oro legendario.

- 2o.— En cambio, el Sacha-Llanganati, que, por razones geológicas, he bautizado con el nombre castellano de «Tercera Cordillera de los Andes», y que, también podría denominarlo en Quíchua, convencionalmente para este caso, Jahua-Llanganati (Llanganati de más allá), ésta sí, creo muy fundadamente que es una cordillera riquísima, preñada y repleta de oro mineral visible y accesible al ojo y a la mano de cualquier feliz mortal que se decida a hollarla con sus plantas deseoso de cosechar el oro científico, que no falla, por el Derrotero de la Razón Científica, que es el que no se lo ha usado todavía en la gran cuestión de Llanganati. Es allá, en ese Sacha-Llanganati, poblado de selva, porque el conglomerado aluvial de su suelo lo permite, y al que jamás ningún aventurero ha llegado, donde deben existir los grandes arrecifes (1)

(1) "Los placeres del río Napo, indudablemente se originan en los declives orientales de la cordillera de montañas conocidas con el nombre de Llanganates. . . . la mayor parte de los más ricos torrentes tributarios del río Napo salen de este territorio **completamente inexplorado**, y mientras más se asciende por el curso de esos tributarios, más gruesas son las pepitas de oro. En cada cuenca del río Napo hay vastos llanos aluviales depositados por el río actual, y también hay terrazas aluviales en niveles más altos, el origen de los cuales sería imposible determinar sin un considerable estudio. Todos los bancos aluviales son auríferos, y

de oro grueso, incesantemente arrastrados por los ríos (allí sí ríos) que corren al Oriente hacia la gran zona aurífera del alto Napo o país de Canelos. Y es la erosión de esta cordillera, y nó de otra, la que ha formado los grandes depósitos y terrazas aluviales auríferas antiguas y modernas tendidas sobre la hoya del Napo.

- 30.— Hasta hoy, la creencia universal ha sido la de que, para hallar los orígenes del oro que baja a los placeres o lavaderos del país del Napo, era preciso explorar la más ancha Cordillera que existe en el Ecuador entero, es decir, los 100 y pico de kilómetros que hay de fragosísimos y siberianos páramos y un saldo de selva, entre Píllaro y los ríos que se ha creído que bajaban directamente de todos los Llanganati. Pero, nuestra Expedición al localizar con exactitud la zona probable de los yacimientos de oro de lavadero, no solamente que ha eliminado y economizado 80 kilómetros de la anterior extensión a los futuros buscadores y exploradores, sino que ha reducido apenas a 20 kilómetros, más o menos, el campo de búsqueda del cuantioso oro natural de Llanganati. Con esta reducción y ahorro tan considerables del campo explorativo, quiere también decir, obviamente, que, si lo que antes se tenía por estupenda riqueza mineral cuanto se suponía regado en 100 kilómetros de extensión, hacia arriba de los placeres, ahora, de hecho, viene a quintuplicarse esa probable potencia aurífera, por estar teóricamente acu-

sin duda las antiguas terrazas dan también su tributo al enriquecimiento del río actual, aunque el gran monto del oro que arrastra, es traído desde arriba por las aguas superiores, probablemente de arrecifes de mineral".— H. L. Holloway. "El Oro en el Ecuador", en el importantísimo Apéndice del libro "El Ecuador Minero", por Luciano Andrade Marín.

mulada en un espacio territorial cinco veces menor que el conjeturado antes.

- 40.— Este criterio explica, entonces, con suma claridad y por sí solo, los verdaderos orígenes de toda la riqueza aurífera de río Verde-yacu, por ejemplo, y en general la riqueza enigmática de cuanto río aurífero encontremos en el Noroeste oriental: sencillamente, porque no bajan directamente de la Cordillera Oriental, sino de las estribaciones de la Tercera Cordillera de los Andes o Cordillera del Oro del Oriente.

Tales son, pues, los resultados prácticos concernientes a la Mineralogía de los Llanganati, que puede ofrecer al Ecuador entero nuestra Expedición Italo—Ecuatoriana.

La inhabilitabilidad de Llanganati—Difícilmente puede haber sobre el planeta otro lugar donde los elementos brutos de la Naturaleza se hayan confabulado tanto desde el principio del mundo contra los seres vivos, como en Llanganati, con sus heladas rocas agrestes y sus sempiternos aguaceros. Aumentar humedad al suelo árido, es cosa que se puede; pero restar humedad a una atmósfera saturada para desecar el suelo, es cosa que no se puede ni se podrá jamás.

El gran desierto seco del Sahara, al ser irrigado, se convertiría en un paraíso de fertilidad, y, tal vez algún día fue campo de vida y de abundancia. En las inmensas estepas estériles y frías de Siberia, se han hallado restos intactos de gigantescos paquidermos prehistóricos y vestigios de suntuosa vegetación tropical de edades pasadas, además de que hoy mismo, por más que haya matores fríos allí en un largo Invierno, se disfruta, en cambio, siquiera de un corto, pero muy cálido Verano. En los Polos, la misma temperatura rigidísima de varias decenas de grados bajo cero, solidificando toda humedad, impide la lluvia y el lodo que pudren los trajes del

hombre y que mojan pertinazmente su cuerpo; y, si bien, una noche de seis meses ahuyenta la vida temporalmente, en contraste, un sol de otros seis meses al rededor del horizonte, opera una resurrección, y aviva y tonifica la vida siquiera transeunte del explorador que acechó, invernando, la aparición y permanencia portentosas del largo día polar. Con harta razón un científico norte-americano escribió hasta un libro intitulado «The friendly Artic» (El amigable Artico), revelando al mundo cuán invitantes eran los territorios polares en cada temporada estival del año.

Pero, en los equinocciales Llanganati, en ese Sahara de la humedad y de las mil pirámides monolíticas de granito del Ecuador, desde mucho antes de que el más rudimentario molusco brotase a la existencia, aquellas montañas negaron para siempre el albergue a la mayoría de los seres vivos, vegetales o animales. Si, toda la inhabitabilidad de las demás regiones inhabitables del planeta, árticas o antárticas, no es más que un sentido de temporalidad estacional, la inhabitabilidad ecuatorial de Llanganati es efectivamente perpétua, por la perpetuidad de las estaciones en el Ecuador, aún a pesar de los rezagos temperados australes que hasta allá llegan del Antártico. Talvéz una docena de especies vegetales y otra docena de especies animales, es toda la Flora y la Fauna del agnostozoico monumento geográfico de Llanganati dedicado al mundo futuro por las manos palpitan-tes de la creación en los primeros días del génesis. Allí nadie ha de atreverse siquiera a buscar fósiles de edades inconmensurablemente pretéritas, ni ha de esperar los hálitos a lo menos tibios de un verano polar, en la perpetuidad de un invierno ecuatorial, preñado de aguas torrenciales para mantener incesantemente henchido el increíble volúmen de la aorta de los ríos del planeta.

El calor y la humedad, son los elementos fundamentales para la vida, pero conciliados recíprocamente. Donde falta el uno y sobra el otro, la vida no existe. El Sahara y Llanganati son los clásicos ejemplos de cada

caso. Y, quién lo creyera, que lo que falta en el ecuatorial Llanganati, es el calor; no desperdiciando empero, el poco que tiene, para revestirse siquiera de crespas melena salpicada de hirsutas cerdas. El Sahara, destituido de toda humedad ha quedado definitivamente calvo, como quedara también Llanganati, sólo que con superficie pétrea, si se le sustrajera esa débil palpitación térmica que le obsequia el sol que diariamente sube al cenit.

Una temperatura media tan baja como la de Llanganati sólo puede servir para entretener la vida de los líquenes, de los musgos, y, cuando mucho, de legiones de gramíneas las más rústicas, las más ofensivas y las más insustanciales aún para los menos exigentes herbívoros. Excepto el venado, y, ocasionalmente el oso, que se nutre en el bien llamado frútice *Uva-ursi* (huagra-manzana), no hay otra bestia salvaje que pueda alimentarse en tan incipiente vegetación. Luego, no cabe hablar siquiera de animales domésticos. Aún el toro, aquel prodigioso animal que ha desafiado a las leyes de la geografía y de la biología para acompañarle al hombre, desde los caldeados fangos del trópico hasta las heladas tundras árticas, y desde el nivel del mar ecuatorial hasta las nieves del Antisana, sucumbe, empero en Llanganati. El caballo y el asno, dejan indefectiblemente sus osamentas como mojones seguros de la frontera entre los mansos páramos volcánicos y los bravíos páramos de Llanganati. La oveja, la cabra y el cerdo, están allí necesariamente a descuento. El perro, antes que fiel compañero, el más sabio huésped y parásito del hombre, apenas dura tres días en una marcha en Llanganati, y, si se le tuviera en campamento, acabaría por transfigurarse en una foca. Tal vez el rengífero quedaría bien en ese país de líquenes y de musgos; pero, ¿en qué planicies y con qué objeto?

La cebada, el trigo, el centeno, la avena, las papas y otros vegetales adecuados para el alimento humano, quedan automáticamente al margen de la temperatura media de Llanganati, y, fatalmente no más allá de la

germinación por ausencia de suelo vegetal. La silueta del árbol jamás ha sido ni será nunca compatible con ese país cristalizado in-extenso por alguna rara alquimia sideral.

Tenemos, pues, en Llanganati, el ejemplo creo que raro en el mundo, y seguramente el único en el Ecuador, de un país maldito para la especie humana y para todos sus auxiliares: las plantas cultivadas y los animales domésticos. Allí, el hombre se siente efectivamente rechazado como profanador intruso de un laboratorio oculto de la Naturaleza no hecho para los seres vivos, sino sólo para destilar misteriosamente al Amazonas, en un connuvio secreto entre las grandes nubes y las grandes rocas. Allí, la vida del hombre no estaría garantizada para una permanencia artificial mayor de sesenta días. Porque, en Llanganati se palpa que nada hay más terrible sobre la faz de la tierra, que la Naturaleza muda, especialmente cuando es agresiva, además de inhospitalaria.

Llanganati, bajo el punto de vista biológico, es, por tanto, un solemne desperdicio terrestre de la creación. Sus antros y monstruosidades de la teratología orogénica, ni sirven ni servirán más que de pezones glandulares del Amazonas, después de haber servido quizá, de escondite mágico de las fabulosas riquezas con que se quiso salvar la vida del último monarca de un maravilloso Imperio desvanecido en la Historia, por un criminal golpe de audacia semi-romántica, semi-religiosa.

Galápagos: world's end

Llanganati: world's beginning

Dos archipiélagos posee en su territorio la República del Ecuador, los más raros y enigmáticos del mundo. El uno, oceánico: Galápagos. El otro, mediterráneo-amazónico: Llanganati. Ambos con nombre indio, llenos del más cabal significado del conocimiento que de ellos tuvo la inteligencia y la aptitud de los aborígenes. El primero, apodado también ahora con el sobrenombre de "Islas Encantadas" por la apatía moderna; y, el segundo, asimismo, con el de "Montañas Ignoradas" por la moderna geografía.

Si William Beebe dijo que Galápagos era "the world's end", al haber conocido Llanganati, habría dicho, sin duda que era "the world's beginning". Tan opuesta, pero tan sorprendente y extraordinaria es la fisonomía de cada uno de estos dos archipiélagos, para conceptuarlos así, como el término del mundo al uno, y como el principio del mundo al otro.

Y, en verdad, parece que en Galápagos sólo las últimas, las más altas cumbres en conflagración ígnea de un continente hundido en los abismos del océano, se han salvado del naufragio. Mientras en Llanganati parece, más bien, que las más hondas capas de aceradas rocas de las profundidades de la corteza matriz de la Tierra se han levantado para hacerse cumbres, sumergiéndose como dardos plutónicos, hacia arriba, en el océano atmosférico. En Galápagos, las cumbres buscan las simas; en Llanganati, los cimientos se vuelven cúspides. En Galápagos, las últimas chimeneas de un mundo antediluviano van a ahogarse en el insondable depósito de agua salada; en Llanganati, los primeros crisoles de la fragua terrestre han subido a cristalizar en el aire enrarecido de los Andes. El archipiélago marítimo simula un reta-

zo de la seca y volcánica Luna injertado en nuestro acuático planeta; el archipiélago terrestre semeja un impacto de aerolitos incrustados en el corazón amazónico.

Galápagos es, además, un mundo de lava en la edad de los pequeños reptiles; en tanto que Llanganati es un mundo pequeño con reptiles gigantes de granito, de vanadio y de cuarzo. En aquel, todavía vemos que se arrastran perezosamente iguanas, tortugas y otras sabandijas, con un aliente rezagado de otras edades, hacia la extinción; en éste, en el archipiélago de la infinita quietud andina, ya nada se mueve ni se movió nunca, y, por toda impresión de movimiento, creemos ver en sus chinescas montañas la silueta de colosales monstruos antediluvianos, dinosaurios, iguanodontes, plesiosaurios y más criaturas repugnantes, como que estuviesen emergiendo del fondo de la corteza terrestre, todavía lodosas y lustrosas, simulando un juicio final zoológico, una resurrección general de bestias grotescas y jamás descritas.

Galápagos y Llanganati, archipiélagos hermanos en latitud ecuatorial, representan, en fin, el primero, los agónicos brazos de un continente que se hunde en el Océano Pacífico; y, el segundo, el vientre del continente amazónico que está por nacer del fondo del Océano Atlántico. Moribundo el uno; feto el otro.

PARTE TERCERA

PROTO-HISTORIA E HISTORIA

LA ETIMOLOGÍA DEL NOMBRE LLANGANATI

Debajo del suelo de Píllaro y detrás del nombre de Llanganati—he dicho en la pág. 27 de este libro—yacen las reliquias maravillosas de una gran nación Quitense y todo un tratado de pre-historia aborigen que está por escribirse

Efectivamente, Llanganati es nombre indio, leyenda india, refugio indio, misterio indio que ha tantalizado por cuatrocientos años a la codicia del hombre blanco, sin haber logrado éste, ni hallar los bien escondidos tesoros destinados un día a salvar la vida del Emperador Quiteño del mundo Incásico, ni descifrar siquiera el nombre de Llanganati, palabra mágica que, por sí sola es el geroglífico verdaderamente revelador de aquel enigma aborigen, y que, a la vez encierra en sí la biografía de un Bolívar indio, marginado del recuerdo nacional por las escandalosas aventuras de los héroes blancos, que han absorbido casi todas las páginas de nuestra Historia Ecuatoriana, escrita en los últimos tiempos con ese malsano criterio del Siglo XIX, de patriotizarnos napoleónicamente.

Todos los buscadores de los Tesoros de Atahualpa, que se dice estar ocultos en Llanganati, se han armado siempre de aquel famoso Derrotero de Valverde, y han tratado de seguir paso a paso y ciegamente sus indicaciones, considerando que ese recurso era el único suficiente para el buen resultado de sus pesquisas. Si el país a donde conduce el referido Derrotero hubiese sido

como el de las fáciles y transitables montañas volcánicas de este otro lado de los Andes, o como el de nuestras familiares selvas, el caso habría sido sencillo, siquiera en la forma de la búsqueda. Todo el trabajo se habría reducido a leer la guía y a seguirla. Pero el quid de la cuestión radica principalmente en el hecho de que cada explorador se ha encontrado de improviso en un país del cual ni en sueños podía imaginarse, y cuya rara fisonomía, inexplicable e incomprensible para el aventurero común, acaba por anonadarle y devolverle a su casa sumido en una perplejidad incurable, como no la había sentido antes de conocer Llanganati. Es, pues, el enigma de Llanganati mismo el que mata primero los ímpetus morales del aventurero; luego, el otro enigma de la Guía de Valverde se encarga de matar después sus ilusiones. Cuántos y cuántos individuos no han entrado a Llanganati con la persuasión de que leyendo palabra por palabra ese Derrotero, al parecer sencillísimo, iban a dar con seguridad en el Tesoro de Atahualpa, y, su candor ha llegado a colmos como el de llevar arcas de caudales bien enchapadas y seguras, hechas expreso para traer así los codiciados tesoros del Inca. El resultado final ha sido siempre el mismo, en todos los casos: regresan los aventureros con las manos vacías y sólo sabiendo recién su propia ignorancia sobre el Derrotero de Valverde, y en mayores tinieblas aún acerca de Llanganati, inclusive por qué se llama Llanganati.

Nadie había sospechado todavía que, para estudiar el Derrotero de Valverde, y para juzgarlo, era preciso e indispensable estudiar primero de un modo serio a Llanganati como tal, empezando por descifrar su nombre; pues, de otra manera, aquel documento no pasa de ser un papel inútil, un escrito inverosímil, sin ningún antecedente válido y con detalles contradictorios y pueriles. Y, justamente, así, es como ha acabado por caer en el descrédito, año por año, siglo por siglo, ese curioso Derrotero, lo mismo en la mano de los ignorantes como en la de los científicos de nuestro país.

Especialmente, nuestros hombres de ciencia, todos, se han sentido en un plano superior para ocuparse de una supuesta vagatela como Llanganati y su Derrotero. No hay uno solo de nuestros historiadores y de nuestros geógrafos que, al tratarse del Derrotero de Valverde, no lo pongan a un lado con desdén, sin concederle la gracia de una opinión, siquiera, a no ser que la consagrada como despreciable con la infaltable ironía. Ninguno se tomó el trabajo de estudiarlo, pero todos se tomaron siempre la libertad de desacreditarlo. El ocuparse de él, ha sido tenido por mengua. Los geógrafos se contentan con hacer una mención brevísima de Llanganati llamándolo país desconocido, región ignorada; y, los historiadores pasan como sobre ascuas por encima del nombre Llanganati, ambos con el temor de que el mundo les señale con el dedo como auspiciadores de fabulistas, de buscadores de tesoros, de huaqueros. Entre tanto, la investigación geográfica se contrae a centenas de estudios sobre un mismo volcán de los extramuros de nuestras ciudades, y, casi toda la Historia antigua del Ecuador, sumarizada por los modernos escritores, se reduce a contarnos puerilidades infantiles sobre los aborígenes y a un anecdotario de minuciosidades personales de los conquistadores castellanos.

Mengua sí es, entonces, que Llanganati no ocupe puesto alguno ni en la Geografía, ni en la Historia del Ecuador, por obra inexcusable de nuestros propios investigadores de ambas ramas del saber, y que, en cambio, sí haya interesado profundamente este asunto a dos científicos extranjeros de gran renombre universal, como Richard Spruce, y Alfred Russel Wallace, ingleses, autor el primero, y comentarista-editor, el segundo, de la magistral obra "Notes of a Botanist on the Amazon and Andes", en la cual, el Derrotero de Valverde ocupa sitio muy particular, y es objeto de la discusión más inteligente y sabia que uno puede concebir, llevada a cabo por hombres que nunca estuvieron en Llanganati, por Wallace, especialmente, que jamás pisó el Ecuador.

Cuando escribí mi libro «El Ecuador Minero», debo decir que todo lo que yo sabía acerca de Llanganati se reducía a lo poco que era posible adivinar sobre él a través de la discusión de Spruce y de Wallace acerca del Derrotero de Valverde. Y, aún cuando estos caballeros, así como el mapa de Guzmán, siempre se refieren a Llanganati y a Llanganatis, yo incurrí en el error de denominar Llanganates en mi referido libro, como lo confieso también este error en la Introducción, pág. 4 de la presente obra. Mi equivocación fué por seguir a la mayor parte de otros escritores ecuatorianos y extranjeros. Pero, después, y mientras continuaba en los estudios filológicos correspondientes a mi próxima obra "Inti-llagta Runa-shuti, —Toponimias aborígenes ecuatorianas", tuve la suerte de lograr descifrar la palabra LLANGANATI en una forma que me permito considerar correctísima a toda prueba, según lo voy a demostrar en seguida hasta la saciedad. Entonces, cuando ya estuve en posesión de este afortunado descubrimiento, —obra de indecible paciencia y estudio— y de sus sorprendentes revelaciones, como se verá luego, emprendí en la exploración material de los Llanganati para conocer, si era posible, palmo a palmo, este mundo, que ya, desde ese momento, dejaba de ser para mí la simple ruta de Valverde hacia las riquezas de Atahualpa, y se convertía también en un campo donde estaba escondido un enigma insospechado sobre la verdadera Proto-Historia del Ecuador, mejor dicho, sobre la Historia del Reino de Quito, acerca de cuya discutida realidad tengo exhibidas pruebas originales y nada despreciables (1). Fue, pues, con este bagaje de autoinformación y de ansias de mayor investigación, que puse mis pies en Llanganati en calidad de explorador.

(1) "Pruebas lógicas, filológicas y cronológicas de la existencia del Reino de Quito", por Luciano Andrade Marín, — Artículos en "El Día", Quito, Noviembre de 1934.

Richard Spruce es el único autor que ha ensayado una traducción para la palabra "Llanganati", y esta versión, copiada también por James Orton, y tal vez por el Coronel Brooks, es la que suele pasar de mano en mano escrita en los cuadernos de notas de los numerosos norteamericanos e ingleses que están viniendo en estos últimos tiempos al Ecuador, atraídos hacia Llanganati por su seductor Derrotero de Valverde, que ha vuelto a ser de actualidad mundial, quizá como nunca antes en la historia, debido, sin duda, a la profusa circulación que ha alcanzado en ultramar mi anterior librito "El Ecuador Minero", donde dí una especial carta de naturalización en la minería ecuatoriana a Llanganati y al Derrotero de Valverde. Pero, la traducción de Spruce adolece de dos graves defectos, el uno de ellos de orden fundamental, como lo vamos a ver.

Spruce dice textualmente (1): "Llanganati" puede venir de "Llanga", tocar, porque el grupo de montañas llamadas por tal nombre toca en los orígenes de los ríos de todo el contorno; así, en el mapa de Guzmán, encontramos "Llanganatis del Río Verde"—«Llanganatis del Topo» —«Llanganatis del Curaray», para aquellas secciones del grupo que tocan respectivamente sobre el Río Verde, el Topo y el Curaray. Los siguientes son ejemplos del modo de usar el verbo "llanga".— «Ama llangáichu»: «No lo toques»;— «Imapág llancángui?»: «Por qué lo tocas?»; o «Pitag llancaynirca?»: «Quién te dijo que lo tocaras?». Y, la respuesta podría ser "Llancanátág chári-cárca llancarcáni" — "Pensé que podía tocarlo, y lo toqué".

Sobrentendiéndose que toda esta versión de Spruce es a base del idioma Quíchua, los dos defectos son: lo. un error fonético de confundir el verbo "llamtay", "llancjai" y aún "llapchay" que es "tocar", con el verbo

(1) "Notes of a Botanist.....A hidden treasure of the Incas". Tomo II, pág. 511.

“llankay, llancay”, que es “trabajar” en cuatro dialectos Quechuas del Perú y en el dialecto Quíchua del Ecuador; y, 2o. el haber traducido sólo una fracción y nó la integridad de la palabra “Llanganati”, sin exponer ninguna razón o excusa para semejante mutilamiento.

Veamos en cambio, la traducción que yo propongo, y las razones en que me fundo para recomendarla como correcta y consistente, ya sea en el campo del análisis filológico, del geográfico y del histórico.

En primer lugar, el nombre Llanganati está formado por la aglutinación de dos palabras “llangana” y “ati”. Y, la ortografía propia para este nombre, según su sentido original, sería Llangana-Ati.

Luego, estudiando por partes este nombre, tenemos que “llangana” se divide a su vez, en “llanga” y “na”.

Qué es llanga? - “Llanga” es un sustantivo del Quechua cuzqueño “llancka”: pronunciado en Quíchua quiteño “llanga” (como inka-inga; senka-singa; kenko-kingo, etc.), que significa: tierras minerales, trabajos mineros, caolín, arcilla plástica, barro de cerámica. También viene del verbo idem “llanckai” pronunciado idem “llangai”, que quiere decir: labrar, trabajar, labor, trabajo. De aquí proviene: trabajador y obrero, “llanckac, llangac”; trabajado, “llanckashca, llangashca”, laborable, “llanckanalla, llanganalla”; laborioso, “llanckacuc, llangacuc”; obra, obraje, taller, “llanck’ana, llang’ana”. (1)

¿Qué es na?— “na” es una partícula gramatical Quechua y Quíchua que designa el sitio de producción, laboreo y procedencia de una cosa, o el de procedencia y actividad de un ser vivo. Por ejemplo, las siguientes

(1) Estos últimos ejemplos están fundados principalmente en la autoridad del “Vocabulario Políglota Incaico, del keshua del Cuzco, Ayacucho, Junín, Ancash y Aymará”, compuesto por los Religiosos Franciscanos de las Misiones de los Colegios de Propaganda Fide del Perú.— L. A. M.

palabras Quíchuas puras: Antisana —lugar por donde provienen los indios antis; Cundurguachana —anidadero de cóndores; Ayasamana —descansadero de los muertos; Chihuacana —frecuentadero de los chihuacos. Y, estos otros ejemplos semi Quíchuas: Torres causana —habitadero de Torres; Látigo chupana —lugar donde se “chupa” látigo; Gallo-cantana —lugar donde canta el gallo. Y, por fin, este ejemplo castellano, enteramente quichuizado: Misana-puesto —puesto de decir misa. (1)

Ahora bien, recojamos además los datos que pueden servirnos al respecto, tomándolos de grandes autoridades en filología e historia aborígen:

El Dr. Pablo Patrón, peruano (2), dice: “Llankana.- En Kechua la partícula *lla*, puesta en lugar de la *i* del Infinitivo, forma sustantivos que significan el instrumento con que se ejecuta algo y la localidad donde la ejecución se realiza. Llankana, herramienta con que se trabaja y el taller donde se trabaja.”

El Dr. González Suárez (3), al describir unos zarcillos aborígenes excavados entre Yaguachi y Sibambe, dice “los granos son de una pasta cáliza llamada llanca”.

El Padre Juan de Velasco (4) dice: “usaron también los indios de la llanca, ésto es del barro fino de hacer loza”.

R. Lenz, chileno (5) dice. “La raíz llanca es de origen mapuche (?), llanca, llanquita, dos minerales en el Departamento de La Serena. Llanca f. min. mineral de cobre de color azulajo”.

(1) Ejemplos tomados de mi obra por imprimirse, «Inti-llagta Runa-shuti».—L. A. M.

(2) «Origen del Kechua y del Aymará», Lima, 1900, pág. 138.

(3) «Atlas Arqueológico», Texto, pág. 128.

(4) «Historia del Reino de Quito». Tomo II, pág. 36.

(5) «Diccionario Etimológico», págs. 879 y 446, citado por Gustavo Lemus, en «Glotología Ecuatoriana».

Y, José Fernández Nodal (1), en un análisis gramatical dice: "El que trabaja con mucha mengua, o es de poquisísimo trabajar —chaycama manam llamekac".

Así, pues, podemos concluir, inequívocamente, que "llanga, llangana", se refieren, ante todo, a una idea de trabajo y a un asunto de minería; y, luego, por otra parte, es de extremo interés anotar, por los unánimes datos anteriores, cómo nuestros aborígenes parece que conceptuaban psicológicamente la idea o noción de trabajo, trabajar, relacionándola de modo casi específico con las tareas mineras o de artefactos resultantes de la minería, es decir, la cerámica, la orfebrería, tallado en piedra, etc. Esto confirmaría también, una vez más, la tesis primordial sustentada por el autor de este libro, en su otra obra "El Ecuador Minero", de que la minería fué la profesión natural y esencial de los aborígenes de Quito, especialmente. Aún más, en pró de esta interpretación diré que excavaciones casuales ejecutadas por individuos simplemente curiosos, y hechas en estos últimos años, desde 1933 hasta la fecha, en los campos altos de Pillaro que conducen a las montañas de Llanganati, han dado tal cantidad y variedad pasmosa de objetos arqueológicos de barros y arcillas no comunes, de piedras raras, de oro, cobre, plata y aleaciones, trabajados con tanto primor, que, aún a las personas más profanas en todo conocimiento, ante la vista de esos ingentes depósitos, les he oído yo exclamar espontáneamente, "por aquí debieron tener los aborígenes alguna gran fábrica de maravillas", sin darse cuenta los que así se expresaban, que estaban talvez acertando en sus afirmaciones.

No obstante que en Quechua, "labriego" también es "llankak"; y labrar, es "llankay" en un sentido general, los términos propios para el trabajo agrícola son, por ejemplo: "yapuk. tacllak", para labrador; "yapuy"

(1) «Elementos de Gramática Quichua o Idioma de los Yncas», Cuzco, pág. 193.

tarpuay, chacmai" para labrar la tierra arándola. Entonces, aplicando a Llanganati estas dos acepciones de trabajar la minería, y de trabajar la agricultura para la palabra cuzqueña "llanckana", quiteñizada en "llangana", resulta todavía más inadmisibile que se refiera la acepción al laborero agrícola, por la naturaleza misma de Llanganati, suficientemente explicada ya, aún en el muy verosímil supuesto de que los aborígenes no tenían por "Llanganati" propiamente a esas infernales cumbres donde actuó principalmente nuestra Expedición, sino más bien a las partes bajas, boscosas y exteriores de tales mantañas, (justamente el verdadero teatro del Derrotero de Valverde) donde, sin embargo, la muy limitada flora económica de los antiguos indios no podía encontrar allí campo abierto ni clima dulce para hacer agricultura de ninguna importancia. Peor todavía para perpetuar esa actividad del hipotético agro, en la categoría de un nombre geográfico como Llanganati, que ha llegado a ser de suyo tan famoso, precisamente más bien por los indicios y las leyendas metalúrgicas, es decir, por yacimientos o por actividades mineras perdidas en la Historia, pero abrumadora y naturalmente denunciadas por la mineralogía subyacente, viva y activa desde tiempos remotos hasta nuestros días, en el país del Napo.

Por tanto, la traducción indiscutible, a mi juicio, de la palabra LLANGANA dentro del nombre LLANGANATI, sería la de talleres de minería, obrajes de minas.

Ni siquiera me refiero al concepto de "yacimientos mineros", que sería en Quíchua "llanga-huaca"; ni a la acepción de "campos mineros", que sería "llanganahua", ni a la de "campos minerales", que sería "llangahua" (1) justamente el nombre de una hacienda del Occidente de la riquísima Provincia ecuatoriana de León.

Mi última prueba demostrativa de la traducción ori-

(1) Véase mi citado libro "Inti-llagta Runa-shuti".— L. A. .M

ginal que proclamo para sólo esta primera parte de la palabra Llanganati, es la siguiente: Un viejo hecho o leyenda en nuestro país, es que la antigua familia Solanda, a la cual perteneció la esposa del Mariscal Antonio José de Sucre, compró el "Marquesado de Solanda" con el producto de uno de los entierros del oro del rescate del Inca Atahualpa, que se dice estaban ocultos y que hallaron en un sitio llamado de "la huaca de Quinara", en la Provincia de Loja. Sea, pues, ésto, verdad o mentira, en todas o en alguna de sus partes, nos queda al fin, un dato importantísimo. De que tal hallazgo real o irreal, está localizado a inmediaciones de un río y sitio llamados YANGANA. Ahora bien, no se necesita ser un filólogo para entender que la pronunciación dialéctica española del Sur del Ecuador, adulteró en "yangana" lo que era "llangana". El resto, queda a juicio del lector sagaz. Dos llanganas en la toponimia aborígen, ambos hasta hoy inadvertidamente relacionados con la leyenda de los Tesoros de Atahualpa, y, ambos, donde mañana, sin duda, el aventurero —ya que no nuestra perezosa Geología— les proclamará como territorios fantásticamente auríferos. Sólo el uno de dichos llanganas ostenta un distintivo único que, con estas tres simples letras A T I, nos va a rasgar el velo de casi toda la Proto-Historia del Ecuador, es decir, del ex-Reino de Quito.

Entonces, pues, ¿qué es ATI?— Ati, es un adjetivo quíchua que significa: vencedor, invencible, triunfador, victorioso. Es un adjetivo que, según mis estudios toponomásticos aborígenes llevados a cabo por cerca de veinte años, era muy poco usado por los indígenas antiguos, debido a la gran excelencia de su significado, porque, ha de saberse, que también es un sinónimo del dios Marte, igual al del Viejo Continente, figura venerada asimismo por los Incas. Garcilazo nos cuenta que los aborígenes del Cuzco dividían y denominaban a los días de la semana en una forma curiosamente análoga a la que hemos heredado de remotísimas naciones asiáticas los hombres de estos días. Por ejemplo, dice que al Do-

mingo, día del Dominus o divinidad mayor, lo llamaban Inti punchau; al Lunes, día de la Luna, Quilla-punchau; al Martes, día de Marte, Ati-punchau. Aunque en los restantes tenían alguna diferencia, porque lo dedicaban al arco iris y a otros asuntos, excepto el Viernes sí, día de Venus, Chasca-punchau. En la toponomástica peruana no he encontrado sino tres nombres geográficos con la palabra ati, a saber: Atico —el vencedorcito; Atibuará —gigante vencedor; y Atiquipa —trompeta del vencedor, porque, Arequipa es "trompeta sonora". Pero, en la toponomástica ecuatoriana sí, tenemos topónimos con ati, nada menos que exactamente al rededor del país de Llanganati, como Pata-Ati, desfigurado ahora en Patate; Guapa-Ati, convertido en Guapante; Calla-Ati, pronunciado Callate. Y, también, Atilío y Atilés-ureu, en el propio Llanganati. No debe conceptuarse como análogo, al topónimo «Pulucate» de la Provincia de Chimbo-razo.

He llegado, pues, al momento de poder traducir con todas las pruebas filológicas imaginables, la palabra LLANGANATI, y la traduzco como LOS TALLERES U OBRAJES DE MINERIA DE ATI.

Bastaría la sola enunciación de ese significado minero, para que todo lo que sabemos, hasta este punto no más, sobre Llanganati, adquiriera de golpe una importancia extraordinaria inclusive el Derrotero de Valverde que, entonces, sí, es infundido con vida, con lógica científica, con verosimilitud y hasta con antecedentes. Pero, aún hay mucho más, trascendental y sensacional, —que el polvo de los siglos ha venido ocultando— y que ahora lo vamos a exhumar exponiéndolo a la luz del mundo, en el capítulo siguiente.

El "Ati"-Pillahuaso,
un "Libertador"-Bolívar indio

Muy raro, y quizá único es el caso en la toponimia aborigen del Ecuador, que un nombre geográfico lleve en sí el recuerdo de la existencia de un individuo, por grande que él haya sido. Los aborígenes no creían en el preterismo personal, como caracteriza a la conciencia occidental que trajeron los españoles, y dentro de la cual vivimos ahora en América. Aún el nombre del Inca, entre los cuzqueños, apenas se lo imponía en algunos topónimos, pero sólo a título genérico y no individual. Tengo traducidos más de un mil topónimos ecuatorianos, y no hay otros lugares geográficos que lleven nombres recordatorios de persona histórica, excepto, indudablemente, Llanganati, y, anexos a él, Patati, Callati, Guapati, etc. Este detalle nos revela cosas nada vulgares del pasado aborigen, y, sobre todo, indica que aquel que fue objeto de una tan grande excepción, debía ser también un personaje excepcionalmente grande.

Así lo fue, en efecto, el Gran Señor Pillahuaso, de Pillaro, según lo cuentan con entera conformidad todos los mejores Cronistas primitivos y autorizados de América, quienes jamás escribieron, por cierto, a sabiendas de que los argumentos que aquí estoy presentando en el Siglo XX, son para demostrar los dominios, el poderío y la significación histórica que tuvo aquel potentado indígena en Llanganati, en todo el Quito y aún en el Cuzco.

Pillahuaso fue uno de los Régulos—si se quiere usar del término convencional de la preponderancia blanca—, o de los Reyes—si hemos de hablar en castellano inconvencional—que hubo en este extenso y prodigioso

país de Quito, mucho antes de que viniesen como intrusos los meridionales Incas, organizados en una unidad política más o menos consolidada.

Muy grande resultara para incluir en estas páginas una biografía del famoso Ati-Pillahuaso, notabilísimo jefe indio que, empero, ha pasado casi inadvertido por los historiadores clásicos del Ecuador, sin embargo de la frecuente mención que hacen de él los más antiguos Cronistas de la Conquista y aún innumerables documentos de los archivos de España y del Ecuador. Solamente el Presbítero doctor José María Coba Robalino (1), recopilando todo cuanto dichos Cronistas y documentos refieren acerca de Ati, nos ha dado de él las noticias más completas y las más originales de su proto-historia y de su historia. Por desgracia, aún el doctor Coba Robalino, no llegó a vislumbrar en modo alguno que Llanganati, Patati, Guapati y Callati eran nombres que proclamaban los dominios del Ati. Y, es grande lástima que hasta al propio Llanganati le llame "Llanganates" el Dr. Coba Robalino, y les haya pasado tan por alto en su Monografía de Pillaro. Pero, sea como fuese, de este afanoso escritor, digno de mérito, extractaré lo más posible una biografía del Ati-Pillahuaso.

Nuestro gran Señor indio Quitu o Quitwa (2) de Pillaro, aparece en la escena de la Historia del Ecuador defendiendo bravamente a su patria, con motivo de la expedición invasora del Inca Túpac - Yupanqui del Perú. «El Inca—dice el Presbítero Coba Robalino—avanzando hacia el Norte, tuvo seria resistencia de la Confederación Cañari que, si no estaba sujeta al Reino de Quito, por lo menos fue aliada: así se explica la presencia de tropas quiteño-puruhaes en el Cañar al mando del valeroso Pillahuaso Ati o Rey de Pillaro, Tigualó y

(1) «Monografía General del Cantón Pillaro», Quito, 1929.

(2) La explicación de esta ortografía, puede verla el lector en mis citados escritos, «Pruebas lógicas, filológicas y cronológicas de la existencia del Reino de Quito».—L. A. M.

Muliambato. Es muy probable que el Ati con su ejército fue enviado como Auxiliar por orden del Schyri de Quito, que estaba preparando nuevos ejércitos de resistencia. (1) El Ati-Pillahuaso en ese entonces (1462) era muy joven, talvez sólo de veinte años de edad, pues "ya muy anciano, alcanzó a ser bautizado con su esposa entre 1535 a 1540". (2) Túpac-Yupanqui, a pesar de tener 200.000 hombres gastó más de cinco meses en esta campaña, hasta triunfar; pero Pillahuaso, ayudado sin duda, dice el biógrafo, por los régulos Jacho de Latacunga, Mainaloa de Jatun-Sigchos, y Pooniona de los Ambatos y Mochas, como General en Jefe, y con el Shyri Huacopoc-Duchicela a la cabeza, presentó constante resistencia a los cuzqueños, sucediendo que Túpac Yupanqui tardó cinco años en llegar a los «términos del antiguo Reino de Quito», para enseguida regresar hastiado y agotado el Inca al Cuzco, viendo fracasada su expedición. 'Es una primitiva gloria para los Cantones Pillaro y Salcedo—dice el doctor Coba—haber tenido en pleno Siglo XV, como General en Jefe del Ejército del Shyri, en esta región central, al Ati Pillahuaso, que, sin duda, con bravura detuvo al Inca y su poderoso ejército, por la Independencia de la Patria durante cinco

(1) El muy docto arqueólogo ecuatoriano, Sr. Dn. Jacinto Jijón y Caamaño, en su más reciente obra «El Adelantado Sebastián de Benalcázar», Quito, 1936, opina ya de este modo sobre nuestro antiguo Reino de Quito: «Lo que hoy es República del Ecuador, no formó antes de la conquista incaica una sola nación, un solo pueblo. . . .ninguna de estas naciones formaba un Estado propiamente dicho; cada una se encontraba fraccionada en varias parcialidades, que se hacían mutuamente la guerra, de ahí provenía el que ciertos caciques llegaran a predominar, formando pequeños principados. Ello no era óbice para que estos régulos se agrupasen en confederaciones, en momentos de peligro, como lo hicieron los Caranquis bajo Nasacota Puento para resistir a Huayna-Cápac».—N. de L. A. M.

(2) González Suárez.—"Notas Arqueológicas". — Nota de L. A. M.

años! Y, añade, ¿No es novelesca la existencia de Pillahuaso como Ati de Píllaro y Muliambato?"

Durante la tercera expedición de los Incas Tupac-Yupanqui y Huaina-Cápac, los Jefes quiteños, con Ati, inclusive, dieron graves reveses a los cuzqueños; hasta que, en la cuarta expedición, Huayna Cápac, convencido de la inquebrantable tenacidad de los quitus, optó más bien por contraer amistad con el Régulo de Puruhá, casándose con su hija, a fin de poner en quietud a los grandes régulos Pillahuaso Ati de Pillaro y Tuconango Jacho de Latacunga, y poder avanzar así, con esta medida estratégica hasta el Chota combatiendo a los quitucaranquias. En la quinta expedición, Huayna-Cápac afronta una rebelión de los quiteños Nazacota, Pillahuaso y Jacho y otros. Viene con un enorme ejército, y, mientras los antedichos peleaban contra otro ejército incásico, les cae por las espaldas y les toma prisioneros a Pillahuaso y a Tuconango. Pero, Huayna-Cápac, sagaz político, reconociendo la significación y poderío de estos jefes, se hace amigo de ellos, y les "confirmó en sus dignidades de Ati y de Jacho —dice el Dr. Coba, (1) y les edificó casas como de los Incas, revistió de esplendor sus cortes y se casó con sus hijas". "Desde entonces, añade, los Nazacotas en el Norte fueron, como los Jacho y los Ati en el centro, los más fieles y poderosos amigos de los Incas, Shyris de Quito, Huayna Cápac y Atahualpa. Todo ésto consta de los Expedientes de meritos y servicios que, a fines del siglo XVI practicaron

(1) A este respecto, el Dr. Coba no se ha fijado que "Pillahuaso" no es una palabra Quíchua, sino Quitwa; y que "Ati" sí es voz Quíchua. Mi opinión, entonces, es la que, desde ese incidente, el Inca mismo, reconociendo la bravura y superioridad de Pillahuaso, le confirió el apodo Quíchua, el renombre, el título, propiamente hablando, de Ati, es decir, de INVENCIBLE, como he explicado antes. No cabe, pues, decir "que les confirmó en sus dignidades": Está muy claro que ése y no otro es el honroso calificativo de ATI.— L. A. M.

los hijos y nietos de los Nazacotas, Jachos y Ati, ante la Real Audiencia de Quito, existentes en el Real Archivo de Indias de Sevilla, y que fueron estudiados y extractados por el Ilmo. Dr. González Suárez. (1)

De los régulos Jacho y Ati, dice textualmente González Suárez: "Señores de Latacunga eran los Hacho, Caciques de esa parcialidad, así como los Ati lo eran de San Miguel y de Pillaro. San Miguel en la lengua materna de esa parcialidad se llamaba Tiguajaló. Ati, Cacique de San Miguel y de Pillaro, acompañó a Atahualpa en la expedición de este Inca contra su hermano Huáscar, estuvo en la toma del Cuzco, y ya en edad avanzada, recibió el bautismo con el nombre de Alonso. El Cacique principal de Pillaro era un Ati; la familia Ati tenía su hogar solariego en San Miguel de Latacunga, donde residía el Régulo de toda aquella comarca, que era un Jefe poderoso, del cual se refiere que en su casa tenía duho o Silla de autoridad; que cuando salía, era llevado en andas y acompañado de escoltas de honor. Estos Ati, antes de la Conquista de los Incas, y aún después, bajo el reinado de Huaina-Cápac y Atahualpa, eran régulos poderosos, andaban siempre llevados en hombros por sus vasallos y acompañados de una escolta de lanceros. En su casa se sentaba en duho o tiana. Más tarde, el Rey de España concedió a los Hacho y Ati, para sí y sus descendientes, la dignidad de Caballeros equivalentes a Condes, con el derecho de usar escudos de armas, que los podían poner en sus escritos, en los frontis de sus casas, en sus sillones o duhos y en los estrados que tenían en la iglesia parroquial para oír misa y asistir a los demás actos del culto religioso". (2)

"La genealogía de nuestro heroico Ati o Rey de Pillaro y Muliambato—añade el doctor Cobo—la reconstruyó, apoyado en la documentación existente tanto en

(1) "Notas Arqueológicas", págs. 122 y 123.

(2) idem.

la familia Ati como en el archivo de la Escribanía 1a. de Latacunga, el inteligente y acucioso investigador señor Isaías Toro Ruiz, y su importantísimo trabajo fué publicado en el semanario latacungueño «La Nueva Era», del 3 de Julio de 1926, No. 49.

Parece que el invencible Rey Ati-Pillahuaso, de Pillaro murió, de cosa de 93 años; es decir que, cuando Cristóbal Colón descubría la América en 1492, el Ati era ya un hombre de unos 50 años de edad. Y, según la genealogía antes citada, en los documentos fehacientes de Latacunga, constan históricamente los siguientes Ati: el año de 1620, Francisco Ati, nieto legítimo de Don Alonso Ati, el célebre Pillahuaso; en 1630, Don Francisco Javier García Ati, nieto y sucesor del anterior; en 1650, Doña Francisca Ati.; en 1591, pasa el Cacicazgo a Don Alejandro Ati; en 1738, Don Francisco Ati; en 1765, Don Tomás Ati; en 1797, Don Jerónimo Ati; en 1825, Don Buenaventura Ati; en 1843, don Felipe Ati. Y, los últimos descendientes de los Ati, reyes de de San Miguel de Molleambato y de Pillaro, por descendencia completamente legítima, son Don Emilio Ati, notable pianista que vive aún en San Miguel de Salcedo, y Don Luis Ati, quien reside todavía en estos días de 1937, en San Rafael, California, Estados Unidos, como acreditado sastré, después de haber viajado extensamente por América, Europa, Asia y Africa. Este Don Luis Ati, es el único que conserva todavía con celo la dignidad de su abolengo real y el recuerdo de sus antepasados, usando siempre distintivos de su nobleza india de Quito, haciéndose conocer así en todas las numerosas corporaciones y sociedades de los Estados Unidos a las cuales pertenece como miembro distinguido. Tiene un solo hijo varón, que ha recibido el nombre de Atahualpa, y quien se educa en las escuelas norte americanas matriculado siempre con el distintivo de indio de Quito. De modo que el último vástago del gran Ati-Pillahuaso del Siglo XV, es, en el Siglo XX, Atahualpa Ati. Finalmente, Don Luis Ati, para no desfigurarse en la pronuncia-

ción sajona la palabra aborígen **Ati**, transmitida hasta nosotros en ortografía castellana, le ha acomodado en ortografía inglesa a su apellido, escribiéndolo **Ahtty**. (1)

Es, pues, el hecho más curioso y grandemente significativo, que, en toda la historia genealógica del Ecuador, no hay un solo caso de supervivencia de familia alguna, ni de descendientes de los conquistadores Incas, ni de los conquistadores Castellanos, que sea consciente de su pasado y que pueda trazar su abolengo sin mezcla inter-racial de sangres, directamente hasta el primer individuo que originó el apellido. No hay ahora ya, un solo Atahualpa, Pizarro o Benalcázar en el Ecuador, con o sin respaldo genealógico (2). En cambio, y como por pa-

(1) La familia **Ati**, de Salcedo actual, se ha multiplicado de un modo extraordinario en diversas ramas, pero los antecesores de **Luis Ati**, descendiente directo del gran **Pillahuaso-Ati**, son **Mariano Ati**, abuelo, y **Cayetano Ati**, padre. Estos últimos fueron famosos albañiles, de Quito, principalmente, **Cayetano Ati**, Maestro Mayor albañil, construyó entre otros edificios el del antiguo Beaterio que después sirvió a los Hermanos Cristianos y al Colegio Mejía. También el Mercado Sur de Quito, bajo la dirección del arquitecto **Schmit** y como obra emprendida por mi ilustre padre, el Dr. **Francisco Andrade Marín**, el primero y el más grande remodelador e higienizador de Quito. Es un hecho inadvertido por nuestros investigadores, pero de inmensa significación histórica y científica, que las maravillas de la albañilería quiteña, son ejecuciones de los vástagos de los **Reyes Incas** y de los **Reyes Quitwas**. **Salcedo** ha dado casi desde la fundación de Quito hasta estos días, una legión inacabable de albañiles, siempre **Atis**, directos o indirectos. Esto quiere decir, que los **Ati** son racialmente superiores, de tipo constructivo y que se trasmiten esos talentos constructivos, prepotentemente, de padres a hijos, y de generación en generación. No es otra cosa que este mismo fenómeno biológico, el ingenio y la ingeniería de la poderosa raza yankee de los Estados Unidos. Hay, pues, una razón científica para que el gran **Pillahuaso quiteño** conste como poderoso en los documentos de España, y para que haya recibido el magnífico título de **ATI**: invencible, vencedor.— **L. A. M.**

(2) Solamente sin genealogía clara pero todavía apellidado, hay descendientes de **Juan de Ampudia**, en Quito; de **Diego de Almagro**, en Ambato; y de **Gabriel de la Huerta**, uno de los fundadores de Quito, en Manabí.— **L. A. M.**



ATÍ-PÍLLAHUASO
Soberano de Blanganati *capitán*



LOUIS E. AHTTY
The American Tailor

LOUIS E. AHTTY
The American Tailor



*to Mrs. ...
Contract ...
GATES STUDIO
11-2-38*

108 E ST., SAN RAFAEL, CALIF. 1938

VIA AIR MAIL

Sr. Dn.
Luciano Andrade Marin.

El primer Atí del siglo XV, y el último de sus descendientes legítimos, don Luis E. Atí, del siglo XX, radicado ahora en Estados Unidos.

radoja, sobreviven más bien hasta estos días, conscientes de su ancestro, algunos Ati, vástagos racialmente puros y directos del Rey de Pillaro, uno de los auténticos señores naturales y propios del remotísimo REINO de QUITO, y cuyo árbol genealógico, que principia desde antes que los Incas hollasen estas tierras, y medio siglo antes de que Colón pisase América, puede ser acreditado con documentos existentes en los Archivos de Sevilla, de la Corte Suprema de Quito y de las Escribanías de Latacunga. Algo semejante ocurre también con los Duchicella, descendientes asimismo de otro gran señor del pre-incaico REINO de QUITO.

El Estado o Señorío del Ati-Pillahuaso en el Reino de Quito

Los estudios de filología aborígen nos van a volver a prestar su ayuda para ampliar nuestros conocimientos sobre Llanganati y sobre el célebre Ati-Pillahuaso. Antes he mencionado también los topónimos Patate, Guapante y Callate, correlativos a Llanganati, pero reconstruidos, en mi opinión, a sus fonemas originales de la desfiguración fonética y ortográfica castellana, diciendo que son Pata-Ati, Guapa-Ati, y Calla-Ati. Ahora, ¿qué significan estos nombres, y dónde están localizados los lugares así nombrados?

Según mi referido libro sobre Toponimias Aborígenes del Ecuador, Pata-Ati quiere decir "lindero, frontera de Ati" (1). Y, bien lo sabemos todos, que «Patate» es el

(1) Consúltese la etimología de los títulos Pataló, Pataquí, Sarapata, Pilopata, Patichubamba, Papallagta, Chuquipata, Mochapata, en mi antedicha obra sobre toponimias aborígenes.— L. A. M.

nombre de un río importantísimo en la hidrografía de la actual Provincia del Tungurahua, así como de un pueblo ribereño del mismo río. Ambos marcan clarísimamente un lindero, una frontera natural entre dos marcas geográficamente distintas e históricamente también diferenciadas: la de Píllaro a la una banda, y la de los antiguos Puruháes con el famoso asiento aborigen de Mocha, a la otra banda (1). A este propósito, es mi opinión, que el río Patate, en tiempos del Ati, debe haber tenido ese nombre desde la confluencia del Guapante con el actual Pumacunchi, hasta el Topo, mucho más abajo de Baños; pues, creo que a la palabra «Pastasa», de evidente origen jíbaro, le han hecho subir demasiado los geógrafos españoles, llevándola hasta la confluencia con el Chambo, más arriba de Baños, siguiendo las normas de la hidrografía europea.

“Guapa-Ati”, conforme mis estudios, quiere decir, “el vergel de Ati”. Y, posiblemente que tiene que haberlo sido así, porque, insisto en creer, como lo digo ya en la página 25 de este libro, que en el sitio del actual

(1) No menciono a Ambato, porque «Ambato» no es nombre de pueblo sino de río, o mejor dicho, de quebrada, según mis descifraciones toponomásticas. Por lo tanto, Ambato es un lugar sin ninguna importancia en la vida y en la historia indígena, época en la cual, yo opino que no pasaría de ser un erial inútil, árido, lleno sólo de cactus, con una que otra casucha dispersa. Pero, viene la Conquista europea, y con ella el hombre, los animales, y, sobre todo las plantas europeas, y, para éstas, la irrigación metodizada; y, sólo entonces, pienso que Ambato adquiere un nombre como poblado y una pujanza creciente y maravillosa como comarca económica, convirtiéndose en un Nilo y en una California del Ecuador, por la acomodación y ajuste natural de hombres, animales y plantas nativas de cuatro estaciones, a un clima también casi cuatri-estacional prodigiosamente montado sobre los Andes Ecuatoriales. Allí entiendo que se operó el mismo proceso biológico que en el Chóta y en Esmeraldas con los negros, con los asnos y con la caña de azúcar importados de África por los españoles: la concentración selectiva, espontánea y prolífica al óptimo de los seres vivos en el medio más semejante a su habitat original.— L. A. M.

San Miguel de Salcedo — antiguo Tiguajaló, de González Suárez, y ulterior San Miguel de Molle-ambato — existió una verdadera Capital política o Corte de placer del Ati, según era costumbre entre los gobernantes aborígenes, como lo vemos en el hasta hoy barrio y colina de "El Placer" de Huayna-Cápac y Atahualpa, en Quito. Esta creencia mía la fundo no sólo en la aseveración de González Suárez de que allí "tenía el Ati su hogar solariego", sino en la accesibilidad inmediata de ese sitio al tránsito interandino, en la dulzura del clima, y en la amenidad del lugar con su bellísimo jardín de molles de Pantzaleo, reclinado sobre el hermoso río de Molle-ambato (1). En Pillaro debe haber estado, a mi juicio, más bien la gran Capital social, el hogar residencial de la inmensa masa de población obrera aborígen sujeta al poderoso Ati, conforme recalca en calificarlo. González Suárez, fundándose en los documentos que acerca de Ati, vió y examinó en España, y, como lo atestiguan y ratifican también los vestigios que todos los días se halla en el subsuelo de Pillaro; pues, indican que éso fué una verdadera colmena humana en la remota antigüedad. Por ello digo en la página 27, que la sorprendente densidad actual de la población pillareña, no puede ser improvisación española post-colombiana, sino una lenta instalación e hibridación castellana sobre una pujante y viejísima comunidad nativa. — Por fin, el nombre de Guapa, es la legítima denominación antigua para el lomón llamado ahora de Quimbana, desde el cual se obtiene uno de los más bellos panoramas que imaginar se puede para la contemplación del Chimborazo y su comarca circundante. Guzmán le llama "Cordillera de Guapa" a esta gran loma, y "Pongo de Guapa" a su depresión cimera; y, Valverde conduce, ante todo, a su gran mirador de "Guapa" para empezar su Derrotero. Esto mismo, es la últi-

(1) Consúltese los títulos "Molle-ambato", "Ambato" y "Pantzaleo" en mi citada obra de filología aborígen. — L. A. M.

ma prueba de que Guapante es la adulteración de Guapa-Ati.

Por fin, "Calla-Ati", quiere decir "la rueca de Ati", posiblemente por haber sido el sitio de las hilanderías del Estado de Ati. Está casi dentro de Pillaro.

Respecto a los topónimos "Atilés" y "Atilío", confieso que no puedo traducirlos satisfactoriamente, a pesar de que el prefijo se refiere con claridad al Ati. Pero presumo que el sufijo pueda ser "leo", desfigurado en lo caligráfico y en lo fonético por los españoles, cosa demasiado usual y que ha vuelto enigmas atroces a muchísimos de los topónimos aborígenes, sencillísimos de traducirlos después de restaurado el defecto caligráfico, más que el ortográfico.

Ahora, una vez traducidos los anteriores topónimos, la conclusión aparece muy obvia en el sentido de que el señorío o los dominios del poderoso Ati Pillahuaso comprendían un verdadero territorio estatal deslindado por bien claras fronteras naturales, a sea: al Occidente, por el río de Pata-Ati — Culapachán; al Norte, por el río Guapa-Ati, y luego por el río Desaguadero de Yanacocha (paralelo al cual corre el Derrotero de Valverde), hasta dar la vuelta más al Norte aún, al rededor de la cordillera de Sacha Llanganati y llegar al Napo; al Sur, por el río Pata-Ati; y, al Oriente, por todos los Llangana-Ati hasta el río Bnsupí.

Este último nombre, Ansupí, y el de un afluente suyo, el Piatúa, así como los de Jondachi, Napotoa y Ambi-yacu, que hallamos todavía sobreviviendo en la geografía del país del Napo, son vestigios elocuentes — según los argumentos de mi tesis (1) — de que el idioma Quitwa del Quito, previo al Quechua del Cuzco, era común a varios de los más afines señoríos del REINO de QUITO, y que, por ello, el Estado de Pillahuaso, que

(1) "Pruebas lógicas, filológicas y cronológicas de la existencia del Reino de Quito".

ocupaba este territorio por entero recostado sobre la Cordillera Oriental y tendido hacia la hoya del Oriente, aunque con capitales interandinas, había él difundido y estampado denominaciones Quítwas en tiempos pre-incasos, hasta muy adentro en la geografía amazónica, como en el caso del Ambi-yacu, por ejemplo, un nombre perfectamente mestizo entre Quítwa y Quíchua. (2) González Suárez mismo, asevera que estos caciques de Pillaro tenían estrechas relaciones aún de familia con las tribus orientales y que sabían comunicarse con ellas expeditamente.

Luego, pues, al trazar los dominios del Ati-Pillahuaso, estamos igualmente trazando y reconstruyendo parte de la geografía del REINO DE QUITO, gracias al recurso hasta hoy intocado de la fascinadora filología aborigen en el campo geográfico. Y, al hacerlo así, estamos también planteando, consecuentemente, nuevas ideas sobre los más naturales derechos territoriales del Ecuador en la hoya Trasandina Ecuatorial, relativos, ante todo, a la más pretérita personalidad nacional y estructura política aborigen de nuestro país, que, a los modelados en el enigma jurisdiccional amazónico concebido a la europea por la Corona de España, pero siempre fallido, y que jamás pudo ventilarlo ni dicha Corte con sus frecuentes traslados experimentales amazónicos de Virreinato a Virreinato; enigma empeorado al colmo, a partir de la atropellada segregación de Quito, en 1822, para incrustarla, aprovechando de los momentos de confusión, en la fugaz República de la Gran Colombia, en aquella malhadada hechura del napoleonismo criollo, cuya pronta disgregación tenía necesariamente que ocurrir a un plazo cortísimo, por la temeridad de injertar una unidad étnica Quíchua en dos unidades étnicas Caribes, y de cuyos resultados quedó huérfano y

(1) Consúltese los títulos Ambi, Guambi, Cayambi, Alambi, Itambi, Tixambi y Ambiyacu, en mi citada obra filológica.—L. A. M

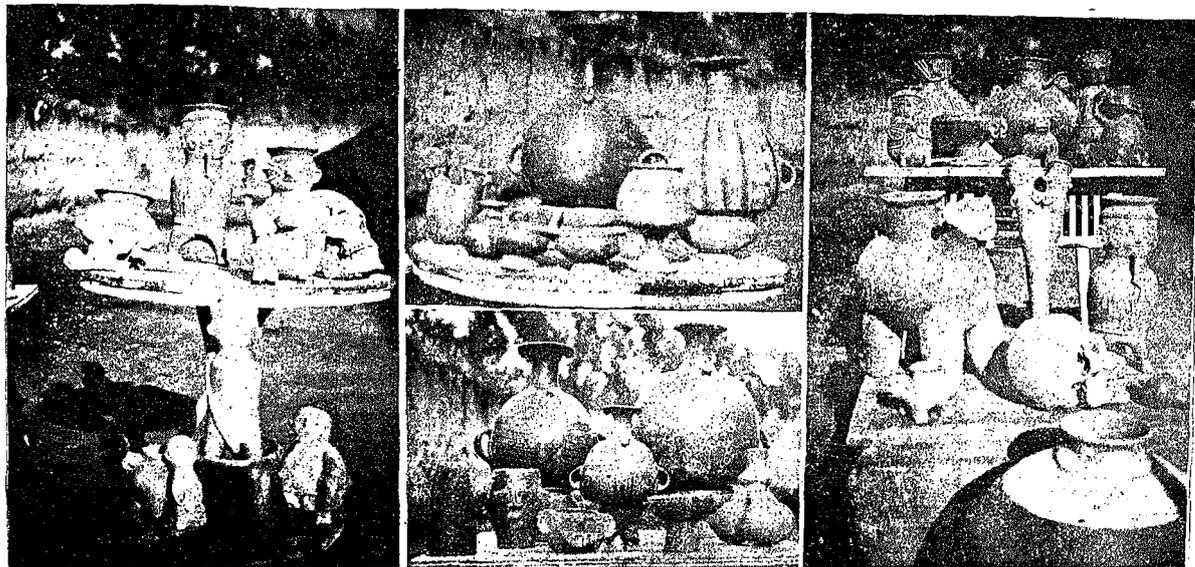
expósito nuestro país, y con su viejo patrimonio territorial, antes saneado, convertido ahora en una odiosa herencia, que nos ha sumido en un estado de perpetuo amago de guerra entre americanos, como una añadidura a nuestro constante estado de revuelta entre ecuatorianos.

Mientras las dos Repúblicas caribes, afines entre sí, se hinchan cada día de mayor prosperidad y seguridad, aún a despecho de sus largas jornadas de despotismos —porque nadie les tocó su naturaleza esencial en su nacimiento—, y, mientras la República Incásica se dilata todavía más, avanzando fronteras, en una como repetición de las aventuras del Siglo XV, el Ecuador, debido al napoleonismo de los criollos caribes, ha quedado tan sólo para sustituir a España en resolver, con su vida misma, pigmeizándose, el árduo problema de las jurisdicciones territoriales amazónicas de factura europea en tierras indias, que, la propia España, perpleja en su tiempo, siempre las dejó a medio hacer, aliviándose de dicho fardo, cada vez que pudo, en las cómodas espaldas del Vaticano.

Con razón, González Suárez prefirió más bien morir, antes que proponerse siquiera escribir la Historia de la época llamada de nuestra independencia, porque habría tenido que decir la verdad, esa verdad que tanto nos encareció que dijéramos a los pueblos, en tratándose de su historia

Los inmensos hallazgos arqueológicos casuales en el país del Ati.

En Píllaro, quizá como en ninguna otra parte del Ecuador, se respira un verdadero ambiente de pre-historia aborígen. Sobre todo, para el iniciado ya en es-



Parte de la colección arqueológica de don Carlos Terán Gómez, de Píllaro.

tos antecedentes, aparece el país de Píllaro como rodeado de una aureola que actualiza los lejanísimos días de los grandes potentados indígenas y del hormiguero humano que, sin duda, residía allí como en un solar grato y seguro para una comunidad autónoma que dominaba desde el Cula-pachán en el Occidente, hasta el Cula-urcu en el Oriente.

Por donde quiera que se pise en Píllaro, es posible hallar de algún modo, los restos de esta gran nación indígena. Se puede decir que cada casa actual de la comarca, guarda algún objeto prehistórico encontrado eventualmente en las labores del suelo. No es menester excavar de propósito para reunir salas enteras de objetos arqueológicos, con lo que a cada momento cae en manos de los labriegos durante las labranzas. Debido a esta profusión de vestigios, es que, en uno de sus recorridos por el cerro o lomón de Guapa, los señores Boschetti y Ré hallaron indicios de un entierro al borde de unas lagunitas, a cosa de 3.700 metros de altitud, e inmediatamente encima de Píllaro; y, excavando, lograron sacar un curiosísimo juego de diversos objetos aborígenes, indudablemente pre-incaicos, consistente de cinco vasos cónicos de una bella piedra verde desconocida en la región interandina, varios vasos zoomorfos de una arcilla blanca semejante a la loza, un ídolo de barro, y un precioso amuleto de piedra negra brillante, simulando un raro batracio. Posteriormente, volvimos juntos a excavar en dichas lagunitas que, esas sí, parecen hechas por la mano del hombre, porque están en la zona arcillosa, volcánica; pero ya no hallamos nada más.

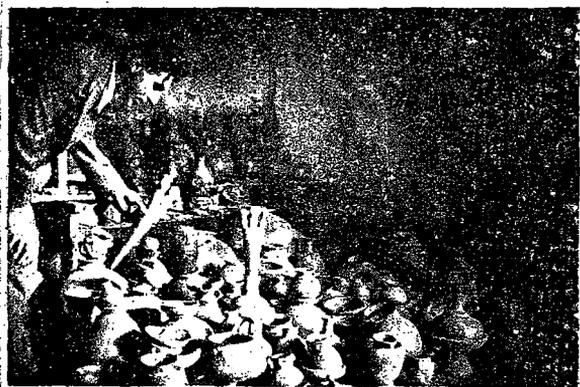
En poder de los señores, don Carlos Terán Gómez, y don Serafín Robayo, ambos de Píllaro, se puede admirar, en cambio, muestrarios abrumadores y admirables de la cantidad y variedad pasmosa de objetos arqueológicos aborígenes que debe guardar el subsuelo de la comarca de Píllaro, patria y señorío del Ati-Píllahuaso. Estos señores, simplemente por aficionados, y nó como estudiosos, se han dado a la tarea de recolectar dichos

objetos dispersos entre los paisanos del lugar, y a la vez, practicar excavaciones por su cuenta, principalmente en el llanito de Tunguipamba que domina a la población de Píllaro. El resultado en sólo estos últimos tres o cuatro años, ha sido increíble. Lo que tienen estos dos caballeros, supera, por sí solo, a cualquiera de los museos arqueológicos existentes en el país. Quien ve éso, no tiene por qué dudar que Píllaro fue un día el asiento máximo de una gran nación pre-histórica de los aborígenes. La colección del Sr. Terán Gómez debe constar de unas 4.000 piezas, que ocupan apretadamente una vasta sala. Y, este señor nos aseveró que lo que allí había, era apenas una parte mínima de lo hallado en las excavaciones; pues la mayor cantidad estaba ya destruída en el suelo, o se destruía al excavar. El cree que lo que posee, es un saldo de 40.000 objetos descubiertos en sus trabajos. En cuanto al Sr. Robayo, posee cosa de 1.500 piezas guardadas también en una amplia sala, asimismo, un pequeño saldo de lo excavado.

Las colecciones de ambos señores, comprenden, ante todo cerámica en forma de vasos, pódos, cántaros y más vajilla de barro de todo modelo, tamaño y descripción, muchos de ellos, maravillosos por su acabado y ornamentación; especialmente, en los diseños antropomorfos y zoomorfos, hay piezas originalísimas representando al hombre y a toda la fauna regional, en sus más variadas manifestaciones y en casi todas las especies: caciques, sacerdotes, hombres, mujeres, figuras costumbristas, símbolos, cóndores, tórtolas, perdicés, sabandijas, sapos, pumas, tapires, venados, etc. Entre los objetos de piedra, aparte de las llamadas hachas, hay vasos y morteritos primorosos de piedras negras finísimas bruñidas impecablemente. Hay cráneos humanos de formas inverosímiles, y más huesos humanos y de auchénidos, probablemente de llamas y alpacas. Hay tejidos de lana y de algodón, hilos, incontables collares y brazeletes de materias térrreas. Pero lo más sorprendente y digno de atención, son los objetos metálicos de oro, plata y cobre y sus aleacio-



Parte de la colección
arqueológica de don
Serafín Robayo, de
Píllaro.



nes, así como los objetos marítimos, tales como conchas y caracoles.

Los objetos de oro están constituídos por largos collares formados de cuentas de pequeños cilindros hechos de láminas enrolladas; además por muchos enormes zarcillos laminares en forma de media luna, hechos de una aleación talvez de plata, pero bañados en oro fino. Entre estos discos, hay algunos nó repujados a golpe, sino, sorprendentemente, como laminados, bruñidos y acabados en los más modernos talleres europeos de laminación. Diría yo que son espejos de oro. ¿Cómo pudieron hacer estos trabajos los aborígenes? Es cosa incomprensible.

Los objetos de cobre son también obras muy avanzadas en metalurgia. Se observan aleaciones con plata. Pero, de cobre puro, hay enormes agujas de coser, exactamente iguales a las diminutas actuales de acero; hachas, topos gigantescos, casi como estoques, cascabeles, efigies del sol y de la luna, estrellas, etc.

De conchas y caracoles marítimos hay muchos collares; también grandes caracoles de mar, sueltos, y, por último, diversos motivos ornamentales relativos a la vida costanera. ¿Cómo se explica ésto, si Pillaro es una de nuestras comarcas interandinas más retiradas del Océano Pacífico, y más bien la más atlántica, pero de un Atlántico que está a miles de kilómetros de distancia? — La explicación viene de suyo: se ve que los aborígenes de Pillaro tenían contacto, tráfico y tratos sociales, lo mismo con las inmediatas tribus atlánticas del Amazonas, como con las muy lejanas tribus de la costa del Pacífico; y, una nación capaz de abarcar tan enorme influencia, tenía que ser, necesariamente, una unidad política poderosa, influyente, y con una personalidad nacional capaz de dejar huellas indelebles de todo orden, justamente como las que nos están sirviendo para reconstruir, faceta por faceta, el gran Señorío de Ati.

Finalmente, debo decir que la mayor parte de las piezas arqueológicas de las colecciones antedichas, aparentemente pertenecen al arte llamado peruano o incá-

sico. Si esto es así, y si hay civilizaciones superpuestas, lo definirán mejor los arqueólogos; para lo cual es indispensable que se hagan estudios serios, y que el Gobierno del Ecuador adquiera las colecciones y haga estudiar la región.

**El Ati-Pillahuaso, Rumiñahui, y
Sebastián de Benalcázar.**

LOS TESOROS DE ATAHUALPA

El Dr. Coba Robalino, que nos ha dejado en su referido libro noticias curiosísimas sobre el Ati, no sólo recopilándolas de los primitivos cronistas castellanos que fueron testigos presenciales y actuantes de los hechos entre los españoles y los indios, sino recogiendo también tradiciones originales que han sobrevivido entre los indígenas de Pillaro y Salcedo, cuenta, que el año de 1896 oyó de labios de un viejo cacique Tituaña de Pillaro, entre otras cosas, lo que sigue, y que consignó el Dr. Coba, por orden de su tío abuelo, Don Justo Robalino, en un escrito intitulado *Apuntes de Curiosidades Antiguas*:

«El antiguo rey de Pillaro, de San Miguel y de Mulalillo con Panzaleo, se llamaba Pillahuaso Jati, hijo del Pillajo Jati de San Miguel. El Pillahuaso se casó con la primitiva Reina Choazanguil (1) de aquí de Huainacurí, y fue taita de la hija que, aquí mismo, se casó con el Inca Huaina-Cápac; de ese casamiento nació, aquí mismo (en Pillaro) el General Rumiñahui, y de esa familia

(1) Este patronímico, a mi juicio, quiere decir "seno o vientre sagrado". Véase los títulos Sangurima, Lloa, Cotocchoa, Pasuchoa de mi libro de etimologías aborígenes.— L. A. M.

venimos los Tituañas, y por éso somos dueños del cerro Huicotango y del Huainacurí».

Esta afirmación del cacique Tituaña, hecha ante el Dr. Coba en 1896, parece digna de crédito, y, aún el severo Sr. Jijón y Caamaño en su más reciente libro, admite la probabilidad de que Rumiñahui era de Pillaro y hasta empieza a sospecharlo como un Ati, y que el Ati era un potentado, cuando dice (1): "Preso y ajusticiado Atahualpa en Cajamarca, el Imperio quedó sometido a los Castellanos. En cambio, en el Reino de Quito estalla una rebeldía; pero, disuelto el nexo de unión de los pueblos, la resistencia no es uniforme; cada cacique defiende su soberanía. Rumiñahui que lo era —probablemente— de Pillaro, aspira a la realeza, por ello se revela contra Atahualpa al matar a su hermano, pero después de vencido, no cuenta más que con el apoyo de su propio ejército". Y, en seguida, en una nota, se interroga a sí mismo el Sr. Jijón con esta pregunta: "El Jefe, régulo o señor de los Puruhaes, el Conchocando de Licán, como Rumiñahui, es el Ati de los Pansaleos?"

Yo creo, por tanto, que la respuesta está dada: Rumiñahui era nativo de Pillaro, y era un Ati, porque era nieto del gran Ati-Pillahuaso.

Si ésto no es verdad, veamos luego cómo el cacique Tituaña hablando en 1896, no discrepa en su relato tradicional con las crónicas auténticas de los Cronistas castellanos de 1533 y 1534, ni con González Suárez.

Tituaña, delante de los otros caciques, Montachán, Toasa, Sisa y Pilamunga, había dicho, según el Dr. Coba: "El antiguo rey de Pillaro se vestía con tanto lujo como el rey de Quito, y después (anótese bien esta palabra) como el Inca, se vestía como se visten ahora los grandes danzantes o bailarines de Corpus; otros danzantes, vestidos con menor lujo le cargaban en unas andas forradas de chapas de oro y con bastones de plata; le cu-

(1) "El Adelantado Sebastián de Benalcázar", pág. 29.

brián del sol, del polvo y de la lluvia unas lindas y finas cortinas de colores sostenidas en unos palos; le acompañaban tropas con lanzas y hachas de cobre y con grandes garrotes”.

“Durante los treinta años del reinado de Huaina-Cápac en Quito, prosigue diciendo por sí el Dr. Coba, y los primeros años del reinado de Atahualpa, el Ati gozó, con su familia, de mucha tranquilidad; formó sin duda parte del Gran Consejo de los Ancianos con Huaina-Cápac, fue depositario del testamento del Inca en Quito, con otros Señores, y sostuvo con todo su brazo al Inca Atahualpa contra Huáscar.—Así como luchó tan heroicamente contra los Incas en su juventud, así contra los españoles, apoyó con sus consejos, su influencia y su experiencia guerrera a su nieto Rumiñahui (1).— Antes de decidir la proclamación de Rumiñahui como Shiry del Reino de Quito, el valeroso anciano, talvez ya de noventa y tres años de edad, pero —con referencia a Tituaña, agrega el Dr. Coba— “robusto y ágil se dirigió con otros varios reyes a Cajamarca para hacer huir a Atahualpa, pero, viendo que era imposible la fuga del Inca, aullan-

(1) Cuando he comparado al Ati-Pillahuaso con el Libertador Bolívar, bien se comprenderá ahora, que no he querido referirme al héroe de la guerra que, usando de los mestizos e invocando la liberación de los indígenas, declararon los españoles criollos de la América del Sur, a los mandatarios españoles de España para sustituirles en el gobierno colonial de los países sometidos y para parcelar a éstos en grupos republicanzados al capricho y en proporción únicamente de sus victorias militares, sin atender ni a los votos de los pueblos anticipados en convulsionarse, ni a sus caracteres étnicos. Me he referido a un Simón Bolívar que hubiese realizado la letra de sus proclamas apelantes a la liberación de la Raza Vencida, luchando como un Vencedor Ati, contra todo forastero que tratase de incorporar a un yugo extraño y de desnaturalizar la tierra y los destinos de sus mayores, y sobre cuyos campos de victoria no hubiesen tenido que inscribir los pueblos una sentencia tan imperecedera, cual la que apareció en los muros de Quito el 25 de Mayo de 1822, diciendo así: «ULTIMO DIA DEL DESPOTISMO Y PRIMERO DE LO MISMO». — L. A. M.

do de dolor llegaron a Pillaro y empezaron los preparativos para la guerra contra los blancos. Las candeladas anunciaron que en Cajamarca, el Inca había sido muerto por los españoles. Entonces se proclamó Rumiñahui, Shiry de Quito, por ser hermano mayor de Atahualpa, hijo de Huaina-Cápac en la hija del Ati de Pillaro. Levantó sus ejércitos, los disciplinó y salió a encontrar al Conquistador Benalcázar en Tiocajas. Le acompañaban los Grandes Caciques ancianos Nazacota, Jacho y Ati; los robustos y viriles Zopozopangui, Pintac, Quimbalimbo, Chaquitinta, Nuenango, los Angos, Mainalao y los otros más sedientos de concluir con los blancos, de contradecir los anuncios de Sisa Ñahui y de poner escarmiento a los Cañaris, que se habían puesto incondicionalmente al servicio de los españoles como guerreros y astutos guías." Hasta aquí el Dr. Coba.

Se iban, pues, a poner frente a frente un nuevo capitán Ati, mozo, apodado Rumi-ñahui (1), contra uno de los capitanes españoles, Sebastián de Benalcázar, destacado desde Cajamarca para que persiga y capture el resto de los tesoros que regresaban a Quito rezagados del rescate del soberano Atahualpa. Desde ese instante comienza, pues, la persecución de aquellos estupendos tesoros, que dura ya cuatro siglos y que todavía se los persigue sin hallárselos, pero dejando el camino de la búsqueda, regado de creaciones y de descubrimientos maravillosos, que tampoco terminan aún Y, desde este momento principia también, la historia documen-

(1) Quiero llamar la atención a este detalle no advertido por nuestros historiadores, de que Rumiñahui era solamente un apodado a un Ati, porque tenía un berrueco en el ojo. Además que la chapotonería o dificultad de los españoles para pronunciar Rumiñahui, les hizo decir y escribir Orominavi (a la manera de Atabaliba, semejante a la palabra castellana atabal, tambor) como quien dijera «oro-mina-vi, yo ví mina de oro», chapotonada que empeoró la suerte del pobre Rumiñahui hasta matarlo asado en Quito a poco de fundada la ciudad. Esta es mi opinión. —L. A. M.

tada de la persecución ansiosa de los Tesoros de Atahualpa, que, no es otra,—hablando claro, y sin las tendencias místicas de nuestros historiadores generalmente religiosos—que la historia de la Fundación de Santiago y de San Francisco de Quito, y del Descubrimiento del Amazonas, ambos hechos, en pos de El Dorado y de nada más.....

La lucha entre este Ati-Rumiñahui y Benalcázar resultó larga y tenaz, hasta que, como dice el doctor Coba, acosado el cacique por Benalcázar en el Pucará de Guagrahuasi de Pillaro, se retiró al Occidente, a Jatun Sigchos a presentar nueva resistencia. Entre tanto, añade, es opinión común entre muchísimos de San Miguel de Muliambato y Pillaro, que Rumiñahui hizo esconder todos los tesoros que más pudo recoger del Reino de Quito, en un sitio cercano a los Llanganates, y nó en las faldas del Rumiñahui ni de otro cerro».

Por último, dice que "Ampudia que había perdido la pista de Zopozopangui, dió por fin con él en Chizaaló o Jatun Sigchos, y tuvo que combatirle muchos días. En ese batallar estaban los de Ampudia en Chizaaló, cuando el Capitán don Hernando de la Parra que, con una escolta de españoles se había metido por Alóag, en persecución de otro cacique a las laderas del Cerro Azul y dado con el camino de los indios, casualmente se presentó en las pampas de Chiac (1) y vió como uno de los sitios del espantoso promontorio Topalibí (que significa "el rodadero del Gran Jefe") se arrojó al abismo un indio adornado de collares, brazaletes y llautu, que brillaban con los rayos del sol, y que se quedó enredado y colgado en unos espesos matorrales de chilca. El Capitán de la Parra ordenó descolgar a ese Jefe de cualquier manera y así lo hicieron sus soldados; cuando, he-

(1) Esta zona es riquísima en minas de oro y allí estaban localizadas las famosas de Sarapullu que pertenecieron también a los Solanda.—L. A. M.



ATI II,

conocido con el sobrenombre de *Rumiñahui* por su pueblo
índio, apodo desfigurado en *Orominavi* (vi-mina-de-oro)
por los conquistadores españoles.

(Cuadro del artista Sr. José Yépez que se lo conserva
en los Salones de la Municipalidad de Quito .

rído y moribundo le preguntaron quién era? les contestó: «Rumiñahui». De ahí mismo, atravesando el río Jatuncama, con tan preciosa carga, llevando al herido en unas parihuelas, por el camino de los mismos Incas, llegaron a Quito, donde se gozó mucho Benalcázar de tener preso a su más temible enemigo. Poco después llegaron presos los Caciques Zopozopangui, Nina, Quimbalimbo, Razarzo, Chuiquitinta y otros más. En la prisión, a pesar de sufrir muchos tormentos, ni Rumiñahui ni sus compañeros, nunca declararon en dónde estaban escondidos los tesoros”.

Ahora, veamos cómo los propios españoles de esos días relatan estos hechos:

Fernández de Oviedo, el Primer Cronista Oficial del Nuevo Mundo (1), dice:

“Dexemos esto e tornemos a nuestro propósito de la gobernación de Quito, que fue el señorío de aquel grand rey Guaynacava dexó a su hijo Atabaliba. A la qual provincia envió por su capitán el marqués don Francisco Pizarro a Sebastián de Benalcázar. Y este fue en seguimiento de Oróminavi, Capitán de Atabaliba, que se fue con mucha parte del thessoro suyo, despues que le vido preso, y en demanda de ese oro fue Benalcázar e hizo mucha guerra a los indios de Quito y sus comarcas, y este fundó la cibdad de Sanct Francisco ques el primer pueblo que ovo de chripstianos (pág. 381)

“ llegaron a un pueblo que está a ocho leguas de Riobamba (talvez el de Mocha.—L. A. M.) e allí les dixerón que doce leguas adelante, a par de un río (no puede ser otro que el de Patate para pasar a Pillaro.—L. A. M.) estaban cinquenta mill hombres hechos fuertes, con fosos e albarradas, porque los chripstianos no podían pasar sino por allí” (pág. 236). Y, al hacer los españoles una celada, dice Oviedo, fingiendo que corrían con sus caballos en derrota, los indios les

(1) “Historia General y Natural de las Indias”. Tomo IV.

persiguieron dándoles voces, "aguarda, aguarda, que damos hemos el thessoro de Atabaliba, e pagarnos heys su muerte!"

".....hasta que llegaron a la cibdad de Quito, donde avía mucha gente de guerra, que assimesmo fue vencida por batalla, e siguieron el alcance con mucho daño de los contrarios, e ovieron muchos prisioneros.— Ovose en Quito algún oro e plata, e no mucho, porque cinco días antes se avía ydo de allí Orominavi, que era el señor, con quatro mill mugeres e once hijos de Atabaliba, e fueron sentar su real en una provincia que se dice Yumbo, a donde fue contra él el capitán Sebastián de Benalcázar, e lo desbarató e huyó e le tomó los hijos de Atabaliba, e hasta veynte mill pessos de oro en joyas, e no hallaron más porque todo el oro de Atabaliba ya lo avía enterrado. El dicho Orominavi faltó poco de ser presso, e con esta victoria los chripstianos se tornaron a Quito, desde donde el Capitán Benalcázar hacía la guerra guerreada, peleando los más días con los enemigos.— Otro día siguiente vinieron de paces siete caciques, e fueron admitidos a la amistad e bien tractados sirvieron de ahí adelante a los chripstianos. Desde allí (de Quito) pasaron a una cibdad que se llama Caiambe e a otra que se dice Carangue, donde se halló una casa del sol chapada de oro e plata por de dentro e de fuera, aunque pequeña; pero a honor de Sanct Bartolomé fue desollada presto. E con ese despojo se tornaron los españoles, e acompañados de mucha gente de paz que avían salido a dar la obediencia; pero no muy contentos de no aver podido conseguir los nuestros aquellos thessoros que buscaban de Atabaliba. Con todo, un indio de la provincia de los carates que se avía perdido, dixo quel sabía donde estaba el thessoro escondido, e fueron allá e hallaron once cántaros grandes de plata e tres de oro, e preguntádole por lo demás dixo que cada señor escondió el thessoro, quel señor Atabaliba lo avía enviado e lo tenían escondido(pág. 238)

Los gigantescos tesoros sobrantes del rescate de Atahualpa, escondidos en el territorio de Quito, podrían valer en estos días, cosa de 700.000.000 de dólares.

“Sabida la muerte de Atabaliba, e partido el gobernador de Caxamalca para el Cuzco, vinieron muchos indios e allanaron aquel pueblo e no dexaron en él piedra sobre piedra, e desenterraron el cuerpo de Atabaliba e se lo llevaron, e no se supo dónde le pusieron.— Súpose e díxose por cosa muy cierta, quel capitán Orominavi (que la historia ha dicho que se alzó con cierta gente con los thessoros de Atabaliba) se fue con doce o quince mill hombres de guerra, e que llevó sesenta mill cargas de oro a Quito e a otras partes donde le pareció que lo podría mejor encubrir (¿dónde mejor que en Llanganati, sus dominios? -L. A. M.) como se encubrió, que no se ha hallado ni habido de todo ello sino muy poca cantidad. non obstante quel capitán Benalcázar en essa demanda mató e assó muchos indios principales en Quito (1) e por aquellas comarcas; pero nunca se pudo saber dello ni alcanzar este secreto, ni dónde está aquel oro.— E acaeció estar atormentando tres o quatro indios (e más o menos) para que lo dixesen, e decía uno dellos: “Essos lo saben”. E preguntado a los otros, cada uno respondía lo mesmo que otro; e assí padecían todos la muerte tan cruda e dilatada como la querían dar, sin se poder entender

(1) Consta el informe de la muerte dada a “Oromynaby e Zozopagua e Rrazorrazo e Nyna e otros sus alyados y amygos” en las actas originales, manuscritas del primitivo Cabildo español de Quito, que se guardan en la Municipalidad actual, y es de fecha Viernes 25 de Junio de 1,535.— Véase, “Libro Primero de Cabildos de Quito, Libro Primero, págs. 102 y 103.

ni sacar dellos otra cosa; pero sábese de indios principales, que preguntándoles si le quedaba a Atabaliba más oro del que avía dado a los chrisptianos, tomaban un celemín o más de maíz del granado e hacían un montón dello, e de aquel sacaban un solo grano e decían: "Este grano es lo que ha dado Atabaliba de sus thessoros, e lo que le queda es²essotro", señalando el montón con el dedo, queriendo significar que era sin número ni comparación lo que le quedaba." Oviedo, pág. 250.

De manera, pues, que si el Tesoro de Atahualpa, sobrante de su burlado rescate, y traído a ocultárselo en el territorio de Quito, constaba de sesenta mil cargas de oro, y, suponiendo que cada carga, para llamarse tal, pesase una arroba española, o sean 25 libras de 16 onzas cada una, al precio actual del gramo de oro, podría valer dicho Tesoro, aproximadamente, la fantástica suma de 700.000.000 de dólares, equivalentes a algo como siete mil millones de los sures ecuatorianos de estos días. ¿Habría sido posible y verdad semejante acumulo de oro?

Atahualpa declaró que en Quito se hallaba la mejor mina de plata de su Imperio.

En la Relación personal que Atahualpa hizo en la cárcel de Cajamarca, donde estaba preso, ante Francisco Pizarro, y que fue escrita por los escribientes de este conquistador, consta, entre otras, la siguiente declaración literal hecha por el Monarca Inca: « y en todas estas provincias, hay minas de oro e muchas e muy ricas de plata. E la plata se saca en las sierras en ciertas partes con poco trabajo; que cada indio saca cada día cinco o seis marcos de plata envuelta con plomo y estaño e piedra azufre, e la apuran; e para sacarla, pegan fuego a la sierra donde ella está, e con la piedra azufre arde, e como se quema, cae la plata a pedazos. Y en

Quito hay la mejor mina de plata, porque sacan más cantidad que en ninguna parte». (Oviedo, Tomo IV, pág. 180).

En estas pocas y tan sencillas palabras de Atahualpa, se puede adivinar y admirar todo el saber que los aborígenes poseían sobre minería, desde el detalle geológico de localizar los minerales argentíferos en las alturas, hasta los compuestos en que se halla enmascarada la plata, y la manera de depurarla. La Relación de de Atahualpa, es, pues, una de las confirmaciones más preciosas de la tesis que sostengo y mantengo como base esencial de mi libro «El Ecuador Minero».

Los cuantiosos tesoros que los españoles lograron arrebatárle con cruel engaño a Atahualpa, según las actas que existen, equivaldrían hoy a un valor de más de 22.000.000 de dólares fuera de los quintos reales.

Con motivo de la reciente conmemoración de la vida del Adelantado Sebastián de Benalcázar, han salido a luz, o se han difundido, numerosos documentos nuevos o poco conocidos, concernientes al Tesoro de Atahualpa, cuyo proceso de la persecución de la parte restante, que fue ocultada, es el verídico proceso de la fundación de este país que llamamos hoy República del Ecuador.

En el ya mencionado libro «Sebastián de Benalcázar», que acaba de publicar el señor Jijón y Caamaño, se inserta, al respecto, un documento interesantísimo. Es nada menos que el «Testimonio de la Acta de Repartición del Rescate de Atahualpa, otorgada por el Escribano Pedro Sancho», copiándolo literalmente del «Libro primero de Cabildos de Lima; Vol. III. Lima, 1888. págs. 121-126, acta en la cual aparece con minuciosidad la lista de los individuos entre los cuales se repartieron

el inmenso botín de la felonía de Cajamarca, y la parte exacta que correspondió a cada uno. Extractando, por brevedad ese documento, dice así en sus puntos esenciales:

“En los pueblos de Caxamalca de estos reinos de la Nueva Castilla, a 17 de Junio del año del Ncmt. de N. S. J. de 1533, el muy magnífico Señor el Comendador Francisco Pizarro, etc dijo: que por cuanto en la prisión y desbarato que del cacique Atahualpa y de su gente se hizo en este dicho pueblo, se obo algún oro, y después quel dicho cacique prometió y mandó a los cristianos españoles que se hallaron en su prisión, cierta cantidad de oro, la cual cantidad se halló y dijo sería un buhío lleno y diez mil tejuelos (1), y mucha plata que él tenía y poseía y dello el dicho cacique ha dado y traído y mandado dar y traer parte dello, de lo qual conviene hacer repartición y repartimiento así del oro y plata, como de las perlas y piedras y esmeraldas que ha dado, y dé su valor entre las personas que se hallaron en la prisión del dicho cacique Y luego proveyó otro auto el dicho gobernador para que el oro se fundiese y repartiese, el qual se fundió y repartió de esta manera”—A continuación, sigue, entonces, la larga lista de los que se beneficiaron con el inmenso tesoro que le arrebataron a Atahualpa, lista que comprende a 146 personas, y a 4 entidades: la Iglesia, las deudas y fletes de Almagro, el hospital de enfermos quedados en Piura, y para una exploración de Hernando Pizarro.

En total, el Tesoro de Atahualpa, ya fundido y repartido, consta que montó a 40.860 marcos de plata, y a 1.014.126 de pesos oro; de los cuales, a la Caballería, incluyendo en ella a los Pizarro, Soto, Benalcázar y demás capitanes, tocó 25.798 marcos de plata, y 610.131

(1) Con el nombre de buhío o bohío designaban los castellanos a una casa o cabaña de los indios.—L. A. M.

pesos de oro; y, a la Infantería y auxiliares, correspondió 15.061 marcos de plata, y 360.994 pesos de oro.

Ahora bien, creo que no dejará de ser curioso el conocer siquiera aproximadamente, lo que en nuestras monedas actuales representaría el valor de dicho Tesoro quitado a Atahualpa. Un marco de plata, era una antigua unidad numismática alemana, usada entonces por los españoles y equivalía a 8 onzas (media libra de plata) divisibles en 16 medias onzas. Estas eran las antiguas ONZAS de plata, sobre cuyo patrón se acuñaron todavía los sueros ecuatorianos del Siglo XIX.

El antiguo peso de oro, en pocas palabras, era una moneda semejante a una pieza actual de veinte dólares, o sean cuatro águilas.

Los hombres diestros en números podrán, sin duda, perfeccionar los cálculos que siguen; pero, de mi parte, bastante inhábil para ello, me contentaré con decir toscamente que los Tesoros de Atahualpa valdrían hoy, entre el oro y la plata, algo como 22.569.620 dólares, equivalentes, por tanto, a más de doscientos veinte y cinco millones de sueros actuales.

De esta suma, los que más cogieron, fueron los Pizarro. Solamente a Francisco Pizarro le tocó un valor que hoy representaría más de un millón y medio de dólares. A Sebastián de Benalcázar se le asignó en el reparto un valor que hoy lo computaríamos en más de 200.000 dólares. Sin duda, insatisfecho Benalcázar por este resultado, avanzó acá, al Quito, en pos de atrapar el gran resto de los Tesoros del Inca, sin lograr hasta la fecha dar con ellos; sí, hasta hoy, porque Benalcázar sigue persiguiéndolos todavía..... en el misterioso **LLANGANA** del invencible **ATI-Rumiñahui**, que se dejó quemar vivo en la recién fundada plaza de Quito, antes que rendirse a revelar su invulnerable secreto a los matadores del Inca!

Pero, nuestra Expedición—infructuosa como todas las de los siglos que han pasado—pudo, a lo menos, entonar siquiera, allá, en las jamás holladas reconditeces

de Llanganati, y junto con los pocos, bravos indios puros que nos acompañaron, esta exclamación que siempre resuena en nosotros, y que inspiró la publicación de este libro:

Oh, LLANGANA, LLANGANA, tú eres
el misterioso país del ATI!!!

PARTE CUARTA

EL DERROTERO DE VALVERDE

ATANASIO DE GUZMAN Y RICHARD SPRUCE

Richard Spruce, el afamado botánico inglés, que cumplía una misión oficial del Gobierno británico, de estudiar y recolectar plantas económicas en el Amazonas y en los Andes, para enriquecer la flora útil de los Dominios británicos, después de una larga permanencia en las selvas amazónicas, llegó a la región interandina del Ecuador, a mediados del siglo XIX, y, de ello, en parte, nos cuenta lo siguiente, en su sabia obra que antes he mencionado:

“En el mes de julio de 1857 llegué a Baños, donde me dijeron que los nevados que había visto desde Puca-yacu, que se hallaban entre el Tungurahua y el Cotopaxi, eran las cumbres de un grupo de cerros llamados Llanganati, desde donde se extendían lomas cubiertas de una densa vegetación (1) hasta el Pastaza, las mismas que había visto antes.....”

(1) Obsérvese que Spruce también notó como cosa muy particular, estas lomas que yo llamo la Tercera Cordillera de los Andes.—L. A. M.

"Durante el mes de Septiembre, visité el pequeño pueblo de Cotaló, situado en una pequeña altipanicie que se encontraba a las dos terceras partes del ascenso del Guayra-pata; pero que queda al frente del Tungurahua cerca de la confluencia del Patate con el Chambo. Desde Cotaló, en una noche de luna, se divisaba no solamente el Tungurahua, el Altar, Condorasto y la cordillera de Cubillín, que se extendían hacia el Sur para el volcán Sangay, sino también hacia el Este la cumbre nevada de Llanganati. Es este uno de los pocos puntos desde donde puede distinguirse el Llanganati; también cuando el estado atmosférico lo favorezca, se lo puede ver desde un punto muy arriba en las faldas del Tungurahua y el Chimborazo... .."

"En Baños me contaron como ya hacían muchos años, un español, botánico, perdió su vida por motivo de un accidente que sufrió cerca del pueblo de Patate, y que ciertas cajas pertenecientes al difunto, que contenían manuscritos y plantas secas, fueron dejadas en Baños; mas, los insectos destruyeron manuscritos y plantas. Durante los veranos de los años 1858 y 1859 visité a Quito y varios otros lugares de la cordillera Occidental, y debido a la disensión interna del país en ese tiempo, no me fue posible salir de Ambato y Riobamba, en donde estuvieron depositados mis efectos, sino por pocos días juntos. Obtuve sin embargo, evidencia irrefutable de que el Derrotero, o sea la Guía de Llanganati de Valverde, había sido enviada por el rey de España a los Corregidores de Tacunga y Ambato, junto con una Cédula Real que ordenaba a dichos funcionarios a que empleasen toda diligencia en buscar el Tesoro de los Incas.— Y que se había hecho una expedición encabezada por el Corregidor de Tacunga en persona, acompañado de un fraile, Padre Longo, de cierta fama literaria.— Se descubrió que el Derrotero correspondía en toda exactitud con las localidades, de manera que sólo una persona íntimamente conocedora de ellas hubiera podido hacerlo; y, que una persona que nunca hubiese salido de España, al haberlo

confeccionado, resultaría una imposibilidad. La Cédula Real y el Derrotero fueron depositados en los archivos de Tacunga, de donde desaparecieron hace cosa de veinte años. A tantas personas les fue permitido sacar copias de ellos, que, al fin alguien no contento con una copia, llevó el original. He conseguido una copia del original, copia que lleva fecha Agosto 14 de 1827; mas, no he podido encontrar a nadie que se acuerde de la fecha de los documentos originales. Me informé también de que el botánico antes mencionado, era Don Atanasio Guzmán, que residía algún tiempo en Pillaro, desde donde salió al mando de muchas expediciones en busca del oro de Llanganati.— Hizo éste un mapa de Llanganati, lo que se supone aún existe. Aunque Guzmán y sus compañeros no hallaron el depósito de oro, encontraron sí las entradas a varias minas de plata y de cobre, las que habían sido trabajadas en tiempo de los Incas; se cercioraron también de la existencia de otros metales y minerales.— Principiaron a beneficiar las minas, con ardor al principio, mas, pronto se perdió el entusiasmo debido ésto en parte a las riñas entre sí, pero mayormente a la manera lenta de adquirir riqueza cuando se suponía haber oro derretido a la mano cerca. Quedaron al fin abandonadas dichas minas.”

«Aconteció ésto al principio del siglo presente, mas la fecha exacta me ha sido imposible averiguar. Se dice que Guzmán se encontró con Humboldt, y que mostró a éste sus dibujos de plantas y animales. Murió Guzmán por el año de 1806 o 1808 en Valle de Leyto a unas cuantas leguas al Este de Ambato, en una pequeña casa de campo denominada actualmente Leytillo, pero indicada en el mapa como San Antonio. Fue sonámbulo, y una noche, habiendo salido de la casa, dormido, cayó al fondo de un precipicio y así murió. Más de estos datos no he podido averiguar acerca de la vida de este caballero, y temo que no existan documentos que den más luz en lo relacionado con la historia de su vida; aunque se cree que todavía existe un manuscrito botánico suyo

en los archivos de Quito. Hice averiguaciones incesantes a fin de descubrir el mapa, y, al fin llegué a saber que el dueño actual era un caballero de Ambato, el Sr. Salvador Ortega, a quien me dirigí para conseguirlo. Tuvo la amabilidad de mandar que fuese traído inmediatamente de Quito, y lo puso en mis manos; debo, pues, a la bondad de dicho caballero el poder poner en manos de la Real Sociedad Geográfica de Londres una copia del mapa (1).»

«El mapa original se forma de ocho pequeños trozos de papel de tamaño algo desiguales. Los de mi copia corresponden exactamente pegados a un trozo de zaraza, siendo de tamaño de tres pies 10 y media pulgadas, por dos pies 9 pulgadas. El dibujo se lo ha hecho de manera nítida con lápiz de tinta india. Los caminos y techos de las casas son colorados; mas su uso ha sido tal, que actualmente se halla en una condición gastada, y los nombres aunque originalmente escritos con claridad, se hallan en muchas instancias apenas legibles».

«El territorio representado se extiende desde el Cotopaxi por el Norte, hasta las faldas del Tungurahua por el Sur; y desde la llanura de Callo, hasta el río Puyu en las selvas de Canelos al Oriente. Abarca un territorio algo menos de un grado ecuatorial, es decir, la parte inclusa entre $0^{\circ}40'$ y $1^{\circ}33'$ S. Lat., y entre $0^{\circ}10'$ W., y cerca de $0^{\circ}50'$ E. del meridiano de Quito. Dentro de este espacio se hallan seis volcanes activos, además del Cotopaxi, verbi-gracia:

(1) Una reproducción de esta copia del Mapa de Guzmán, es la que aparece en mi libro «El Ecuador Minero», Quito, 1932, con el título de «Mapa Antiguo de los Llanganates formado después de muchos viajes en los siglos XVIII y XIX por Atanasio Guzmán, siguiendo el Derrotero de Valverde. — Nuevamente dibujado por Luciano Andrade Marín, MCMXXXII.» Por cierto, esta reproducción mía no contiene sino los detalles más esenciales, a mi juicio de entonces, del mapa de Guzmán.—L. A. M.

«1.— El volcán de Mulatos al Sureste del Cotopaxi y casi en el meridiano del río Ulva, confluyente del Pastaza que viene del Tungurahua. La posición de este volcán corresponde a la del Quilindaña de los demás mapas. Dicho nombre no se encuentra en el mapa de Guzmán, ni se lo conoce por los habitantes del país. A un grupo de cerros que se extienden hacia el Noroeste y que termina en este volcán, se lo denomina Cordillera de los Mulatos, y se ve separado por el Valle Vicioso del Cotopaxi».

«2.— El volcán de las Margasitas al E. S. E. de los Mulatos y algo al E. del N. del río Verde, a su desembocadura».

«3.— Zunchu-urcu, un volcán más pequeño Margasitas y que queda a poca distancia al S. S. E. de él. (Zunchu quiere decir en quíchua, mica o talco)».

«4.— Siete Bocas, un cerro grande con siete bocas que vomitan llamas al S. W. de Margasitas y al Oeste Sur del Zunchu-urcu. Su declive meridional es el nevado de Atilis».

«5.— Gran volcán del Topo o Yurac-Llanganati, casi al Este del Siete Bocas, y Sureste del Zunchu. Es un pico alto y nevado a la cabecera del río Topo, y el mismo que ví desde Cotaló. Es este el único que se eleva hasta llegar a las nieves perpetuas, aunque muchos más hay que rara vez se ven libres de nieve, por éso su nombre Yurac-Llanganati».

«Los cuatro últimos volcanes todos se hallan juntos y constituyen parte de lo que Guzmán llama Cordillera de Yurac urcu o Llanganatis del Topo. Al Noreste del volcán Topo y extendiéndose desde el Sudeste hacia el Noroeste, se halla la Cordillera de Yana-urcu, o los Llanganatis del Curaray, que consiste mayormente

de un cerro cubierto de bosques con muchas cumbres, llamado Rundu-uma-urcu, o Sacha-Llanganati (1)".

"6. — Jorobado o El Jorobado, S. S. W. medio Oeste del Yurac-Llanganati, y entre el río Topo y las cabeceras del río Verde Grande".

"Yo he conversado con gentes que han visitado el distrito de los Llanganati desde hace cuarenta años atrás, y todos me aseguran que ellos nunca han visto allí ningún volcán activo; empero, ésto no prueba de manera alguna que Guzmán inventó las bocas que vomitan llamas, que aparecen en su mapa"

(Lo anterior, no es sino un fragmento de lo que escribió Spruce en su viaje a Sud América, bajo el título, esto último, de «Un Tesoro-esccondido de los Incas en las Montañas de Llanganati, Ecuador; una Guía auténtica a esta localidad; ilustrada con un Mapa. El Mapa copiado y la Guía traducida, por Richard Spruce», y que está en parte reproducido en el libro "Notes of Botanist on the Amazon and Andes", que logró formar Alfred Russel Wallace resumiendo las Notas y Diarios de Viaje que dejó Spruce en manos de su Alhacea, antes de morir; pues, a Spruce le sorprendió la muerte antes de poder él mismo publicar los resultados de su viaje. Sin embargo, el escrito sobre Llanganati parece que, como veremos luego, en forma de folleto, le dió publicando en vida, a Spruce, la Real Sociedad Geográfica de Londres, y le remitió unos pocos ejemplares de aquel al Ecuador. El libro de Wallace, no contiene, pues, sino partes del estudio crítico que hizo Spruce sobre el texto del Derrotero de Valverde y sobre el Mapa de Guzmán. Aún más, el mismo Spruce ha cometido un muy lamentable error al suprimir intencionalmente toda la parte más oriental del

(1) Nótese cómo Spruce, describiendo y comentando el Mapa de Guzmán, señala también llamativamente, tal cual yo la he descrito y sólo que con otros nombres, a la que denominó y considero como la Tercera Cordillera de los Andes. Compárese ésto con lo dicho en el Cap. XVIII del presente libro. — L. A. M.

mapa original de Guzmán, porque él cree que "no tiene esa parte una relación inmediata con la cuestión del Tesoro". Y, esa parte, cabalmente, es la de los Sacha-Llanganati, o tercera Cordillera, que yo sí la creo enteramente conexcionada con el Tesoro y con algo más seguro que él, o sea con el oro científico).

Spruce en este escrito sigue comentando y estudiando principalmente los detalles del Mapa de Guzmán; y, por fin, su editor, Wallace, termina con un valioso comentario sobre el Derrotero de Valverde, concuyendo al fin de su "Nota Crítica" con esta afirmación: "Por las varias razones aquí aducidas, yo estoy convencido de que el "Derrotero" de Valverde es un documento genuino y totalmente digno de crédito ... — Si ésto decía el eminente científico Wallace ante las razones entonces aducidas, ¿qué habría dicho ante las revelaciones que se deducen de las páginas de este libro fruto de nuestra Expedición a Llanganati?

Pero, Spruce, parece que aún después de publicado en Londres su folleto sobre Llanganati, no cesó un instante en el Ecuador de seguir preocupándose por esta intriga del Derrotero de Valverde, averiguando cuánto podía sobre él y sobre Guzmán. Debo a la amabilidad del admirable investigador de antigüedades ecuatorianas, Sr. Dn. Celiano Monge, los valiosísimos datos inéditos siguientes, entresacados en su mayor parte, del epistolario de don Juan León Mera, con quien trabó amistad Spruce en Ambato y mantuvo correspondencia escrita hasta los últimos instantes de dejar las playas ecuatorianas.

En una carta de Spruce a Mera, escrita desde Guayaquil el 18 de Diciembre de 1862, le dice: "Llanganati. — La Sociedad Geográfica de Londres me dió veinte ejemplares de mi memoria sobre Llanganati, pero calculando que yo había de querer disponer de casi todos

ellos en Inglaterra mismo, no me mandaron para acá sino 8, cuyo número no me alcanzó para satisfacer a todos mis amigos he pedido más" (1)

En otra carta, desde Puná, el 17 de Marzo de 1863, le dice: "Espero recibir pronto 300 ejemplares del Mapa en papel fuerte, con los cuales pienso publicar una edición española de la Memoria sobre el Llanganati. Deseo conseguir mayores datos.— Pero, por los escritos de Humboldt y Ruíz y Pabón, he llegado a saber algo más de Guzmán. Sé que cuando Humboldt le encontró, era boticario en Quito, y dicen que después ejerció la misma profesión en Tacunga o en Pillaro. ¿Sería posible saber hoy día si era verdad? Existirá todavía quien recuerde haber visto a Valverde, y en cuál pueblo residió éste? Hay quien dice que Valverde era un malhechor emigrado (o desterrado) a América por los crímenes, que para librarse de ser entregado a la justicia cuando regresó a España, fabricó el cuento del oro en Llanganati. ¿Cómo llegaremos a saber si hay algo de verdad en esto?— ¿Quiénes eran los Viteris, Jaramillos, Cobos, Ripaldas, Romeros, etc., cuyos nombres se encuentran en el Mapa como dueños de haciendas o de minas? Se sabe de qué manera murió? —¿Cuál de las minas de plata ha sido explotada en tiempos modernos, y cuántos marcos rindió el cajón? — Un tal Sr. Enríquez de Tacunga ha formado hacienda de caña en los Llanganatis; quisiera saber en qué punto, sobre cuál de los ríos, y en cuántos días de camino se pone uno allá a lomo de mula? —Habría habido algún descubrimiento o exploración nueva en los Llanganatis desde mi salida de Ambato en 1860 (Junio)?"

Tratando, seguramente de ayudar Don Juan León Mera en estas pesquisas a Spruce, en una carta de Don Pedro Fermín Cevallos a Mera, Cevallos le dice: "Efectivamente conseguí del Sr. Salvador Zoilo Ortega que me

(1) Ignoro si existen hoy en el Ecuador ejemplares de este folleto de Spruce.— L. A. M.

prestase un cróquis levantado por el célebre botánico Don Atanasio Guzmán, de quien Humboldt opinaba que era superior a Linneo, y que murió rodado el Leyto, averiguaré con el Dr. Angulo sobre los escritos de dicho señor Guzmán, pues creo que aún alcanzó a conocerle . . . no sé sino que escribió algo en latín“.

Respecto del paradero de los papeles de Guzmán, el Sr. Dn. Celiano Monge se dignó informarme que tenía conocimiento de lo siguiente: Que después de la batalla de Pichincha, el Gral. Don Vicente Aguirre, autoridad Departamental de Quito, supo que los papeles científicos de botánica de Atanasio Guzmán se hallaban en poder del Dr. Félix de San Miguel, Corregidor de Guaranda, y, considerando el Gral. Aguirre que esos papeles debían pertenecer y guardarse en la Universidad de Quito, le obligó a consignarlos en este instituto al Dr. San Miguel, quien lo hizo así, dándoselos al Dr. Angulo, catedrático de dicha Universidad. Con la muerte del Dr. Angulo, los papeles no quedaron guardados en la Universidad, sino que pasaron a poder personal de un hijo del catedrático Angulo, un canónigo Angulo, quien, a su vez, cuando murió, los dejó a un ahijado suyo, el Sr. Dr. Cruz Rivera, abogado, que vive aún. Este caballero, a insinuación de Don Celiano Monge, había obsequiado dichos papeles con dibujos y descripciones de plantas ecuatorianas, a Monseñor Gonzáles Suárez. Muerto éste los poseyó Monseñor Manuel María Pólit; y, fallecido este último, han llegado a poder, en todo o en parte, de unos parientes suyos, jesuitas, quienes seguramente los han franquedo al Sr. Dn. Jacinto Jijón y Caamaño, persona estudiosa y apreciativa que, según parece, trata de publicarlos convenientemente. Entre tales papeles, se sabe que se incluye sin duda el original mismo, tan buscado por Spruce, del célebre Mapa de Guzmán.

El Sr. Dn. Celiano Monge me ha asegurado también que él poseyó hasta hace algunos años, un documento escrito por el General Don Toribio Montes, Presidente de la Audiencia de Quito, en que por el año de 1812,

ordenaba se renueven las pesquisas y se hagan exploraciones para dar con el Derrotero de Valverde, y que, a la circular, se acompañaba una copia de dicho Derrotero. Don Celiano dice que estos documentos los obsequió al Sr. Dn. Lorenzo Gortaire Viteri, todavía residente en Quito, y un verdadero entusiasta por los asuntos de Llanganati.

El Mapa de Guzmán.— Este documento gráfico, que ha venido siendo el complemento indispensable de los que en el último siglo se han interesado por seguir y descifrar el Derrotero de Valverde, ha perdido en gran parte su valor informativo para nosotros, los miembros de la Expedición, porque hemos evidenciado que Guzmán no visitó los Llanganati, sino más bien la zona de Mulatos, ésta sí, de un modo muy prolijo, y sin duda repetido. Respecto del lado Sur de Llanganati, es decir, los páramos de Jaramillo también parece que los conoció Guzmán parcialmente, sin aventurarse muy lejos de Leyto, cosa que también Spruce la sospecha, como lo veremos luego. A mi juicio, Guzmán dibujó los Llanganati principalmente por referencias desafortunadas de gentes indocultas que, acaso fueron allá, y por las confusas visiones que obtenía el propio Guzmán viéndolos a los Llanganati desde Mulatos. Guzmán dibuja volcanes por todas partes, desfogándose en humo; a las grandes masas y picos característicos de Llanganati les convierte en cráteres furiosos, o los reduce a despreciables montículos de última magnitud, situándolos al capricho, donde quiera; no tiene idea de distancias ni de proporciones; representa la silueta de una cúspide exagerándola para dar la idea de que así es toda la montaña; no sabe nada de lagunas más allá de la de Los Anteojos y de Yanacocha. En fin, sólo en la estilización de esos cerros de dibujo inverosímil, parece que ha atinado.

Spruce que únicamente avanzó desde el Puyo a Baños por las márgenes del Pastaza, y con ello, cree haber conocido el Sur de Llanganati, dice así respecto del mapa de Guzmán: "Como los grandes distritos minerales

de Llanganati que ocupan la mitad septentrional del mapa de Guzmán, fueron repetidamente explorados por el mismo Guzmán, están detallados con más minuciosidad que el resto; y, se me ha asegurado por los que han visitado esa región, que ninguno de ellos está mal localizado en el mapa; pero, la porción meridional está muy deslocalizada, y, como yo he viajado por toda ella, comenzaré a hacer algunos reparos y correcciones sobre esta parte del mapa”.

La primera parte del mapa de Guzmán, mientras sigue los tres primeros días al Derrotero de Valverde, sí es exacta; pero, desde que cruza el río Desaguadero de Yanacocha y pasa al lado de Mulatos, es deplorablemente inexacto.

El Derrotero de Valverde.— Aun cuando en mi libro anterior, “El Ecuador Minero”, inserté ya el texto de este famoso documento, según la reversión al castellano que hice de la versión inglesa hecha por Spruce de la copia que obtuvo en el Ecuador por el año de 1859, volveré a copiar aquí dicho documento con las últimas enmiendas y pulimentos que he podido hacer a mi anterior traducción. Dice:

TITULO

“Guía o Derrotero que Valverde dejó en España donde la muerte le sorprendió a él, habiendo ido desde las Montañas de Llanganati, a las cuales él entró muchas veces y sacó una gran cantidad de oro; y el Rey ordenó a los Corregidores de Tacunga y Ambato que buscasen el Tesoro, cuya Orden y Guía se conservan en una de las Oficinas de Tacunga”.

LA GUIA.

“Situados en el pueblo de Píllaro, preguntad por la hacienda de Moya, y dormid (la primera noche) a bue-

na distancia sobre ella; y preguntad allí por la montaña de Guapa, desde cuya cima, si el día fuese despejado, mirad hacia el Este, de modo que vuestra espalda quede hacia el pueblo de Ambato, y desde allí podréis divisar los tres Cerros Llanganati, en la forma de un triángulo, en cuyos declives hay un lago, hecho por la mano, dentro del cual los antiguos arrojaron el oro que ellos habían preparado para el rescate del Inca cuando ellos supieron de su muerte. Desde el mismo Cerro Guapa, también podréis ver la selva, y en ella un manchón de Sangurimas que sobresalen de la dicha selva, y otro manchón que llaman Flechas, y esos manchones son la marca principal por la cual te guiarás, dejándolos un poquito a mano izquierda. Id adelante desde Guapa en la dirección y según las señales indicadas, y después de que hayáis avanzado un buen trecho, y habiendo pasado algunas haciendas de ganado, te encontrarás al borde de un dilatado pantano, sobre el cual tendréis que cruzar, y saliendo al otro lado, verás a mano izquierda un pequeño camino fuera de un jucál sobre una ladera, por el cual tendréis que pasar. Habiendo salido del jucál, veréis dos pequeñas lagunas llamadas "Los Anteojos", por tener entre ellas una punta de tierra como una nariz".

"Desde este lugar, podréis otra vez divisar los Cerros Llanganati, lo mismo que los visteis desde la cima de Guapa, y os advierto que dejéis las dichas lagunas a la izquierda, y que al frente de la punta o "nariz" hay un llano, que es el lugar de pasar la noche. Allí deberéis dejar vuestros caballos, porque no pueden ir más adelante. Siguiendo ahora a pie en la misma dirección, saldrás a una gran laguna negra, a la cual dejaréis a vuestra mano izquierda, y más allá de ella tratad de descender por la ladera, de tal manera que puedas llegar a una quebrada por la cual baja una chorrera; y aquí encontraréis un puente de tres palos, o si éste ya no existe allí, pondrás otro en el lugar más conveniente y pasarás sobre él. Y, habiendo proseguido un corto trecho dentro del bosque, buscad la choza que servía para dormir

restos de ella. Habiendo pasado allí la noche, seguid adelante en vuestro camino al día siguiente a través del bosque en la misma dirección, hasta que llegues a otra quebrada profunda y seca a través de la cual tendrás que tender un puente y pasar sobre él despacio y con mucha cautela, porque la quebrada es muy profunda; ésto es si no logras hallar el paso que existe. Seguid adelante y buscad los restos de otro lugar de pernoctar, el cual, os aseguro, no dejaréis de hallar por los fragmentos de ollas y otras marcas, porque los indios pasan continuamente por allí. Proseguid vuestro camino y veréis una montaña que es toda ella de margasitas (pirita), la cual dejaréis a vuestra mano izquierda, y os advierto que debéis rodearla en esta forma (aquí hay un signo como una "S", o talvez más bien como una "G" de imprenta). A este lado encontrarás un pajonal en una pequeña llanura, la cual, habiéndola pasado, llegarás a un encañonado entre dos colinas, el cual es el Camino del Inca. Desde allí, conforme sigas, verás la entrada del socabón, que es la forma de la portada de una iglesia. Habiendo salido del encañonado e ido una buena distancia más allá, percibirás una cascada que descende de un hijuelo del Cerro Llanganati y corre dentro de una tembladera a la mano derecha; y, sin pasar el arroyo, en la dicha tembladera hay mucho oro, de manera que poniendo en tu mano lo que tú puedas empuñar, al fondo todo es granos de oro. Para ascender la montaña, dejad la tembladera y seguid por la derecha y pasad sobre la cascada, yendo al rededor del hijuelo de la montaña. Y, si por casualidad la boca del socabón estuviese cerrada con ciertas yerbas que llaman "Salvaje", quitadlas, y hallaréis la entrada. Y, a la mano izquierda de la montaña, podréis ver la "Guayra" (porque así llamaban los antiguos al horno donde ellos fundían metales), que es tachonado de oro. Y, para llegar a la tercera montaña, si no pudiéreis pasar al frente del socabón, es la misma cosa pasar detrás de él, porque el agua de la laguna cae dentro de él.

“Si os perdiéreis en la floresta, buscad el río, seguidlo a la mano derecha; más abajo, tomad la playa, y llegarás al encañonado en tal suerte que, aunque intentes pasarlo, no hallaréis por donde; trepad, por lo tanto, la montaña a la mano derecha, y de esta manera, de ningún modo podrás perder el camino”.

Este es, pues, el tan célebre documento una vez re-vertido al castellano. Pero para obsequio de aquellos individuos de habla inglesa y para los que, sin serlo, la conocen bien, reproduciré asimismo el original en inglés, tal como lo tradujo Spruce del castellano antiguo:

TITLE

“Guide or Route which Valverde left in Spain, where death overtook him, having gone from the Mountains of Llanganati, which he entered many times, and carried off a great quantity of Gold; and the King comanded the Corregidors of Tacunga and Ambato to search for the Treasure: which Order and Guide are preserved in one of the Offices of Tacunga”.

THE GUIDE

“Placed in the town of Píllaro, ask for the farm of Moya, and sleep (the first night) a good distance above it; and ask there for the mountain of Guapa, from whose top, if the day be fine, look to the East, so that thy back be towards the town of Ambato, and from thence thou shalt perceive the three Cerros Llanganati, in the form of a triangle, on whose declivity there is a lake, made by hand, into which the ancients threw the gold they had prepared for the ransom of the Inca when they heard of his death. From the same Cerro Guapa

thou mayest see also the forest, and in it a clump of Sangurimas standing out of the said forest, and another clump which they call Flechas (arrows), and these clumps are the principal mark for the which thou shalt aim, leaving them a little on the left hand. Go forward from Guapa in the direction and with the signals indicated, and a good way ahead, having passed some cattle-farms, thou shalt come on a wide morass, over which thou must cross, and coming out on the other side thou shalt see on the left hand a short way off a jucál on a hill-side, through which thou must pass. Having got through the jucál, thou wilt see two small lakes called "Los Anteojos" (the spectacles), from having between them a point of land like to a nose".

"From this place thou mayest again descry the Cerros Llanganati, the same as thou sawest them from the top of Guapa, and I warn thee to leave the said lakes on the left, and that on the front of the point or "nose" there is a plain, which is the sleeping-place. There thou must leave thy horses, for they can go no farther. Following now on foot in the same direction, thou shalt come on a great black lake the which leave on thy left hand, and beyond it seek to descend along the hill-side in such a way that thou mayest reach a ravine, down which comes a waterfall: and here thou shalt find a bridge of three poles, or if it do not still exists thou shalt put another in the most convenient place and pass over it. And having gone on a little way in the forest, seek out the hut which served to sleep in or the remains of it. Having passed the night there, go on thy way the following day through the forest in the same direction, till thou reach another deep dry ravine, across which thou must throw a bridge and pass over it slowly and cautiously, for the ravine is very deep; that is, if thou succeeded not in finding the pass which exists. Go forward and look for the signs of another sleeping-place, which, I assure thee, thou canst not fail to see in the fragments of pottery and other marks, because the

Indians are continually passing along there. Go on thy way, and thou shalt see a mountain which is all of margaritas (pyrites), the which leave on thy left hand, and I warn thee that thou must go round it in this fashion (here shows a sign like a printing "G".— Note of L. A. M.). On this side thou wilt find a pajonal (pasture) in a small plain, which having crossed thou wilt come on a cañon between two hills, which is the Way of the Inca. From thence as thou goest along thou shalt see the entrance of the socabón (tunnel), which is in the form of a church porch. Having come through the cañon and gone a good distance beyond, thou wilt perceive a cascade which descends from an offshot of the Cerro Llanganati and runs into a quaking-bog on the right hand; and without passing the stream in the said bog there is much gold, so that putting in thy hand what thou shalt gather at the botton is grains of gold. To ascend the mountain, leave the bog and go along to the right, and pass above the cascade, going round the offshot of the mountain. And if by chance the mouth of the socabón be closed with certain herbs which they call "Salvaje", remove them, and thou wilt find the entrance. And on the left hand side of the mountain thou mayest see the "Guayra" (for thus the ancients called the furnace where they founded metals), which is nailed with golden nails (1). And to reach the third mountain, if thou canst not pass in front of the socabón, it is the same thing to pass behind it, for the water of the lake falls into it".

"If thou loose thyself in the forest, seek the river, follow it on the right bank; lower down take to the beach, and thou wilt reach the cañon in such sort that although thou seek to pass it, thou wilt not find where; climb, therefore, the mountain on the right hand, and in this manner thou canst by no means miss thy way":

(1) (Quary —sprinkled with gold.— Ed.)

Crítica sobre Valverde y su Derrotero.

El Derrotero de Valverde, es, pues, un documento que existe y que tiene una vida histórica por lo menos de 137 años a esta fecha de 1937, porque empieza a aparecer a la luz pública documental primero veladamente, guiando a un cierto botánico español en unas excursiones mineras realizadas principalmente en la zona de los páramos de Mulatos, al Norte de los Llanganati. Este botánico es Atanasio Guzmán, de quien sí hay noticias y recuerdos de que existió como tal, y de que vivió y actuó en el Ecuador a principios del siglo XIX, o sea cuando Humboldt visitaba nuestro país, sabio que conoció y trató a Guzmán. Después, tenemos el dato de que en 1812 el Presidente Montes dirige una circular a sus gobernados recomendando seguir la Guía de Valverde para tratar de hallar los Tesoros escondidos del Inca. Y, finalmente, Spruce dice que la copia que él obtuvo del Derrotero, lleva la fecha 14 de Agosto de 1827. Añade también Spruce que la Cédula Real y el Derrotero habían desaparecido de los archivos de Latacunga, cosa de veinte años antes de que él llegase al Ecuador interandino por Baños. Si ésto fué el año 1857, la desaparición podemos considerarla en 1837. Pero, lo más importante del caso es la enfática declaración que, un hombre tan serio y sensato como Spruce, hace ante la muy respetable Real Sociedad Geográfica de Londres, diciendo: "Yo obtuve, empero, indisputable evidencia de que el "Derrotero" o Guía a Llanganati de Valverde había sido enviado por el Rey de España a los Corregidores de Tacunga y Ambato...."

Esto quiere, pues decir, que en 1857 era todavía posible obtener en el Ecuador esa indisputable evidencia sobre el envío del Derrotero desde España, juntos con la Cédula mencionada. Aparte de estos datos, no hay otros que puedan dar una existencia histórica anterior al año de 1800 al Derrotero de Valverde; el cual, de allí para atrás, hasta su origen —que debe tenerlo, necesariamente

te— entra en la categoría de leyenda. Ahora, lo que importa es saber si esta leyenda es verídica o nó, o si es verosímil siquiera

Examinémoslo. Yo pienso que el Derrotero es auténtico y que vino de España, pero que un asunto de tanta magnitud secular como el del paradero de los incontables tesoros restantes del Inca Atahualpa, que había enloquecido a los Benalcázar, Ampudia, Parra, etc., hasta hacerles cometer iniquidades monstruosas asando y martirizando indios sin piedad y saqueando sin misericordia, pueblos y monumentos aborígenes de esta tierra de Quito, bajo el hipócrita pretexto de extirpar la idolatría aborígen y de servir a su Dios europeo, un asunto así, contenido en un documento que tenía que ser desafortunadamente codiciado por cada español de la Colonia, no podía convertirse en un boleto filantrópico que circulase de mano en mano y de libro en libro, haciéndose historia por amor a una historia que pudiera entretener a generaciones futuras. El Derrotero de Valverde desde que llegó de España, debe haber sido conservado en inviolable secreto por largo tiempo entre los Corregidores. Este procedimiento, a más de obvio para el caso, tiene pruebas históricas en instancias semejantes. El secreto juramentado era usual en la política administrativa de los Conquistadores españoles. Por ejemplo, en el Libro Primero de Cabildos de Quito, pág. 437 (Libros que, en su mayor parte, son índices de "Cabildos en que no se asentó nada" de lo que secretamente se conoció y resolvió), dice:

"Se manda a Martín Fernández a descubrir minas de plata.— e en este dicho cabildo los dichos señores dixeron que para que esta tierra permanesca acordaron de enbiar a martyn fernandez a que vaya a descubrir mynas de plata que los yndios han dado noticia dellas e para esto por evitar escándalo sobre el tomar de las mynas estacarse las personas que allí quysieren ir a sacar plata se tomó juramento en forma de derecho e se lo mando so cargo de tal juramento que

abiendo bisto las mynas de plata no lo diga ny publique a persona alguna por scripto ny por palabra hasta en tanto que lo manifieste en este dicho cabildo para que los señores de él hagan lo que vieren que toca al dicho servicio . . . —Esta acta es de fecha lunes 29 de Julio de 1538, y está autorizada, curiosamente, por Pedro de Valverde, escribano público y del concejo

Nada impide, pues, sino que todo contribuye a creer que el Derrotero de Valverde ha de haber sido sometido a un sigilo idéntico, y talvez mayor. Es decir, que ni siquiera constase en los registros y libros o legajos de actuaciones de los Corregidores.

Ahora, que el hallazgo del sitio de tales Tesoros no les resultó a los Corregidores como el ir a un rodeo de ganados en pintorescos y apacibles páramos, sino el ir a enfrentarse con las fauces horrenas de unas montañas no moldeadas en este mundo, lo dirán mejor las páginas de este libro y las de futuros viajeros. Que los Tesoros tan bravamente defendidos por un Rumiñahui no podían estar simplemente enterrados con los fáciles artificios del hombre blanco, sino con las prodigiosas artimañas del hombre indio, sabio señor de su país hasta hoy, es un hecho, y un hecho que, acaso no esperaron hallarlo así los primeros poseedores del Derrotero de Valverde, ilusionados al principio con la fidelidad de la ruta y con la facilidad de ella en los tres o cuatro primeros días de seguirla, mientras se marcha en la baja selva y antes del día fatal de trepar mediante un jeroglífico a los laberintos de los altos Llanganati.

Pero, ¿cuál es la tradición sobre Valverde?— Si, a lo menosuviésemos el texto de la Cédula Real, sin duda por ella sabríamos algo al respecto; mas, no habiéndola hasta hoy, todo lo que acerca de este asunto ha venido rodando de boca en boca, puede resumirse en lo siguiente: Según cuenta la tradición, allá en los días de la Colonia, hubo un español de apellido Valverde, que, siendo muy pobre, se transformó en un hombre riquísimo, de la noche a la mañana, regresándose a España,

donde murió. La riqueza de este individuo se atribuye a que, habiéndose casado con una chiquilla india, el padre de ella, cacique de Píllaro, según dicen, le llevó muchas veces a Valverde a unos agrestes parajes de los Llanganati, mostrándole allí el sitio en que estaba escondida una inmensa parte del oro acumulado por los indios de Quito para el rescate del Inca Atahualpa. Antes de morir, en su lecho fatal, Valverde reveló el secreto del escondite de tales tesoros en un escrito destinado al Rey de España. Este escrito es su Guía o Derrotero.

Esta leyenda a su vez, se continúa con otra, relativa a la persecución del Derrotero, Spruce en su libro dice: "que una expedición había sido encabezada por el Corregidor de Tacunga en persona, acompañado por un fraile, Padre Longo, de considerable reputación literaria; que se halló que el Derrotero correspondía tan exactamente con las realidades del trayecto, que solamente una persona íntimamente familiarizada con ellas podía haberlo trazado, y que, el haber sido tramado por cualquier otra persona que nunca hubiese salido de España, era una imposibilidad. Esta expedición había casi llegado al término de la ruta, cuando, una noche el Padre Longo desapareció misteriosamente, y ninguna traza de él pudo ser descubierta, de modo que, sea que haya caído en una quebrada cercana al lugar en que acamparon o dentro de uno de los ciénegos que abundan por todos lados en esta región, es, hasta el día desconocido. Después de buscar al Padre en vano por algunos días, la expedición regresó sin haber conseguido su objeto".

Son, pues, tres cosas las que están en el campo de lo tradicional en este asunto, a saber: 1.º.— La personalidad de un Valverde y el anécdota de su vida; 2.º.— El Derrotero mismo y su envío desde España; y, 3.º.— La primera búsqueda oficial que termina en la muerte de un Padre Longo.

¿Quién fué este Valverde de la leyenda y en qué tiempo vivió en el territorio de Quito?— Nada más sé acerca de él que lo anteriormente cosignado aquí ni la

época en que vivió en nuestro país, si bien, no creo que se hayan hecho nunca diligencias acuciosas y metódicas para investigar este asunto. Spruce quizá el único que se ha preocupado por esta averiguación, parece que no logró esclarecer nada mediante la ayuda de Juan León Mera y de Pedro Fermín Cevallos, sea porque estos caballeros fallaran en sus pesquisas, de un modo u otro, o porque no las emprendieron mismo.

Por mi parte, aunque no he consultado nada al respecto en los documentos de los actuales Archivos de Latacunga, ni de Quito u otra parte, debo decir que, mientras escribía este libro, hice un viaje desde Quito a Ambato, y me llamó grandemente la atención hallar casualmente en Latacunga el rótulo de un comerciante local con el apellido de Valverde, y, a la vez, en San Miguel de Salcedo, el rótulo de un artesano de apellido Ati. Muy claro era, pues, que allí estaban, posiblemente, vestigios vivientes de la llamada "leyenda" de Valverde relativa a Llanganati, cuya leyenda tiene por teatro Latacunga, Molle-ambato y Píllaro, en primer término. Lo de Ati, ya bien esclarecido dejó de que no han habido tales Llanganates sino Llangana-Ati. Entonces, lo que importaba averiguar era este hecho curioso de asomar todavía Valverdes en Latacunga. Me detuve, por tanto en esta ciudad, y, en pocos momentos logré el siguiente resultado:

Que los actuales Valverde de Latacunga existen en ese lugar desde hace cinco generaciones, que es desde donde ellos tienen memoria clara de sus progenitores; que los actuales Valverde de Latacunga, oyeron de sus abuelos, que procedían de un español Valverde; y que, la primera persona de apellido Valverde de quien saben, es un canónigo Valverde, tatarabuelo de los actuales Valverdes informantes. El orden de la generación, es así: Virgilio Valverde, de 48 años, existe, hijo de Joaquín Valverde; éste, hijo de Isidro Valverde, padre de Genoveva Valverde, anciana de cosa de 100 años de edad que vive aún en plenas facultades mentales, la cual es nieta de Felipe Val-

verde, y éste, hijo del canónigo Valverde, cuyo nombre cristiano no se lo sabe.

Entonces, tenemos que Joaquín Valverde era individuo de mediados del siglo XIX; Isidro Valverde, debe haber vivido a principios del mismo siglo; Felipe Valverde habrá sido un hombre de fines del siglo XVIII, y el canónigo, de mediados del propio Siglo. Es decir, que así podemos tener evidencia de que en Latacunga hay Valverdes, por lo menos, desde el año 1750. Yo creo que éste no es un dato despreciable.

De otro lado, ¿a qué otros Valverdes podemos encontrar en la historia, como relacionados con Latacunga?— En los Libros Primeros del Cabildo de Quito aparece Pedro de Valverde nombrado Escribano del Teniente de Gobernador y luego del Cabildo de Quito, el 22 de Marzo de 1538; y, el 11 de Noviembre del mismo año, recibe Valverde por repartimiento del Cabildo, una estancia para puercos “a manysquierda del camino como vamos desta billa hazia la sierra de mulahaló”. Esta estancia, como solían tomarlo en nuestras tierras los primeros españoles, es probable que haya comprendido las “sierras de Mulaló”, de aquel antiguo y famoso asiento indígena, es decir, el Cotopaxi y el Quilindaña y sus páramos, que son, justamente, los páramos de Mulatos, todos en el distrito de Latacunga, a donde, sin duda con frecuencia debe haber ido Pedro de Valverde y los suyos.

¿No serán descendientes de este Pedro de Valverde los actuales Valverde de Latacunga, y, no estará entre estos Valverdes el misterioso Valverde del enigmático Derrotero?— De cualquier modo, yo dejo aquí constancia real y probada de que históricamente sí hubo Valverdes españoles que se asentaron siglos há en Latacunga: un Valverde desde 1538 hasta 1549, en que desaparece de las actas del Cabildo de Quito, y los otros Valverdes talvez desde antes de 1750, hasta nuestros días de 1937.

Es, pues, conjeturable, que el Valverde del Derrotero puede haber existido en Latacunga, talvez a princi-

pios del Siglo XVIII, época de la que también parece la redacción castellana del Derrotero.

Quizá entonces, a fines del siglo XVIII, revivió la cuestión y el documento otro español, Atanasio Guzmán, cuando acaso el asunto estaba ya abandonado y olvidado empolvándose en los Archivos de Latacunga, una vez ya muertos o desaparecidos los Corregidores del encargo. Pues, de dónde y cómo, además de este oscuro nombre de Valverde, aparece también en la escena una segunda etapa de la leyenda, o sea la primera búsqueda, exhibiendo nombres, señas y contraseñas nunca tampoco identificadas, como el tal Padre Longo, su fama literaria, su muerte, el lugar de ella, la desaparición definitiva de su cadáver, y, todo un misterio sobre esto....?

Guzmán, con la muda elocuencia de su mapa, nos hace ver sin dificultad, que él emprendiendo en exploraciones metódicas, acaso de años, exhumó un asunto ya viejo que dormía sigilosamente encarpetao en los Archivos, y enredado evidentemente, a mi entender, con algún bien disimulado crimen cometido entre los primeros buscadores oficiales del Derrotero de Valverde. Porque, qué significa esa muerte o evaporación súbita del Padre Longo al final del tercer día de seguir con extrema exactitud todo lo indeformable del Derrotero llegado desde España, y mientras la partida de dichos buscadores se hallaba a las puertas del ansiado e inmenso Tesoro? ¿Por qué muere o desaparece sin dejar rastro alguno el Padre Longo en el sitio menos riesgoso de todo Llanganati, como es la tan transitada ruta selvática de abajo de Yanacocha o laguna negra? — No sería el Padre Longo, en su calidad de sacerdote, el portador más confiable del documento mismo original venido de España en una expedición sin duda numerosa de individuos encabezados por el Corregidor de Latacunga, y, no sería su inesperada muerte debida a un acto de eliminación deliberada cometido por secuaces, a fin de apoderarse del preciado documento y desfigurarle convencionalmente entre algunos?

ante la inminencia de topar entre todos con el prodigioso Tesoro, en vista de la exactitud y concordancia entre el Derrotero que los guiaba y la senda que iban recorriendo ... ?

Estas reflexiones vale la pena de consignarlas aquí, previamente a las que expondré luego sobre el gran enigma del Derrotero de Valverde.

Después de todo, la existencia de un Valverde como autor de ese Derrotero, es lo que nadie ha puesto en duda, haya sido Pedro, Juan o Diego. Lo que más bien ha sido objeto de interrogación y de suposiciones de algunos, es la clase de individuo que fue Valverde. Aquella versión que consigna Spruce de que alguien le dijo que Valverde fue "un malhechor que inventó el cuento del oro en Llanganati para librarse de la cárcel o del patíbulo en España por sus crímenes pasados", tiene a mi juicio, menos valor que las dudas sobre el Derrotero, porque aquella no se funda en nada y es absurda, mientras la del Derrotero se funda en que sí existe este documento y que concuerda exactamente en sus tres cuartas o cuatro quintas partes con la ruta descrita, siendo esta avanzada concordancia la que ha intrigado tanto a los hombres que han perseguido el Derrotero. La versión dada a Spruce, no puede tenerse sino a lo más como una inventiva antojadiza que se le ocurrió decir a alguien deseoso de conjeturar algo sobre el incógnito Valverde y el brusco rompe-cabezas de su quinto día del Derrotero. Porque, si Valverde fue un malhechor que, con una impostura quiso librarse en España de sus crímenes cometidos en otrora, es un tamaño disparate, puesto que el Título del Derrotero y la tradición se refieren precisamente a la revelación que, sobre el secreto de Llanganati hizo un individuo "sorprendido" por la muerte, "en su lecho de muerte", y nó ante un tribunal de justicia, la cárcel o el patíbulo. Valverde, al revelar su secreto en su lecho mortuario, al llegarle su momento supremo, se supone que no lo ha de haber hecho para tratar de librarse de la muerte natural, peor todavía de una

muerte dada por mano de la justicia. Pero, suponiendo que Valverde hubiese terminado sus días en el patíbulo, qué cándido habría sido un Rey que lo hiciese ejecutar antes de hacer verificar con el propio reo confeso una cofesión que valía para la Corona de España el precio mismo de sus aventuras conquistadoras en América! Dejar escapar los famosos Tesoros del Inca sólo por el sadismo de matar a un hombre, contentándose con enviar ulteriormente el Derrotero, no era posible, ni era ese el método de los españoles. Recordemos que Benalcázar le cogió moribundo a Rumiñahui y prodigándole cuidados, le llevó a Quito para martirizarle con exquisita paciencia, "dándole una muerte tan cruda y dilatada como la quería dar", según dicen los cronistas, a fin de que también revelase el secreto de los Tesoros del Inca.

Si Valverde hubiese muerto en el patíbulo, o si hubiese alcanzado un perdón o conmuta con su revelación, lo habría dicho talvez la Cédula Real y aún el Título del Derrotero. Lo más correcto es creer que cuando ya no había ningún arbitrio de mayores averiguaciones allá en España, el Rey remitió acá el Derrotero tal como lo dejó escrito su propio autor y cuando éste ya había fallecido.

Ahora, el Derrotero mismo, ¿es o no es verosímil?

Bien pudiera yo, como expedicionario conocedor de Llanganati, abstenerme de analizar el asunto, y dejar que lo juzgue por sí propio el lector inteligente, después de leídas atentamente las páginas de este libro. Sin embargo, para cerrar este libro, voy a emitir mis opiniones personales en una forma concisa.

El solo hecho de definir que no eran "Llanganates" sino "Llanganati" esas montañas, y de descifrar qué quiere decir Llangana-Ati, le convierte a esta región en un teatro histórico íntimamente relacionado con el caso del Inca Atahualpa, y le sitúa al Derrotero de Valverde en un plano de incuestionable verosimilitud histórica.

Asimismo, la ojeada científica sobre Llanganati, demuestra la verosimilitud de que ese país pueda haber sido un seno favorito de extracción y laboreo de minerales

ricos en tiempos de los primitivos aborígenes, y de que el Derrotero lleve a una meta científicamente posible de ocultos acumulos naturales o artificiales de oro.

Es de suponerse que Valverde, en su época, cruda e inculta por cierto, no ha de haber tenido la versación histórica y científica como para saber la etimología de la palabra "Llanganati", su nexa con el pre-histórico Ati y las condiciones geológicas y mineralógicas tan peculiares del escenario de su Derrotero, que sólo los Siglos XIX y XX podían definir e interpretar con las ideas modernas sobre Geología y sobre formaciones orográficas. Valverde es el introductor único del nombre "Llanganati" en nuestra Geografía del Ecuador; y, al denunciarle como un "inventor del cuento del oro en Llanganati", tácitamente viene a calificársele como a hombre genial, como a un precursor sabio de lo que hoy, casi a mediados del Siglo XX, recién estamos comenzando a aprender sobre pre-historia, historia y geografía del Ecuador. Un Valverde capaz de inventar nada más que la palabra «Llanganati» —no siquiera el Derrotero— y de urdir todo lo que de ella se deriva, según queda demostrado en este libro, resultaría un brujo, o un proto-sabio prehistoriador, historiador, geógrafo y naturalista, digno de la más grande estatua entre los ecuatorianos ilustres.

Si he dicho antes que le creo auténtico al Derrotero, no es solamente por cuanto acabo de exponer, sino también porque llevado al terreno este documento, sorprende como concuerda tan minuciosamente con la localidad en la mayor parte de él, desde el principio, excepto en algunos detalles susceptibles talvez de haber sido alterados en la redacción, posteriormente. La última parte, la decisiva, en cambio, es inexacta, en extremo confusa, y hasta absurda. Esta parte es la responsable para que al documento se lo crea forjado, mal intencionado y fabuloso.

Pero, aquí volveré a declarar que nuestra Expedición última no prosiguió paso a paso el Derrotero, debido a que en las expediciones previas de mis compañeros, ya

se lo había seguido hasta más allá de lo que comunmente se le sigue. Sin embargo, en esta vez, fuimos nosotros más lejos aún y a una distancia mucho mayor de la que se conceptúa como quinta jornada de Valverde. Además, debo decir que el Derrotero, hasta donde es identificable, casi se aparta de los altos Llanganati, porque corre por un sendero Norte y hondo a través —pero de Oeste a Este— de la floresta, que alcanza a penetrar desde el Oriente paralela al río Desaguadero de Yanacocha, bordeándola, hasta subir muy arriba del páramo, a las orillas del lago de Yanacocha, o laguna negra. Los cuatro primeros días de la ruta de Valverde, son pues, ribereños del río antedicho y vecinos inmediatos de los páramos de Mulatos. Esta disposición de la ruta es muy inteligente porque favorece un buen avance dentro de la hospitalaria salva y bajo un clima moderado. Hasta que, el quinto día parece que es el de trepar a los altos Llanganati, tan desamparados, fríos y agrestes, donde se halla la madriguera de los lagos.

El modo como Valverde indica partir de Píllaro y subir a Guapa, es el que más han desatendido los viajeros, creyéndolo sin duda pueril. Yo pienso, en cambio, que es advertencia sabia. Todos hemos tomado la ruta de Guagrahuasi y hemos trasmontado al lomón de Guapa por la depresión de El Pongo, abandonados inconscientemente en el fácil y ciego sendero de los vaqueros que van al páramo de Cocha-huasi a sus ocupaciones pastoriles. Pero, Valverde dice: "Situados en el pueblo de Píllaro, preguntad por la hacienda de Moya, y dormid (la primera noche) a buena distancia sobre ella"; entendiéndose que del pueblo de Píllaro a la cima de Guapa es un viaje de solo medio día. ¿Cuál, entonces, el objeto de mandarle a uno a dormir más arriba todavía de una hacienda aún más alta que Píllaro?— Sencillamente, este es un detalle que huele a sabiduría india dictada a la frivolidad española. El que tal cosa advierte, es porque sabe al dedillo la palpitación atmosférica de Llanganati (léase desde el renglón 7 de la pág. 110 de este

libro) y por ello insiste en que se duerma la primera noche lo más cerca posible de la cima o mirador máximo de Guapa, nó de una depresión como la del Pongo. Sólo así, muy a la madrugada, y nó más tarde, el viajero tendrá oportunidad de ver, "si el día fuese despejado", las cumbres indispensables de Llanganati, antes de que las tremendas nieblas ascendentes del Oriente las envuelvan casi a perpetuidad, como es la característica esencial de esas montañas misteriosas.

Esta precaución de que se las identifique primero antes de acometerlas, es un rasgo de mucha sensatez, lo mismo el hincapié que hace de que se las vuelva a ver desde las lagunas de Los Anteojos, precisamente porque al llegar el viajero a los grandes laberintos, debe estar ya bien impresionado de sus siluetas para orientarse y no confundirlas en medio de las nieblas, con otros tantos picos que allí existen. Tal advertencia nos hace también sentir el consejo del indio al hombre blanco no familiarizado con tan raras montañas, y nos revela, asimismo, un acto de buena fe, porque bien se puede ir a Llanganati, cabizbajo y distraído, por la depresión de El Pongo, sin tomarse la molestia de trepar primero a la cima de Guapa. Mas, Valverde como que dice: "alza tu mirada, pón tus espaldas a Ambato, y verás la meta de tu aventura". Porque, muchos viajeros, tomando por sabida la primera jornada, y sin darle importancia, no se fijan en estos detalles; lo cual yo creo ahora un fatal error, puesto que primero es apuntar, y después disparar para dar en el blanco. Tal es el Derrotero de Valverde: subir primero a Guapa! Cuando él lo advierte, es porque sin duda los indios le enseñaron esa clave del secreto!

Efectivamente, si nos paráramos en lo más alto de Guapa, en aquellos riscos directamente arriba del pueblo de Pillaro, que se los ve pintados de nieve en Julio, Agosto y Septiembre, pero nieves que no bajan hasta El Pongo, y, puestas las espaldas hacia Ambato, pienso yo que veríamos, exactamente como dice Valverde, a los

grandes cerros Llanganati formando un triángulo entre sí.

Dice también Valverde que desde la cima de Guapa se podrá ver el bosque y en él los manchones de sangurimas y de flechas. Este es un detalle que me parece absurdo, o que es obra de alteraciones posteriores en el texto original del Derrotero. No hay más selvas o bosques que los de los profundos encañonados de Yanacocha y de Aucacocha. La selva en Yanacocha está a una distancia no menor de 35 kilómetros, de la cima de Guapa, y la del cañón de Auca-cocha comienza espesa sólo a cosa de 60 kilómetros a partir desde el mismo Guapa. En el cañón de Yanacocha no existen ni vestigios de sangurimas; los sangurimas son propios del cañón de Aucacocha, ya muy abajo y sobre todo, de los Bajo Llanganati, que miran al Oriente, por entero invisibles desde Guapa. Creo que únicamente una vista de águila y no el ojo humano, pudiera distinguir plantas a más de doce leguas de distancia! Pero, la imposibilidad absoluta para ésto, radica en el hecho de que el primer manchón más occidental de sangurimas, el que no mira al Oriente, está escondido en un gran abismo entre el Yana-Llanganati y los farallones de la Cresta de Gallo, de modo que sería visible solamente desde un avión, siempre que volase lo más bajo posible, pues, yo mismo, mirándolos desde las aristas de la Cresta de Gallo, les creí diminutos *Culex* (véase pág. 67). Sea como quiera a este respecto, yo llamo grandemente la atención acerca del detalle de puntualidad que implica el Derrotero, cuando habla de manchones de sangurimas y de espadañas en Llanganati, concordantemente con los páramos de sangurimas y de espadañas que he descrito y analizado en este libro (véase págs. 115 y 139).

Después, Valverde, bajando de Guapa indica con minuciosidad lo que ha de encontrar el viajero hasta las lagunas de Los Anteojos. Quien le siga a Valverde estrictamente, como él aconseja, jamás dejará de hallar la ruta según lo descrito. Lo que después sigue, hasta la cuarta jornada, parece sin importancia mayor, y puede

hallarse todo conforme al Derrotero, sin dificultad, aún para los viajeros menos prolijos. En mi concepto, esta porción del viaje es un simple trayecto intermedio entre dos puntos esenciales, el primero y el último, que no contribuye con datos decisivos para la búsqueda final. La generalidad ha dado demasiada importancia a esta porción intermedia, que ni como vía es difícil. Quizá por ello fue la preferida por los antiguos para llegar sin muchas fatigas y sin clima glacial a los grandes laberintos de Llanganati que albergan a los sangurimas, espadañas y a los lagos.

Viene, al fin, la que se supone como quinta y última jornada: la del Tesoro, o la del Desencanto, pues, indefectiblemente lo es para todos. Digo que se supone, porque todos lo creen así en vista de que Valverde ya no habla más en adelante sobre lugar de pernoctar. Empero, yo creo que allí hay mano falsa y que de ninguna manera puede ser ésa la jornada última.

Al iniciar el quinto día, Valverde dice que se verá "una montaña que es toda ella de margasitas". Lo que se encuentra es la montaña hoy llamada de Las Torres, gran promontorio, una de las formidables moles de Llanganati, que abarca una área enorme y sumamente complicada en sus bases y en sus relaciones, aunque su cumbre es bien sencilla, de rocas grises casi desnudas de vegetación. No se puede decir que esta montaña tenga más o menos margasitas que el resto de Llanganati tan profuso en ellas. Valverde indica que se la deje a mano izquierda, y advierte que hay que rodearla en forma de una "S" o "G" de imprenta, pero dibujando él un jeroglífico a pluma en su Derrotero.

Sencillamente, el caso es que a la montaña se la encuentra a mano derecha, y a mano derecha también resultaría el rodearla de acuerdo con el rumbo que indica el signo, entendiéndolo, como es natural entender, que la montaña quedaría dentro del jeroglífico semejante a una "G". Hay, pues completa discordancia entre el texto y el signo del Derrotero. Y, si con esfuerzos sobrehuma-

nos se le trepa a la montaña y se logra darle la vuelta, se encuentra arriba que no hay nada de lo que dice Valverde, sino más bien una serie de grandes lagos, sobre los cuales no hace la más leve mención un individuo tan prolijo y juicioso en sus previas jornadas. En cambio, a mayores distancias, e invirtiendo tentativamente la posición del signo, o sea dándole a él mismo una vuelta completa, es posible hallar ciertos detalles y localidades que concuerdan en parte con el Derrotero, como los manchones de sangurimas, encañonados, lagunas y otro bosque y hasta ríos extraviados, cascadas que caen a tembladeras y aún a grietas, pero, todo lo cual, en más de una quinta jornada.

Este es, pues, el sitio donde todos los aventureros hemos perdido la cabeza, y estas son las razones para perderla. Mejor dicho, este es el sitio donde el cuerdo, sagaz y prolijo Valverde, se convierte en un loco de remate en su Derrotero. Su guía se transforma brusquísimo, de un documento serio, veraz y metódico, en un cuadro modernista, lleno de figuras incompletas, deformes, mutiladas, trastornadas, enredadas y disparadas unas contra otras. Un trastorno tan intempestivo, nos pone inevitablemente en la disyuntiva de que, o Valverde fue un impostor sabio, o un loco iluminado y vidente que pudo anticiparse con siglos a lo que algún día podría averiguarse acerca de Llanganati en el campo histórico y científico, o, en su defecto, que hubo una mano oculta que le volvió oportunamente loco al Derrotero. Porque, en él habla de la tembladera, de la cascada, de la vuelta al rededor de una montaña, de un socabón, de limpiarlo del musgo, de una "Guayra" o taller («llangana») de fundir metales, de una tercera montaña, etc., todo sin orden ni concierto y sin contacto con la realidad inmediata, como si fueran efectivamente dos Derroteros, o dos autores de él: el uno demasiado minucioso en la parte más fácil del país, y el otro por demás improlijo en la zona verdaderamente difícil y decisiva a donde conduce, y para cuya meta fue escrito el Derrotero.

Valverde asevera que "en la tembladera hay mucho oro, y que lo que uno pueda empuñar, al fondo todo es granos de oro". No deja de ser curioso que lo que él señala como depósito de los Tesoros del Inca, contenga más bien oro en condición de granos o pepas, y nó en calidad de oro labrado, a lo menos en su parte superficial. El hecho de que con sólo meter la mano ya se toca el oro, es un detalle en lugar de inverosímil, el más ajustado a la realidad, si existe ella, como lo veremos adelante. Pero, considerando la estructura geológica y el estado natural de los minerales auríferos de Llanganati propio, tenemos que admitir que el oro que se pudiese hallar en alguno de sus lagos, al ser oro en grano, tendría que ser indefectiblemente, un depósito artificial de oro de lavadero. También nos hace suponer que el origen de ese oro de lavadero tendría que estar por allí mismo, muy cerca, y ser abundantísimo como para ser recogido en gran cantidad, prontamente, según lo ha de haber sido el trance del rescate de Atahualpa, por mucho que hayan tenido acumulado previamente los indios. A este punto, llamo la atención al hecho de que Rumiñahui dió sus más duras batallas a Benalcázar, una en Guapa (actual Guagrahuasi) de Pillaro, y otra en Sigchos, donde fue cogido, sin duda, respaldando el ocultamiento de los tesoros en los propios lugares de donde lo habían recolectado los indios, ambos lugares riquísimos en formaciones minerales auríferas, conforme el correr de los siglos nos está ya viniendo a probar (1).

Otro aspecto precioso, científicamente considerado

(1) En estos días de 1937, acaba de venderse por 100.000 dólares una sección minera del distrito geológico de Sigchos para explotar yacimientos de oro y plata, y también ha sido organizada al mismo tiempo una compañía «Cotopaxi Exploration Company» para continuar en las exploraciones mineras en el propio distrito de Sigchos, que se lo ha encontrado muy prometedor para la producción de oro.— L. A. M.

del Derrotero, es que en él no se dice que fue enterrado en Llanganati el oro que los antiguos indios habían preparado para el rescate del Inca, sino que fue arrojado a un lago. Lo cual es correctísimo ante el más exigente geólogo que algún día visite Llanganati, porque allí no hay tierra suficiente ni para enterrar el cadáver de un desdichado aventurero que en esos altos lugares muriese.

Un error muy disculpable en Valverde, pero inexcusable en todos los últimos exploradores más o menos letrados, especialmente americanos e ingleses, que han ido a Llanganati, por lo menos a sus primeros lagos, es el de creer que el lago donde se supone que los indios arrojaron el tesoro, es hecho por las manos del hombre. Esto es infantil y absurdo, porque en Llanganati, el país por excelencia de los lagos, sin paralelo en el Ecuador, no habría para qué tomarse el trabajo de crear artificialmente un nuevo lago a fin de arrojar en él los tesoros, y en momentos de urgencia! Pero, todavía más, el hacer un lago artificial implica excavar el suelo o rellenar un dique con tierra, mampostería o cualesquier otros materiales sueltos. Semejante trabajo es físicamente imposible en Llanganati, ni hoy, en tiempos del acero y de la dinamita, peor antes, en tiempos de los aborígenes de la edad de cobre. La formidable dureza de las rocas masivas de Llanganati y la miserable existencia de tierra suelta, vuelven risible tal aserción y dan una medida de los alcances científicos interpretativos de aquellos que han creído investigar Llanganati provistos de aparatos y equipos ultra-modernos que, por cierto, siempre quedaron funcionando a enorme distancia afuera del corazón de esas montañas, tan difícilmente profanables.

Resúmen sintético.— El Derrotero de Valverde, además de lo textual, contiene también, explícita o implícitamente, lo que sigue, en relación con la tragedia de Atahualpa y con las características auténticas del país que debe recorrerse:

- 1°.—El nombre propio de Rumiñahui y de su regio antecesor Ati, dentro del nombre Llanganati;
- 2°.— La calificación de que es un país de minerales de oro y de que fue un centro de trabajos metalúrgicos el territorio a donde conduce el Derrotero, tanto por su nombre indio Llanganati, cuanto porque hace mención de una «guayra» u horno indígena para fundir minerales;
- 3°.— La idea de que es un país lacustre y pantanoso;
- 4°.—La noción de que es un país en extremo nebuloso y de difícil orientación;
- 5°.— La enumeración de los elementos principales de su flora característica, distribuída en sus tres tipos de páramos: de pajonal, de jucal y de sangurimas y espadañas (flechas), sin omitir tampoco los musgos, sólo que bajo el erróneo nombre de salvaje;
- 6°.— El detalle de que hay las terribles grietas ocultas entre el musgo, posiblemente cuando habla de socabones y de aguas que caen dentro de ellos;
- 7°.— El detalle de que no hay ríos en la parte alta, sino ya en la baja, y de que las lagunas se desaguan de unas a otras mediante cascadas;
- 8°.—La idea de que el subsuelo de Llanganati es de sólida roca disimulada debajo de una débil capa de limo superficial, cuando el oro, metal tan pesado, puede ser tocado y recogido al fondo de un pantano, con sólo meter la mano, o sean unos pocos centímetros (véase pág. 127); y
- 9°.— Al enunciar un «Camino del Inca», la idea de que por esa ruta se comunicaban los Señores del Quito frío o andino (chiri, desfigurado en shyri) con los Señores del Quito cálido, tropical (yumbos, llamados posteriormente aucas). (véase "Auca-cocha", pág. 42). (1)

(1) Véase también al respecto el folleto «Pruebas lógicas, filológicas y cronológicas de la existencia del Reino de Quito», por L. A. M.

Opiniones personales del autor.— Sumariamente, el autor de este libro se ha formado el siguiente juicio, acerca del Derrotero de Valverde:

- 1º.— Que el Derrotero de Valverde fue un documento genuino en su origen, y que quien lo redactó en España, fue persona extraordinariamente familiarizada con las realidades entonces conocidas y por conocerse de Llanganati;
- 2º.— Que Valverde fue un personaje auténtico y que, sin duda, redactó su Derrotero correctamente y con un espíritu de buena fe, indicando la ruta según la forma en que a él le fue mostrada por hombres que la conocían y la dominaban con sabia maestría, porque en la parte difícil es ruta humana sobre ruta animal, principalmente de las migraciones de dantas (véase págs. 63, 66 y 129);
- 3º.— Que el original del Derrotero no puede haber sido aquel que se dice que existió en los Archivos de Latacunga, y que fue sustraído después, entre los Siglos XVIII y XIX, sino solamente una copia desfigurada con la cual alguien debe haber sustituido al original, tan pronto como éste llegó a nuestro país, procedente desde España; pues en la actualidad mismo, circulan en el Ecuador copias del llamado original, que no son exactamente iguales entre sí, en cuanto al texto;
- 4º.— Que la desfiguración del texto original del Derrotero debe haber sido hecha en una forma que solamente el individuo o individuos interesados en desfigurarlo, pudiesen quedar inteligenciados en la manera de descifrar su verdadero sentido;
- 5º.— Que lo que aparece más claro en el Derrotero de Valverde, es un fraude oscuro cometido con posterioridad sobre el texto de dicho itinerario, que una impostura original forjada en ultramar, describiendo un derrotero puramente imaginario;
- 6º.— Que los adulteradores del Derrotero, probablemente no disfrutaron de su fraude, porque, acaso ellos

mismos, por inadvertencias obvias, por discordias u otras causas, inclusive por la atroz fragosidad de Llanganati, no acertaron después a reconstruir el genuino Derrotero, y se vieron forzados a abandonar discretamente el documento, ya falseado, en el Archivo, por temor al Rey, de donde, años más tarde, quizá muchísimos, fue exhumado por Atanasio Guzmán, y aún restituido a la recomendación y mandato oficial en tiempos del Presidente Toribio Montes;

- 7°.— Que, si en caso positivo, los primeros poseedores oficiales del original del Derrotero, lograron dar oportunamente con el Tesoro, no lo han de haber agotado, —como en el caso del propio Valverde— debido a la tan hostil naturaleza de Llanganati, a la forma de ocultamiento del metal, por sumersión en un lago o un pantano, y a la ausencia absoluta de huellas de trabajos de vaciamiento artificial o de otras labores en ninguno de los lagos de ese país;
- 8°.— Que la antigüedad del Derrotero de Valverde es probable que se remonte aún al Siglo XVII, por varias y obvias razones;
- 9°.— Que para esclarecer bien este asunto, se lo debería investigar prolijamente no sólo en tantos Archivos todavía intocados del Ecuador, sino principalmente en los de España, buscando la copia de la Cédula Real, y talvez del mismo Derrotero, y algún informe del Corregidor de Latacunga, caso de haberlo formulado, dando cuenta positiva o negativa de su cometido;
- 10°.— Que la persecución del Derrotero de Valverde debe continuarse en forma intensamente metódica, si es posible, planificando desde el aire, con avión, la zona crítica de la llamada quinta jornada, para ir eliminándola parte por parte, con expediciones siste-

máticas de hombres hábiles en investigar; y, que la investigación debería hacerse con barcas portátiles y dragas-sondas, lego por lago y pantano por pantano, en el entendimiento de que las aguas de Llanganati son empozadas, que reciben un incesante acumulo de limo impalpable, capaz de sepultar objetos y aún de rellenar las pozas, y, que, por tanto, un depósito de minerales pesadísimos debe estar ya muy al fondo de las cavidades acuáticas, que entre los glutinosos lodazales de las tembladeras que orillan las lagunas.

FIN

Si este libro logra incorporar a la Geografía del Ecuador un territorio no menor de quinientos kilómetros cuadrados, y, si en la Historia del Ecuador alcanza carta de naturalización el pasado de Llanganati, habrá cumplido su objeto, tanto o más aún, que si se hallasen ahora los incontables tesoros quiteños designados para rescatar al Inca Atahualpa, los cuales atrajeron siglos antes hacia Quito a Sebastián de Benalcázar y a toda la primera sangre española que pobló este país ecuatorial, donde, sólo a través de él, y en brazos de los indios quiteños, pudo España entrar a descubrir el inmenso Amazonas.

LUCIANO ANDRADE MARIN.

INDICE

	Advertencias previas.— Introducción.....	Pág. 4
Cap. II.—	Opiniones de nuestros geógrafos sobre los Llanganati.....	7
Cap. III.—	Las ideas del vulgo acerca de Llanganati, y las ideas actuales de nuestra expedición.....	11
Cap. IV.—	¿Por qué han permanecido inexploradas las montañas de Llanganati?.....	16
Cap. V.—	Esquema preliminar de la orografía de los Llanganati.....	20
Cap. VI.—	Pillaro, la puerta de un mundo desconocido para la Geografía, ignorado por la Historia, e inadvertido por las Ciencias Naturales.....	24
Cap. VII.—	Nuestros primeros pasos en el Derrotero de Valverde.....	29
Cap. VIII.—	El fin del mundo volcánico y el principio de Llanganati.....	34
Cap. IX.—	El valle de Auca-cocha.....	42
Cap. X.—	El Sunchu-urcu y la Cabeza de Ati.....	47
Cap. XI.—	El Yurac-Llanganati o Cerro Hermoso.....	50
Cap. XII.—	Los valles de Soguillas y del Vanadio, y la laguna de Paul Tur de Koo, o Poza de Rendón.....	61
Cap. XIII.—	Los farallones de la Cresta de Gallo.—Visión portentosa del territorio ecuatoriano.....	64
Cap. XIV.—	El macizo de Las Torres.— Engañosa visión sobre el Napo.....	74
Cap. XV.—	En los Bajos Llanganati.....	81
Cap. XVI.—	Una Siberia ecuatorial.....	84
Cap. XVII.—	Trasmonste de los Llanganati hasta hollar sus mismos cimientos orientales.....	87
Cap. XVIII.—	La Tercera Cordillera de los Andes o Sacha-Llanganati.— Un interesante problema de Geografía oriental del Ecuador.....	94
Cap. XIX.	Espantosa tempestad de siete días.— Ascenso a nuevas cumbres.— El viento aliso y una avalancha continental de nubes.— Nuestro regreso.....	103

PARTE SEGUNDA

La Naturaleza en Llanganati.....	114
La Flora.....	115
El frailejón o Sangurima.....	117
Los musgos en Llanganati.....	123
La vida vegetal.....	129

La Climatología.....	131
La Orografía e Hidrografía.....	135
La formación Geológica.....	139
El supuesto volcanismo de los Llanganati....	148
Los terremotos de Llanganati.....	149
La Mineralogía.....	150
La inhabilitabilidad de Llanganati.....	155
Galápagos: world's end;	
Llanganati: world's beginning.....	159

PARTE TERCERA

Proto-historia e Historia.

La etimología del nombre Llanganati.....	161
El "Ati"-Pillahuaso, un "Libertador"- Bolívar indio.....	172
Los inmensos hallazgos arqueológicos casuales hechos en el país del Ati.....	184
El Ati-Pillahuaso, Rumifiahui, y Sebastián de Benalcázar.....	188

Los Tesoros de Atahualpa

Lo gigantescos tesoros sobrantes del rescate de Atahualpa, escondidos en el territorio de Quito, podrían valer en estos días, cosa de 700.000 000 de dólares.....	195
Atahualpa declaró que en Quito se hallaba la mejor mina de plata de su Imperio.....	196
Los Tesoros que los españoles alcanzaron a quitarle con cruel engaño a Atahualpa, según actas que existen, equivaldrían hoy a un valor de más de 30 000.000 de dólares.....	197

PARTE CUARTA.

El Derrotero de Valverde.

Atanasio de Guzmán y Richard Spruce.....	200
El Mapa de Guzmán.....	209
El Derrotero de Valverde.....	210
Crítica sobre Valverde y su Derrotero.....	216
Resúmen sintético.....	232
Opiniones personales del autor.....	234

ERRATAS MAS NOTABLES.

Pág.	Línea	Dice:	Debe decir:
5	2	esconditis	escondites
15	32	Mineriológico	Mineralógico
43	23	bárba os	bárbaros
48	9	os interesó	Nos interesó
48	33	Sanchu-urcu	Sunchu-urcu
49	22	diavólicos	diabólicos
64	20	Grestà de Callo	Cresta de Gallo
68	5	dendientes	pendientes
69	24	a todoe de una sola vez	a todos los cerros de esta forma, de una sola vez
74	14	encrusijada	encrucijada
81	1 y 2	(Deben suprimirse estas dos líneas por estar duplicadas)	
87	1	Bryd	Byrd
98	Nota	Malauts, Sahuataa	Mulaute, Sahuatoa
107	2	y sólo uno	y sólo un indio
118	Nota	Expioraciones	Exploraciones
138	13	masgo	musgo
145	16	es debido	es debida
147	24	terrestre l s Llanga nati	terrestre, los Llanganati,
149	36	me dirá	me dirá
155	1	territorial	territorial
166	15	divivide	divide
169	6	laborero	laboreo
175	13	quitu-caranquias	quitu-caranquis
175	Nota	y no otro es el honroso calificativo de Ati	y no otro es el honroso origen del calificativo de Ati
177	15	en 1591	en 1691
178	Nota (1)	Incss	Incas
178	Nota (2)	apellidado	apellidos
179	26	Ecuador	Ecuador
181	24	post-colombiana	post-colombina
182	26	Bnsupí	Ansupí
203	Nota	fonrmado	formado
212	20	qus es la forma de	que es en la forma de
215	Nota	Quary	Query
224	5	cofesión	confesión

Acabóse
de imprimir
este libro
LLANGANATI
el día 30 de Mayo de 1937
en la «Imprenta
Mercantil», en
Q u i t o,
Ecuador.



Esta obra queda inscrita por el autor, según la Ley, en la Oficina de Registro de la Propiedad Literaria y Artística de la Ciudad y Cantón de Quito.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS:

¿Qué haremos de nuestros páramos?: plantación de coníferas y crianza de ganados lanares. 1925.
(foll., agotado).

Un mensaje a García, por Elbert Hubbard.
Traducción del inglés.— (foll.)

El Ecuador minero, el Ecuador manufacturero, el Ecuador cacaotero. — 1932. (vol.)

EN PRENSA:

Altitudes de la República del Ecuador.
(Vol. bellamente ilustrado.)

Los Andes y el Amazonas, o notas de un viaje de Guayaquil a Pará, por James Orton.— Traducción del inglés. (2 tomos)

POR IMPRIMIRSE:

Pruebas lógicas, filológicas y cronológicas de la existencia del Reino de Quito. —reimpresión (foll.)

Inti-llagta Runa-shuti, o Toponimias Aborígenes Ecuatorianas.—(vol.)

Un plan geográfico para devolver pacífica y perpetuamente al Amazonas su natural ecuatorianidad.— (foll.)

Climatología ecuatoriana.—(foll.)